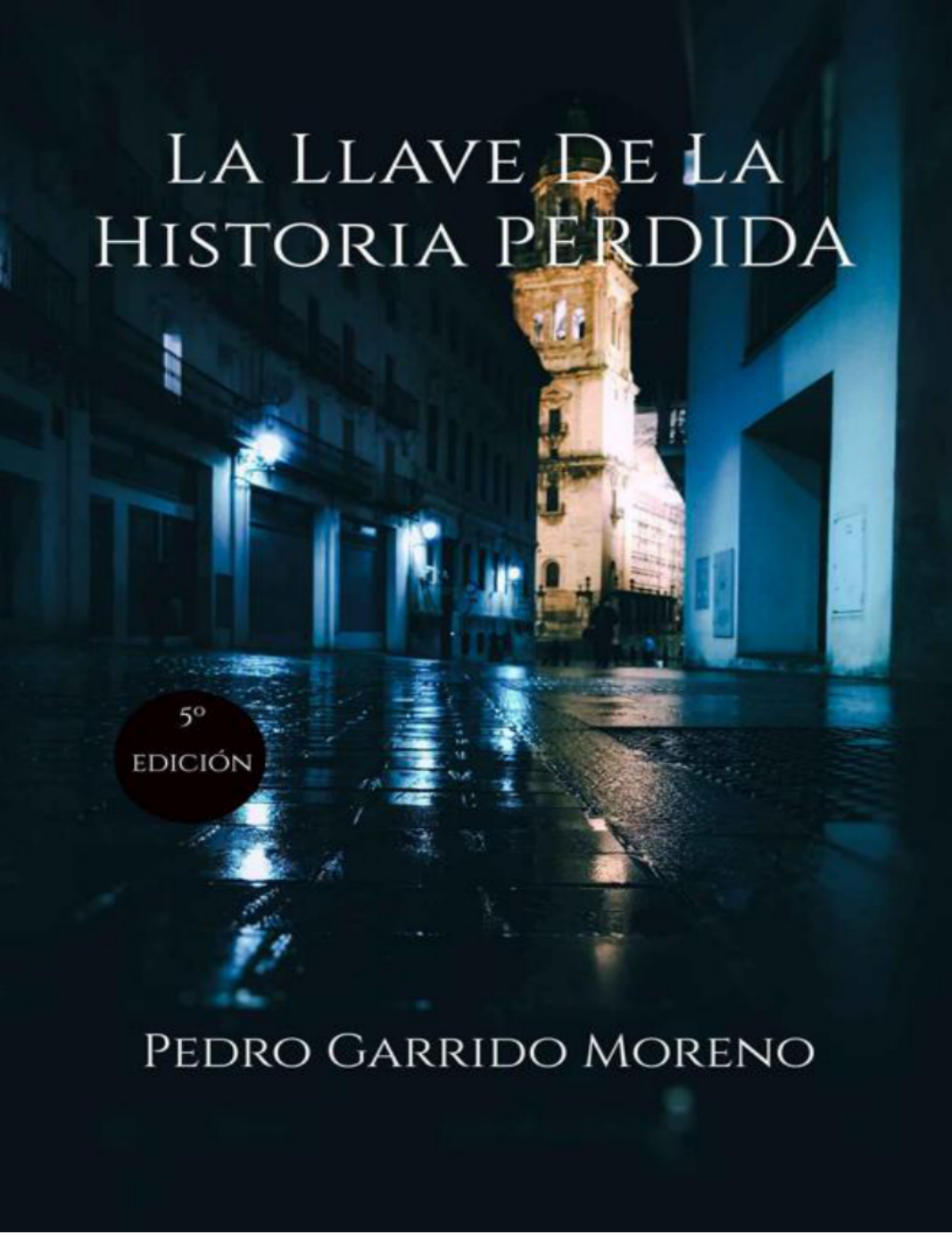
La Llave De La Historia PERDIDA



5º
EDICIÓN

Pedro Garrido Moreno

LA LLAVE DE LA HISTORIA PERDIDA

Pedro Garrido Moreno

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64

AGRADECIMIENTOS

Capítulo 1

11 de julio de 2006

Desde la Avenida Duque de Nájera, a los pies de la playa de la Caleta, se encontraba un viejo y largo muro de piedra que servía como mirador. Gonzalo observaba desde allí el suave e hipnotizante vuelo de las gaviotas que parecían balancearse con un contoneo suave producido por el viento de poniente. Las pequeñas barcas de los pescadores, se mecían al son de las olas. La luz del faro del castillo de San Sebastián comenzaba a deslumbrarle los ojos. El sol comenzaba a morir en el horizonte y hacía que la mezcla del agua, las nubes y la luz pareciese un cuadro pintado con acuarela. Mientras contemplaba aquella bella estampa, veía a lo lejos como dos hombres vestidos de negro se aproximaban hacia él. Caminaban apresuradamente, sus pasos se escuchaban cada vez más cerca. Acrecentaba su nerviosismo y los miraba de reojo. Aquellos hombres no le daban buena espina. Quería mirarlos a la cara, pero los nervios le bloqueaban. Se suponía que estaba preparado para situaciones como esta. Colocó, con cierto disimulo, su mano derecha en su espalda y empezó a palpar su cintura buscando la pistola, pero esta había desaparecido. Cuando Gonzalo quiso echar a correr, fue demasiado tarde. El frío hierro de una Beretta de nueve milímetros le apuntaba a la sien. Pudo sentir un sudor que recorría todo su cuerpo, a la vez que observaba cómo el gatillo detonaba la bala y le quemaba por dentro mientras un grito de desesperación le hizo despertarse de su pesadilla sobresaltado.

El sudor empapaba todo su cuerpo, y las piernas le temblaban. Su corazón latía a gran velocidad y tardó en tranquilizarse unos minutos, pero a pesar de intentar volver a dormirse, no lo consiguió.

La luz matinal de aquel día fresco de verano entraba poco a poco por la ventana del apartamento. Faltaban pocos minutos para las siete y media de la mañana y ya se escuchaba el ruido de los coches por la calle. Se hacían notar el estrés y las obligaciones cotidianas de aquel caluroso día.

Gonzalo extendió su mano sobre la mesita de noche y palpando entre el reloj, el último libro de Pérez Reverte y un vaso de agua, consiguió alcanzar su teléfono móvil. Lo puso en el modo sonido y finalmente, se incorporó de la cama. Se quedó mirando el escritorio, donde un ordenador y una taza con restos de café evidenciaban que la noche había sido larga. Su guitarra estaba en el sillón, con la cejilla en el quinto traste y una cuerda partida. Sobre el escritorio, en un corcho enmarcado, yacían los recuerdos amontonados de la

adolescencia y las fotos de sus familiares. A la izquierda del escritorio, había una estantería con algún vinilo de Sabina, Los Beatles y Silvio Rodríguez. A la derecha, el viejo tocadiscos que su padre le regaló en forma de herencia en su vigésimo cuarto cumpleaños. A los pocos minutos, la alarma del móvil lo hizo volver a la realidad.

Abrió el armario, se puso una camiseta que le quedaba bastante grande y fue a prepararse el desayuno. Colocó la cafetera en la vitrocerámica, cortó unas rebanadas de pan y comenzó a añadirle lonchas de pavo a la tostada. Desde el salón procedía la bohemia canción Parque Triana de Elbicho que indicaba que tenía una llamada en su terminal. Fue al salón y pudo ver en la pantalla del móvil el nombre de su jefe. «Empezamos bien el día», pensó mientras cogía el teléfono.

—Sí, buenos días comisario —contestó Gonzalo con voz ronca tras descolgar.

—¡Buenos días!, espero que anoche no se le hiciese tarde.

—Pues, no mucho.

—Bien. Tenemos trabajo. Le quiero en veinte minutos en la catedral. Ha habido un robo, pero no sabemos nada más. No tarde.

—¿Un robo en la catedral?

—Sí.

—Vaya…

Las palabras de Carlos, su jefe, siempre eran breves, claras y concisas, propias de un hombre serio, profesional y siempre ocupado.

Recordó por un momento sus años en la Academia de la Policía Nacional de Ávila. Meses de disciplina y de estudio que le hicieron crecer como profesional, pero comprobó en su primer servicio, que verdaderamente el conocimiento de esa profesión te lo daba la propia experiencia. Aún recordaba cuando tuvo que acudir con García, su primer compañero, a un domicilio donde un hombre había puesto fin a su vida con un disparo de escopeta. Fue un tanto traumático para él ver restos de aquel hombre por el suelo del domicilio mientras intentaba tranquilizar a su mujer que comenzaba a sufrir una crisis de ansiedad. Los gritos de la mujer retumbaron en su corazón y se guardaron en su memoria. Comprendió que por muchas cosas que enseñasen en la academia, no te podían preparar para eso.

Gonzalo se vistió y fue hacia la cocina. La vieja cafetera prehistórica acababa de dejar de hacer ruido. Se sirvió el café en la taza y le añadió la leche. Mientras desayunaba, escuchaba de fondo el noticiario. Una huelga de taxis, un incendio y otra mujer asesinada a manos de su marido, eran las noticias más destacadas de ese martes cálido de julio, pero sin ninguna noticia de la catedral.

Cogió su pistola, se la enfundó, y se marchó hacia la calle.

Al salir de casa, entre los lejanos y apresurados taconeos matinales, el

ruido de los coches por las calles y la brisa matinal atípica de los veranos de Jaén; el inspector iba pensando en cómo iba a enfocar la novela que estaba escribiendo.

La idea de escribir una novela llevaba en su mente muchísimos años, pero la excesiva carga de trabajo hacía que le pudiese dedicar poco tiempo.

Cuando Gonzalo llegó a su coche, abrió la guantera y buscó en el estuche de CD´s el disco de la comparsa Los Condenaos de Juan Carlos Aragón. Mientras la música empezó a sonar, poco a poco iba trasladándose a su amada y añorada Cádiz.

El sonido de la guitarra y las voces carnavaleras hacían que se sintiera como en casa, se evadiera de sus problemas y sus quehaceres cotidianos mientras añoraba sus años en la capital gaditana. Escuchar carnaval y flamenco eran sinónimo de sentir ese pedacito de su ciudad que le faltaba entre tanta distancia.

Por mucho que pensaba, no se podía hacer una idea de qué o por qué iban a robar de una catedral. Estaba claro que hay muchos objetos de orfebrería religiosa muy valiosos, pero eso se puede conseguir en otras iglesias, más accesibles. Se imaginaba que era un robo cometido por alguien profesional, capaz de burlar la seguridad de la catedral de la Asunción.

Llegó a la plaza de la Diputación, a escasos metros de la catedral. Allí se topó con una gran manifestación. Las frases que lucían las pancartas, hacían ver que se trataba de la huelga de taxis que escuchó en el telediario aquella mañana. La multitud de personas que allí se concentraba cortaba la calle de acceso a la catedral, por lo que tuvo que buscar aparcamiento en las proximidades. Algo prácticamente imposible.

Cuando lo consiguió, se apeó de su vehículo apresuradamente, abrió el maletero e introdujo en una bolsa azul el chaleco reflectante policial mientras el teléfono volvía a sonar.

—Gonzalo, soy yo, Valerio.

—Lo siento, profesor —interrumpió—, pero ahora no es un buen momento.

—Me gustaría hablar contigo cuando fuese posible.

—Ahora me resulta imposible, profesor. Estoy trabajando.

—Ya. Está bien. Llámame cuando puedas.

El profesor Valerio era su gran amigo, por no decir el único, que tenía Gonzalo en el poco tiempo que llevaba en la capital del Santo Reino. Solían quedar algunas mañanas de sábado y charlar sobre política, historia del arte o música.

El sol, la terraza y un buen vino hacían que Gonzalo y Valerio fuesen capaces de arreglar el mundo.

El inspector caminaba apresuradamente por la calle hasta que llegó a la plaza Santa María. La majestuosidad de la catedral de la Asunción hacía que,

pese a tener prisa, tuviese que pararse a contemplarla unos segundos, hipnotizado por aquella bella estampa. El sol comenzaba a aparecer tímidamente entre las dos torres de la vieja basílica a la vez que elevaba la temperatura en aquella plaza.

Capítulo 2

11 de julio de 2006

Eran las ocho de la mañana cuando numerosos curiosos que pasaban por allí, ya se agolpaban junto al cordón policial que cortaba el acceso a la catedral. Algunos periodistas comenzaban a llegar y a montar sus cámaras en los trípodes, mientras otros, ansiosos por tener el primer titular, intentaban sacarle información al policía que custodiaba la puerta.

Gonzalo, tras identificarse previamente, rebasó el cordón que cortaba el paso a transeúntes. Mientras caminaba hacia el interior, se colocaba el chaleco policial. Al atravesar la puerta, tuvo que quitarse las gafas de sol, pues el contraste de la luz del sol del exterior con la oscuridad del interior del templo, le produjo una ceguera temporal. Avanzó por uno de los amplios pasillos, contemplando cómo la luz del sol entraba por las vidrieras bajo los arcos renacentistas de medio punto, soportados por unas grandes columnas que le daban amplitud al templo.

A pesar de haber visitado la catedral en varias ocasiones, desde que fue destinado a la ciudad, no había tenido la ocasión de contemplarla con sumo detalle.

Las dimensiones del monumento, el hecho de estar construida en piedra y su altura, hacían que la temperatura del templo fuese totalmente opuesta a la del exterior.

Caminó hacia adelante buscando el lugar de los hechos. A lo lejos, pudo ver entre hombres uniformados y chalecos reflectantes, la figura de un hombre bajito, con pelo en la coronilla y un bigote largo que, con las manos en la cintura, veía cómo Gonzalo se aproximaba, mientras lo miraba de arriba abajo.

—Buenos días, comisario. ¿Qué tenemos?

—Buenos días. Como ya le he dicho por teléfono, han robado esta noche. Se trata de una reliquia. Venga, Díaz, demuéstreme lo que sabe. ¿Qué falta ahí? —dijo señalando un retablo de la capilla mayor.

Los compañeros de la Policía Científica intentaban sacar algún rastro o huella de aquel lugar. El retablo que presidía la capilla, tenía numerosas pinturas y se podían diferenciar en las tres partes que la componían, los estilos dórico, jónico y corintio. A la altura del suelo, cuatro imágenes de gran tamaño custodiaban una mesa. Sobre ella, una caja fuerte con una urna abierta

en su interior, hizo suponer al inspector que la reliquia robada, la habían sacado de allí. A la derecha de la mesa, había un marco dorado con adornos de colores que, desde lejos, se intuía que podían ser algún tipo de diamantes. Dentro de aquel marco, no había imagen, tan solo se podía ver el color marrón de la parte de atrás del cuadro. Delante del retablo, se encontraba una reja de forja que permanecía abierta mientras un agente le daba a la cerradura con una pequeña brocha embadurnando la misma con polvo blanco para la búsqueda de huellas. Gonzalo se quedó pensando y respondió:

—No lo sé, comisario. Supongo que la imagen que tiene que estar dentro de ese marco.

—Bien —contestó el comisario sorprendiéndole la respuesta—.

¿No has visitado nunca la catedral?

—Pues, usted sabe que llevo un año y nueve meses aquí y el trabajo me quita mucho tiempo. He estado en varias ocasiones y, según veo, por el lugar de los hechos y por estar situado en la capilla mayor, entiendo que será una reliquia importante. Si no me equivoco, la reliquia más famosa que hay aquí es el Santo Rostro.

—Exacto —afirmó con contundencia el comisario—, han robado el Santo Rostro, la reliquia más importante de esta catedral.

El agente no pudo evitar acordarse de su amigo, el profesor Valerio y en lo sorprendido que estará cuando conozca la noticia del robo. Durante algunos años, Valerio estudió la reliquia para plasmarlo en su libro El Santo Rostro y la Catedral de Jaén. Fue un libro bastante vendido en el que se refleja la historia, devoción del Santo Rostro y su lugar de culto, la catedral.

Gonzalo se acercó a la reja que cerraba la capilla del Santo Rostro y la observaba mientras se ponía unos guantes de nitrilo. Tenía el semblante serio. El comisario lo miraba cruzado de brazos, como esperando una respuesta.

—¿Y cómo ha sido? —preguntó.

—Pues aún no sabemos cómo han entrado. Lo que está claro es que han forzado la puerta de la reja, la caja fuerte y la urna, y se la han llevado. Aún no hemos comprobado por dónde han podido entrar pero lo que está claro es que tiene que ser alguien muy profesional. Yo tengo que irme, tengo una reunión con el alcalde. Te quedas a cargo y mantenme en todo momento informado.

Carlos clavó sus ojos en los de Díaz.

—Disfrute de este caso, es de los que le gustan.

Gonzalo esbozó una tímida sonrisa mientras el comisario cogió la chaqueta que había dejado en un banco y se marchó, no sin antes dar unas cuantas instrucciones a otro subordinado.

Mientras su jefe caminaba hacia la puerta, un hombre joven vestido de negro y con un alzacuellos observaba al inspector. El agente caminó hacia él y pudo ver su aspecto serio, piel pálida y cara de preocupación.

—Buenos días, soy el Agente Díaz. Estoy al cargo de la investigación.

—Buenos días, encantado de conocerle. Yo soy el padre Ángel. Deán de esta catedral.

—Muy bien, encantado —dijo mientras le estrechaba fuertemente la mano—. Cuénteme, padre, ¿cuándo han notado la ausencia del Santo Rostro?

—Esta mañana, sobre las siete. El sacristán abrió el templo. Lo primero que hace todas las mañanas, es abrir las puertas de la sacristía y de la sala capitular. Al pasar por delante de la capilla mayor, le llamó la atención que estuviese la reja abierta y lamentablemente comprobó que el Santo Rostro había desaparecido.

—Entiendo. ¿Podría enseñarme usted todas las puertas de acceso a la catedral?

—Sí, venga conmigo.

Comenzaron a caminar hacia la puerta principal, mientras Gonzalo observaba las pinturas de cada uno de los retablos de las capillas. Al llegar al altar mayor, tuvo que pararse para contemplar el coro catedralicio.

—Disculpe que me detenga, padre, pero me fascina la historia del arte y no había visto nunca antes un coro así.

El padre Ángel miró a Gonzalo y soltó una suave y breve sonrisa.

—A mí también me fascina. De hecho, cuando vine destinado aquí desde un pequeño pueblo de Sevilla, fue lo primero que me llamó la atención. Según me contaron, todo el coro está hecho de madera de nogal y tallado a mano. Se realizó entre los años 1500 y 1522 y lo encargó el obispo don Alonso Suárez de la Fuente. Es uno de los atractivos de la catedral junto a la imagen de Nuestro Padre Jesús Nazareno, San Juan, la Verónica, y… bueno… el Santo Rostro.

Observaron juntos aquella bella estampa y siguieron caminando hasta llegar a las puertas principales de la catedral, mientras Gonzalo seguía contemplando todos los detalles renacentistas. Al llegar a la entrada, comprobó las cerraduras de las tres grandes y verdosas puertas de madera.

—No hay signos de que esté forzada. Existen más puertas aparte de estas tres. ¿Verdad?

—Sí, existen otras dos. Pero nunca se utilizan. Si quiere se las enseño.

Mientras volvían a caminar hacia el interior del templo, el inspector iba tomando nota de los aspectos más importantes en una desgastada libreta marrón.

—Me había dicho que el sacristán era la persona que se dio cuenta del robo, ¿no es así?

—Sí, en efecto —contestó.

—¿Cómo se llama?

—Se llama Juan Martínez. Debe de estar por aquí porque he visto cómo varios de sus compañeros le hacían preguntas.

Gonzalo anotó el nombre, se guardó la libreta en el bolsillo y acompañó al padre Ángel mientras caminaban por el amplio pasillo del ala derecha de la catedral.

—Dígame, padre, ¿ha visto usted algún comportamiento sospechoso de alguna persona en los últimos días?

—No, no, para nada —sentenció rotundamente el sacerdote.

—Entiendo.

—Aquí entra muchísima gente al cabo del día, es muy difícil ver a alguien que se comporte de manera extraña.

—Supongo entonces que tendrán algún sistema de seguridad, ¿no?

—Sí, tenemos un sistema de cámaras de seguridad, pero solo eso. Tenga en cuenta que somos una modesta parroquia, no un banco. No suele robar nadie en una catedral.

—¿Dónde están situadas las cámaras de seguridad? ¿Están enfocando hacia la capilla del Santo Rostro?

—Lo desconozco. Ya estaban instaladas antes de mi llegada a esta diócesis y nunca me he preocupado de saber el número de cámaras, ni el perímetro que abarcan. Pero supongo que podremos ponernos en contacto con la empresa de seguridad —dijo el padre Ángel encogiéndose de hombros.

—Sí, es de vital importancia tener acceso a los vídeos de esas cámaras y visualizarlos.

Gonzalo y el padre Ángel atravesaron una amplia puerta de madera y accedieron a la sacristía donde unas vidrieras iluminaban esta amplia sala. La piedra de las paredes era blanca y daba a la estancia una sensación de inmensa amplitud y belleza. Rodeada con arcos de medio punto y sujetado cada arco por columnas corintias, el sagrario parecía un auténtico templo de la Edad Antigua.

Los bancos de terciopelo rojo, el mobiliario y el altar de madera al final de la sala, hacían una combinación y equilibrio de colores perfectos.

Atravesaron la sala mientras el inspector observaba los cuadros que decoraban la pared izquierda, a la vez que la luz, que entraba por las grandes vidrieras, actuaba de focos naturales hacia las obras de arte. Al final de la sala, había una puerta pequeña, la cual atravesaron hacia un pasillo oscuro y minúsculo que, a su vez, conducía a la sala capitular de la catedral. La sala era bastante más pequeña que la sacristía y tenía sillas de madera alrededor. Desde la puerta, observaban la sala.

—Esta es la sala capitular, aquí se reúnen todos los sacerdotes que forman parte de la catedral —informaba el sacerdote.

Gonzalo contemplaba el retablo que presidía aquel lugar. Cada detalle, cada pintura y cada adorno eran de una exquisitez increíble. Eran diez pinturas, distribuidas en filas de tres. La pintura más alta que coronaba el retablo correspondía a una virgen que sujetaba un pañuelo en el que aparecía

la cara de Cristo.

—Es la Verónica, ¿no? —preguntó con interés.

—Sí. Reina esta sala porque es una de las reliquias más importantes. La seña de identidad de esta catedral y una de las imágenes más importantes del cristianismo.

El inspector entró en la sala capitular y se acercó al retablo. Contempló cada uno de sus cuadros detenidamente. Volvió hacia la puerta donde lo esperaba el padre y se giró para volver a observar el retablo.

—Había visto el retablo en fotos, pero no tiene nada que ver con verlo aquí. Un retablo florentino de Pedro Machuca.

—Así es —contestó el padre Ángel sorprendido—. ¿Conoce su obra?

—Conozco algo, no mucho. Algunos lo consideran como uno de los cuatro artistas a los que el pintor Francisco de Holanda llamó las águilas del Renacimiento en España, y según leí alguna vez, fue uno de los responsables de introducir el estilo renacentista con tintes italianos en España.

—Me había dicho que el sacristán era la persona que se dio cuenta del robo, ¿no es así?

—Sí, en efecto —contestó.

—¿Cómo se llama?

—Se llama Juan Martínez. Debe de estar por aquí porque he visto cómo varios de sus compañeros le hacían preguntas.

Gonzalo anotó el nombre, se guardó la libreta en el bolsillo y acompañó al padre Ángel mientras caminaban por el amplio pasillo del ala derecha de la catedral.

—Dígame, padre, ¿ha visto usted algún comportamiento sospechoso de alguna persona en los últimos días?

—No, no, para nada —sentenció rotundamente el sacerdote.

—Entiendo.

—Aquí entra muchísima gente al cabo del día, es muy difícil ver a alguien que se comporte de manera extraña.

—Supongo entonces que tendrán algún sistema de seguridad,

¿no?

—Sí, tenemos un sistema de cámaras de seguridad, pero solo eso. Tenga en cuenta que somos una modesta parroquia, no un banco. No suele robar nadie en una catedral.

—¿Dónde están situadas las cámaras de seguridad? ¿Están enfocando hacia la capilla del Santo Rostro?

—Lo desconozco. Ya estaban instaladas antes de mi llegada a esta diócesis y nunca me he preocupado de saber el número de cámaras, ni el perímetro que abarcan. Pero supongo que podremos ponernos en contacto con la empresa de seguridad —dijo el padre Ángel encogiéndose de hombros.

—Sí, es de vital importancia tener acceso a los vídeos de esas cámaras y

visualizarlos.

Gonzalo y el padre Ángel atravesaron una amplia puerta de madera y accedieron a la sacristía donde unas vidrieras iluminaban esta amplia sala. La piedra de las paredes era blanca y daba a la estancia una sensación de inmensa amplitud y belleza. Rodeada con arcos de medio punto y sujetado cada arco por columnas corintias, el sagrario parecía un auténtico templo de la Edad Antigua.

Los bancos de terciopelo rojo, el mobiliario y el altar de madera al final de la sala, hacían una combinación y equilibrio de colores perfectos.

Atravesaron la sala mientras el inspector observaba los cuadros que decoraban la pared izquierda, a la vez que la luz, que entraba por las grandes vidrieras, actuaba de focos naturales hacia las obras de arte. Al final de la sala, había una puerta pequeña, la cual atravesaron hacia un pasillo oscuro y minúsculo que, a su vez, conducía a la sala capitular de la catedral. La sala era bastante más pequeña que la sacristía y tenía sillas de madera alrededor. Desde la puerta, observaban la sala.

—Esta es la sala capitular, aquí se reúnen todos los sacerdotes que forman parte de la catedral —informaba el sacerdote.

Gonzalo contemplaba el retablo que presidía aquel lugar. Cada detalle, cada pintura y cada adorno eran de una exquisitez increíble. Eran diez pinturas, distribuidas en filas de tres. La pintura más alta que coronaba el retablo correspondía a una virgen que sujetaba un pañuelo en el que aparecía la cara de Cristo.

—Es la Verónica, ¿no? —preguntó con interés.

—Sí. Reina esta sala porque es una de las reliquias más importantes. La seña de identidad de esta catedral y una de las imágenes más importantes del cristianismo.

El inspector entró en la sala capitular y se acercó al retablo. Contempló cada uno de sus cuadros detenidamente. Volvió hacia la puerta donde lo esperaba el padre y se giró para volver a observar el retablo.

—Había visto el retablo en fotos, pero no tiene nada que ver con verlo aquí. Un retablo florentino de Pedro Machuca.

—Así es —contestó el padre Ángel sorprendido—. ¿Conoce su obra?

—Conozco algo, no mucho. Algunos lo consideran como uno de los cuatro artistas a los que el pintor Francisco de Holanda llamó las águilas del Renacimiento en España, y según leí alguna vez, fue uno de los responsables de introducir del estilo renacentista con tintes italianos en España.

Gonzalo caminó detrás del padre Ángel por el pequeño, estrecho y frío pasillo mientras miles de preguntas se amontonaban en su cabeza.

—Padre, ¿el obispo está informado?

—Sí —afirmó—, en estos momentos viaja hacia aquí. Se encontraba en Sevilla en una reunión con los obispos andaluces.

—De acuerdo —dijo mientras tomaba nota en su libreta.

—Supongo que querrá hablar con ustedes cuando venga.

Llegaron a una puerta de gran tamaño y del mismo estilo arquitectónico que las otras y se acercaron a ella.

—Esta puerta lleva cerrada muchos años. Nunca se utiliza — dijo el padre Ángel a la vez que rebuscaba en un manojo de grandes llaves antiguas.

Gonzalo observó la puerta, se acercó a escasos centímetros de ella y espetó al padre Ángel para que no se acercara hasta que él echara un vistazo y no contaminase el lugar. Miró la unión de los dos portones de arriba abajo. Su mano izquierda se apoyaba sobre uno de ellos y tiró ligeramente de un aro de hierro que colgaba de ella con la otra mano. La puerta se abrió.

El padre Ángel al ver que la puerta estaba abierta, dejó de buscar las llaves y se miraron. Sus caras eran de asombro y, a la vez, preocupación.

El inspector atravesó y observó la puerta por fuera, mientras el padre se quedó dentro, justo detrás de la puerta. Las astillas cercanas a la cerradura sobresalían de esta. En el suelo, yacían trozos pequeños de madera y de metal, probablemente de las juntas de la puerta y la cerradura.

—Ya sabemos por dónde han entrado —sentenció Gonzalo.

El padre Ángel empujó ligeramente la puerta para poder observar el exterior y salir.

—No toque nada, padre — dijo. Sacó su teléfono y se lo puso en la oreja —. Pineda, dígale a los de científica que vengan a la puerta de la Asunción. Está atravesando el pasillo que hay en la sacristía. Al parecer han entrado por aquí y la han forzado.

Debe de haber huellas —ordenó—. Ah, y consigue las grabaciones de las cámaras de seguridad.

El inspector colgó el teléfono. El padre lo observaba.

—¿Cómo sabe que esta es la puerta de la Asunción? Veo que le gustan a usted la arquitectura, la pintura y la escultura.

Díaz sonrió. Miró hacia arriba contemplando la fachada lateral y la puerta, y contestó:

—Llevo poco tiempo aquí, padre. Como puede comprobar por mi acento, no soy de Jaén. Pero me apasiona la historia del arte y, aunque no he tenido el tiempo ni la oportunidad de visitar la catedral muchas veces, cuando supe que me destinaban aquí me interesé por la arquitectura y los monumentos de la ciudad. Además tengo un buen amigo, tan apasionado como yo, que me ha ido informando de algunos de los rincones de la catedral.

—Sí, obviamente me he dado cuenta de que no es de Jaén. ¿De dónde es?

—Soy gaditano, padre.

La conversación se vio interrumpida con la llegada del equipo de investigación científica de la Policía Nacional que se disponía a sacar huellas.

—Dígame, inspector, ¿qué posibilidades hay de recuperar el Santo

Rostro?

Gonzalo miró al padre con el semblante serio. La mirada de aquel joven treintañero reflejaba sinceridad en la respuesta que iba a dar:

—Le puedo asegurar que haremos lo posible y utilizaremos todos los recursos materiales y humanos que estén a nuestra disposición. Pero también le digo que puede ser difícil.

El sacerdote se lamentaba mirando hacia el suelo mientras el inspector le ponía una mano en el hombro.

—Le tengo que dejar. Le voy a dejar mi tarjeta, por si necesita algo. Los compañeros revisarán las otras puertas de acceso, las cámaras de seguridad y tomarán huellas —dijo mientras extendía su mano en forma de despedida.

—Le pido, por favor, que haga todo lo posible para conseguir lo más preciado que tenemos. Es una reliquia que lleva muchos siglos en la catedral y tiene un gran valor sentimental para todos los fieles, y sin nuestra seña de identidad, me temo que baje la afluencia de visitas, inspector.

El padre Ángel estrechó la mano de manera afectuosa. Gonzalo se despidió y abandonó la catedral.

Capítulo 3

12 de julio de 2006

La madrugada calurosa de julio caía sobre la capital jienense. Faltaba poco para las tres de la mañana. Las calles estaban solitarias. El camión de la basura se escuchaba de lejos mientras hacía su ruta. El ruido de aires acondicionados amenizaba aquella noche de verano. La catedral tenía un aspecto lúgubre cada vez que los focos situados frente al ayuntamiento dejaban de proyectar luz para iluminarla. Solo sus torres centinelas custodiaban la plaza de Santa María que se mostraba desierta, solitaria y oscura.

Unos pasos cada vez más apresurados podían escucharse en la lejanía. Mientras corría y jadeaba, una silueta iba tomando forma de un hombre alto, pasado de los sesenta años y que portaba un maletín en la mano. Miraba hacia atrás, a la vez que una sombra apareció por una de las bocacalles que unen la calle Carrera de Jesús con la plaza de Santa María donde se encontraba la catedral de la Asunción de Jaén.

Aquella sombra se acercaba cada vez más a aquel hombre, mientras él no podía continuar corriendo más. Le faltaba el aire y tuvo que aminorar su marcha. Sus pasos cada vez eran más torpes.

Al llegar a la plaza de Santa María y en un intento de acelerar su marcha un poco más, una baldosa levantada le hizo caer al suelo y golpearse fuertemente en la cabeza. Se quedó tendido en mitad de la plaza y prácticamente inmóvil. Se sentía aturdido. Intentó vislumbrar a su perseguidor, pero fue imposible. Pensaba que la sombra había dejado de perseguirlo, pero escuchó cómo unos pasos se aproximaban hacia él despacio. Las pisadas retumbaban en su mente como si fuese el redoble de un tambor antes de ejecutar una sentencia de muerte.

—No encontrarás nada —dijo a aquel hombre.

Aquella sombra se agachó mientras aquel anciano, que permanecía tendido en el suelo, sentía cómo el frío hierro de una pistola se posaba violentamente contra su barbilla.

Le temblaban las piernas. Su destino parecía estar escrito. Aun así, frunció su ceño, y en un alarde de valentía dijo:

—Estás perdiendo el tiempo. Pégame un tiro y acaba con esto. No vas a conseguir nada.

Una sonrisa llena de odio y venganza se empezó a dibujar en el rostro

anciano de aquel señor. Sus ojos comenzaban a brillar de cierto delirio. Intentó mirar la cara de aquella sombra, pero era imposible. La oscuridad de la noche no le dejaba ver el rostro de su perseguidor y comenzó a sentir un suave hormigueo en las piernas. Su vista cada vez se nublaba más. Su corazón empezaba a latir cada vez más rápido. Giró la cabeza y contempló la catedral como el que contempla las puertas del paraíso y sintió cómo su vida se le iba por la boca.

La sombra apretó su pistola contra la barbilla del hombre. Mientras quitaba el seguro, con la otra mano sujetaba la cabeza del anciano. Sobre su brazo, comenzó a caer un río rojo de sangre. La sombra volvió a dejar el cuerpo del abuelo sobre el suelo. Bajo su cuerpo, se empezó a dibujar un charco rojizo, como si de una copa de vino derramado se tratase.

Aquel hombre esbozó una mueca de dolor mientras un último suspiro acabó con su vida.

Capítulo 4

12 de julio de 2006

Aquella mañana amaneció un tanto rara. El calor veraniego había desaparecido tímidamente mientras una brisa matinal hacía que la temperatura fuese bastante fresca. Los rayos de sol atravesaban las nubes sin apenas fuerza convirtiendo aquel día, en un día atípico.

Mientras esperaba la luz verde del semáforo, el agente Díaz vio sobre el mostrador del quiosco que tenía a su derecha, el periódico local. Sacó de su bolsillo unas cuantas monedas y compró un ejemplar. Cruzó la calle camino de la parada de taxis. Una noche de insomnio veraniego había hecho que saliese de su casa a toda prisa sin desayunar, sin ver las noticias, prácticamente sin peinar y sin tiempo para ir caminando a la comisaría.

Se aproximó a la hilera de taxis que había en la parada y entró en el primero. Su conductor, un hombre alto, educado y con el pelo canoso, lo recibió con una sonrisa.

Gonzalo abrió el periódico y contempló la portada. Hubo algo que le llamó la atención. Aparecía una imagen de la catedral de Jaén.

«La noticia del robo del Santo Rostro» pensó. Puso sus ojos y su atención sobre el titular, pues su trabajo y su reputación como inspector se podían encontrar en aquella noticia. Sin embargo y para su sorpresa, tanto la imagen como la noticia, no hacían referencia al caso del Santo Rostro.

Jaén. Sucesos. Hallan a un hombre muerto con signos de violencia y desnudo junto a la catedral de la capital.

JAÉN, 12 de julio. Un hombre desnudo fue encontrado muerto en la madrugada de hoy, en mitad de la céntrica plaza Santa María y junto a la catedral de Jaén. Fuentes cercanas informaron a este periódico de que el cuerpo, que se encontraba boca abajo y rodeado de excrementos de paloma, presentaba signos de violencia con varias heridas en la cabeza. Además, concretaron que la ropa se la arrancaron previsiblemente una vez que ya había fallecido y que, posteriormente, la esparcieron a su alrededor.

Sobre las 3.00 horas la Policía Nacional recibió un aviso del 112. Al

parecer, unos jóvenes que caminaban por la calle Campanas escucharon gritos procedentes de la plaza Santa María y, segundos después, vieron a una persona corriendo. El hombre, natural de Jaén, vivía solo. En principio, no fue víctima de un robo ya que, junto al cadáver, la Policía encontró sus pertenencias, su documentación, así como unas gafas de sol y algo de dinero, entre otros objetos que portaba.

Gonzalo se sorprendió bastante de la noticia. No había recibido mensaje alguno de ningún compañero sobre lo ocurrido la madrugada anterior. Terminó de leer la noticia justo antes de que el taxi parase en la puerta de la comisaría.

El inspector bajó del taxi y cruzó el pequeño aparcamiento de la comisaría que albergaba los «zetas», los coches de los agentes y vehículos sin distintivos policiales usados por agentes de la Policía Judicial.

La Comisaría de la Policía Nacional de Jaén se situaba en una larga calle de un solo sentido. Era una vía bastante transitada pues se encontraba cerca de edificios públicos: la Delegación de Educación, un centro de salud y un juzgado provincial. La entrada a la comisaría estaba vigilada por los agentes Jiménez y Moreno. El agente Jiménez llegó hace unos meses desde la embajada de España en la República Checa y el agente Moreno alternaba su trabajo como policía con el de jugador de fútbol semiprofesional. Los dos eran altos, de complexión atlética y atractivos. Alternaban sus turnos en una pequeña estancia expidiendo permisos, recogiendo datos y atendiendo a las personas que demandaban los servicios policiales por algún motivo. Entre papeleo y papeleo, consumían sus horas de trabajo hablando de fútbol, de lo mal remunerado que estaba el trabajo de policía y de algunas de las batallitas que su experiencia como policías les había dado. Frente a aquella estancia, se situaba una sala de espera y otra sala donde los agentes recogían las denuncias.

En la planta superior se encontraba la secretaría, una pequeña habitación donde dos agentes hacían labores administrativas. En el lado opuesto, se situaba el departamento de Policía Judicial. Era una sala común, donde Gonzalo ocupaba una mesa junto con otros compañeros de las brigadas de robos con fuerza, hurtos y asesinatos.

Se fue hacia su mesa, encendió en ordenador y dejó su teléfono móvil sobre ella. Fue hacia la máquina de café y al llegar al final del pasillo, pudo oler el aroma de un perfume que, indiscutiblemente, pertenecía a su compañera Ana, quien aguardaba a que la máquina dejase listo su café con leche favorito.

—Buenos días, Díaz, ¿has dormido mal? Vaya cara traes.

—Buenos días, Marín. Sí, he tenido que salir rápido de casa y ni he

desayunado. A ver si este café me espabila. Estas noches calurosas no me dejan descansar bien. Echo de menos la brisa de La Caleta que entraba por mi ventana cada noche de verano en mi Cádiz natal.

Ana sonrió. Mientras ponía sus labios en el borde del vaso, lo miraba. Bebió un sorbo y comenzó a agitar el café con la cucharilla.

—Enhorabuena por el caso del vertedero —dijo el inspector.

—Gracias, Díaz. Finalmente fue el hijo de la asesinada el culpable. Nos costó días de presiones, pero lo confesó. El muy cabrón nos montó una película en torno a la expareja de su madre bastante creíble y los indicios apuntaban, de alguna manera, a la expareja.

—Pero al final, habéis conseguido esclarecer los hechos. Como se suele decir, la verdad solo tiene un camino. Buen trabajo —añadió Gonzalo.

—Bueno, tengo a Ortega de compañero que es un profesional excepcional.

—No te quites mérito, el mérito es de ambos.

Ana se tomó el cumplido del inspector como un cierto coqueteo.

Lo miró a los ojos mientras volvía a remover el café.

—Oye, el viernes hay un concierto en un pub cercano. Se llama Iroquai.

—¿Quién se llama así? ¿El grupo que da el concierto o el pub? —bromeó Gonzalo.

—El pub —dijo la inspectora mientras se reía—. Tengo un amigo, José Luis, que toca los bongos y las maracas en un grupo que se llama Guajiro. Es de música jazz y cubana. Si te apetece, podemos ir juntos.

Díaz no esperaba tal proposición y, tras unos segundos de vacilación, contestó:

—Lo siento, Ana, pero no me gusta ese tipo de música.

Ella dejó de sonreír. La decepción se apoderaba de la expresión de su cara.

—Ya… me lo imaginaba. Bueno no importa. En otra ocasión será.

Se giró y empezó a recorrer el pasillo hacia su mesa. No sin antes darse la vuelta.

—Por cierto, el jefe quiere verte.

Continuó caminando. Gonzalo miraba cómo su compañera se alejaba sin quitarle el ojo de encima. Observó el suave contoneo de sus caderas que hacía un vaivén sonoro al compás del taconeo de aquellos botines negros con detalles dorados. Sin duda, era una mujer bellísima. En cierto modo le recordaba a Alicia, una compañera de Leganés, su anterior destino. Alicia era rubia, con los ojos claros y con un físico tan espectacular como su personalidad. Tras cinco meses trabajando juntos, comenzaron un romance que acabó cuando Alicia murió. Un hombre en busca y captura la atropelló cuando estaba en un control policial. Gonzalo estuvo presente de aquella situación y fue el primero en auxiliarla y estar con ella en sus últimos

momentos. Fue una situación verdaderamente traumática para el inspector. Desde aquel momento, comprendió realmente que la muerte caminaba cerca en el día a día de su profesión.

El inspector Diaz volvió a la realidad cuando Ana desapareció de su vista. Se bebió el café de un trago y fue al despacho de Carlos.

—Buenos días, comisario, ¿quería verme?

—Sí, adelante. Siéntese.

Gonzalo entró en la estancia y tomó asiento. Era una sala de tamaño medio. Frente a la puerta se situaba el amplio escritorio de su superior. A la derecha, una mesa de reuniones donde podía atender a las diferentes personalidades de la sociedad jienense. Tras el escritorio del comisario, una foto del rey Juan Carlos presidía aquella habitación. A los lados, dos estanterías repletas de trofeos de tiro deportivo y reconocimientos por parte de instituciones, daban un cierto prestigio al comisario.

—¿Qué puede decirme sobre el robo en la Asunción?

—Es algo muy extraño, comisario. Los compañeros de científica están analizando huellas. Acabamos de recibir las grabaciones de las cámaras de seguridad y ahora nos pondremos a revisarlas.

—Estupendo —dijo el comisario mientras se frotaba la barbilla—. No sé si lo sabe Díaz, pero ayer apareció un hombre muerto en la plaza Santa María.

—Sí, lo he leído en la prensa. Un tema muy peliagudo. Al parecer, apareció envuelto en plumas y excrementos de paloma.

—Los compañeros estuvieron allí y la verdad es que sí, es un poco raro. Creemos incluso que podría tratarse de un ritual satánico. Al parecer, unos chavales escucharon voces y cuando llegaron al lugar de los hechos, un hombre huyó.

—Lo asesinaron entonces, ¿no? He leído en el periódico que el cuerpo mostraba signos de violencia.

—Gonzalo, tú sabes cómo son los medios de comunicación. Solo quieren el morbo, el misterio, que es lo que vende. El cuerpo, al parecer, solo tiene un golpe en la cabeza y los medios ya han publicado que tenía muchas contusiones. Obviamente parece un asesinato, en especial por las circunstancias en las que apareció el cuerpo y la huida de un sospechoso. Pero aún no podemos descartar ninguna hipótesis. Ahora mismo todo son suposiciones. El cuerpo está siendo analizado en el Anatómico Forense.

El inspector miró al comisario con cara de incredulidad mientras este cogía un portafolios de una bandeja.

—Dígame, Díaz, ¿cree que lo ocurrido puede tener relación con el robo de la catedral?— preguntó mientras alzaba la vista por encima del portafolios.

—No le veo mucho sentido, comisario.

—Ya, ya. Yo tampoco, pero me resulta curioso. Vivimos en una de las ciudades más tranquilas de España, y que, en menos de veinticuatro horas,

haya un robo de tal magnitud y un asesinato a escasos metros, parece demasiada casualidad y es algo que me inquieta.

Carlos sacó del portafolios unas fotos del cuerpo que apareció en la plaza de Santa María.

—Estas son las fotos del cuerpo —dijo poniendo las fotos sobre la mesa y girándolas—. Hágale una copia por si tiene que ver con la investigación del robo.

Gonzalo observó las imágenes y pudo contemplar cómo aquel cuerpo desnudo estaba cubierto de excrementos y plumas. Pasó a la siguiente foto donde aparecía el rostro del cadáver con un gran charco de sangre alrededor. Sus ojos se agrandaron hasta casi salirse de sus órbitas. Su corazón empezó a latir rápidamente y podía sentir cómo se le salía por la boca. No había ninguna duda. Aquel hombre pálido y sin vida que aparecía en las fotos, era el profesor Valerio.

Capítulo 5

12 de julio de 2006

Siempre había valorado la profesión del forense. A pesar de que en el trabajo de Gonzalo la muerte estaba presente casi a menudo, nada se podía comparar con las escenas desagradables a las que debe hacer frente un forense. No debía de ser plato de buen gusto tener que abrir literalmente a una persona que esté destrozada por un accidente de tráfico, o que su cuerpo esté en avanzado estado de descomposición. No había duda de que, para el inspector, aquellos médicos estaban hechos de otra pasta.

El pasillo del Instituto Anatómico Forense estaba solo a aquella hora de la mañana. El inspector caminaba junto a su jefe con la mirada perdida, librando una verdadera batalla interior por mantener la compostura y no derrumbarse delante de su superior.

—Gonzalo, espere ahí sentado. Voy a hablar con el forense.

El comisario puso la mano sobre el hombro de Díaz mientras este, atónito y desconcertado, se sentaba en una de las sillas de plástico que había en el largo pasillo. Carlos caminó hacia una puerta al final del pasillo y entró.

Aquella noticia le había impactado tanto, que se quedó con la mirada perdida unos segundos. Cruzó sus manos y apoyando sus codos sobre sus muslos, se las llevó a la barbilla. Aún no podía asimilar la muerte del profesor. A veces la muerte llega cuando menos te lo esperas. Sin duda, la muerte de Valerio atravesó el alma de Gonzalo para siempre y la rompió en mil pedazos. Quizás nadie esté preparado para la muerte de un ser querido, pero al inspector le sorprendió la situación tan extraña en la que estaba envuelta la muerte de su amigo.

Multitud de preguntas empezaron a bombardear su cabeza, haciéndole estallar sobre un mar de dudas. Pensó si su conversación el día de antes, guardaba relación con el peligro que corría, ¿quién podría querer matar al profesor y por qué motivo? Era una persona tranquila, la bondad se le escapaba en cada gesto, en cada mirada, en cada sonrisa. Era un hombre culto, con pocos amigos pero sin ningún enemigo.

Mientras miraba fijamente el suelo desconsolado, el comisario se asomó al pasillo.

—Gonzalo, venga aquí.

El inspector se levantó. Con sus manos se estiró de la camiseta hacia

abajo. Cerró los ojos y respiró profundamente mientras alzaba la mirada al cielo. Intentaba prepararse psicológicamente para ver a su amigo en una fría y solitaria camilla de aluminio. Abrió los ojos y caminó hacia el pasillo. Atravesó el umbral de una puerta blanca y entró en la sala de autopsias. Aquel lugar no podía ser más tétrico. Había dos grandes ventanas desde las que se podía ver la calle, y una interior que permitía ver otro pasillo. En el centro de la sala, se encontraban dos camas metálicas altas, con un grifo en un extremo y con un gran foco colgando de la pared.

En aquella estancia no había familia, ni llanto, ni flores, ni abrazos o besos, tan solo el triste cadáver. A fin de cuentas, cuando la muerte viene a visitarte, la acompañas de manera solitaria, sin familia, cariño, ni bienes.

Sobre una de aquellas camas, se encontraba un cuerpo al que no pudo verle la cara, ya que una figura humana envuelta en un traje quirúrgico, se interponía en su campo de visión.

—Gonzalo, le presento a Luis Aguilar, el médico forense.

Aquel hombre se giró mientras el inspector dudaba si tenderle la mano o no. Tenía unos guantes llenos de sangre y con las manos hacia arriba, las señaló con sus ojos, haciéndole ver a Gonzalo que no era muy agradable estrecharle la mano. Por debajo de aquella mascarilla, se intuía que esbozaba una breve sonrisa.

El agente Díaz movió su cuerpo intentando mirar hacia aquella camilla forense para comprobar si el rostro de aquel señor pertenecía al profesor. Tras unos segundos, consiguió ver la cara de un hombre de unos cuarenta años, moreno, con algunos tatuajes y de pelo largo. Sintió un cierto alivio pues sería bastante desagradable presenciar la autopsia de Valerio.

—Me ha contado el comisario lo de su amigo. Lo siento mucho.

A lo que el inspector solo pudo contestar con un cabizbajo «gracias».

Observó cómo el forense se lavaba las manos. En ese momento, el teléfono del comisario empezó a sonar. Lo sacó de su bolsillo, resopló, descolgó y salió al pasillo. Gonzalo miraba detenidamente a Luis mientras lavaba todas sus herramientas de trabajo. El inspector estaba muy nervioso. La impaciencia y un mar de preguntas comenzaban a apoderarse de él.

—¿Sabe usted cómo lo mataron? —preguntó con mucho interés.

—No. Aún no he podido verlo con detenimiento. Soy el único forense que hay ahora mismo aquí. Villarán está de vacaciones y hasta esta tarde no podré examinarlo.

—Entiendo.

—Pero, ahora mismo son todo hipótesis. Lo cierto es que, a simple vista, no se aprecian grandes signos de violencia.

Miró hacia ambos lados mientras daba pequeños pasos por la sala. Estuvo meditando sobre si sería lo correcto o no y sobre si le afectaría mucho ver a su amigo, pero se armó de valor y preguntó:

—¿Podría verlo?

—Sí. Por supuesto.

Acompañó a Luis hacia una puerta. Al atravesarla, se encontraron en la morgue. Doce grandes puertas de aluminio hacían suponer que eran las cámaras frigoríficas donde guardaban los cadáveres.

El forense se fue hacia una de ellas y la abrió. Tiró de la camilla un poco hasta sacar parte del cuerpo del profesor. Estaba cubierto de una sábana blanca. Luis la levantó y la apartó, dejando ver el rostro del cadáver. En ese momento, Gonzalo se hundió. Lloraba desconsolado dando pequeños pasos por la sala durante unos segundos. La cara de Valerio no mostraba signo alguno de dolor ni de tristeza. Tantos buenos momentos juntos, tantas horas de charla, tantos cafés y tanta amistad que se vieron truncadas. Pensó en la última vez que vio a su amigo. Fue cuatro días antes, en la cafetería de la universidad, cuando fue a visitarlo y desayunar con él. En su mente de amante de la historia y llena de literatura, le propuso al inspector que escribiese una novela. Al principio, se sorprendió y pensó que estaba bromeando.

—¿Una novela? —preguntó—. No me veo capaz.

—Eres un amante de la lectura. Estoy seguro que serás capaz de escribir una novela. Me has enseñado relatos, reflexiones y considero que se te da bien escribir. Además, eres policía, eso te da una cierta ventaja y experiencia. Habrás tenido que vivir situaciones desagradables y otras bonitas y satisfactorias para ti. En cada una de esas situaciones hay personas, hay una historia, hay emociones y sentimientos. Yo podría ayudarte si lo necesitas.

—No sé, no lo veo —se lamentaba.

—¿Y si eres un escritor potencial y no lo sabes? Quizás tenga ante mí al próximo Premio Planeta o al próximo Pérez Reverte.

Gonzalo sonrió mientras pensaba detenidamente todo lo que el profesor le había dicho.

—El próximo Premio Planeta te va a invitar a desayunar —dijo para zanjar la conversación.

El inspector se mostró en un primer momento reacio a la proposición del profesor pero, en aquella misma tarde, comenzó su novela. Estuvo durante largas horas escribiendo y se mostraba ilusionado verdaderamente con este pequeño proyecto. Estuvo hablando con Valerio por teléfono en varias ocasiones para decidir la trama, los personajes y el tipo de narrador. Ahora, la persona que tanto le había ayudado, la culpable de tener una cierta ilusión por escribir se encontraba ante él, tumbada, fría y huérfana de alma.

Lloraba desconsoladamente mientras las lágrimas caían por su rostro y se precipitaban al suelo como si fuesen morteros.

—¡Amigo, qué solo me dejas! —gritaba.

El comisario entró en aquella sala, se fue hacia él y lo abrazó.

—Tranquilo, Díaz. Desahóguese —dijo mientras golpeaba suavemente la

espalda de Gonzalo, intentando consolarle—. Tenemos que encontrar a la persona que hizo esto.

Las palabras de su jefe lo hicieron recomponerse poco a poco. Se secó las lágrimas con sus propias manos e intentó mostrarse sereno.

Carlos lo observaba. En sus ojos se podía ver un dolor inmenso.

—Díaz, ya sabe cómo funciona esto. Toda la información que tengamos puede ser fundamental para la investigación. ¿Sabe si su amigo tenía algún problema o conoce usted a alguien que podría querer hacerle daño?

El rostro del inspector cambió por completo. Supo por primera vez cómo se siente una persona que, inmersa en el dolor de una pérdida reciente, se ve en la situación de tener que contestar a preguntas incómodas, pero también sabía que esas preguntas eran necesarias para la investigación.

—No, que yo sepa no tenía muchos amigos.

—Disculpe la pregunta, pero como comprenderá, tal y conforme apareció el cuerpo, tengo que hacérsela. ¿Sabía si el profesor pertenecía a… no sé… grupos de personas… raras? —preguntó el comisario de manera bastante incómoda.

—¿Una secta?

—Eh… sí… eso es.

—No. Para nada. Comisario, con el debido respeto, me gustaría hablar de este tema en otro momento. Tenemos mucho por hacer—dijo Gonzalo mientras se secaba las lágrimas.

—Sí, lo entiendo. No se preocupe —contestó Carlos.

Se despidieron del forense y caminaron hacia el pasillo. El comisario le ponía el brazo por encima a Diaz, intentando calmar su dolor y angustia.

—Gracias por acompañarme, jefe.

—No tiene que agradecerme nada. Sabe usted que en esta comisaría somos como una familia. Nos apoyamos unos a otros siempre. Por cierto, acabo de recibir una llamada y tengo que anunciarle que a partir del lunes tendrá nuevo compañero.

—¿Nuevo compañero? Ya era hora después de dos semanas.

—Sí, ya sabe cómo van estos temas burocráticos. Por cierto, Diaz, tómese el día libre. Mañana necesito que esté más despejado y continúe con la investigación del robo.

—Se lo agradezco, comisario. Por cierto. ¿Quién va a llevar la investigación de este caso?

—Ortega y Marín.

Capítulo 6

12 de julio de 2006

No solía existir vida social en la ciudad en las primeras horas de la tarde. Durante la sobremesa, el calor era más intenso, el asfalto quemaba y las calles se encontraban desiertas. En el aparcamiento de la comisaría, el *zeta* de los agentes Carmona y Pérez se encontraba arrancado. Tenía aire acondicionado encendido mientras estos esperaban a que en el interior del vehículo hubiese una temperatura adecuada para entrar en él e iniciar el turno de tarde. El agente Carmona era alto, sevillano y con perilla. Solía dar rienda suelta a su amor con la agente Pérez, una mujer rubia, granadina, de pelo rizado y con ojos claros en los que día a día se perdía su compañero y marido. En cierto modo, eran la envidia de la comisaría. Compartían trabajo y hogar y pese a que, para algunas parejas, eso suponía un problema, para ellos era todo lo contrario. «¡Qué mejor compañera de trabajo que tu mujer que es con la que tienes que compartir toda tu vida!», se escuchaba decir al agente Carmona en varias ocasiones.

Gonzalo entró por la puerta de la comisaría y se dirigió hacia su mesa, encendió el ordenador y se sentó. La tristeza de su rostro podía verse desde lejos.

Ana lo observaba desde su escritorio. Se sorprendió bastante al verlo allí. Terminó la última frase de un informe en el que estaba trabajando y se aproximó hacia él.

—Gonzalo, siento mucho lo de tu amigo. Te he escrito un mensaje.

—Gracias. Eh… no lo he visto —contestó dudosamente.

—Ya…

La decepción por la respuesta de su compañero era palpable en la cara de Marín. A pesar de haber sufrido una irreparable pérdida, había notado al inspector un tanto apático desde que le propuso ir al concierto.

—No te esperaba aquí. Pensaba que el comisario te había dado el día libre.

—Sí, pero he preferido venir y avanzar con la investigación.

—¿Estás bien? —se interesó Ana.

El agente Díaz la miró fijamente con aspecto serio.

—Sí. Bueno, acabo de perder a mi mejor amigo, puedes imaginarte cómo estoy.

—Lo entiendo. Si necesitas algo, sabes que puedes contar conmigo.

—Gracias.

Las respuestas breves de Gonzalo hicieron que ella esbozase un ligero resoplo de paciencia y volviese a su mesa.

En ese momento el agente Ortega entró en la sala con dos jóvenes. Uno era alto, moreno, fuerte y vestía un pantalón vaquero y una camiseta azul. El otro era algo más bajo, castaño, con una pequeña cicatriz en la cara y vestía un chándal. Ambos aparentaban unos veinticinco años.

—Marín. Tengo aquí a los dos jóvenes que vieron huir al hombre de la escena del crimen de ayer.

El inspector dio un salto de su silla y levantó la cabeza por encima del ordenador para observarlos.

—Muy bien, vamos a pasarlos a un sitio privado para tomarles declaración. En un momento voy.

Los jóvenes acompañaron al agente Ortega a una sala de la brigada mientras Ana se aproximaba a su escritorio y de su cajón sacó una libreta y un bolígrafo. En ese momento, Gonzalo aprovechó para acercarse a la mesa de su compañera.

—He escuchado que esos jóvenes son los testigos. ¿Podría entrar a escuchar la declaración?

Diaz miró a su compañero. Sus ojos desvelaban compasión y ternura hacia él. Por un lado, no le importaba, pero, por otro lado, el relato de los hechos podía afectarle. Ana se cruzó de brazos y mirando al inspector y preguntó:

—¿Estás seguro? No quiero problemas.

—Sí, tranquila. Puedes confiar en mí. No vas a tener ningún problema.

—Está bien. Por mí no hay problema, puedes estar presente.

Marín acompañó al inspector hacia la sala. Ortega ya estaba sentado tras el escritorio y delante de él, en dos sillas, los jóvenes. Se quedaron en la puerta observando a los muchachos de espaldas. El agente Ortega encendía el ordenador y del cajón del escritorio sacaba una grabadora que colocaba sobre la mesa. Tenía un aspecto pálido y desencajado.

—¿Está todo listo, Ortega?

Ana esperaba una respuesta de su compañero, pero este permanecía inmóvil, con la mirada perdida y con el rostro desencajado.

— ¡Ortega! —repitió—. ¿Sucede algo?

El agente volvió a la realidad de un gran sobresalto.

—No, no… Eh… Puedes empezar —contestó apresuradamente el agente.

La inspectora pasó entre las dos sillas, sacó su móvil y se sentó sobre la mesa del escritorio. Tecleó sobre la pantalla rápidamente bajo la mirada de Gonzalo y comenzó con la declaración.

—Buenas tardes. Soy la inspectora de la Policía Judicial Ana Marín. Ya conocen a mi compañero, el agente Ortega y este es el inspector Díaz. Nos

gustaría que nos diesen información sobre lo sucedido ayer. Ya sabemos que informaron a nuestros compañeros, pero nos gustaría saber algún detalle que se les haya pasado por alto nombrar. Así que, en primer lugar, cuéntenme cómo vivieron los hechos por favor.

El joven de pelo castaño carraspeó y se inclinó hacia adelante.

—Verá, estábamos llegando a la catedral, de vuelta a casa, y escuchamos un grito. Pensábamos que era alguien que se había caído y corrimos para ayudarle. Pero al llegar allí, vimos a un hombre correr por el otro extremo de la plaza. Creo que estaba huyendo. Después nos encontramos a otra persona tirada en el suelo lleno de excrementos de paloma y plumas.

—¿Pudieron ver al hombre que huía?

—No, solo de espaldas. Llegamos por la calle Los Álamos y lo vimos durante unos segundos hasta que desapareció por la calle Carrera de Jesús, es decir, la calle opuesta a la plaza.

—Bien —dijo Ana mientras anotaba en su libreta—. En la declaración que les dieron a nuestros compañeros anoche, dijeron que el hombre vestía un chándal verde y una gorra azul ¿es así?

—Sí, así es, pero tenga en cuenta que era de noche y tal vez pudimos confundirnos de color.

—¿Pueden dar algún dato más sobre algún aspecto de ese hombre?

Los jóvenes se miraron fijamente, y uno de ellos contestó:

—Yo vi al hombre correr, pero no me fijé en su ropa. No sé si llevaba chándal, ni gorra, ni…

—Yo sí —interrumpió el otro—, yo fui el que me fijé en el chándal, pero no me pude fijar en nada más… Bueno… sí… el hombre estaba un poco obeso.

—Entiendo —respondió Ana—. Y el grito que escucharon, ¿era un grito de dolor? ¿De miedo?

—Fue de miedo y diría como de asombro, ¿no? —dijo mirando a su amigo.

—Sí —sentenció el otro joven—, es como si te encontraras… no sé… una serpiente sin esperarlo.

—O un cadáver —añadió la inspectora entre dientes—. Perfecto. Os rogaría que nos dejaseis un número de teléfono, para poder contactar con ustedes en el caso de que necesitásemos algo.

Gonzalo se giró, abrió la puerta con fuerza y se fue pegando un ligero portazo. La declaración había terminado y tenía pocos datos. Solo un hombre de chándal y gorra. Sabía que era muy difícil encontrar a alguien con esa descripción tan pobre. La declaración de los jóvenes no servía prácticamente de nada. Mientras caminaba por el pasillo hacia su mesa, una voz ronca, grave y seca lo llamaba.

—¡Díaz!

La voz del comisario era inconfundible. El inspector se giró y vio cómo en el umbral de su despacho se encontraba su jefe.

—¿Puede venir, por favor?

Caminó hacia el despacho y entró en él.

—Dígame. ¿Qué sucede?

—Pensaba que te había dado la tarde libre —contestó con cierta ironía.

Gonzalo se sentó en la silla frente a Carlos.

—Lo siento, comisario, pero siento que en mi casa pierdo el tiempo. Me he venido para aprovechar la tarde y conseguir avanzar en la investigación.

— Se refiere a la investigación del robo, ¿no? Porque le recuerdo que su caso es el del robo.

Díaz permaneció callado. Era lo mejor. Esa respuesta por parte de su superior no se la esperaba, pero en el fondo sabía que tenía razón.

—Gonzalo, céntrese en su trabajo y deje a Ortega y Marín que trabajen. Le necesito a pleno rendimiento en su investigación. Me consta que usted es una persona culta y según me comentaron a su llegada, es un experto en arte. Por eso le asigné este caso. Quiero que el lunes ponga al día a su nuevo compañero.

—¿Se sabe algo de él?

—Sí. Es el agente Moral. Viene directamente de Ávila, acaba de salir de la Academia de Policía.

—¿Un novato? —preguntó.

—Sí, Díaz. ¿Sucede algo?

—No, nada… pero es que un novato…

El comisario cogió un dossier que tenía sobre la mesa, lo abrió y comenzó a leer.

«Agente Lázaro Moral, treinta y cinco años. Quince años de servicio. Medalla de plata al mérito policial. En su primer destino, siguió a dos sospechosos junto a su compañero y los detuvo. Esos hombres resultaron ser miembros de la cúpula de ETA. También tiene dos medallas de bronce al mérito policial, una por salvar la vida de un compañero en acto de servicio y otra por detener al cabecilla de un grupo criminal de tráfico de drogas y trata de seres humanos en un club de alterne de Bilbao. Ahora que ha ascendido a inspector, ha conseguido ser el número uno de la promoción». Pero bueno, todos hemos sido novatos alguna vez ¿no?.

Gonzalo se quedó en silencio durante unos minutos. Sus prejuicios habían hecho que su jefe le diese un golpe de humildad contundente.

—Sí. Tiene razón, comisario. Lo siento. Pero como comprenderá hoy no estoy de humor.

—Lo entiendo perfectamente, pero tranquilícese. Marín y Ortega son excelentes profesionales y aclararán los hechos.

—Sí, solo espero que encuentren al asesino del profesor pronto.

—Eso va a ser difícil, Díaz —dijo el comisario mientras cogía unos documentos de su mesa—. Lamento decirle que no hay asesino.

El semblante del inspector cambió. No entendía nada.

—¿Qué no hay asesino? ¡Eso no es posible! El cadáver desnudo, los excrementos, las plumas, ¿me está tomando el pelo, comisario?.

—En absoluto. Acaba de llegar el informe del forense y no hay indicios de asesinato. Al parecer, «*la muerte se produjo por un traumatismo craneoencefálico debido a una caída en el lugar de la muerte, por lo que se descarta la muerte violenta, tratándose de una muerte accidental*» leyó el comisario de unos folios grapados que tenía sobre su mesa.

Gonzalo se quedó sin palabras. Intentaba buscar respuesta, pero sabía que los informes del forense eran muy fiables.

—Si no es un asesinato, ¿cómo se explica lo de los excrementos y las plumas? ¿Y lo del hombre de chándal huyendo?

—No lo sé, Díaz, no lo sé. Los compañeros están buscando a la persona que huyó, para que dé explicaciones, pero con la descripción pobre que dieron los únicos testigos, va a ser difícil encontrarla. Lo que más me atormenta del caso es que sus pertenencias estaban a su lado. No le robaron nada. Ni cartera, ni teléfono móvil, ni reloj. Eso sí, el teléfono móvil está vacío. No tiene registro de llamadas, mensajes, ni nada. Se ve que, o su amigo o alguien, borró todo.

—¿No le parece un tanto extraño eso, comisario? Carlos miró a Gonzalo con compasión.

—Díaz, aunque me dijo esta mañana que su amigo no pertenecía a ninguna secta, estas conductas son propias de ellas. Parece algún tipo de ritual, lo sabe ¿no? Quizás pertenecía a alguna secta satánica y usted no lo sabía. De hecho, las personas que pertenecen a este tipo de colectivos, no suelen ir diciéndolo por ahí.

—Sí, lo sé y puede que sea posible pero como ya le he dicho, él nunca me ha comentado nada, ni he visto comportamientos sospechosos por su parte.

—Está bien. Le rogaría que centrase sus esfuerzos en la otra investigación. En la de su amigo, hay poco que hacer de momento.

Salió del despacho del comisario inmerso en una gran decepción y cabizbajo. Se fue hacia su mesa, descolgó el teléfono y llamó al agente Ortiz.

—¿Cómo va la visualización de las cámaras? ¿Tenemos algo?

—De momento no, Díaz.

Colgó el teléfono y buscó en el ordenador información sobre el Santo Rostro, pero unos segundos más tarde, el teléfono volvió a sonar.

—Hola, Gonzalo, buenas tardes, soy el padre Ángel. Perdone que le moleste, pero todo ha sido un susto. Llamo para decirle que el Santo Rostro ha aparecido.

Capítulo 7

12 de julio de 2006

El sol lucía con más fuerza que nunca. Los cipreses altos bailaban al son del tímido viento que soplaba en aquella hora de la tarde.

El silencio era espeluznante. No por el simple hecho de estar en un cementerio sino por la poca gente que pudo o quiso despedirse del profesor.

Gonzalo caminaba detrás del cortejo fúnebre junto con dos mujeres de edad avanzada que cubrían sus ojos envueltos en lágrimas tras unas opacas gafas de sol.

—El Señor se ha llevado a nuestro sobrino del alma —decían lamentándose.

Giró la vista hacia atrás, intentando ver el rostro de alguien que le resultase familiar, pero no tuvo éxito. Su relación con el profesor Valerio era estrecha, pero siempre había sido una persona muy celosa de su intimidad. Sin hijos ni hermanos, el inspector no conocía al resto de la pequeña familia del profesor.

Muchas veces había pensado sobre la muerte y esa forma que tenemos los humanos de despedir a las personas. Incluso las diferentes formas de ceremonia que existían no solo de un país a otro, sino de una ciudad a otra. La muerte se había cruzado varias veces a lo largo de su vida en su familia, en alguno de sus amigos o con la muerte de Alicia, su antigua novia. Sentía cómo en los funerales, los familiares y amigos se reunían para despedir a un ser querido, y se podía palpar cómo ese ser querido estaba presente en ese lugar en cuerpo y en alma. Algo similar pensó en aquel momento. El cuerpo del profesor ocupaba el féretro, pero sentía que su alma estaba fuera, cerca de cada una de las pocas personas que se desplazaron al cementerio para despedirle. Pensó que Valerio estaría orgulloso de aquello. Una ceremonia pequeña, sin muchos asistentes y solo presentes la familia, amigos y algunos compañeros de trabajo, tal y como él hubiese querido.

Un pin con un escudo en la solapa del traje de uno de los asistentes hizo que Gonzalo prestase especial atención al hombre que lo portaba. Tras meditar un poco, descubrió que era el rector de la Universidad de Jaén. Precisamente aquella misma mañana lo había visto en el telediario local dando promoción a los cursos de verano. El inspector intuyó que el resto de acompañantes serían compañeros de profesión de la Facultad de Humanidades de la universidad. El cortejo fúnebre paró delante de un nicho vacío. El

silencio se apoderó de aquel momento. Mientras él rememoraba muchos de los momentos vividos con el profesor, las lágrimas caían por su rostro empapadas de recuerdos y sabor a despedida.

El ataúd fue introducido en el nicho, cual si fuera un túnel a la otra vida, mientras cada uno de los asistentes se despedía del profesor a su manera. Se escucharon rezos y llantos.

Con disimulo miró su reloj. El padre Ángel le esperaba y el tiempo se le echaba encima, pero sentía que tenía que estar allí hasta el final con el profesor. Necesitaba un momento de intimidad con él. Una despedida como solo él se podía merecer. Por eso, esperó a que los familiares recibieran las condolencias de los asistentes y se marcharan.

Gonzalo observó cómo los allegados giraban por la esquina de aquella calle solitaria y lúgubre del cementerio y aprovechó la oportunidad para acercarse al nicho de su viejo amigo.

Se postró frente a él y respiró profundamente. No quedaba nadie en aquella calle del cementerio. Tan solo parecían estar presentes él y su amigo Valerio. Recordó aquella vez que invitó al profesor a su Cádiz natal y le mostró las entrañas históricas de la tacita de plata. El teatro romano, las murallas de la puerta Tierra, la catedral, la torre Tavira, la plaza San Juan de Dios, el Teatro Falla. Sacó su teléfono móvil y buscó en la galería una foto que inmortalizaba el momento en el que el profesor Valerio disfrutaba de una puesta de sol desde la Alameda de la ciudad gaditana. La observó mientras sus ojos comenzaban a brillar de nuevo.

—Vaya manera de irte, amigo. Tan solo tú, tan peculiar como siempre, has tenido que irte así: lleno de misterio y de incógnitas. Ten clara una cosa, no sé qué habrá pasado, pero lo averiguaré. Echaré de menos tu compañía en los desayunos de los sábados, nuestras charlas filosóficas en algún bar mientras el resto de las personas gritaban porque su equipo marcaba un gol, tus recomendaciones literarias y tu ilusión y amor por la literatura y por el arte.

Gonzalo se secó las lágrimas con el puño de su camisa negra y observó a su alrededor. Las flores de alguna corona mostraban salpicones de yeso fresco utilizado para sellar la tumba del profesor. Sobre las bandas de las coronas se podían leer las muestras de cariño que algunas personas quisieron brindarle. «*Tus compañeros de la facultad no te olvidarán*», «*Has sido un amigo ejemplar*», pero hubo una de ellas que le llamó especialmente la atención:

«*Como la hoguera en los bosques, el fuego es tu reino*».

Se quedó durante unos momentos observando aquella corona de rosas blancas y volvió a la realidad. Se situó frente al nicho y estuvo durante unos momentos hablando en voz baja, despidiéndose de su amigo, teniendo la última conversación con él y recitándole algunos versos que guardaba en su memoria.

Aquella despedida se vio interrumpida con el sonido de la alarma que había olvidado quitar, lo que hizo que sacase su teléfono para desconectarla. Miró la hora y comenzó a caminar, no sin antes acariciar la fría placa de escayola que separaba el mundo de los vivos con el de los muertos y sintiendo como si la mano del profesor estuviera en el otro lado de aquella puerta sellada.

Al salir de la calle del cementerio y girar, se topó de frente con una mujer rubia, de ojos claros y de unos sesenta años que se llevó un gran susto tras encontrarse con él que caminaba apresuradamente hasta su coche.

—Lo siento —se disculpó el agente.

Aquella mujer se giró levemente hacia Gonzalo, hizo un gesto con la cabeza y continuó su camino.

El inspector volvió a caminar rápidamente hacia el aparcamiento y se montó en su vehículo. Encendió el motor y el aire acondicionado. Se dirigió al maletero y se quitó la camisa negra para sustituirla por una camiseta roja.

Subió de nuevo al coche, encendió la radio y puso rumbo a la catedral.

«Buenas tardes, espero que se encuentren bien en esta tarde cálida de verano. Soy Fran Oliver y estaremos en la Voz del Sur hasta las siete de la tarde. Como ya saben la ciudad de Jaén ha vuelto a ser noticia hoy. Si ayer le hablábamos del robo del Santo Rostro, hoy les tenemos que contar que una persona ha aparecido muerta en la plaza de Santa María. El hombre, identificado como Valerio Párraga de sesenta y tres años fue encontrado muerto, desnudo y con excrementos y plumas de paloma sobre su cuerpo. Numerosos medios se hacen eco de esta noticia tan peliaguda. La voz de Jaén recoge en su titular «Una muerte bajo la sombra de la Catedral», Ahora Jaén «*Muerte accidental o ritual satánico*», Diario Jaén «*Entre la muerte y el misterio*…».

Gonzalo apagó la radio, introdujo un CD en la ranura del reproductor y comenzó a escuchar *Labios compartidos* de Maná. No le apetecía escuchar cómo la prensa montaba un circo alrededor de la muerte del profesor para vender más. Conducía hasta la catedral, intentó evadirse de alguna manera y durante un tiempo de la muerte de su amigo. Se centró en la llamada que había recibido del padre Ángel. ¿Cómo es posible que el Santo Rostro haya aparecido de pronto? ¿Significaba eso que la persona que lo robó se arrepintió?

¿Dónde lo habrían encontrado? Apretó con fuerza sus manos en el volante mientras intentaba dar respuesta a aquellas preguntas, pero era inútil y una pérdida de tiempo.

Cinco calles antes de llegar a la catedral, un autobús averiado había provocado un pequeño atasco. Gonzalo resopló, miró hacia ambos lados y comprobó que, sobre el suelo del asiento del acompañante, se había caído un libro de poesía que había traído de su última visita a Cádiz. Abrió una de sus

hojas y encontró un famoso poema de Juan Ramón Jiménez. Aquel poema parecía haber estado colocado en ese libro y en ese momento como si de un capricho del destino se tratase, pues le recordaba muchísimo a lo que había sucedido con su amigo el profesor Valerio. Gonzalo lo leyó amenizándose aquella dulce parada.

Y yo me iré. Y se quedarán los pájaros cantando;

y se quedará mi huerto, con su verde árbol, y con su pozo blanco.

Todas las tardes, el cielo será azul y plácido;

y tocarán, como esta tarde están tocando,

las campanas del campanario.

Se morirán aquellos que me amaron;

y el pueblo se hará nuevo cada año;

y en el rincón aquel de mi huerto florido y encalado,

mi espíritu errará nostálgico…

Y yo me iré; y estaré solo, sin hogar,

sin árbol verde, sin pozo blanco,

sin cielo azul y plácido…

Y se quedarán los pájaros cantando.

Capítulo 8

12 de julio de 2006

Gonzalo llegaba a la catedral abrumado por la cantidad de sucesos que había vivido aquel día. Caminaba por la calle Campanas. Era una calle con encanto que bordeaba los viejos muros de la catedral. A lo largo de ella y en el lado opuesto, una hilera de edificios antiguos sobre unos grandes soportales daba cierto prestigio a aquel lugar. Bajo ellos, se situaban diferentes comercios y cafeterías.

El inspector detuvo su camino cuando vislumbró casi al final de la travesía, bajo los soportales y haciendo esquina, un rótulo marrón con letras blancas. «Floristería Pétalos». Se sintió atraído por la cantidad de flores que adornaban el escaparate y no dudó en entrar.

El establecimiento era grande. Supuso que, al estar en pleno centro histórico de la ciudad y cerca de varios templos, tendría un gran volumen de trabajo.

Las paredes de la tienda estaban recubiertas de ladrillo, el mostrador se situaba al fondo y el amplio espacio que había desde la puerta hasta el mostrador era ocupado por una gran cantidad de flores.

Se situó tras una mujer que estaba siendo atendida por la dependienta mientras contemplaba un jarrón de tulipanes amarillos que tenía a su derecha.

La dependienta despachó a la mujer y atendió a Gonzalo. Era una mujer de mediana edad, con ojos grandes y el pelo corto.

—Buenos días, ¿qué desea?

—Hola, quería un pequeño ramo de flores.

—¿Qué tipo de flores? —preguntó la dependienta.

—Pues no sé… estoy un poco perdido.

—¿Es para una pareja?

—Eh… no. Más bien para alguien que se ha ido —contestó el inspector.

La dependienta salió del mostrador y caminó hacia el centro del establecimiento.

—Verá, tenemos muchos tipos de flores, tulipanes, rosas, gardenias…

Díaz miraba a las flores un tanto agobiado. Todas le parecían bonitas y no sabía cuál elegir. La dependienta lo miraba de reojo y sonreía.

—Paqui, te dejo el pedido de Matilde por aquí —dijo un hombre que descargaba de una furgoneta con el nombre de la floristería, unas cajas con flores.

—Vale, cariño —dijo la mujer mientras se acercaba a la puerta—. Cristóbal, no olvides que hay que traer las flores de la boda del sábado.

—Sí. No me cabía más en la furgoneta. Lo traeré ahora.

La dependienta volvió con Gonzalo y pudo observar que seguía indeciso.

—¿Has decidido algo? ¿Necesitas ayuda? —preguntó.

El inspector asintió con la cabeza y la mujer volvió a sonreír.

—¿Qué sentías por esa persona? —preguntó.

No entendía qué sentido tenía esa pregunta para elegir unas simples flores.

—¿Cómo? —contestó dudando.

—Sí. Una manera de elegir la flor adecuada es expresar lo que esa persona significaba para ti. ¿Acaso no sabes que las flores tienen un significado, un lenguaje?

—Bueno, sabía que las flores, según su tipo, se utilizaban para expresar algo, pero nunca me he preocupado en saberlo.

La dependienta esbozó una leve carcajada y comenzó a señalar las flores.

—Mira, esto son crisantemos, representan lo efímero de la vida. Allí tenemos rosas blancas, rojas y rosas, expresan cercanía. Los gladiolos hacen referencia a los recuerdos y los claveles expresan admiración.

Gonzalo arqueó sus cejas y sus labios mostrando cierta curiosidad y pensó durante unos segundos.

—Creo que me quedaré con los gladiolos. Un ramo pequeñito, por favor.

La dependienta se inclinó y cogió cuatro gladiolos morados. Se fue hacia el mostrador y envolvió su tallo en un papel que tenía los datos de la floristería.

El inspector abandonó el comercio, cruzó la calle y subió las pequeñas escaleras de la plaza Santa María. Levantó la mirada y contempló cómo el sol se ocultaba sobre la torre derecha dibujando en la plaza una sombra. Caminó hacia el lugar donde su amigo, el profesor Valerio, había perdido la vida. Se acercó al sitio exacto y se paró durante unos segundos. Se imaginaba a su amigo tendido en el suelo, indefenso durante unos momentos, solitario en las puertas de su amada catedral de Jaén, a merced de la muerte.

Las lágrimas volvieron a aparecer por sus mejillas mientras observó cómo una de las losas de la plaza estaba ligeramente levantada, por lo que supuso que fue con la que el profesor se había tropezado la noche anterior. Se inclinó, se secó con sus manos las lágrimas y tocó el suelo dibujando un rastro húmedo sobre la losa. Aún se podían contemplar los restos del charco de sangre por el que se fue la vida del profesor. Gonzalo olió el ramo de flores y lo dejó en aquel lugar. Se incorporó, se detuvo frente a aquel lugar durante un minuto mientras mantenía una conversación en la más estricta intimidad de su corazón con el profesor y entró en el templo.

Numerosos turistas paseaban por los amplios pasillos de la catedral,

observando tal obra arquitectónica e inmortalizando los numerosos cuadros y esculturas que allí había. El inspector caminaba hacia el lugar donde había estado el Santo Rostro durante tantos años, la capilla mayor, pero cuando caminaba cerca del coro catedralicio, observó a dos compañeros uniformados que lo custodiaban. Uno de ellos tenía barba canosa. Se intuía que estaba cerca de jubilarse. El otro era joven, alto, con grandes ojos y muy delgado.

Gonzalo se acercó a ellos. A pesar de que la comisaría de Jaén no tenía una gran plantilla como en otras ciudades más grandes, el inspector no conocía a muchos de sus compañeros aún.

—Buenas tardes, soy el inspector Díaz de la Policía Judicial. Llevo la investigación del robo —dijo mientras enseñaba su placa—¿Dónde está el Santo Rostro?

El agente con barba se acercó a él.

—Lo tienen en la sacristía, inspector. Estamos aquí evitando que los turistas contaminen el lugar, hasta que venga científica.

—¿Ha aparecido aquí?

—Sí, aquí mismo —dijo el agente señalando un asiento de madera del coro catedralicio que estaba junto a la verja.

—¿Han visto ustedes al padre Ángel? —preguntó.

Mientras preguntaba a aquellos agentes uniformados, el Padre Ángel se aproximaba a aquel lugar abordando al inspector por detrás.

—Gonzalo, buenas tardes. Gracias por venir tan rápido.

—Buenas tardes, padre. Cuénteme, ¿dónde ha aparecido?

—Verá, lo ha encontrado el sacristán. Después de comer, sobre las tres y media, ha abierto la verja del coro y lo ha encontrado. Me llamó por teléfono y nos hemos llevado una alegría. Gracias a Dios el Santo Rostro está aquí con nosotros. El obispo me ha comunicado su enorme gratitud y admiración hacia vuestro trabajo.

—Bueno, padre, no hay nada que agradecer. Al fin y al cabo, ha aparecido solo. Algo que es verdaderamente extraño.

—Sí, lo es. Pero lo importante es que se encuentra aquí, en casa.

—¿Podría hablar con el sacristán?.

—Sí, por supuesto.

El padre Ángel y Gonzalo caminaban hacía una sala donde un hombre de entre cincuenta y sesenta años, muy obeso y subido a una escalera se afanaba en limpiar el polvo a unos candelabros mientras sudaba y jadeaba por falta de aire.

—Juan, baje de ahí un momento. Este señor quiere hablar contigo.

El hombre descendió de la escalera poco a poco, se limpió las manos con un trapo y la extendió hacia Gonzalo.

—Este es el inspector Díaz —dijo el padre Ángel. El agente estrechó la mano a aquel hombre.

—Buenas tardes, soy Gonzalo. ¿Es usted la persona que ha encontrado el Santo Rostro?

—Sí, así es. Esta tarde he tenido que entrar al coro y lo he visto en un banco apoyado contiguo a la reja.

—¿Quiere decir que la persona que lo dejó podría haberlo introducido desde el otro lado de la reja?

—Sí, se puede hacer perfectamente.

Gonzalo se dirigió al padre Ángel y caminaron hacia la capilla mayor.

—Padre, ahora vendrán mis compañeros de la Policía Científica para tomar huellas tanto en el coro como al Santo Rostro. Por cierto, ¿dónde lo tienen?

—En la sacristía.

El sacerdote acompañó al inspector a la sacristía. Al fondo de ella, sobre una mesa con un tapiz rojo, se encontraba el lienzo del Santo Rostro, y junto a él, el marco.

Se situaron frente a él y lo contemplaron en silencio. El inspector observó el marco de orfebrería de oro y diamantes que formaban el cuadro para posteriormente, inspeccionar el lienzo minuciosamente. La cara de Jesús de Nazaret ocupaba el lienzo. Era una cara alargada con una frente amplia y una nariz prominente. Su aspecto era serio y su pelo, largo y moreno.

—Padre, es importante que no toque nadie nada para no contaminar los restos biológicos y las huellas. A pesar de que la reliquia haya aparecido, podemos saber quién quería robarla además de añadir las huellas a nuestra base de datos por si en un futuro damos con el ladrón.

—Vale. Aunque lo importante es que el Santo Rostro está de nuevo con nosotros. ¿No le parece raro que fuercen la puerta para robar el Santo Rostro y no se lo lleven?

—Sí, es un tanto extraño. Quizás, los asaltantes escucharon algo, se asustaron y tuvieron que deshacerse de él.

—Sí, es probable —afirmó el padre Ángel.

El sonido del teléfono del inspector interrumpió la conversación.

—Gonzalo, soy Ortiz. Estamos mirando las cámaras de seguridad y hemos visto algo.

Capítulo 9

12 de julio de 2006

La comisaría se encontraba con muy poca gente a aquella hora de la tarde. Las vacaciones estivales de los ciudadanos hacían que el índice de denuncias y otros trámites burocráticos se desplomasen durante esos días y que las oficinas estuviesen casi desiertas.

Gonzalo llegó a toda prisa, aparcó el coche junto al Audi del comisario y entró. La temperatura del vestíbulo era excesivamente alta. Se dirigió hacia la sala de la Policía Judicial donde el aire acondicionado refrigeraba aquella estancia. Durante los meses de verano, tenía la obligación de mover su mesa hacia un lado ya que estaba justo debajo del aparato refrigerador, lo que le producía dolor de cabeza. Aquel continuo contraste entre la calle y la comisaría, entre el calor más intenso de una ciudad de interior y la temperatura fría de la oficina, hacía que sufriese, en ocasiones, un leve resfriado. Cada vez que una de las olas de calor barría la comunidad andaluza de un extremo a otro, pensaba en su querida Cádiz. No estaba acostumbrado al calor intenso de la ciudad y añoraba los paseos junto a la playa, cuando el viento de poniente le acariciaba la espalda y el agua del mar mojaba sus pies en la orilla.

Pensó por un momento en la puesta de sol de la Caleta, donde multitud de turistas se dan cita cada día del verano para inmortalizar con sus cámaras aquella bella estampa del sol muriendo sobre el horizonte.

Siempre había pensado que ese lugar tenía un cierto embrujo. Cualquier persona podría inspirarse allí. De hecho, muchas veces pudo ver cómo muchos de los autores de carnaval, pintores callejeros, poetas o estudiantes universitarios, aprovechaban el paseo Fernando Quiñones para dar rienda suelta a su imaginación, creatividad o esfuerzo. Ese paseo que se encontraba en uno de los laterales de la playa y que conducía al castillo de San Sebastián era uno de los lugares de obligada visita en sus viajes a Cádiz.

Subió las escaleras y se dirigió hacia uno de los escritorios de comisaría. En él estaba sentado el agente Ortiz, atento a la pantalla de su ordenador.

—Eduardo, ¿qué tenemos?

El agente invitó a Gonzalo a sentarse para visualizar las imágenes de las cámaras de seguridad en un ordenador. Se levantó hacia una de las mesas cercanas y arrastró una silla con gran facilidad, gracias a su gran corpulencia.

Se situaron frente al ordenador y Ortiz buscó el archivo de grabación de

las cámaras de vigilancia, mientras acariciaba su flequillo canoso que evidenciaba sus cincuenta y cuatro años recién cumplidos.

—Por cierto, necesito un ordenador nuevo. Cuando puedas,¿podrías mirarme alguno? —preguntó el inspector—. He estado mirando algo, pero estoy bastante perdido.

—¿Pero no me dijiste que tu cuñado sabía de ordenadores?

—Mi excuñado —matizó Gonzalo—, mi hermana se separó hace dos meses y no, dije que era un «enterado» de ordenadores. Bueno, de eso y de todo —dijo bromeando.

—Bueno, habrás aprendido de tu excuñado a ser un «enterado» —dijo con tono sarcástico.

—¿Ah sí? ¿Consideras que soy un enterado?

—Bueno, siempre te gusta alardear de lo que sabes.

—Sí claro —contestó con una falsa sonrisa.

A pesar de valorar la sinceridad, a Gonzalo no le gustaba que le tachasen de sabelotodo. Su sonrisa fue desapareciendo y fue dibujando un semblante un tanto serio.

—Perdona si te ha molestado —dijo Ortiz al ver el rostro de su compañero con cierto remordimiento.

—No te preocupes, Ortiz, pero lo dicho, este «enterado» necesita un ordenador y, ¿quién me va a aconsejar mejor que un experto informático de la policía?

El agente Ortiz sonrió y giró su mirada hacia la pantalla del ordenador. Inició la reproducción de la grabación. La pantalla se dividía en cuatro imágenes más pequeñas, correspondientes a cada cámara de la catedral. Gonzalo observaba detenidamente a unos centímetros de distancia de la pantalla.

—Estas son las cámaras de seguridad. Las he estado revisando y he visto algo realmente curioso.

El inspector miraba con atención, parecía no haber escuchado lo que Ortiz le decía.

—¿Qué puntos de la catedral graban las cámaras? —preguntó.

—El sagrario, la capilla mayor, el altar mayor y el coro. Tenemos también acceso a otra cámara que hay en la puerta principal, pero la hemos revisado y no hay nada.

Eduardo avanzó la grabación un poco hasta que, en la cámara de la capilla mayor, se podía apreciar a un hombre vestido de negro que portaba una mochila y una gorra. El sospechoso aparecía por la derecha de la imagen.

—¿Puedes ampliarla?

El agente Ortiz pulsó el ratón y las imágenes de la cámara de la capilla mayor pasaron a visualizarse a pantalla completa.

El hombre de la gorra sacó de su mochila una serie de artilugios para

forzar la cerradura de la verja, mientras miraba a un lado y a otro con gran nerviosismo. Gonzalo miraba los movimientos de aquel sospechoso que eran rápidos y muy técnicos.

—Parece que es todo un profesional.

El sujeto se dirigió hacia la caja fuerte del Santo Rostro, y depositó sobre la mesa sus herramientas para forzar tanto la caja fuerte como la urna que albergaba la reliquia de la Santa Faz. Posteriormente extrajo el marco y le dio la vuelta, colocándolo sobre la mesa por la parte de atrás, para abrirlo y coger la lámina. No se apreciaba en sus movimientos ningún indicio de nerviosismo o miedo. Permanecía tranquilo mientras salía de la capilla y observaba el cuadro.

Gonzalo se fijó en él. Parecía ser un hombre corpulento por su complexión y se movía con cierta agilidad. Se detuvo y observó detenidamente el Santo Rostro durante unos segundos y lo agitó con aires de furia. Comenzó a dar vueltas de un lado a otro con cierta desesperación.

—¿Qué está haciendo? —preguntó el inspector.

—No sé. Es un comportamiento un tanto extraño —afirmó Ortiz.

Aquel hombre sospechoso avanzaba por la catedral observando al Santo Rostro hasta que llegó al coro catedralicio. Se quedó quieto observando la reliquia unos segundos. De repente, giró la cabeza hacia la izquierda. Comenzó a enrollar de manera breve el lienzo y se apresuró a dejar la reliquia entre los primeros bancos del coro catedralicio, introduciéndolos a través de la reja de alforja. Después desapareció deprisa del campo de visión de la cámara.

—Parece que gira muy rápido la cabeza. Puede ser que alguien estuviese llegando o escuchase algo…

—No llegaba nadie —sentenció Ortiz—, he revisado la grabación más adelante y no aparece nadie hasta las siete de la mañana. Además, ¿quién va a merodear por la catedral de madrugada? ¿El fantasma del niño de la comunión?

—¿Cómo?

—¿No conoces la historia del fantasma del niño de la comunión? Se trata del fantasma de un niño que merodea entre el ayuntamiento y la catedral. Ese niño, según los testimonios de personas que lo han visto, tiene aspecto de tener entre ocho y diez años y lleva puesto un traje de comunión. Al parecer, se trata de un niño que un año, cuando pasó la procesión del Corpus Christi sobre la calle Campanas, se subió a uno de los muros de la catedral para contemplarla y cayó, produciéndole la muerte instantánea.

—Ortiz, déjate de tonterías. No me creo esas chorradas. Vamos a centrarnos en la grabación. ¿A qué hora se produjo el robo?

—Vale. Espero que no te lo encuentres nunca —dijo Ortiz bromeando—. El robo se produjo a las dos y trece minutos según marca el reloj de la grabación.

El silencio se hizo entre los dos. Mientras Ortiz seguía con la mirada en el ordenador, Gonzalo se mostraba pensativo.

—Bueno, pues supongo que el caso está cerrado. Alguien robó el Santo Rostro y se arrepintió ¿no crees?

—No lo sé —se apresuró a contestar el inspector mientras se encogía de hombros— Es muy raro que alguien se tome la molestia de forzar una puerta de una catedral e intente robar una reliquia de tal magnitud para dejarla allí.

—Es posible. Pero seguramente puede ser que escuchase algún tipo de ruido que le alertase y quizás se asustase y huyese; o quizás se arrepintiese.

—Sí, puede ser, pero sigo manteniendo mi pregunta… ¿quién iba a ser capaz de robar el Santo Rostro y para qué?

Capítulo 10

12 de julio de 2006

La cabeza de Gonzalo estallaba en mil pensamientos y conjeturas sobre lo que había pasado en estos días. La tristeza se apoderaba de él. Echaba de menos al profesor, sus tertulias lingüísticas sobre Lorca, Miguel Hernández o sus conversaciones sobre historia.

Necesitaba una ducha fría. En su cabeza se agolpaban cantidad de recuerdos con su amigo y la necesidad de tener respuestas. A pesar de haber tenido que encargarse de la investigación del robo Santo Rostro, no podía negar que sus ojos estaban puestos en el caso del Valerio. Confiaba sin duda en Ortega y Marín, pero quizás él, que conocía al profesor o al menos así lo creía, podría hacer que la investigación avanzase de manera más eficiente.

Salió de la ducha, se puso un polo azul marino y un vaquero. Se miró al espejo y paseó sus manos por su cabeza. Con tan solo dos movimientos dejó su pelo peinado a su gusto.

El teléfono sonó y mientras parpadeaba pudo leer en la pantalla

«Comisario Carlos». «¿Qué horas son estas de llamar? ¿Este hombre no sabe que tenemos vida fuera de la comisaría?» pensó. Gonzalo se puso serio y atendió la llamada.

—Buenas noches, Díaz, perdone que le moleste. Me he enterado de que el Santo Rostro ha aparecido. Esta tarde me ha llamado el obispo para agradecerme la labor y no he podido llamarle antes.

—Sí, comisario, así es. Al parecer y según hemos visto en las grabaciones, el sujeto que lo robó lo escondió en uno de los bancos del coro catedralicio.

—¿Y quién se toma la molestia de robar el Santo Rostro para dejarlo a escasos metros?

—No lo sé. Es posible que la persona que lo hizo se arrepintiera.

—Entiendo.

—Empezaré a rellenar el informe. Estoy esperando los resultados de científica por si existen huellas de alguien con antecedentes.

—De acuerdo. Pues caso cerrado. Cuando tenga el informe completo, se lo deja a Marisa, mi secretaria.

—De acuerdo, comisario. Por cierto, me gustaría pedirle un favor personal.

—Dígame, Díaz.

—Verá, como mi investigación ha terminado, me preguntaba si era

posible echar una mano a Marín y Ortega en la…

—Díaz —interrumpió—. El comisario soy yo. Ya le dije que se centrase en su investigación y que, a partir del lunes, el agente Moral será su compañero. Buenas noches.

Gonzalo escuchó el pitido que indicaba que la llamada había acabado y con él sus esperanzas de investigar la muerte del profesor. Una rabia inmensa le hizo cerrar su puño y apretar su móvil, aunque verdaderamente su primera intención era estrellarlo contra la pared. Sentía mucha impotencia. El comisario era una persona clara y no le gustaba que nadie se metiese en sus decisiones. Ese clima que su jefe había creado de cierta lejanía con sus subordinados de la comisaría, hacía que fuese una figura respetable dentro del cuerpo policial.

El inspector cogió su cartera y su móvil y salió de su casa. Necesitaba salir a despejarse. Estos días de ajetreo le estaban agotando anímicamente y físicamente, y para colmo la llamada del comisario había empeorado las cosas.

Anduvo durante unos trescientos metros hasta la estación de tren que estaba próxima a su casa, donde se situaba la parada de taxis que solía utilizar para moverse por la ciudad. Al inspector le gustaba conducir, pero en la ciudad era prácticamente imposible aparcar por lo que era asiduo a utilizar el transporte público. Mientras caminaba, el aire fresco de las noches de verano ondeaba ligeramente su camiseta, como si de una bandera se tratase. Cerró los ojos mientras caminaba por una solitaria y ancha acera y respiró profundamente intentando olvidar la tristeza y la rabia. Podía casi sentir el olor a salitre del mar. El ruido del viento meciendo las hojas de los árboles, le hacía creer que estaba escuchando las olas de espuma y sal, golpeando la orilla de la playa.

Abrió los ojos y continuó caminando. Cuando llegó a la parada, se encontraba vacía. No había ningún taxi pero, al mirar a su derecha, pudo comprobar que se acercaba uno.

Era un vehículo antiguo. Por su matrícula, Gonzalo supuso que sería del año 91. Mientras iban camino al centro por las avenidas solitarias de Jaén, el conductor del taxi intentó sacarle conversación a Gonzalo.

—¿Lleva mucho esperando en la parada? —se interesó el taxista.

—No.

—Es que con la huelga de taxis, somos pocos los valientes que nos arriesgamos a trabajar.

El inspector no prestaba apenas atención a las palabras del taxista. Necesitaba una copa de vino y olvidar la conversación del comisario que tanto le había cabreado.

—Qué poca gente hay en la ciudad en verano —añadió.

—Sí —contestó fríamente.

Miraba por la ventana, sin ganas de entablar una conversación. Prácticamente inundado por preguntas que se le agolpaban en la cabeza y cabreado.

—¿Va usted al espectáculo flamenco de la Peña?

—No.

—Pues le recomiendo ir, suelen hacer espectáculos varios días a la semana y hoy precisamente hay varias actuaciones buenas.

El taxista miró por el retrovisor. Aquel hombre obeso con bigote comprendió o que Gonzalo era un hombre parco en palabras, o que le sucedía algo. Se hizo un silencio incómodo que acabó cuando el conductor encendió la radio.

Gonzalo se bajó del taxi en la plaza de la Constitución. Una plaza de grandes dimensiones situada en pleno centro histórico de la ciudad. Anduvo unos metros y se sentó a cenar en una terraza cercana. Una copa de vino lo hizo evadirse poco a poco. No solía beber alcohol y el vino no era su bebida favorita, pero le recordaba inevitablemente a su tierra. Aquella tímida brisa con olor veraniego le transportaba a su Cádiz natal y aquel vino tinto manchaba sus labios con sabor jerezano.

Cuando se bebió el último sorbo de vino, dejó la copa sobre la mesa y se levantó de la terraza de aquel restaurante con ganas de dar un paseo nocturno. Mientras recogía parte del cambio, lo guardaba en su pequeña cartera de cuero y le dejaba una insignificante propina al camarero, observó sobre una pared de la acera de enfrente, un cartel de una fiesta flamenca. Supuso que era la actuación de la que el taxista le habló y decidió ir.

Caminó hacia la Peña Flamenca, teniendo que pasar inevitablemente por una de las calles laterales de la catedral. Gonzalo caminaba con la mirada en el suelo, evitando ver el lugar donde perdió la vida su amigo, el profesor Valerio.

Giró hacia la calle Maestra donde, justo al final de ella, se encontraba la Peña Flamenca. El inspector comenzó a sentir un breve vuelco en el corazón. No se había percatado hasta que no estaba a escasos metros y vio la gran puerta de madera, que iba a pasar junto al domicilio donde vivía su amigo.

El edificio Entrearenales era un edificio muy genuino situado en la emblemática calle Maestra entre locales de restauración y tiendas de souvenirs.

El inspector no pudo evitar pararse frente a aquella gran puerta marrón, la que tantas veces había cruzado para visitar a Valerio. Le invadía una necesidad inmensa de llamar al timbre del piso, con la esperanza de que contestase al otro lado del telefonillo.

Miró hacia el cielo, como si estuviese conversando en silencio con él durante unos segundos y volvió a caminar hacia la Peña Flamenca. Cada vez escuchaba con más claridad y con cada paso que daba los toques de palmas, el

ritmo y los acordes de la guitarra, el ritmo del cajón, los *quejíos* del cantaor y el taconeo sobre el escenario. Parecía una casualidad que ese preciso día, cuando parecía todo torcido y cuando le invadía por dentro una profunda tristeza, una serie de olores y sonidos lo transportasen a la ciudad gaditana con una facilidad inmensa.

Capítulo 11

12 de julio de 2006

La Peña Flamenca de Jaén era un lugar muy peculiar. Gonzalo había pasado varias veces por la puerta cuando iba a visitar al profesor, pero nunca tuvo la oportunidad de entrar. Siempre le había llamado la atención aquel local. Quizás la peña fuese ese trocito de su tierra que florece en Jaén a través del flamenco o quizás fuese uno de esos sitios de los que pretenden hacer negocio con cualquier cosa y que no deja de ser un garito cutre que vende un estilo de flamenco que ni siquiera podría considerarse flamenco. De hecho, Gonzalo siempre comentaba en sus visitas a su Cádiz natal, que se sentía raro viviendo en Jaén y que quizás sea la provincia menos andaluza y más castellana de la comunidad andaluza. Lo cierto es que, cuando entró en la Peña Flamenca, se llevó una notable sorpresa.

Al atravesar sus puertas verdes, ya se podía escuchar de fondo los sones flamencos de la Perla de Cádiz que salían del hilo musical. La calidad del sonido era tan buena que había pensado momentos antes de llegar, que las actuaciones ya habían dado comienzo.

Se detuvo en el umbral de la puerta y contempló con atención cada minucioso detalle de aquel local que no tenía nada que envidiarles a las peñas de flamenco de lugares como Cádiz, Jerez o Sevilla.

Un escenario presidía aquel lugar y sobre él, una guitarra con la cejilla al quinto traste, dos sillas de madera y mimbre de color verde y un sistema de micrófonos que hacían presagiar que el espectáculo iba a comenzar. El escenario se encontraba a un metro de altura y sus paredes estaban revestidas de madera.

A los pies del escenario y repartidas prácticamente por todo el local, se situaban numerosas sillas y mesas de color verde y rojo decoradas con florituras y adornos pintados. Entre algunas de ellas, unas vigas de hierro de color verde daban cierta personalidad al lugar. Sobre las paredes del local, se encontraban diferentes cuadros con imágenes de figuras de importante trascendencia en el flamenco andaluz como Pericón, la Perla de Cádiz, Juanito Valderrama, Antonio Mairena o Camarón.

Gonzalo buscaba con optimismo un sitio cercano al escenario, pero resultaba imposible. Todas las mesas estaban ocupadas, por lo que decidió irse a la barra para poder ver el espectáculo desde allí.

Una vez allí, una joven de unos veinte años se le acercó para atenderle.

Gonzalo pidió un rioja y mientras se lo servía, observó de nuevo aquel local que tanto le recordaba a la Tacita de Plata.

Se palpó el bolsillo de sus pantalones buscando su cartera para pagar. Unos aplausos y los primeros acordes de la guitarra empezaron a sonar. El inspector observaba cómo aquella joven camarera llenaba su copa de vino a la vez que el presentador del espectáculo agradecía al público su asistencia y anunciaba la primera actuación. Se giró, cerró los ojos, puso los labios sobre la copa de vino y le dio un sorbo. Necesitaba aislarse por un momento entre el sonido flamenco de la guitarra y un buen vino.

Siempre le había llamado la atención la guitarra. Ese instrumento era capaz de emitir sonidos y melodías tan variados, que le parecía fácil. A pesar de que el trabajo no le dejaba mucho tiempo para dedicarle a la guitarra, Gonzalo se defendía. Cuando era joven le encantaba pasear por Cádiz con su guitarra a la espalda y pararse en algún rinconcito del paseo marítimo para tocar algo.

Lo cierto es que aquella guitarra sonaba diferente, a flamenco puro. Un sonido que solo pueden sacar los virtuosos del instrumento.

Gonzalo se quedó ensimismado viendo cómo aquel guitarrista, solitario en el escenario, atraía la atención del público mientras ejecutaba una obra compleja de manera sublime.

La bulería que estaba sonando duró un suspiro para él y seguramente para el resto de público, que aprovechó la finalización de la pieza para levantarse y brindar una cálida ovación al guitarrista, que agradeció el afecto del público levantándose.

—¡Qué maravilla! —dijo aplaudiendo con efusividad.

Se fijó en el guitarrista. Tenía el pelo largo y su melena cubría su rostro y caía por su espalda y sus hombros. Tras la ovación, se volvió a sentar, retiró el pelo de su rostro con sus manos y descubrió su moreno y joven rostro.

—¡Pero si es un niño! —dijo.

—Un niño no —dijo una voz grave y cercana—, tiene ya dieciséis años.

Gonzalo giró su mirada y junto a él había un hombre moreno de piel, con camisa blanca, un tanto obeso y con un vaso de cerveza en la mano. El hombre se giró hacia el inspector con una sonrisa.

—Es mi niño.

Veía en sus ojos un orgullo inmensurable. Le devolvió la sonrisa.

—Pues es muy bueno.

—Sí. Le regalé una guitarra cuando tenía seis años y la tocó un par de veces, pero prefería el fútbol. Una vez se lesionó, la vio en su habitación y estuvo practicando un poco. A los tres días, me dijo que quería ser guitarrista.

—Bueno, al final se le da bien la guitarra.

—Sí, pero ha sido a base de esfuerzo y dinero. He estado varios años llevándolo durante el verano a Córdoba para que diese clases con el gran

Manolo Sanlúcar.

—¡Vaya!, eso es todo un privilegio.

Aquel hombre presumía de hijo por todo el local. Le recordaba al típico padre que va a ver a su hijo jugar al fútbol y alardea de él porque es el mejor del equipo.

La guitarra volvió a sonar. Durante la conversación el escenario había sido ocupado por un hombre al cajón flamenco, dos mujeres a las palmas y otra mujer que, por la posición del micrófono, era la que iba a cantar. En el centro del escenario, una esbelta figura con un traje con motivos flamencos, se encontraba de espaldas al público preparada para empezar a bailar.

Los acordes de la guitarra empezaron a sonar por bulerías y tras los primeros compases, el cajón y las palmas se unieron formando una simbiosis musical magnífica.

El sonido del taconeo de un baile flamenco hizo que su corazón empezase a acelerarse, su piel a erizarse y a sentir la música con el alma, como siempre le sucedía cada vez que escuchaba música en directo.

Volvió a pedir otro vino y se mostró impaciente mientras se lo servían. No quería perderse ningún detalle de aquella actuación. Terminó de saborear el primer trago y se giró hacia el escenario. Contempló durante unos segundos aquella bella estampa andaluza pero sus ojos se centraron en aquella bailarina que, de espaldas, dibujaba con sus manos y el movimiento de su cuerpo, lo que aquella bulería transmitía.

Los movimientos de sus caderas y su vestido parecían peinar el viento con delicadeza y suavidad.

Su pelo recogido brillaba con cualquier movimiento, y el vestido rojo le dejaba descubierta aquella espalda por donde le rozaba en cada movimiento un mantón de manila negro.

Se hizo la oscuridad y un foco de luz se centraba en ella. Gonzalo la miraba embobado. Parecía que el local estaba vacío y que solo estaban en ese lugar la bailarina, él y el flamenco más puro. Esos movimientos de muñeca al compás de aquella guitarra estaban haciendo que Gonzalo perdiese la cordura.

De repente, aquella mujer en un movimiento se giró. Su cara desbordaba pasión y sentimiento por cada giro y cada posición que tomaba. Sus caderas y piernas envueltas con aquel vestido rojo, realzaban su esbelta figura, el carmín de sus labios deslumbraba a cualquiera que la mirase como Gonzalo la miraba. Y aquellos ojos negros en los que Gonzalo comenzó a perderse eran inconfundibles. Era Ana.

Capítulo 12

12 de julio de 2006

La actuación de Ana duró un suspiro para él. Era incapaz de contar las canciones que habían bailado sobre el escenario pues durante la actuación, perdió la consciencia del tiempo bajo el hipnótico baile de su compañera. Se sentía extasiado. La actuación le había dejado maravillado tanto por la ejecución en conjunto, como por la plasticidad de la escena y, sobre todo, porque no se esperaba ver a su compañera sobre el escenario.

Los asistentes comenzaron a aplaudir y Gonzalo se sumó a esa ovación de una manera intensa y efusiva. Desde lejos, vio cómo la inspectora bajaba por las escaleras del escenario cogiéndose la falda del vestido para evitar caerse. Caminaba entre la multitud que le daba la enhorabuena por su actuación e incluso algunas personas aprovechaban la ocasión para inmortalizar el momento con una fotografía. Tras saludar y atender al público, se aproximó al otro extremo de la barra para pedir una copa de vino, momento que no quiso dejar escapar para acercarse a ella.

—No sabía que bailabas flamenco —dijo abordándola con sorpresa por la espalda.

Ana se giró, se sorprendió gratamente y le dio un enérgico abrazo.

—¡Yo tampoco sabía que te gustaba el flamenco!

—Pues sí, aunque soy más de jazz —bromeó Gonzalo- en serio, no sabía esa faceta tuya. Ni mucho menos que fueses famosa.

—Jajaja no soy famosa, simplemente bailo de vez en cuando por aquí. La gente que suele venir con frecuencia me conoce.

—Vaya. Me ha sorprendido mucho. No me esperaba ver un local así en Jaén y mucho menos una actuación de tanta calidad.

—¿Tú crees que fuera de Cádiz no existe el flamenco, querido amigo? —dijo bromeando—. Mi abuelo era un cantaor muy popular aquí y venía a la peña con él desde que era pequeñita.

—¡Qué interesante! Pues tengo que decirte, querida amiga, que mi hermana también suele bailar flamenco en algunos tablaos gaditanos.

—¿Ah sí? Pues quizás sería una buena idea que me invitases un día a Cádiz y me enseñases los rincones más conocidos de flamenco —dijo Ana mientras miraba a su compañero paseando su dedo por el canto de su copa de vino—, y de paso, conozco a tu hermana.

—Es posible que lo haga. Ya sabes que Cádiz es la cuna del flamenco.

—¿Y del carnaval, no es así? —añadió ella.

—Y de la libertad. Yo he salido en algunas agrupaciones juveniles de carnaval hace años. Cuando conseguí por fin ser policía lo tuve que dejar.

—Vaya, no sabía que eras chirigotero.

—Comparsista, más bien —aclaró.

—Entonces, cantarás muy bien.

—No te creas, me defiendo, pero yo me dedicaba a tocar la guitarra.

—Ah ¿sí? ¿Y cuándo me vas a dar un concierto? La guitarra es mi instrumento favorito.

Gonzalo comenzó a ponerse un poco nervioso pero aquel vino ya estaba haciendo efecto en su cuerpo. No podía dejar de mirar los labios de Ana y aquellos ojos negros. Su mirada cada vez era más penetrante. Miró al suelo. Sujetaba su copa con una mano y la otra se la llevaba al bolsillo, mientras se encogía de hombros.

—Pues no sé, si quieres puedo invitarte a casa y nos tomamos una copa allí.

—¿Me estás proponiendo una cita? —preguntó la inspectora.

—No, te estoy proponiendo asistir a mi concierto —contestó bromeando.

Los dos sonrieron. Sabían que detrás de esas palabras había algo más. Ella lo miró mientras se tomaba el último trago de su copa.

—Me parece bien, pero antes tengo que cambiarme.

—No tengo prisa. Te espero aquí.

Sus ojos se clavaron en los de él de nuevo durante unos segundos. La música sonaba de fondo, pero parecía que, en aquel lugar por un momento, no existían acordes, ni flamenco, ni personas, solo ellos dos.

—Eso espero, que no rehuyas como siempre —contestó con tono irónico.

Se dio la vuelta y caminó. Gonzalo aprovechó la ocasión para mirarla mientras caminaba. Verdaderamente aquel traje de flamenca negro y rojo se ceñía a la esbelta figura de su compañera. El inspector miraba hipnotizado el vaivén de los volantes de su vestido, mientras alzaba la mirada por sus caderas.

Contemplaba aquella bella estampa cual si fuera una puesta de sol en su Caleta. Hasta que, igual que el sol se pone, Ana desapareció de su vista.

«Qué mujer tan bella» pensó. Quizás los primeros días en la comisaría no le permitieron al inspector fijarse en su compañera. Quizás, con conocerse todos los nombres de sus compañeros, el papeleo burocrático y el hacerse a esa nueva ciudad no tuvo tiempo para mucho más. Pero lo cierto es que siempre le había llamado la atención esa belleza tan sofisticada y a la vez particular de Ana.

El agente Díaz se volvió a la barra y pidió la cuenta. Mientras se la servían, observaba con detenimiento los cuadros que adornaban aquella peña y los carteles de los numerosos eventos que se han realizado durante tantos

años.

Un anciano camarero de pelo blanco y con un trapo colgado del hombro puso sobre la barra un ticket y Gonzalo sacó la cartera para pagarle.

—Quédese con el cambio —le dijo al camarero. Aquel camarero sonrió y lo miró.

—Tienes mucha suerte, joven.

—¿Cómo dice? —preguntó extrañado.

—Que tienes mucha suerte —repitió—. Llevo trabajando aquí cuarenta años y he visto pasar por aquí muchos artistas. Algunos mejores y otros peores. *Bailaores, bailaoras* y guitarristas que venían siendo artistas y otros, que se han ido forjando aquí, pero nadie como Ana. Algunos transmiten vitalidad y alegría, pero ella la tiene. La he visto crecer aquí desde niña. Aún recuerdo cuando entró de la mano de su abuelo por primera vez. Tendría unos cinco años y empezó a bailar tan solo con escuchar la música. Le tengo un gran aprecio. Puedes sentirte afortunado.

Gonzalo miró a aquel camarero sorprendido, no le salían las palabras y sus nervios hacían que quisiese salirse de aquella situación embarazosa a toda costa.

—Señor, somos solamente amigos —aclaró.

—Sí, ya. Eso decía yo cuando conocí a mi mujer, pero sabía que en el fondo no era así.

El camarero se giró y el inspector se quedó pensando en lo que aquel hombre le había dicho mientras guardaba su cartera en su bolsillo trasero. Terminó de saborear el último trago de vino y puso sobre la barra la copa vacía. Continuó observando aquellos carteles. En uno, justo a su derecha, pudo reconocer a Ana así que se acercó a mirarlo de cerca. Sacó su móvil y tomó una foto. Contempló de nuevo el cartel y después, durante unos segundos, la imagen en su teléfono.

Abrió la aplicación de mensajería y comenzó a escribir un mensaje a su hermana:

«*Raquel, he conocido a una chica que baila flamenco. Te diría que baila tan bien como tú, aunque eso es verdaderamente difícil porque mejor que tú no hay nadie*».

Envió el mensaje, pero el icono de la aplicación de mensajería le hizo ver que había un problema de cobertura. Extendió su brazo hacia arriba y movió su teléfono móvil de un lado a otro, buscando señal.

Marín salió del vestuario y lo miró desde lejos con una sonrisa en su boca.

—Deberías practicar mejor la técnica de los *selfies* —bromeó—, veo que se te da un poco mal.

—Jajajaja, es que creo que no tengo cobertura y no se envían los mensajes. Le había mandado uno a mi hermana —dijo mientras miraba el

móvil.

Gonzalo bloqueó su teléfono y miró a Ana. Las pupilas de sus ojos involuntariamente se dilataron al ver cómo su cambio de ropa había favorecido, aún más si cabe, su gran atractivo.

Una falda negra se ceñía a sus marcados muslos e invitaba a mirar sus espectaculares piernas. En sus pies, unos zapatos de tacón azules realzaban su figura y una camisa blanca inmaculada con un escote vertiginoso daba luz y claridad a su sonrisa. Su pelo ya no estaba recogido. Una melena caía en forma de cascada por un lateral de su cuerpo mientras el otro lado dejaba ver la más enigmática de las bellezas en su rostro. Sobre su hombro, colgaba un bolso negro de cuero de dónde sacó su teléfono.

—Si es importante, puedes usar el mío —dijo ofreciendo su teléfono móvil a su compañero.

—No tranquila, no es importante.

—Como quieras.

—O quizás sí —añadió el inspector entre dientes.

—¿Has dicho algo?

Capítulo 13

13 de julio de 2006

La temperatura de aquella noche veraniega en Jaén era agradable. A esas horas de la madrugada, existía un silencio sepulcral por las calles. Solo se escuchaba el taconeo de los zapatos de Ana y las risas cómplices de ambos.

Gonzalo abrió la puerta de su piso y la invitó a pasar.

—Estás en tu casa —dijo el inspector.

Cerró la puerta mientras ella observaba con detalle el salón. Un mueble blanco ocupaba toda la pared izquierda junto con un televisor de grandes dimensiones. El suelo era marrón y las baldosas tenían aspecto de madera. A la derecha, un sofá gris y una mesa de baja altura completaban el mobiliario de la estancia. Ana contempló desde el vestíbulo el cuadro que había colgado en la pared sobre el sofá. Era una imagen panorámica de Nueva York donde se podía contemplar el puente de Brooklyn sobre el East River y justo detrás, los edificios emblemáticos que se erigieron sobre Manhattan.

—Me encanta este cuadro —dijo la inspectora—. ¿Has estado alguna vez en Nueva York?

—No, me gustaría ir. Es uno de mis destinos pendientes.

—¿Ah sí? ¿Y qué más destinos tienes pendientes?

—Pues París, Alemania e Irlanda.

—¿Irlanda? Yo tengo a un amigo allí, aunque desde que se fue prácticamente perdimos la comunicación. A mí me gustaría visitar París también. Me parece una ciudad mágica.

Ana atravesó el salón y se dirigió hacia el balcón. Abrió la puerta y posó sus antebrazos sobre la barandilla mientras Gonzalo se dirigía a la cocina. La luna llena de julio brillaba con más fuerza que nunca y una suave brisa movía su melena. Contempló el parque del Boulevard, una zona de grandes dimensiones con una enorme fuente y zonas verdes que se situaba bajo el balcón.

El inspector entró con dos copas de vino en la mano y, sonriendo, le ofreció una a Ana.

—Estas vistas son preciosas.

—Sí, no lo pongo en duda —añadió él con cierto flirteo mirando a los ojos de su compañera.

Marín sonrió. Bebió de su copa y miró hacia el horizonte.

—¿Te gusta Jaén?

—Sí, bueno… Es una ciudad muy agradable, encantadora. No es gran cosa. Es muy diferente a Cádiz en sus paisajes obviamente y también en la forma de ser de la gente, pero bueno, también me gusta.

Ana sacó su teléfono móvil e inmortalizó con una foto aquel lugar. Él observaba cómo ella miraba la foto del móvil con detenimiento.

—¡Qué foto más bonita!

—Bueno, si saliésemos nosotros estaría mejor —dijo Gonzalo sonriendo.

La inspectora no lo dudó. Extendió su brazo y realizó la foto mientras sacaban la mejor de las sonrisas.

—Mándamela cuando puedas.

La luna iluminaba la cara de ambos y se miraban fijamente. El brillo de los ojos del inspector hacía presagiar que podría ser una buena noche.

—No sé si será el vino, pero me estás sorprendiendo bastante —dijo Ana.

—Y eso, ¿por qué?

—No sé, siempre has estado distante conmigo. Muchas veces, en el trabajo, parece que huyes de mí, otras veces me contestas de manera seca… no sé.

Gonzalo hizo un gesto de asombro. No se esperaba aquel comentario en ese preciso momento.

—Pues no sé. Yo no lo percibo así. Quizás sea el exceso de trabajo. Además, han sido unos días duros —dijo intentando esquivar de alguna manera la pregunta.

—No. No me refiero a estos días, que entiendo que sean duros. Me refiero desde que llegaste a comisaría, y me da la sensación de que solo es conmigo.

—No creo que eso sea así. Quizás sean percepciones tuyas. A la gente siempre le parezco serio como primera impresión.

—Ya… bueno, ¿y cómo te sientes? —preguntó Ana de manera interesada e intentando cambiar de conversación.

—¿Te refieres al asunto del profesor?

—Sí —aclaró.

—Pues mal, ha sido una pérdida irreparable y más en esas circunstancias. Todo el asunto es muy raro, pero las pruebas son las pruebas y no hay nada.

—Bueno, te lo dije y te lo repito: ya sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites.

Gonzalo le sonrió durante un momento.

—Lo echo mucho de menos, ha sido el único apoyo que he tenido aquí y compartíamos muchas aficiones.

El inspector miraba hacia abajo visiblemente emocionado mientras ella se abrazó a él para consolarlo.

—Bueno, no es momento de ponerse tristes. Estoy esperando el concierto.

Diaz sonrió y fue hacia su habitación para coger la guitarra. Había olvidado que una de sus cuerdas estaba rota y cogió la vieja guitarra que guardaba en su armario.

Salió al balcón con una guitarra que, debido al color y el estado de la madera, parecía estar bastante usada. Tenía un desconchón grande bajo el aro y una pegatina de Camarón pegada sobre la unión del diapasón con el cuerpo de la guitarra.

—Me gusta mucho Camarón, pero tienes que reconocer que una pegatina de Camarón en una guitarra da mala imagen para un policía —dijo Ana bromeando.

—Esta guitarra es de mi adolescencia. Le tengo especial cariño.

Me la regaló mi tío Miguel con su primer sueldo de policía.

Gonzalo comenzó a tocar y a afinar, tensando las cuerdas mediante el clavijero dorado que lucía la guitarra. Tocó un par de acordes, respiró profundamente y comenzó a entonar un pasodoble de carnaval de la comparsa Los Americanos de Juan Carlos Aragón.

Hay amores que nacen en primavera
hay amores que estallan en carnavales
hay amores malditos pero inmortales
y malditos amores que ojalá no hubieran
y amores que se mueren y resucitan
que lo mismo cautivan que te desatan
y si es verdad que hay amores que matan
seguro no habrá nunca muerte más bonita.
Pero hasta los amores ya se van con estos tiempos
y estos tiempos que saben de amores
que son más fuertes que el viento
o será que los tiempos de ahora han tenido la suerte
de fabricar sin dolores
amores más blandos y vientos que soplan más fuerte
por lo menos, ya la muerte
no será de un mal de amores.
Pero el tiempo más grande que hay es el del amor,
si es amor infinito

y yo que lo tengo no lo cambio
ni por otro amor ni por un continente
no lo cambio porque en este mundo
no hay nada más puro que pueda encontrar
y aunque a veces me haga ser esclavo tampoco lo cambio por mi libertad
si la muerte, tiene que llegarme un día
a Dios le digo que me lleve entre sus brazos que si muero por amor
me sobrará la otra vida.

Los ojos de Ana brillaban cada vez más y la sonrisa de admiración que se dibujaba en su cara, permitía ver hasta la parte de su blanca dentadura más oculta.

—¡Qué bonito, Gonzalo! —dijo mientras se fundía en un especial abrazo con su compañero.

El balcón, las vistas al parque, la brisa veraniega bajo las estrellas, las dos copas de vino y que el inspector le cantase a un palmo de distancia de sus ojos, convirtieron aquel momento en una noche idílica, bohemia y especial.

El abrazo se prolongó durante unos segundos mientras los dos deseaban que esos segundos fueran eternos. Se volvieron a mirar fijamente, sus cabezas se buscaban lentamente hasta que sus labios terminaron encontrándose, finalmente se besaron.

Los labios de ambos se mezclaban, se mordían y se lamían. Gonzalo comenzó a pasear su lengua por el cuello de su compañera mientras sujetaba su cabeza con las dos manos. La inspectora respiraba profundamente. Cogió la mano de ella y la condujo a su dormitorio mientras se besaban y reían a lo largo del estrecho pasillo. Marín fue desabrochando la camisa de su compañero mientras mordisqueaba sus labios y cuando llegaron al dormitorio le empujó hacia la cama.

Lo miraba con deseo mientras se iba desabrochando lentamente los botones de su camisa, dejando entrever sus bellos pechos. Deslizó su falda por sus largas y finas piernas y se quitó aquellos tacones azules.

Se puso de pie y mientras se aproximaba a ella, se mordía los labios, y con pasión y fuerza, la empujó hacia la pared. Comenzó a besarla y a recorrer algunas partes de su cuerpo. Su lengua pasó por aquellas pequeñas orejas y bajó por su vertiginoso cuello. Continuó por su pecho hasta su vientre a la vez que Ana gemía de placer.

La cogió con fuerza y le dio la vuelta, poniéndole las manos contra la pared. Le echó el pelo hacia el otro lado de la mejilla y comenzó a

besarle el cuello mientras sus manos recorrían el pecho de ella y se deslizaban por su cuerpo hacia sus caderas. Ella cerró los ojos. Las manos del inspector se desprendían de la ropa interior de ambos. Se dejó llevar. Los labios de Gonzalo recorrían todo su cuerpo, y las siluetas de los dos se reflejaban en la pared de aquella habitación con la luz cálida de una lámpara sobre la mesita de noche. El inspector volvió a girar el cuerpo de su compañera para obtener su mirada frente a frente y, de un impulso, la cogió de sus muslos para llevarla a la cama.

Capítulo 14

13 de julio de 2006

Los rayos del sol atravesaban la ventana de la habitación de Gonzalo. Las sábanas cubrían los cuerpos desnudos de ambos que permanecían abrazados y durmiendo profundamente. La brisa entraba moviendo las cortinas y parecía peinar el pelo de Ana. La noche había sido larga, especial y llena de pasión. De repente, el timbre sonó. El inspector abrió los ojos con cierta dificultad puesto que le molestaba la claridad de la luz en la habitación y el vino de la noche anterior comenzaba a hacer estragos en su cabeza a base de dolor resacoso. Se puso un pantalón y fue a abrir la puerta.

La inspectora se despertó cuando su compañero salía de la habitación. Extendió sus brazos hacia arriba como gesto de haber dormido bastante bien y se incorporó sentada al borde de la cama. Observó la habitación de Gonzalo. La pasión de la noche anterior, los besos, las caricias y el sexo le habían hecho parecer que en esa habitación solo había una cama y dos cuerpos sedientos de pasión.

Contempló con sumo detalle el tocadiscos, los discos, la guitarra y prestó detalle a todo aquello que no pudo hacer antes.

Se puso de pie y revisó algunos libros y discos. Sobre la mesa del escritorio observó un cuadro con una imagen de la playa de la Caleta con un texto escrito a bolígrafo.

«Cuando la nube te roza
Y la noche cae temprano
Quisiera darte mi mano
Mientras mi mirada goza
Y el pensamiento destroza
Vivo como en otro mundo
Más lejano, más profundo
Con el recuerdo vivido
Hoy, solitario y perdido
Cual si fuera un vagabundo».

Ana sonrió al ver aquella poesía y se dirigió hacia el salón. Se

sentó en el sofá mientras él apareció con café y tostadas en una bandeja roja.

—Buenos días. ¿Qué tal has dormido?

—Fenomenal. Tu cama es muy cómoda —dijo volviendo a estirar sus brazos.

Gonzalo dejó la bandeja sobre la mesa y se sentó al lado de ella.

—¡Vaya desayuno! Eres muy detallista.

—Bueno, me gusta ser buen anfitrión, aunque no suela venir mucha gente.

La inspectora sonrió con gesto de desconfianza.

—Seguro que vendrá mucha gente. ¿O me vas a decir a mí que soy la única chica que traes a tu casa?

—Pues la verdad es que no. También ha estado mi hermana, pero nada más.

—Sí claro —contestó con cierta ironía.

—No tengo por qué engañarte. ¿O es que acaso estás celosa de las chicas que, según dices, han podido venir? —preguntó el inspector.

Ana se puso un tanto nerviosa y no podía levantar la vista del suelo.

—¿Yo celosa? —se apresuró a contestar—. Te equivocas, yo no soy celosa.

Ambos se rieron, mientras ella comenzó a remover el café caliente y comenzaron a desayunar.

—He dormido genial… hasta que han llamado al timbre.

—Jajajaja… era el repartidor. Pedí un libro hace unos días y me ha llegado ahora.

—¿Qué libro? —se interesó.

Gonzalo se levantó y cogió el libro que tenía cerca del televisor. La tapa brillaba y tenía ese olor característico de libro recién comprado.

—Es este. El Afgano de Frederick Forsyth. Según he leído, es una novela de ficción que habla sobre el terrorismo islámico. Sus antecedentes, su expansión por el mundo y sus posibles blancos.

—¿Ah sí? —preguntó con interés la inspectora—, ¿qué tipo de lecturas te gustan?

—Pues un poco de todo: policiacas, de misterio, históricas, aunque mi pasión es la poesía.

—¿Poesía?

—Sí —afirmó.

—Vaya, me parece interesante. He visto en tu cuarto una poesía en un cuadro.

—Sí, la escribí hace unas semanas.

—¿En serio? ¿Tú escribiendo poesía?

—¿Qué pasa? ¿Acaso no va con mi personalidad?

—No, no. No me refería a eso. Lo digo porque no dejas de sorprenderme. Ayer el concierto del balcón, hoy me entero de que eres poeta. Eres todo un bohemio.

Ambos sonrieron.

—La poesía que has leído en mi habitación es una décima. ¿Sabes lo que es?

—No.

—Es un tipo de estrofa octosílaba, de rima consonante que rima de una manera muy peculiar. Nació en el Barroco por el poeta de Ronda Vicente Espinel que, por cierto, fue la persona que añadió la sexta cuerda a la guitarra. Con el paso del tiempo, las décimas, al igual que la guitarra, cruzaron el charco hacia los países latinoamericanos. De hecho, allí se llaman de manera diferente según el país y todos los países creen que la inventaron ellos. Lamentablemente el lugar donde se perdió su uso fue aquí en España.

—Vaya me parece una historia bastante interesante.

—Lo es. De hecho, hay poetas que improvisan en décimas como ya lo hacían Quevedo, Lope de Vega, etc.

—Vaya lección de historia me has dado en un momento.

—¿Aburrida? —se interesó Gonzalo.

—Para nada —aclaró—, pero tengo que decirte que la poesía se te da mejor que hacer café.

Las risas y la conversación se alargaron de manera plácida a lo largo de aquel desayuno, hasta que, sobre la bandeja, solo quedaban migas de pan y posos de café en la taza.

—Bueno, es tu turno —dijo el inspector.

—¿Mi turno? —preguntó Ana.

—Sí, ayer te di un concierto exclusivo en el balcón. Hoy te toca a ti bailar.

Ella sonrió. En el fondo no le apetecía bailar a esa hora de la mañana, pero la cara de su compañero le hizo ver que no podía negarse.

—Está bien. Vas a tener suerte porque creo que tengo en mi bolso un disco que utilizo para ensayar. De hecho, en él viene mi canción favorita —dijo Ana mientras buscaba el disco de su bolso de cuero y se lo dio a él.

El inspector se dirigió hacia el reproductor DVD y presionó el botón para que saliese la bandeja. Abrió la carátula del CD y pudo leer en letras negras escritas a rotulador «Mis canciones favoritas».

Introdujo el CD y le cedió el mando a ella que aprovechó para reproducir la canción cuatro. En ese mismo momento una sevillana comenzó a sonar.

Ana se colocó en el centro del salón, dándole la espalda a él. Sus pies descalzos y sus piernas lo hipnotizaban. Se imaginaba todas las partes del cuerpo de ella que había poseído la noche anterior y que ahora se refugiaban bajo esa camiseta ancha que había cogido prestada. Las manos de la inspectora empezaron a peinar el viento con delicadeza, haciendo giros de muñecas.

—¿Esta canción es de Estrella Morente? —preguntó Gonzalo.

—Sí. Se llama *A Pastora*. Como te he dicho, es mi favorita —dijo mientras bailaba.

El inspector se mostraba quieto, sentado en el sofá. No quería perder ni el más mínimo detalle. La noche anterior se había quedado sorprendido y enamorado de la actuación y ahora tenía la oportunidad y el privilegio de tenerla frente a frente bailando para él solo.

El baile terminó. Gonzalo no sabía si había pasado un minuto o un día, pues se sentía en una especie de trance emocional producido por todo lo que su compañera le hacía sentir.

Ana se sentó junto a él en el sofá y volvieron a besarse. Se quedaron allí, abrazados y en silencio mientras veían la actualidad política. Seguramente ninguno de los dos prestaba atención a la televisión, pensando el uno en el otro.

—Me lo he pasado muy bien contigo —dijo la inspectora cogiendo de la mano a su compañero.

De repente, la tranquilidad de aquel momento se vio interrumpida con el sonido del móvil de ella.

Se levantó del sofá para ir a la habitación a por él, lo que hizo que no le diese tiempo a cogerlo y el sonido cesó. Volvió al salón con el móvil en la mano.

—Es Ortega. ¿Este no sabe que hoy es nuestro día libre? —dijo un tanto enfadada.

—Relájate, si te ha llamado será por algo importante.

Ana miraba el móvil cuando de repente volvió a sonar y descolgó.

—Buenos días, Ortega. Dime.

—Hola Marín, ¿qué tal estás?

—Eh… bien —contestó sorprendida por la pregunta—.¿Qué ocurre?

Se hizo un silencio extraño durante unos segundos.

—¿Ortega? —dijo intentando mantener la conversación.

—Ehhh… sí. Verás, tengo malas noticias. Ha habido un suicidio.

—¿Sí? ¿Te han llamado de comisaría?

—Eh,… sí, sí…

Las palabras escuetas de Ortega llenas de dudas, hacían preocupar a la inspectora.

—Vale, dime la dirección y nos vemos allí.

—Calle Millán de Priego 16 1ºB

—Estupendo. En quince minutos estoy allí. ¿Se sabe algo de la víctima?

—Sí, Ana. Soy yo.

Capítulo 15

13 de julio de 2006

Los inspectores subieron al coche y salieron del garaje a toda prisa. Por el camino, Ana intentaba llamar a Ortega desesperadamente pero no cogía el teléfono. Llamó a la comisaría para que una patrulla cercana se acercase a casa de su compañero.

Eran las once y diez de la mañana cuando llegaron a la dirección que Ortega le había proporcionado. Algunos peatones curiosos se detenían a ver la presencia policial en aquel edificio. Se bajaron apresuradamente del coche y pasaron cerca de una ambulancia que estaba aparcada en la puerta. La inspectora Marín se giró con gran desesperación intentando ver si Ortega estaba dentro, pero estaba vacía. Subió rápidamente por las escaleras y se cruzó con dos sanitarios que volvían a la ambulancia. Se temía lo peor. Apresuró su carrera por las escaleras y justo en el rellano del primer piso, se encontró con un compañero.

La inspectora se detuvo en medio de la escalera mientras el compañero la miró con cara de tristeza.

—Marín, lo siento mucho. No hemos llegado a tiempo.

Ana se derrumbó. Sus manos cubrieron sus ojos inmersos en una profunda tristeza y terminó de subir las tres escaleras que le quedaban hasta el rellano. Gonzalo la alcanzó por detrás.

Ella se giró y se abalanzó sobre él mientras lloraba desconsoladamente. Su tristeza era tan profunda que le faltaba la respiración. Sus lágrimas caían en forma de cascada por la camiseta del inspector.

—¡No lo hemos conseguido! —gritaba con desesperación.

—Tranquila, tranquila… —dijo él mientras abrazaba a Ana con fuerza—. Hemos hecho todo lo que hemos podido. No podíamos hacer otra cosa.

El último sanitario salió de la vivienda, la radio de los agentes no paraba de sonar y cada vez más policías llegaban a aquel lugar. El inspector quiso sacar a su compañera del edificio. La cogió por el hombro y la acompañó hacia la escalera.

—Vamos a tomarnos algo y nos tranquilizamos —sugirió.

—No —dijo rápidamente ella quitando de un movimiento brusco la mano de su compañero de su hombro—. Necesito verlo.

La inspectora se dio la vuelta mientras él la agarró de la muñeca dándole un ligero tirón para que volviera a mirarle.

—¿Estás segura? —preguntó Gonzalo

Se secó las lágrimas con la mano. Intentó mantener la compostura para aparentar seguridad y confianza.

—Sí —afirmó con contundencia.

Los dos entraron en la vivienda de Ortega. El domicilio estaba un tanto desordenado y descuidado. Entraron en el salón, sobre la mesa había una botella de whisky, una copa, latas de refresco y un cenicero lleno de cigarrillos. La persiana estaba subida tan solo unos centímetros, por lo que el aspecto de aquel sitio era un tanto lúgubre. En una de las sillas del salón había una montaña de ropa. Caminaron hacia el cuarto de baño donde un charco de sangre y un casquillo de bala en el suelo hacían presagiar la manera en la que Ortega había decidido acabar con su vida.

Gonzalo y Ana entraron y allí estaba, metido en la bañera mientras la sangre se derramaba por su cabeza y por la pared de la bañera hacia el suelo. La pistola quedaba sumergida aún en su mano bajo el agua y un gesto de dolor en su cara.

La inspectora se agachó y con lágrimas en los ojos, le acarició la cara.

—Perdóname, por no haberte podido ayudar.

Se quedó durante unos minutos al lado de Ortega. El inspector volvió al salón y comenzó a observar los cuadros que había en un mueble blanco a la izquierda de la televisión, donde aparecían un niño y una niña de entre diez y catorce años.

En ese momento, por la puerta de la vivienda entró un hombre vestido con una camisa azul y un pantalón negro. Su barba canosa y sus gafas hacían ver que, a pesar de la poca luz de aquel lugar, Gonzalo lo reconociese.

—Buenos días, Díaz.

—Buenos días, su señoría.

—Menuda noticia ¿no? —preguntó el juez Crespo.

—Sí, ha sido un duro golpe. No nos lo esperábamos.

—¿Qué tipo de problemas tendría este hombre?

—No lo sé, su señoría. No tenía tanta relación con él. Era el compañero de Marín.

—Entiendo. ¿Y cómo está Marín?

Tras el juez Crespo, dos hombres con traje y camisa azul

aparecieron por la puerta. Unas letras en blanco bordadas sobre la chaqueta se distinguían y se podía leer Funeraria Delgado Díaz.

—Está afectada. Se encuentra ahí, con él —contestó el inspector mientras señalaba con la cabeza el cuarto de baño.

—Vaya… —contestó el juez con cierta tristeza—. Bueno voy a ver qué me encuentro. Por cierto Diaz, ya sabe a lo que vengo.

—Sí, entiendo. No se preocupe. Deme un segundo.

Gonzalo volvió al cuarto de baño y se acercó a su compañera. Le sugirió salir a la calle a tomar el fresco. Estaba desolada. Salieron por la puerta del bloque y él miró hacia ambos lados de la calle buscando una cafetería. Justo a unos diez metros pudo vislumbrar en un letrero *Cafetería Faustino*, por lo que entraron y se sentaron. Ana tenía la mirada perdida. En aquel momento, el inspector pudo observar a través de la cristalera de aquella cafetería cómo el Comisario Carlos llegaba a la vivienda de Ortega.

—¿Cómo te encuentras? ¿Estás más tranquila? —se interesó Díaz mientras acariciaba sus brazos.

La inspectora tardó en contestar unos segundos.

—Sí. Aunque tardaré en asimilarlo.

—No tenía ni idea de que Ortega tuviese problemas.

El teléfono de él sonó y lo sacó del bolsillo. Miró la pantalla con la duda de si hacía bien cogerlo o no en aquella situación.

—Es mi hermana.

Marín hizo un gesto con la mano queriendo decir que atendiera la llamada.

—Dime, Raquel.

Gonzalo se levantó y salió a la calle durante unos minutos. Mientras tanto, el camarero se acercó a Ana y la atendió. Continuó durante varios minutos con la mirada perdida hasta que le sirvieron el café. El inspector entró por la puerta y se sentó. Se quedó mirando fijamente a través de la cristalera cómo los trabajadores de la funeraria sacaban el cuerpo de Ortega y lo metían en una furgoneta.

Intentó captar la atención de su compañera de manera desesperada para que no se girase hacia la cristalera.

—Era mi hermana —dijo.

La inspectora permanecía callada, sin ganas de hablar.

—Siempre está igual. Que si la llamo poco, que si no me acuerdo de ella... —dijo en otro intento de distracción—. Ayer le escribí y dice que no le llegó nada.

El silencio de su compañera era interminable. Removía el café con la mirada perdida, sin prestarle atención.

—Sé que es muy duro, pero puedes contar conmigo.

Las palabras de Gonzalo la reconfortaron y le hicieron sacar una tímida sonrisa.

—Gracias —dijo mientras acariciaba la mano de él.

—¿Llevabais mucho tiempo trabajando juntos? —preguntó—. Bueno… ¿te apetece hablar del tema?

Marín hizo un gesto de indiferencia.

—Dos años. Cuando me destinaron aquí, él llevaba aquí cinco. Siempre ha sido un buen compañero, pero la vida no lo ha tratado muy bien.

El inspector puso gesto de interés, esperando a que Ana siguiese hablando.

—Su padre lo abandonó de pequeño y su madre murió joven. Su tía se hizo cargo de su hermano y de él. Se casó hace quince años, pero hace unos seis meses se divorció. Su mujer lo abandonó y para colmo sus hijos no querían verlo. Entiendo que por eso ha hecho esta tontería. A mí me ha contado muchas veces sus problemas y lo he intentado ayudar, pero quizás no supe ayudarle.

—No digas tonterías. No tienes que sentirte culpable. Algunas personas actúan así porque no ven otra solución a tanto sufrimiento, por mucho que las ayudes —dijo Gonzalo intentando consolarle.

—Sí, bueno…

—La verdad es que ahora que lo dices, sí que lo he visto raro en los últimos días. De hecho, cuando estuvimos interrogando a los chicos que vieron al profesor, lo noté raro. Incluso tuviste que llamarle la atención.

—Claro, de hecho, te escribí un mensaje justo antes de empezar la declaración para decírtelo.

—¿A mí? —preguntó extrañado.

—Claro. ¿No recuerdas que saqué el móvil y escribí?

—Sí, sí. Lo recuerdo, pero no me ha llegado nada. Ni mucho menos que me escribieses a mí.

—Pues debes de tener un fallo en el teléfono. A veces pasa. Apágalo y vuelve a encenderlo.

El inspector sacó su teléfono móvil de su bolsillo y apretó el botón para apagarlo.

—Quizás por eso decía mi hermana que no le llegaban los mensajes. Aunque llamadas sí que he podido realizar.

—Sí, pero a mí me ha pasado en otras ocasiones. Puedes realizar llamadas, pero no te llegan los mensajes.

Volvió a apretar el botón de encendido e introdujo el código pin. De repente, comenzaron a llegarle mensajes bajo su mirada de asombro. Entró en la aplicación de mensajería y vio los últimos

recibidos. Buscó la conversación con la inspectora mientras más mensajes empezaban a colapsar su bandeja de entrada.

—Madre mía, debo de llevar sin conexión bastante tiempo. Encontró la conversación de Ana y entró.

«*Gonzalo, Ortega está fatal. Creo que no está en condiciones de trabajar. Tiene problemas personales, por eso está así, como ausente*».

—Aquí está el mensaje. Es cierto —dijo mientras seguía leyendo los mensajes de su compañera.

«*Ahora mismo estás preparando el desayuno. Oigo la cafetera de fondo y no paro de pensar en lo que ha pasado entre nosotros. Ha sido una noche increíble. Gracias por hacerme sentir tan bien*».

El inspector sacó la mayor de sus sonrisas mientras su compañera, que se imaginaba lo que había leído, mostró una leve sonrisa dentro de su profunda tristeza.

El teléfono del agente volvió a sonar de repente y atendió la llamada.

—Díaz, buenos días. Soy Morillo. Tenemos novedades. Hemos encontrado al hombre que huyó del lugar donde encontraron al profesor.

Capítulo 16

13 de julio de 2006

Gonzalo llegó a la comisaría apresuradamente. Subía las escaleras de la entrada jadeando tras la breve carrera que había realizado entre el coche y la puerta. Al entrar, Ortiz lo esperaba.

—¿Dónde está Morillo? —preguntó mientras resoplaba.

—Tranquilo. El comisario ha dicho que puedes entrar en el interrogatorio, por eso tengo entendido que te ha llamado —dijo haciendo un gesto de calma —, pero mantente al margen. Está en la sala de interrogatorios.

El inspector entró rápidamente en la sala de interrogatorios, dando con la puerta en la pared. En ella se encontraban los agentes Figueroa y Morillo que ya habían empezado el interrogatorio. Sentado en la mesa, se encontraba un hombre que encajaba con la descripción pobre que dieron los jóvenes el día anterior. Llevaba un chándal verde con una gorra azul y tenía piel oscura. Díaz dudaba por su aspecto si era latinoamericano o no. Estaba sentado, con los antebrazos sobre la mesa y las manos entrelazadas. Gonzalo se quedó cerca de la puerta mientras observaba con detenimiento el interrogatorio al sospechoso.

—Entonces dice usted, que no tiene nada que ver con la muerte de ese hombre ¿no? — preguntaba el agente Morillo.

El hombre visiblemente asustado, negó con la cabeza. El inspector se quedó pensativo durante un tiempo y se aproximó a Figueroa, se puso de espaldas al sospechoso y comenzó a hablar entre murmullos.

—¿Dónde lo han localizado?

—En la plaza de la catedral.

Figueroa mostró a Díaz la documentación del sospechoso.

—Al parecer nació en Melilla. Vino hace años a Jaén a trabajar en la recogida de la aceituna y aquí sigue. Por lo visto, vive en la calle.

Gonzalo se quedó un tanto extrañado. Es muy raro que una persona a la que han visto huir de una escena en la que hay un cadáver vuelva a ese lugar el día después y, además, con la misma ropa. Se volvió a girar observando de nuevo a aquel individuo.

—Pues explíqueme, por qué dos chavales lo vieron huir —insistió Morillo.

—Verá, agente… Yo pasé por allí poco antes de las tres, creo recordar. Venía de buscar en la basura y me encontré al hombre tirado en el suelo. Me acerqué a él y vi que no respondía. Le palpé la cara varias veces y al ver que

no reaccionaba, le quité la ropa. Intenté reanimarlo, como sale en las películas, pero no se movía.

—¿Estaba ya muerto? —quiso aclarar Morillo.

—No lo sé. Como comprenderá no soy médico, solo le puedo decir que había un charco de sangre a su alrededor, y como no se movía, supuse había fallecido. Entonces viendo que ya estaba muerto y no podía hacer nada, quería taparle sus partes íntimas. Cogí plumas del suelo y excrementos y las cubrí. Luego le tiré del brazo e intenté moverlo y se quedó bocabajo.

—¿Moverlo para qué?

—Si le digo la verdad, agente, ni yo mismo sé la razón. Me desesperé y, para colmo, me había bebido tres o cuatro cartones de vino.

—Vaya, ¡qué casualidad! ¿Bebe usted a menudo?

—¿Qué si bebo a menudo?, ¿por qué se cree que vivo en la calle? —respondió el sospechoso con una carcajada.

Morillo dio un fuerte golpe sobre la mesa y apoyándose con los brazos sobre ella, se encaró con el interrogado invadiendo su espacio.

—¿Le parece a usted que estamos de broma? Lo han visto huir de un lugar donde ha muerto una persona.

Su rostro y semblante transmitían ahora seriedad. Miraba a los dos agentes y se hizo un silencio durante un segundo.

—Continúe por favor —interrumpió Figueroa.

—Ya está. No tengo más que contar —contestó el sospechoso.

—¿Entonces no huyó corriendo?

—Ah sí. Cuando lo estaba moviendo, escuché a gente aproximarse, entonces me asusté y me fui.

—¿Hizo usted algún tipo de ruido al huir que lo delatase? ¿Por dónde huyó?

—¿Ruido? ¿Usted cree que yo me acuerdo? Simplemente escuché ruido cercano, me asusté y me fui —contestó mientras bebía un sorbo de agua—. Me marché por donde vine, por la calle Carrera de Jesús sin mirar atrás.

Los agentes observaron los gestos de aquel sospechoso mientras el teléfono de Figueroa sonó. Se fue hacia la salida y al abrir la puerta, descolgó.

—Te escucho, Ortiz.

Figueroa cerró la puerta y comenzó a hablar en el pasillo de manera tan breve, que no dio tiempo a continuar con el interrogatorio cuando volvió a irrumpir en la sala.

—Caballero, puede usted irse. Manténgase localizable por si necesitamos algo.

El sospechoso sin más tregua se levantó, se colocó su riñonera y se marchó ante la mirada incrédula de Morillo y Díaz.

Al abandonar la sala, ambos esperaban con impaciencia una explicación.

—Ortiz me ha dicho que ha comprobado los vídeos de las cámaras de

seguridad del ayuntamiento, que como sabéis está frente a la catedral, y que ha visto algo que exculpa a este señor. Por cierto, quiere que subas a verlo, Gonzalo. Según cuenta Ortiz, hay pruebas de que el hombre dice la verdad.

El inspector abandonó la sala de interrogatorios y buscó a su compañero. Caminó hacia su mesa y vio cómo tenía reproduciéndose en su ordenador un vídeo donde, inconfundiblemente, se podía reconocer la calle Carrera de Jesús.

—Ortiz, ¿me querías ver?

—Sí, mira —dijo señalando la pantalla—. Acabamos de recibir las imágenes de las cámaras de seguridad de la fachada del Ayuntamiento de Jaén, frente a la catedral. Como puedes ver, una enfoca a la calle Carrera de Jesús y otra, hacia la puerta del consistorio por lo que, en parte, se ve la plaza Santa María. A las 2.53 horas aparece un señor con un maletín corriendo mientras es perseguido por otro.

Mientras Ortiz hablaba, los dos miraban con atención la pantalla esperando lo que iba a suceder. De repente, Gonzalo observó en la pantalla una silueta que conforme se iba acercaba al plano principal de la imagen, podía reconocerse fácilmente.

—¡Es Valerio! —contestó sorprendido y rápidamente.

El inspector acercó su rostro a la pantalla del ordenador. No quería perder detalle de esta secuencia. Tras desaparecer de la imagen el profesor, pudo observar cómo una silueta lo perseguía.

—Ortiz, ¿puedes ponerlo a cámara más lenta?

—Por supuesto.

La secuencia de la breve persecución fue observada con detalle por Gonzalo, pero fue incapaz de identificar a aquella silueta. Aquel hombre vestido de negro llevaba una gorra que le dificultaba su identificación.

Cuando desapareció de la imagen, Ortiz pinchó la cámara de la puerta principal, que enfocaba a la plaza de la catedral.

—Aquí no aparece nada hasta cuatro minutos después. A las 2.54 donde el hombre de negro abandona la plaza por la calle Obispo Aguilar, con el maletín en la mano. Luego se ve cómo un hombre en chándal camina, mostrando síntomas de embriaguez y abandona la escena corriendo, dos minutos después.

El inspector observó cómo lo que su compañero anunciaba se desarrollaba en la grabación. Aquel hombre comenzó a correr cabizbajo por lo que era imposible identificarlo.

—Ortiz, quiero la grabación de cámaras de seguridad de los establecimientos o bancos de las calles Carrera de Jesús hasta Obispo Aguilar. Entrad y buscar en cada uno de los establecimientos y viviendas de la zona, pues seguro que en algún sitio hay alguna cámara legal o ilegal que lo haya grabado.

—De acuerdo.

Gonzalo se volvió a su mesa. Encendió el ordenador y mientras accedía al escritorio del PC, pensaba en el vuelco que acababa de dar el caso del profesor. Sin duda ya no se trataba de una muerte «accidental», pues era muy sospechoso que una persona lo persiguiese momentos antes de morir. Ya había un sospechoso. Una esperanza en poder aclarar lo sucedido. También pensó en el maletín. Al fin y al cabo, se lo robaron. ¿Qué podría llevar de valor en el maletín? Su mente se inundaba de preguntas sin respuesta. A la vez que se moría de ganas de contarle a Ana lo que había sucedido.

Sacó su teléfono para escribirle un mensaje a Ana y recordó la cantidad de mensajes que tenía sin leer. Buscó el contacto y le escribió:

«*Espero que estés mejor. Te llamo esta tarde. Tengo que contarte algo*».

Siguió mirando las demás conversaciones que tenía por leer y leyó la de su hermana: «*Ahora sí me ha llegado el mensaje. Vaya. ¿Quién es la afortunada? Me tienes que poner al día. Ya te llamaré. Un beso*».

Respondió con un emoticono sonriente. Estuvo observando los demás mensajes de su teléfono móvil hasta que dio con uno que verdaderamente le impactó. Se apresuró a abrirlo y lo leyó rápidamente. Era del profesor:

«Te preguntarás por qué te he llamado. Los cuatro corazones protegen la Historia del Arte. Ahora lo guardan gemelas peinadas por el viento bajo un corazón latente. Busca a los descendientes de la Elvira.Cuídate».

Capítulo 17

13 de julio de 2006

El corazón de Gonzalo palpitaba con fuerza. Podía incluso sentir los latidos en sus ojos que parecían salirse de sus órbitas. Tenía un nudo en la garganta y sentía una leve presión en el pecho. El mensaje del profesor le había afectado enormemente. A pesar de que su amigo lo envió horas antes de morir, el haberlo recibido ahora le daba la sensación de que aún vivía. Su cabeza era inundada por un mar de preguntas sin responder que se le venían a la mente: ¿qué significaba ese mensaje? ¿Quiénes serían los descendientes de Elvira y quiénes son las gemelas? ¿Y los cuatro corazones? ¿Y el corazón latente? Pensó en las grabaciones de las cámaras del ayuntamiento. Es muy sospechoso que persiguiesen a Valerio y en la plaza muriese delante de su perseguidor y que, para colmo, la muerte fuese accidental.

El inspector pensó que sería vital para la investigación dar con la persona que huyó con el maletín, algo que a día de hoy resultaba muy difícil. El caso del robo de la catedral estaba a punto de pasar a un segundo plano, pues el Santo Rostro ya había aparecido y solo faltaba que las huellas del autor se añadiesen a la base de datos de la policía por si tenía ficha policial.

El agente Díaz se sentó frente al ordenador, con la pantalla encendida y el móvil en la mano. Quieto, pero intranquilo y pensativo. Necesitaba despejarse y aclarar las ideas así que, se levantó y se dirigió hacia el aparcamiento de la comisaría. Necesitaba despejarse. Tantos acontecimientos no le permitían concentrarse y comenzaba a tener cierta ansiedad. Al salir, observó sobre una de las mesas del pasillo de la entrada, una pila de periódicos. Puso su atención en el primero y fijó su mirada en el titular en la portada.

«Muerte frente a la catedral». El inspector cogió el periódico que se hacía eco de la muerte del profesor y comprobó que el resto de periódicos que había bajo ese, hacían referencia al mismo suceso.

«Aparece un hombre asesinado frente a la catedral» «¿Asesinato, muerte accidental o ritual satánico?».

Cogió aquellos periódicos, los arrugó con rabia y los tiró en una papelera cercana. «Puta prensa sensacionalista» pensó.

Sacó su teléfono. Necesitaba aire fresco y desconectar. Telefoneó a Ana mientras salía al aparcamiento intentando buscar un momento y un motivo de

evasión.

—¿Qué tal estás?

—Asimilando, Gonzalo. Estoy en casa y voy a descansar. No volveré a la comisaría hasta el lunes.

—Vale. Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Lo sé. Todo esto es muy duro. ¿Sabes? Me siento culpable porque veía que necesitaba ayuda y no pude ayudarlo. Ahora está muerto y yo podría haberlo evitado.

El inspector escuchaba a su compañera tras el teléfono. Podía percibir por el tono de voz que estaba al borde de derrumbarse y caer en un mar de lágrimas.

—Ana, tranquila. A las personas con depresión siempre se les intenta ayudar. Es muy complejo meterse en la mente de una persona que tiene en la cabeza suicidarse. Son personas que no encuentran salida a su sufrimiento. No creo que tengas que culparte de nada, al contrario, creo que le ayudaste bastante.

—Duele mucho, Gonzalo, y me duele que no me haya pedido ayuda alguna.

—Te conozco desde no hace mucho, pero lo suficiente para estar seguro de que hiciste todo lo posible para ayudarle.

—Sí. Así es.

—Ana, a mí también me vas a tener aquí siempre.

—Lo sé y te lo agradezco enormemente.

Gonzalo intentó animarla con la conversación. Volvió a su mesa y se quedó sentado durante un momento. Aquella conversación le hizo despejarse un poco y olvidar por un momento el caso del profesor y el mensaje enigmático que había recibido. Miró a la pantalla del ordenador con la mirada perdida, intentando buscar respuestas. Volvió a pensar en la grabación de la cámara, en el profesor, en Ortega y en Marín.

Sentía la necesidad de volver a ver las cámaras de seguridad del ayuntamiento y revisarlas detalladamente. Estaba convencido de que se le escapaba algo. Descolgó el teléfono fijo que tenía sobre la mesa y marcó la extensión de Ortiz para pedirle las grabaciones de la cámara.

Mientras le llegaba, entró en su correo para revisar si había recibido un correo del profesor antes de morir, pero no le dio tiempo. Un agente uniformado se acercó a su mesa y le entregó un sobre marrón.

—Son los resultados de las huellas del Santo Rostro —dijo mientras continuaba caminando.

Gonzalo abrió el sobre con cara de sorpresa. Y sacó de él un portafolios con documentos.

—Gómez, ¿cómo pueden estar aquí los resultados si los de científica no trabajan hasta el lunes?

El agente detuvo su marcha y se giró. Mientras sonreía de manera picaresca, le aclaró lo sucedido.

—Díaz, científica no trabaja hasta el lunes, pero según me he enterado, ayer recogieron la muestra de huellas del Santo Rostro y una hora más tarde, el señor obispo llamó al comisario para pedirle que diese con el culpable pronto.

—Con la Iglesia hemos topado ¿no? —dijo el inspector.

—No —aclaró Gómez—, al parecer el obispo sospecha de alguien, por eso le pidió al comisario el favor de que actuara con rapidez. Por eso mandó las muestras a Granada, que sí trabajan los fines de semana.

—Pues ya podía habérmelo dicho. Llevo este caso y soy el último en enterarme.

Gonzalo empezó a leer con detenimiento el informe de la Policía Científica de Granada.

«Tras realizar el análisis lofoscópico de varias huellas encontradas en las muestras enviadas y cotejarlas con la base de datos de la Policía, demuestran que una de ellas pertenecía a un hombre con antecedentes, llamado Valerio Párraga natural de Jaén, de sesenta y cinco años de edad y domicilio en…».

El corazón del inspector dio un vuelco. Comenzó a palpitar cada vez más rápido y la tez de su rostro se empalideció. No tenía ni idea de cómo podían haber llegado las huellas del profesor al Santo Rostro, ni por qué motivo. Dejó sobre la mesa los documentos con cierto nerviosismo e intentó pensar con claridad. Si las huellas estaban en el Santo Rostro, será porque había estado en la catedral y fue él quien robó el Santo Rostro.

Díaz se preguntaba: ¿sería capaz Valerio de haber hecho esto? ¿Sería Valerio la persona que yo creía o me había estado engañando todo este tiempo?

Buscó en su ordenador la grabación de la noche del lunes donde observó cómo aquel individuo entraba en la capilla y se hacía con el Santo Rostro para después esconderlo en el coro. No tenía mucho sentido.

Amplió con rapidez la imagen. Gonzalo sabía manejar de manera mediocre el programa que Ortiz le había instalado, pero sabía desenvolverse medianamente bien.

Tras ampliar la imagen, vio como la silueta de aquel hombre estaba pixelada e intentó recortar la imagen y ponerla de manera más nítida hasta que lo consiguió.

No había duda. Aquella silueta no se correspondía con el profesor. El hombre de negro y con gorra, tenía el cuerpo musculado y se movía de manera más ágil que el Valerio.

Gonzalo revisó la grabación una y otra vez, viendo los movimientos del sospechoso con atención. Rápidamente, abrió el vídeo de la grabación del

ayuntamiento que Ortiz le había enviado y comprobó que, por la altura y complexión de aquel hombre, se podía tratar de la misma persona que perseguía al profesor la noche del martes.

Pero, si el Santo Rostro tenía las huellas del profesor y el sospechoso de la grabación de la catedral no es él, ¿cómo llegaron las huellas del profesor al Santo Rostro? ¿Tal vez se conocían?

Los resultados de la científica desestabilizaron al inspector. Por un lado, el caso del robo volvía a retomar importancia. Por otro lado, comenzó a pensar en la hipótesis de que la muerte de Valerio estuviese relacionada con el robo del Santo Rostro ya que su amigo había dedicado años a investigar sobre la reliquia para plasmarlo en su libro.

Gonzalo descolgó el teléfono de nuevo para hablar con Ortiz.

—Necesito que revises las cámaras de seguridad de la catedral los días anteriores y posteriores al robo.

Tras colgar, entró en la base de datos de la Policía para comprobar los antecedentes del profesor y abrió su ficha policial.

Valerio Párraga Delgado 17/03/1941 natural de Jaén con domicilio en calle Maestra Edificio Entrearenales 1ºB.

Detenido el 16/05/2003 por hurto en el comercio antigüedades Xauen situado en calle Ramón y Cajal 6 de Jaén.

Gonzalo no daba crédito a lo que sus ojos veían. Creía haber conocido plenamente al profesor, pero no era así. Había sido detenido por robo y, aparentemente, había vuelto a robar, esta vez en la catedral de Jaén. El inspector fue hacia un mueble que había bajo una de las ventanas de la comisaría y, del cajón, sacó un portafolios. Les hizo una fotocopia a los resultados de científica y dejó los originales en la mesa de Marisa, la secretaria del comisario.

Se volvió hacia su mesa. En el portafolios metió los resultados de las huellas e imprimió la ficha policial del profesor. Copió los vídeos de la grabación de las cámaras que le había facilitado Ortiz y una notificación en su móvil sonó.

«Me encuentro fatal, ¿puedes venir a mi casa?».

Gonzalo contestó al mensaje de Ana. Apagó su ordenador, recogió sus cosas y empezó a caminar hacia el aparcamiento para coger su coche mientras llamaba por teléfono al comisario para ponerle al día.

Capítulo 18

14 de julio de 2006

La mañana veraniega de aquel viernes se tornaba oscura. Estaba a punto de llover sobre el cementerio de San Fernando de la ciudad y allí estaban todos. Ana, Gonzalo, Figueroa, Morillo, Ortiz, Gómez y el comisario junto con otros compañeros. Todos quisieron despedirse de Ortega.

El féretro acababa de llegar a la puerta del cementerio en un coche reluciente negro. Un hombre uniformado de la funeraria abrió la puerta y entre Morillo, Figueroa y tres personas más sacaron el féretro de Ortega.

—El del bigote es su hermano —dijo la inspectora susurrando y señalándome con su mirada a un hombre que mientras portaba el féretro a hombros, lloraba desconsoladamente.

Tras entrar en el cementerio, un silencio solemne se hizo a lo largo del camino hacia el nicho donde los restos del agente Ortega iban a descansar para siempre. Gonzalo cogió a Ana por el hombro. Intentaba mirar sus ojos por encima de sus oscuras gafas, para ver si lloraba.

—Lo voy a echar mucho de menos —dijo ella.

Apretó contra él el cuerpo fibroso y delgado de la inspectora y se fundieron en un abrazo a la vez que caminaban.

El cortejo fúnebre se paró delante de un nicho vacío, el único que quedaba en aquella calle de aspecto lúgubre, lo que hacía presagiar que era el nicho que iba a ocupar el ataúd de Ortega. Allí ya esperaba el trabajador del cementerio con los utensilios y materiales para hacer su trabajo.

Le parecía increíble a Gonzalo tener que despedir a dos personas en menos de una semana. Se giró y contempló a su alrededor. Siempre había pensado que la muerte es un suceso trágico y triste, pero cuando una persona se va joven y sin esperarlo, la tristeza era aún mayor.

Para colmo, el suicidio era algo que siempre le había llamado la atención. No entendía qué se le debía pasar a una persona por la cabeza para quitarse la vida. Algunos por una ruptura amorosa, otros por problemas económicos, pero otros, simplemente por el hecho de no ser felices. El inspector siempre le tenía especial respeto al suicidio. Había tenido que ver situaciones realmente macabras en su trabajo. Personas que se suicidaron lanzándose a las vías de un tren, ahorcándose o lanzándose al vacío desde un puente.

Recordó un servicio que tuvo que prestar unos años atrás. Un hombre se había lanzado desde un puente a una autovía que tenía un tráfico muy denso.

Murió en el acto, pero el cuerpo de aquel hombre quedó totalmente destrozado ya que fue atropellado por cinco coches. Un día, una conversación con Marian, su amiga psicóloga, le hizo ver la realidad de las personas que tienen tendencias suicidas y lo importante que era la felicidad. Una pérdida irreparable o reciente, un trastorno psicológico, el alcohol, las drogas, un historial familiar suicida, un suceso trágico o el acoso entre otras muchas cuestiones, eran factores de riesgo en cuanto al suicidio.

Introdujeron el féretro dentro del nicho y el trabajador comenzó a sellarlo. Mientras lo hacía, el silencio se veía interrumpido por los llantos de una mujer que Gonzalo supuso que era la tía que cuidó a Ortega y a su hermano cuando quedaron huérfanos.

Al terminar, entre varias personas colocaron algunas coronas y flores sobre el nicho de Ortega y una mujer rubia, con aspecto de cansancio y dolor, comenzó a rezar una oración en voz alta a lo que, los allegados que allí se encontraban, comenzaron a sumarse.

Tras esa oración, algunas personas se acercaron a los familiares de Ortega para trasladarles el pésame. El primero en hacerlo fue el comisario y seguidamente el resto de compañeros.

—Gonzalo, voy a ir a hablar con la tía de Ortega.

Ana se acercó a aquel pequeño grupo de gente mientras Carlos, que acababa de abrazar al hermano de Ortega, caminaba hacia Gonzalo.

—Díaz, ¿puedo hablar con usted?

El comisario continuó caminando, alejándose de los familiares y el inspector lo siguió mientras andaban despacio.

—He estado pensando en lo que me comentaste ayer, sobre lo del robo de la catedral, su amigo el profesor y su muerte. Es un asunto muy misterioso, la verdad.

—Sí, así es. Llevo toda la noche dándole vueltas y pensando qué relación pueden tener.

El comisario se frotaba la barbilla. Mientras miraba al suelo pensando, puso su mano sobre el hombro de Gonzalo y lo apretó.

—Dado que el caso de la muerte de su amigo y el de la catedral de Jaén están, al parecer relacionados, lo mejor es que Marín y usted trabajen juntos. ¿Qué le parece, Díaz?

El agente no esperaba esa propuesta de su jefe por lo que no tuvo mucho tiempo de pensar si sería una decisión acertada o no.

—Eh, sí. Me parece bien.

—Estupendo. Se lo comunica usted a Marín.

El comisario le dio un pequeño golpe en la espalda a Díaz en señal de afecto y cariño y se fue mientras el inspector se quedaba pensando en la idea de trabajar con Ana.

Mientras meditaba, las primeras gotas de lo que podría ser una tormenta

de verano, comenzaron a caer sobre su rostro. La inspectora llegó por detrás de Gonzalo y caminaron juntos hacia el aparcamiento.

—¡Qué lástima! —dijo Marín lamentándose—. ¡Y qué importancia no haberle podido ayudar!

—Estas cosas no se esperan, Ana, esa sensación que tú tienes, la tiene también su familia.

Los inspectores subieron al coche y salieron del cementerio. La intensidad de la lluvia cada vez era más fuerte. Ana apoyó la cabeza sobre la ventana del coche, con la mirada perdida, mientras las gotas golpeaban y se deslizaban serpenteantes por el cristal.

Durante unos minutos, el silencio se mantuvo en el viaje. Gonzalo sabía que su compañera necesitaba tiempo y espacio para meditar, para desahogarse. Hasta que sorprendentemente, el silencio se vio interrumpido.

—Dicen que cuando una buena persona muere, el cielo se vuelve triste y llora. Estamos en julio, a comienzos del verano y está lloviendo.

El inspector le sonrió y acarició su rodilla mientras conducía.

—Te invito esta noche a cenar.

—No me apetece mucho salir.

—No he dicho nada de salir. Te invito a cenar en mi casa, o en la tuya, pero yo me encargo de la cena.

Ana esbozó una leve sonrisa dentro de su tristeza. Se sentía más animada después del plan que él le había propuesto. Necesitaba evadirse un poco y desconectar de los hechos de ese trágico fin de semana.

—Por cierto, he hablado con el jefe.

Capítulo 19

17 de julio de 2006

Gonzalo llegó a la comisaría el lunes. No había dormido en toda la noche y tenía una cierta ansia por empezar a investigar el caso del profesor. Siempre sentía que la cabeza le iba más rápido que el resto del cuerpo, lo que hacía que, de alguna manera y en algunos momentos de su vida, tuviese cierta ansiedad. Dedicaba sus ratos libres a escribir, a la música o incluso a pintar. Tenía la virtud, o el defecto, de aislarse a veces de las conversaciones de su grupo de amigos para pensar en otras cosas.

Ese tipo de ansiedad que le producía en ocasiones tanta inseguridad, le hizo visitar la consulta de algún que otro psicólogo.

A las ocho de la mañana, la Comisaría de Policía Nacional de Jaén empezó a recibir a los primeros policías que entraban en el vestuario para uniformarse. La sala donde se encontraban todos los agentes de la Policía Judicial aún estaba desierta, excepto la mesa del inspector que ya tenía dos vasos con restos de café sobre la mesa y se encontraba perdido en el inmenso mundo de internet. Las pequeñas reuniones a esa hora de la mañana se solían formar en el pasillo, junto a la máquina de café. Fútbol, política, gimnasio. Pero ese lunes era atípico. La única conversación que había entre cafés calientes eran los tristes recuerdos que Ortega dejaba en la comisaría.

Ana llegó sobre las ocho y cuarto. Un tímido buenos días se le escapó entre dientes mientras llegaba a su mesa. Su cara prácticamente sin maquillar ponía en evidencia unas grandes ojeras en su rostro.

—¿Cómo sigues?

—Asimilando, ya sabes. Es muy duro y me siento culpable. Y sí, por mucho que me digas, siento que podía haberle ayudado.

Gonzalo se dirigió al pasillo, para sacar un café de la máquina. Buscó en su bolsillo unas monedas, las introdujo en la máquina y seleccionó un cortado y un café con leche. Se dirigió de nuevo a la mesa de su compañera para brindarle un poco de compañía.

Ella lo vio venir de lejos, con los vasos calientes en sus manos y agradeció su gesto con una sonrisa.

—Toma. Si has dormido poco, te vendrá bien.

Ana cogió el café con cuidado pues el vaso de plástico estaba tan caliente que empezaban a arderle las yemas de los dedos.

—¿Tienes alguna idea de por dónde empezar la investigación? —preguntó la inspectora.

—Estoy un poco perdido, pero si te parece bien, te puedo enseñar las grabaciones de la fachada del ayuntamiento, el día de la muerte del profesor y las grabaciones del día del robo del Santo Rostro.

—Estupendo.

El inspector volvió a su mesa y buscó en el ordenador los archivos de la grabación mientras ella cogía una silla cercana y se sentaba al lado de él.

—Esta grabación es de la madrugada del martes.

Gonzalo reprodujo la grabación y su compañera pudo comprobar cómo un hombre perseguía al profesor hasta que ambos se perdían del ángulo de la cámara en la plaza de Santa María. Posteriormente, el hombre vestido de negro aparecía con el maletín del profesor en la imagen y desaparecía por una de las calles adyacentes. A los dos minutos, un hombre con síntomas de embriaguez y en chándal aparecía en la imagen.

—Este supongo que será el sospechoso al que interrogaron Figueroa y Morillo ¿no?— dijo Ana poniendo su dedo en la pantalla del ordenador señalando la silueta de aquel hombre.

—Sí —sentenció él.

—¿Y estás seguro de que tu amigo no fue asesinado?

—No, al menos eso es lo dice el informe del forense —contestó mientras cogía un dossier de una bandeja de su escritorio y se lo daba a su compañera para que lo leyese. —Al parecer tropezó con una baldosa levantada de la plaza Santa María y se golpeó la cabeza —dijo mientras ella leía con detenimiento el informe.

—¿Y cómo llegaron sus huellas al Santo Rostro?

—Eso es lo que me preocupa. Que no tengo ni la menor idea. El profesor era un experto en Historia del Arte. Un enamorado de la Historia y de la docencia, pero, sobre todo, una persona decente. No sé cómo han podido llegar las huellas al Santo Rostro y, no solo eso, tampoco tengo la menor idea de qué tiene que ver el Santo Rostro en todo esto.

—¿A qué te refieres? —preguntó Ana.

—Pues que las huellas del profesor en el Santo Rostro han podido llegar de muchas maneras. Si se expone los viernes, puede ser que por curiosidad haya querido tocarlo. Tal vez estemos haciendo toda una montaña de esto. El Santo Rostro ya ha aparecido, solo hay que aclarar quién lo perseguía.

—Tienes razón. Deberíamos centrarnos en descubrir quién lo perseguía y por qué. ¿Tenía un círculo de amigos o familiares grandes?

—No. Nunca se casó y fue hijo único.

Los inspectores seguían observando la grabación que se reproducía continuamente en la pantalla del ordenador.

—Creo que deberíamos interrogar a su círculo laboral. No se me ocurre otra cosa.

—Sí, lo había pensado. Pasaba mucho tiempo en la universidad así que

me pondré en contacto con el rector de la Universidad de Jaén para ver si puede atendernos ahora.

Gonzalo cogió el teléfono fijo de su mesa mientras buscaba en el ordenador el número de la universidad.

Ana vio encima de la carpeta que estaba sobre la mesa, la ficha policial del profesor Valerio y la observó con detalle mientras sentía cómo su compañero la miraba.

—Bien, me ha dicho que puede atendernos en unos cuarenta minutos.

—¿Y esto? —preguntó mostrándole la ficha policial del profesor Valerio.

—¿Eso? Pues no sé. Desconocía que el profesor había cometido un robo —dijo el inspector intentando no dar muchas explicaciones.

—Gonzalo, esto es importante. ¿Por qué no me has dicho nada? Significa que quizás tu profesor no es todo lo bueno que parecía, ¿no?

—No sé. Nunca supe que había estado detenido. Obviamente me sorprende.

—Piénsalo. Tiene antecedentes, su muerte está envuelta en misterio y sus huellas aparecieron en una reliquia que había sido robada.

—Bueno, lo aclararemos todo —contestó intentando salir airoso de esa situación.

—Te voy a pedir un favor. Sé que este caso te incumbe personalmente, pero por favor, necesito que si vamos a trabajar juntos, sea con confianza y transparencia y tener acceso a toda la información.

El inspector miró a su compañera con respeto sabiendo que tenía razón y asintió mientras cogía su mano. Se levantaron de la mesa y abandonaron la comisaría rumbo a la Universidad de Jaén.

—Quizás deberíamos ir a casa del profesor para echar un vistazo —dijo Ana mientras se subía al coche.

—Sí, eso había pensado, solo que buscaba el momento oportuno. Cuando salgamos de la universidad nos pasaremos por allí.

Los inspectores abandonaron el aparcamiento de la comisaría en dirección a la Universidad de Jaén. A pesar de ser media mañana, las calles de la ciudad estaban casi desiertas. El calor a esa hora empezaba a ser sofocante y Gonzalo encendió el aire acondicionado al máximo de su vehículo.

—¡Cómo echo de menos la costa!

Ella sonrió y lo miraba.

—Creo que nunca me acostumbraré al calor de esta ciudad. Es asfixiante.

—¿No vas a ir a Cádiz en estos días? —preguntó la inspectora con interés.

—Tengo unos cuantos días libres. Quizás me escape pronto. Depende de cómo vaya la investigación. Quiero aclarar esta situación cuanto antes.

—Tranquilo, la aclararemos pronto.

El vehículo se detuvo en un semáforo y Gonzalo aprovechó para contemplar la belleza de su compañera mientras le acariciaba la rodilla.

—Me hace mucha ilusión que seas mi compañera.

Ella sonrió. A pesar de que en el brillo de sus ojos se dibujaba la respuesta, sus palabras fueron:

—Para mí también es un placer.

La conversación se vio interrumpida con la llamada de Ortiz al teléfono de Gonzalo.

—Díaz, buenos días. He comprobado las cámaras de seguridad de la catedral los días anteriores y posteriores al robo tal y como me dijiste y necesito que veas una cosa. Es importante.

—Ortiz, voy de camino a la Universidad de Jaén. ¿Puedo verlo luego?

—No te preocupes. Te mando en unos veinte minutos un mensaje cifrado a tu móvil. Es un vídeo de las cámaras de seguridad de la catedral.

El agente Díaz colgó el teléfono mientras miraba a su compañera con cara de incertidumbre y el silencio se hizo en aquel momento. Quizás eran los dos conscientes de que el caso estaba a punto de dar un giro radical.

Capítulo 20

17 de julio de 2006

La Universidad de Jaén era un complejo educativo inmenso. Tenía la ventaja de que todas las facultades y edificios se encontraban dentro del mismo campus, a diferencia de la mayoría de las universidades de Andalucía que tenían las facultades en varios puntos de la ciudad.

Los grandes edificios donde se respiraban cultura y juventud se erguían sobre unas zonas de árboles y césped. Los alumnos aprovechaban el buen tiempo para sentarse allí a charlar, leer, estudiar, fumar o darle rienda suelta a su amor postadolescente.

El Rectorado de la Universidad de Jaén se encontraba en la parte final del campus de Las Lagunillas por lo que, Gonzalo y Ana, tuvieron que ir buscando las sombras que les brindaban aquellos edificios con el fin de no pasar mucho tiempo al sol que solía abrasar en la ciudad en esa época del año.

Era un edificio moderno. Tanto el ala derecha como el ala izquierda tenían dos plantas donde se concentraban los funcionarios universitarios realizando labores burocráticas. El centro del edificio poseía tres plantas, siendo esta última la que albergaba el despacho del rector y del resto del equipo de gobierno.

Los agentes atravesaron la puerta. En el vestíbulo, justo a la izquierda se encontraba la consejería del edificio. Una mujer rubia, de pelo rizado y vestida de falda y chaqueta azul marino hablaba por teléfono mientras una sonrisa y dos lágrimas caían por sus ojos, algo que sorprendió a los agentes.

Ana sacó la placa para mostrársela a la conserje mientras esta colgaba el teléfono.

—Hola, buenos días. Somos de la policía —dijo la inspectora—. Tenemos una cita con el rector.

La mujer se acercó a la ventanilla. Al ver la placa sus ojos se agrandaron mostrando una gran sorpresa. Se secó las lágrimas y su sonrisa no se borraba.

—Un segundo —dijo a la vez que cogía su teléfono y marcaba la extensión—. Rosario, soy Mari. Ha llegado la policía y quiere hablar con el rector. De acuerdo.

La mujer rubia colgó el teléfono y se dirigió a los agentes sin borrar la sonrisa de su rostro:

—Me dice la secretaria del rector que les está esperando.

—De acuerdo. Gracias —dijo Ana despidiéndose.

—A ustedes. Perdonen mi actitud, pero es que mi hija acaba de llamar para comunicarme que acaba de aprobar para ser policía, justo antes de que llegasen y, al verlos, me he sorprendido gratamente. Supongo que serán caprichos del destino

Gonzalo se giró. Se fijó sonriente en aquella mujer y cómo desprendía orgullo. Recordó el proceso de oposición de la Policía. Fue un año duro de estudio y esfuerzo. En cada una de sus estancias en Ávila para realizar los exámenes, su madre lo acompañó. Siempre la tuvo como una referente y un ejemplo a seguir. Recordó cuando, caminando junto a ella por la playa de la Victoria, recibió la llamada comunicándole que había superado el proceso de oposición. Su madre saltó sobre él y ambos cayeron a la arena fundiéndose en un abrazo.

«Estoy muy orgulloso de ti y siempre lo estaré». Esas palabras quedaron grabadas a fuego en la mente y el corazón del inspector y siempre las ha tenido presentes. Los ojos de orgullo de su madre, eran los mismos que tenía aquella mujer.

Los agentes subieron a la segunda planta. El pasillo estaba lleno de imágenes de la universidad a lo largo del tiempo: el terreno que abarcaba, los planos, su construcción, etc. Al final del pasillo, había una pequeña puerta abierta con un membrete brillante a la izquierda en el que se podía leer «Rectorado» y que daba a una pequeña sala de espera que tenía a la derecha unos cómodos sofás de color oscuro. A la izquierda, una mujer de unos cincuenta y pocos años, con el pelo rizado y maquillada de manera exagerada observaba a los agentes desde lejos, sentada en su escritorio.

—Buenos días. Somos los inspectores Marín y Díaz, de la Policía Judicial. Veníamos a hablar con el rector.

—Buenos días. Sí, siéntense por favor. El rector les atenderá en breve.

Se sentaron frente a la puerta de madera clara y reluciente del despacho del rector.

—Supongo que este lugar te traerá recuerdos de tu etapa universitaria ¿no? — preguntó Gonzalo.

—¿A mí?, qué va. Yo no estudié en esta universidad. Si hay algo malo en Jaén, es la poca oferta educativa que hay. Aquí no se ofertan por ejemplo Criminología, Medicina, Veterinaria, etc. Ten en cuenta que Jaén es una ciudad pequeña.

—Como Cádiz, solo que Cádiz tiene el mar, que es mucho mejor —dijo bromeando.

—Jaén también tiene mar,… mar de olivos.

—Es verdad, pero ese mar no refresca en verano.

El inspector observó a su izquierda una pequeña mesa en la que se amontonaban periódicos y revistas y empezó a ojearlas.

—Mira, Ana, los reyes ya están disfrutando de sus vacaciones en Palma

de Mallorca — dijo mientras cogía una revista del corazón.

—Gonzalo. ¿Estás leyendo prensa rosa? —preguntó sorprendida—. Pensaba que no perderías tiempo en leer eso.

—Siempre aprovecho para leer. ¿Sabes por qué leo esto? Porque todo lo que dice esto es mentira, pero me entretiene.

—¿Quieres decir que los reyes no se han ido a Palma de Mallorca? ¿Qué es mentira?

—Eso es verdad —dijo Díaz entre carcajadas—, pero el resto no. Los famosos venden su vida, como si fuese un guión. Hacen acuerdos con otros famosetes para ganar dinero.

—Y luego la gente sigue sus vidas y les paga su fama… gente como tú. Yo prefiero no caer en esa tentación y leer algo más interesante —dijo ella mientras se levantaba y cogía un periódico.

—Un periódico también dice mentiras.

La inspectora miraba la portada del periódico con sumo detalle.

—¿Sabes qué día es hoy? —preguntó.

—Sí, lunes.

—Me refiero al día del mes… —aclaró ella.

—17 de julio.

—¿Qué sucedió hace años en este día?

Gonzalo no tuvo mucho que pensar. Le apasionaba la historia y memorizaba con facilidad las fechas importantes.

—El inicio de la Guerra Civil.

—Exacto, hoy hace setenta y cinco años que comenzó —dijo mientras enseñaba la portada del periódico en la que aparecían soldados conduciendo a unos prisioneros por un camino rural—. Me parece tan irreal que estas cosas sucedieran. Que España se dividiese en dos bandos y se derramase tanta sangre.

—Y después vivir una dictadura…

—Sí, por suerte, Franco tuvo algo de lucidez y no quiso participar en la Segunda Guerra Mundial.

—Sí. No estábamos en condiciones de entrar en otra guerra después de tener el país en ruina tras salir de la Guerra Civil. No obstante, otro de los motivos por los que, al parecer, Franco no brindó apoyo a Hitler fue porque el Führer no quería satisfacer las exigencias de Franco que era la entrega a España de Gibraltar, Orán, Marruecos y Guinea.

—La de cosas que habrán sucedido en las guerras y que no sepamos. Conspiraciones, favores y apoyos entre países…

—Sí, y las que suceden. Todos los países tienen secretos de Estado. De hecho, sabrás que es un hecho que en Estados Unidos existe El libro del presidente ¿No? Un libro al que solo tienen acceso los presidentes y donde vienen reflejados los secretos más oscuros y las decisiones más importantes de

la historia.

—Creo que ves demasiado Cuarto Milenio —dijo la inspectora bromeando—. Ahora en serio, ojalá nuestro país hubiese tenido un libro así para aprender de tantos errores.

—Serviría de poco. Estados Unidos lo tiene y no para de cometer errores.

La conversación histórica se vio interrumpida cuando la puerta del despacho se abrió. Un hombre alto, con una barba muy perfilada y gafas apareció bajo el umbral de la puerta. Tenía una pequeña melena peinada hacia un lado. Ana se sorprendió de su juventud.

—Buenos días, soy Julián Gálvez.

—Hola, encantada. Yo soy la inspectora Marín y este es mi compañero el inspector Díaz — dijo ella mientras se estrechaban la mano.

El rector extendió su brazo invitándolos a pasar a su despacho. Los agentes entraron y contemplaron la belleza de aquel lugar. Era una habitación bastante amplia. El suelo de parqué con todo el mobiliario del mismo color hacía de ese despacho un lugar acogedor.

Sobre la mesa del rector había un teléfono negro y un ordenador con una gran pantalla. Los documentos se encontraban en unas bandejas y tras la mesa, había una estantería con multitud de libros. A la derecha de la estantería, los colores de las banderas de Jaén, Andalucía y España daban a ese despacho un cierto prestigio. Existía, a escasos metros del escritorio, una mesa de reuniones que ocuparon para hablar con él.

—Díganme, ¿en qué puedo ayudarles? —preguntó el rector mientras extendía su brazo sugiriendo a los agentes que tomasen asiento.

—Verá, venimos para hablar del profesor Valerio Párraga —dijo Gonzalo.

—Sí, falleció el pasado martes, ¿no? Es una verdadera pena.

—Sí, de hecho, creo haberle visto en el funeral.

—¿Si? Pues no lo recuerdo. Perdone, pero veo a tanta gente al cabo del día que es imposible recordar tantas caras. Bueno y… ¿qué quieren saber?

—Pues queríamos saber un poco más sobre su trabajo, su círculo de compañeros, etc.

—Pues verá, no sé si lo saben, pero me nombraron en el cargo hace dos meses. Conozco a Valerio, he coincidido con él varias veces, pero poco más. Daba clase en el Grado de Historia del Arte. Si quieren, podemos ir en un momento a su despacho, ven su entorno y conocen a sus compañeros.

—Nos parece bien —contestó Ana mientras se levantaban de la mesa.

—De acuerdo —dijo el rector a la vez que acompañaba a los agentes hacia el pasillo—. Por cierto, ¿qué tiene que ver la muerte del profesor con su visita?

Capítulo 21

17 de julio de 2006

El edificio de despachos de la Facultad de Humanidades de la Educación se encontraba justo a la entrada del campus universitario, al lado del aparcamiento. Era uno de los últimos en construirse y lucía un aspecto muy vanguardista. Tenía un diseño arquitectónico muy simple ya que era muy cuadriculado. Estaba cubierto íntegramente de azulejos grises lo que le daba sensación de frialdad, a pesar de que dentro se encontraban algunas de las mentes más brillantes de la ciudad.

Díaz, Marín y el rector atravesaron las puertas principales y subieron al ascensor hasta la segunda planta. Una vez allí, atravesaron un largo y solitario pasillo.

—Se nota que no estamos en periodo lectivo ya. ¡Qué pocos estudiantes se ven por la universidad! —comentaba el rector.

—¿Cuenta la universidad con muchos alumnos? —se interesó Gonzalo.

—Más de quince mil.

—Son bastantes.

—Estamos contentos con las cifras, tenga en cuenta que Jaén es una provincia pequeña en cuanto a población. La oferta educativa en esta universidad no es tan amplia como la de Granada o Córdoba. Aquí, por ejemplo, no se ofertan licenciaturas en Medicina o Veterinaria. A pesar de ello, como ya les he dicho, estamos contentos ya que tenemos una buena valoración.

Se detuvieron frente al despacho 205 y el rector llamó a la puerta. El inspector miró a su compañera ya que le sorprendió que llamase sabiendo que el profesor Valerio, lamentablemente no iba a estar dentro, pero de pronto se fijó en dos rótulos que había a la derecha de la puerta.

Valerio Párraga Delgado Área: Historia del Arte

Luis Villalba Martín Área: Historia del Arte

Gonzalo recordó en ese preciso momento que Valerio le había comentado en alguna ocasión que compartía despacho con un compañero de docencia.

—Parece que no hay nadie —dijo el rector mientras intentaba abrir la puerta—, su compañero se habrá marchado ya a casa.

El intento de abrir la puerta fue en vano, pues estaba cerrada con llave.

—Voy a buscar a un conserje para que nos facilite una llave — dijo Julián—. Vengo en un momento. Supongo que el profesor Villalba estará en clase.

En ese momento, al final del pasillo se podía vislumbrar una figura de un hombre de unos sesenta años, de baja estatura y un tanto obeso.

—Miren, no va a ser necesario. Por ahí viene el profesor.

Aquel hombre se acercó al rector y a los agentes con cara de no entender muy bien lo que pasaba. Portaba bajo el brazo una carpeta con documentos, que parecían ser exámenes. Vestía una camisa blanca impecable y unos pantalones oscuros. Tenía una barba canosa que le cubría la papada, fruto de su obesidad. Sus gafas de cristal de montura marrón y su pelo canoso donde aún se le podía ver algún resto de lo que un día fue rubio, le hacían más viejo de lo que verdaderamente era.

—Luis, buenos días. Le presento a los inspectores de la Policía Judicial, Gonzalo Díaz y Ana Marín.

Aquel hombre les estrechó fuertemente la mano mientras esgrimía una sonrisa en forma de cortesía.

—¿Sucede algo? —dijo el profesor con preocupación.

—Querían echar un vistazo al despacho de Valerio y conocer un poco a sus compañeros —informó Julián.

—Sí, no se preocupe. Queremos echar un vistazo y hacerle unas preguntas sobre su compañero. Será un par de minutos —aclaró el inspector.

—De acuerdo. Pasen.

El profesor Luis Villalba introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta. Al entrar, encendió la luz y se dirigió hacia su mesa, que se encontraba al fondo del despacho, justo delante de una ventana. En el lado derecho, había otro escritorio que los agentes supusieron que pertenecía al profesor Valerio. En ese momento el rector se quedó en la puerta.

—Inspectores, si no les importa, les voy a dejar con el profesor. Yo tengo una reunión importante ahora.

El rector de la universidad cerró la puerta y se marchó.

—Bueno, ustedes dirán. ¿En qué les puedo ayudar?

Gonzalo y Ana caminaban alrededor del escritorio del profesor Valerio inspeccionándolo. Tenía diversos documentos y fotocopias sobre su asignatura. Junto a la pantalla de su ordenador de sobremesa y en una bandeja, se encontraban amontonados una gran cantidad de exámenes sin corregir.

La inspectora se dirigió hacia la mesa de Luis y se sentó frente a él. Mientras, el agente Díaz abrió los cajones del escritorio de su amigo para inspeccionarlos.

—Cuéntenos un poco su relación con Valerio —preguntó Ana.

—A pesar de conocernos poco, nuestra relación era excelente. Tenga en cuenta que llevamos algo menos de un año trabajando juntos, pero hemos compartido muchos momentos.

—¿Sabe si el profesor tenía algún enemigo?

—No, por Dios. Que yo sepa no, pero como le he dicho antes, no le conocía lo suficiente.

—De acuerdo.

—Pero… tengo entendido que su muerte fue natural, ¿no?

—Sí, así es.

—Entonces, ¿en qué andaba metido para que ustedes vengan a preguntarme?

—Eso no se lo podemos decir, caballero. ¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—Pues creo que el día previo a su muerte. Me lo crucé aquí. Yo llegaba al despacho y él se marchaba.

—¿Sabe usted si se encontraba bien, se mostraba nervioso o tenía alguna actitud rara o sospechosa? ¿Advirtió usted algún cambio sustancial en la actitud del profesor en los últimos días?

— No lo sé. Solo lo saludé. Al día siguiente, el día de su muerte, creo que tenía horas de tutoría, pero no vino por el despacho.

Gonzalo se agachó tras la mesa de su amigo y empezó a desconectar los cables del ordenador de sobremesa.

—¿Sabe usted si el profesor estaba llevando a cabo alguna investigación paralela a la docencia?

—No tengo constancia. Todos investigamos de algún modo porque todos compartimos el amor por la historia y por el arte. Leemos y nos informamos continuamente. Debemos estar a la vanguardia como docentes. Valerio ha realizado numerosos proyectos de investigación, que estarán en el registro de la universidad. En una ocasión me contó que hizo un estudio sobre la catedral y todos los arquitectos y escultores que habían pasado por ella a lo largo de la historia. La investigación la llevó a cabo hace unos años con el compañero Emilio López.

—Entiendo —dijo Ana—. ¿Y sabe usted cuál es el despacho del compañero?

—Lamento decirle que Emilio López falleció hace un año por una enfermedad grave. Un cáncer de páncreas, creo recordar. De hecho, yo ocupé su puesto.

El inspector en ese momento puso la torre del ordenador sobre la mesa. Y tras rellenar la pertinente hoja de custodia dijo:

—Nos vamos a llevar el ordenador para que lo analice Ortiz.

Los agentes se despidieron del profesor Luis Villalba y se marcharon.

Salieron del edificio y se dirigieron hacia los aparcamientos. Él introdujo el ordenador del profesor en el maletero del coche de Ana mientras ella lo arrancaba. Esperaron unos minutos fuera del vehículo mientras el aire acondicionado intentaba compensar el exceso de calor del interior.

—Estamos muy perdidos. Espero que podamos sacar alguna información del ordenador—dijo el inspector mientras sacaba su teléfono móvil.

—Sí, el compañero de tu amigo Valerio nos ha podido ayudar poco.

—De hecho, yo tenía constancia ya sobre los estudios del profesor en la catedral.

Se subieron al coche. Ella sintonizó su emisora favorita mientras él no levantaba la vista de su teléfono móvil. En ese momento, los primeros acordes de la canción *Y ahora* de Manuel Carrasco comenzaron a sonar.

—Vaya canción más bonita —dijo la inspectora mientras acariciaba con sus manos el volante—. ¿Vamos entonces a la casa del profesor?

Ana esperaba una respuesta por parte de su compañero que no llegaba. Estaba absorto en la pantalla de su celular. El teléfono móvil se contoneaba con los nervios que se apoderaban de la mano de su compañero.

—Gonzalo, ¿Qué sucede? ¿Pasa algo? —preguntó ella con impaciencia.

—¡Para el coche ahí! —ordenó gritando.

La inspectora dio un frenazo y se echó a un lado de la carretera. Sus manos apretaban con fuerza el volante y, a la vez, le temblaban mientras se le hacía un nudo en la garganta.

El inspector volvió a reproducir el vídeo y le mostró el móvil a su compañera que miraba con incredulidad la grabación con la que el caso cambiaba de rumbo por completo.

Capítulo 22

17 de julio de 2006

Los agentes Marín y Díaz caminaban por la plaza de la Verdadera rumbo a la catedral tras dejar su vehículo en el aparcamiento del mercado. Las calles estaban casi vacías de transeúntes, pero los bares con climatización eran un hervidero de gente. En la calle se podía apreciar una mezcla de olores a fritura de los bares aledaños y el aroma de los árboles de aquella plaza emblemática de la ciudad. Gonzalo sacó su teléfono y llamó al padre Ángel mientras caminaban apresuradamente.

—Padre. Buenos días. ¿Sigue usted en la catedral? Quédese ahí, estamos de camino y queremos hablar con usted. Es urgente.

El reloj digital publicitario que había en la parada de taxis número 548 de aquella plaza marcaba las 13:52 minutos y la temperatura era de 43 ºC. Intentaban hablar mientras el calor sofocante convertido en sudor les recorría el cuerpo a la vez que caminaban.

—Me ha dicho el padre Ángel que nos espera en la catedral.

—Vamos a ver cómo se lo decimos —contestó Ana.

La sombra de las torres de la catedral cubría mínimamente la plaza de Santa María, pero no dejaban de imponer al inspector cada vez que miraba hacia arriba. La inspectora entró en la catedral y sujetó la puerta para que el agente Díaz entrase. Tras andar unos metros por el pasillo central, el sacristán salió a su encuentro.

—Buenos días. El padre les está esperando en la sacristía.

Aquel hombre condujo a los agentes hasta el padre Ángel mientras ambos contemplaban la belleza y la majestuosidad de aquel templo.

Entraron en la sacristía y caminaron hasta el fondo donde, al lado del altar, les estaba esperando el sacerdote.

—¿Qué le trae de nuevo por aquí? ¿Gonzalo, creo recordar?

—Sí. Buenos días, padre. Le presento a mi compañera, la inspectora Ana Marín.

El religioso y Ana se estrecharon la mano cordialmente mientras ella disfrutaba observando la sacristía de la catedral.

—Esto es precioso —dijo Ana.

—La catedral en sí es preciosa. Es la representación de la casa de Dios en la Tierra, ¿cómo no va a ser preciosa?

La inspectora miró al padre y asintió brevemente pues a pesar de que sus

ojos brillaban con la arquitectura y los monumentos de su bella ciudad, no existían inquietudes religiosas para ella.

—Padre, queremos mostrarle algo.

Gonzalo sacó su teléfono móvil, buscó un archivo de vídeo y se lo mostró al padre Ángel. En él se podía apreciar cómo una persona habla con el sacristán mientras este sacaba el Santo Rostro de su urna. Tras la conversación, el sacristán se marcha y en ese momento, aquella persona aprovecha la ocasión para colocar boca abajo sobre la mesa, el marco del Santo Rostro y para abrirlo por la parte de atrás. Tras observarlo, lo guarda plegado en su mochila justo después de poner una copia en el marco y dejarlo donde estaba.

El padre Ángel enmudeció por momentos. Gonzalo le quitó el teléfono de la mano prácticamente sin que se diese cuenta.

—¿Cómo es posible? —dijo el sacristán con incredulidad.

El padre Ángel y el sacristán se miraron. El miedo se apoderaba de sus rostros.

—Padre, es Juan Gómez. La persona que se brindó a prestarme ayuda.

—Sí, es cierto —dijo el sacerdote dirigiéndose a los agentes—. El hombre que se ve en las imágenes, se llama Juan Gómez. Era asiduo a venir algunos días desde hace unas dos semanas para contemplar las obras de la catedral y asistir a misa. Después de verlo durante dos días, se me acercó y me contó que su mujer había fallecido y que se encontraba solo. Que sentía un gran vacío y que su mujer era muy devota de Nuestro Padre Jesús. Se brindó a colaborar en las tareas de la catedral y así fue. Ha venido varias veces.

Gonzalo miraba al padre Ángel totalmente desconcertado. La persona que parecía conocer y su mejor amigo, tenía una vida totalmente oculta.

—Padre, la persona que venía a ayudarle no se llamaba Juan Gómez, ni estaba casado. Hemos venido precisamente por ese motivo. Ese hombre está muerto.

El sacerdote se persignó mientras el inspector se dirigió un poco alterado por la situación al sacristán.

—¿Qué le dijo para que lo dejase solo con el Santo Rostro?

El sacristán al ver al agente alterado, se comenzó a poner nervioso.

—No lo recuerdo. Fue hace una semana, de eso estoy seguro porque solo abrimos la urna los viernes que es el único día que se muestra al público. Creo recordar que me dijo que alguien estaba buscándome y que preguntaban por mí.

—¿Y fue así?

—Sí, era el padre Ángel.

—Sí, supongo que sería cuando le llamé para pedirle que colocase las flores nuevas a Nuestro Padre Jesús —informó el sacerdote.

—Así es, padre.

—Entonces, según esta grabación ¿el Santo Rostro que hay en la capilla mayor es falso?- preguntó el religioso.

—No lo sabemos, padre. Mi compañera ha llamado a una experta que viene de camino, pero me temo que sí. En la grabación del día de antes del supuesto robo, observamos cómo un hombre lo cogía y creemos que cuando se dio cuenta de que era falso, lo depositó en el coro. Esta grabación que le estoy enseñando pertenece a la noche anterior. Creo que lo mejor es que le echemos un vistazo.

—Juan, ve a por las llaves de la capilla —ordenó al sacristán apresuradamente—. Ahora es un buen momento. El templo ha cerrado a las dos y hasta las cuatro de la tarde no volverá a abrir.

El sacerdote, Ana y Gonzalo salieron de la sacristía y caminaron por el viejo pasillo hacia la capilla del Santo Rostro mientras desde lejos, una mujer joven, atractiva con altos tacones, un vestido de flores y pelo rubio se acercaba a los agentes.

—Ana, ya estoy aquí —dijo aquella mujer.

La agente Marín se giró y sonrió. Le dio dos besos y la cogió del brazo afectuosamente.

—Os presento a mi amiga Mercedes Carrión. Experta en arte y trabajadora del museo.

El padre Ángel y el inspector saludaron a Mercedes mientras el sacristán abría la verja de hierro de la capilla.

Se colocaron frente a la reliquia, contemplándola por un momento mientras Gonzalo sugirió sacar el lienzo del Santo Rostro.

—Tenga especial cuidado. Es lo más importante que tenemos en la catedral.

El agente Díaz abrió el marco de oro que protegía el Santo Rostro. Con cuidado, sacó el lienzo y lo depositó sobre la mesa. En ese momento, Mercedes dio un paso al frente y lo observó con detenimiento.

A pesar de ser poco más de las dos de la tarde, la altura de las vidrieras del templo hacía que en aquella capilla no hubiese la luz suficiente para determinar la veracidad de una obra.

Mercedes sacó su teléfono móvil y encendió la linterna. Acarició el lienzo por los bordes y, en una esquina, usó la pinza de sus manos para acariciarlo, comprobando su textura. Levantó un poco la lámina, contemplando la parte de atrás del cuadro y con las dos manos lo cogió para ponerlo a trasluz. Durante unos segundos lo pudo contemplar con detenimiento. Lo volvió a colocar sobre la mesa y pasó la linterna de su teléfono móvil por cada uno de los trazos de la cara de Jesucristo.

Gonzalo observaba su trabajo y le prestaba especial atención. Desde siempre le había fascinado ese trabajo. Su curiosidad lo llevó a preguntarle a la experta.

—A simple vista parece que es el cuadro auténtico. Los trazos son finos y el dibujo es simétrico.

—Sí —contestó Mercedes—. A simple vista sí, pero con detalle no lo es. Acércate.

Se acercó al lienzo con sumo cuidado. Mercedes tocó el lienzo mientras le iba explicando todo a los que allí estaban presentes.

—El lienzo por su color y textura puede ser que coincida en años con el Santo Rostro, o por lo menos tiene bastantes años. Lo que hace ver que es falso es la pintura. Si la tocáis se puede apreciar que no hay una mezcla artesanal de colores y que no hay mucha cantidad de pintura. Lo que me lleva a la conclusión de que es una simple impresión de una imagen del Santo Rostro en los retales de un lienzo antiguo.

El padre Ángel se echó las manos a la cabeza y se acercó a Mercedes.

—¿Está usted completamente segura?

Mercedes se mantuvo en silencio, pensando una respuesta durante unos segundos.

—Sí, padre, no hay duda.

—¿Saben ustedes lo que esto significa? La insignia de la ciudad de Jaén ha desaparecido y, con ella, una parte del cristianismo.

—Bueno, padre, tranquilícese. Lo mejor es no dar la voz de alarma y ser discretos. Pueden decir que se está restaurando. Además, nadie tiene por qué saberlo hasta que demos con el paradero de la original.

—Vale, está bien. Confío en su trabajo y en la voluntad de Dios.

Los inspectores se dispusieron a marcharse transmitiendo cierta tranquilidad al sacerdote.

—Gonzalo, ¿sabe usted por qué esta catedral tiene tantos balcones? —preguntó el padre.

Los agentes se volvieron hacia el padre no sin antes mirarse entre ellos mientras pensaban una respuesta a esa extraña pregunta.

—No, padre.

—Verá… Antiguamente se mostraba al Santo Rostro en cada uno de los balcones, el día 15 de agosto y el Viernes Santo de cada año. Miles de personas venían de pueblos y ciudades para observar. Por eso tiene sesenta y dos balcones.

—¿Qué me quiere decir con eso, padre?

—Que ya sabe lo importante que es el Santo Rostro para la ciudad y que aúne todos sus esfuerzos en encontrarlo.

Las palabras del padre impactaron al inspector. La presión de la investigación y la implicación de su mejor amigo no eran fáciles para él.

Los agentes caminaban hacia la puerta principal inmersos en un océano de dudas.

—Aún no me puedo creer que el profesor Valerio robase el Santo Rostro

y lo cambiase por una copia. Y lo más preocupante es que fue algo premeditado. Incluso ocultó su identidad. Esto es muy raro. Ahora con él muerto no sé cómo vamos a dar con la reliquia.

—Tranquilo, Gonzalo. Daremos con el Santo Rostro, pero también debemos dar con el motivo que le hizo robarlo porque si lo sustrajo el día anterior a que otra persona lo quisiese robar, es mucha casualidad.

Capítulo 23

17 de julio de 2006

La calle Maestra era, sin duda, un lugar emblemático de Jaén. Era una pequeña arteria urbana que desembocaba en la plaza de Santa María. Este hecho hacía que numerosos turistas se perdieran por ella. De carácter peatonal y muy transitada, albergaba gran cantidad de bares y tascas típicas de la ciudad, tiendas de antigüedades e incluso la biblioteca municipal. Aquella calle servía de nexo de unión entre la catedral y el conservatorio de música, el teatro Darymelia e incluso los barrios más antiguos de la ciudad.

Era un tanto estrecha por lo que la luz entraba solo en las primeras horas de la mañana. En Semana Santa, numerosos pasos realizaban su estación de penitencia por ella, hecho que la hacía más genuina si cabe. Además, la Casa de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús se encontraba justo al inicio de la calle. Pero, verdaderamente lo que hizo que el profesor Valerio quisiese vivir en esa calle era la Casa del Reloj.

La casa de las Heras, también conocida como la Casa del Reloj, era un edificio de traza modernista que fue construido en 1906. Era un edificio estrecho pero muy alto y sus paredes estaban cubiertas de ladrillo. La forma y disposición de los ladrillos hacían que su fachada luciese una característica ornamentación. En el centro superior del edificio, un reloj de grandes dimensiones presidía la fachada. Su planta inferior a lo largo de los años había sido utilizada con diversos fines comerciales.

El profesor estaba enamorado de aquel edificio. Le encantaba pararse un poco, cada vez que salía de casa, para contemplarlo. Su situación frente a la catedral lo hacía más atractivo aún para el Valerio.

Gonzalo y Ana caminaron unos metros por aquella calle hasta el edificio Entrearenales donde vivía el profesor. Justo al llegar a la puerta principal, una mujer de avanzada edad salía con ayuda de un andador para no perder el equilibrio. La inspectora sujetó la puerta y facilitó la salida a aquella señora. Al entrar en aquel edificio, el rostro del agente Díaz cambió. La tristeza le invadió. Recordó todas las veces que allí se reunió con el profesor, charlas, intercambios de opiniones y sonrisas ocupaban sus recuerdos. Ana observó a su compañero y se detuvo en el portal del edificio para abrazarlo. Aquel abrazo le caló hasta los huesos, y le llenó de coraje, fuerza y valentía para enfrentarse a los nostálgicos recuerdos que le iban a golpear minutos después

en la casa del profesor.

Se detuvieron delante de aquella puerta de madera del segundo piso. El inspector retiró de la pared un macetero de grandes dimensiones que había junto a la puerta y, tras él, cogió una llave.

—Vaya. Pues sí que tenías confianza con él —dijo Ana asombrada.

—La suficiente, tampoco es que Valerio tuviese muchos amigos, era una persona celosa de su intimidad. Sé que esta llave estaba guardada aquí, porque he tenido que venir varias veces a regar sus plantas. Una vez, cuando se fue a París, y otra vez cuando se fue a pasar unos días a Cazorla y la nieve lo aisló unos días allí. Esta llave la guardaba porque era asiduo a perderlas.

—Cada vez me inquieta más no haber conocido al profesor — dijo ella.

—Te hubiera caído muy bien, sin duda. Era muy inteligente, pero muy despistado. Creo que eso va relacionado —dijo el inspector sonriendo.

Abrió la puerta y entró al piso del profesor. Pulsó el interruptor de la luz del pasillo y cruzó el umbral de la puerta del salón. Una estantería inmensa de libros, daba calidez a aquel lugar. En el fondo, junto a una ventana, había un ordenador portátil y varios libros sobre la mesa. Ana se acercó a Gonzalo y contempló el escritorio. Una taza de café frío estaba sobre la mesa.

—¿Una taza de café? —preguntó la inspectora.

—Seguramente se tuvo que marchar rápido —contestó mientras encendía el ordenador portátil.

La agente Marín observó los libros de historia que tenía el profesor sobre su escritorio y comenzó a leer los títulos. *La orden de Calatrava, Guerra Civil Española, Segunda Guerra Mundial: La expansión y caída del imperio Nazi, Andrés de Vandelvira: el arquitecto renacentista.*

Sobre una de las estanterías, había un recorte de periódico enmarcado con una foto del profesor sosteniendo un libro. El titular decía:

El profesor Valerio Párraga presenta «El Santo Rostro y la Catedral de Jaén».

Ana miró con atención el recorte y se lo mostró a su compañero.

—No sabía que el profesor había escrito un libro sobre el Santo Rostro.

—Sí, estuvo años estudiándolo. La universidad lo financió, e hicieron bastantes copias. Creo que realizaron una colección de unos mil ejemplares. Algunos de ellos están en la biblioteca de la universidad.

—Puede ser interesante ese libro para la investigación —sugirió Marín.

—Sí. De hecho, tengo la corazonada de que ese libro nos puede ser de mucha ayuda para la investigación.

—¿A qué te refieres? —preguntó la inspectora con interés mientras observaba el recorte del periódico.

—Piénsalo. ¿No te parece todo un poco extraño? Muere una persona de manera accidental mientras era perseguida días después de sustraer una reliquia y cuya historia ha estudiado y la había plasmado en un libro.

—Sí, viéndolo desde ese punto de vista, sí que es un tanto extraño todo.

—Quizás, tengas razón y deberíamos hacernos con un ejemplar del libro —opinó el inspector.

Gonzalo observaba la estantería del profesor, mientras el ordenador tomaba su tiempo para arrancar. Una de las baldas de la estantería estaba ligeramente vencida debido al peso de unos libros de poesía. *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* de Pablo Neruda, *Antología Poética* de Lorca, y otros tantos de Alberti y Machado.

—Según veo, el profesor era un amante de la historia —dijo Ana.

—Y de la literatura, en general —contestó Díaz mientras le mostraba los libros poéticos.

—Mira, le gusta la poesía como a ti.

—Sí, aunque él tiene más libros.

—Bueno, él era mayor, ya tendrás tiempo de llenar tu casa de libros como esta.

Gonzalo la miró y sonrió.

—No me cabrían todos estos libros en casa —dijo el inspector—. Cuando vivía en Cádiz, leí sobre todo a mi paisano Alberti y luego a Machado, Lorca… pero aún me quedan muchos por leer, por ejemplo Benedetti, Neruda, Rubén Darío…

La inspectora lo volvió a mirar y le sonrió. Su mirada penetrante reflejaba admiración por él. El silencio se hizo durante unos segundos hasta que el crujir de unas láminas del parqué del pasillo puso en alerta a los agentes.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Ana.

Los agentes esgrimieron su pistola desde la espalda y apuntaron hacia el pasillo. Su tensión era máxima. Gonzalo tenía delante a su compañera. Decidió dar varios pasos a la izquierda para abrir su ángulo de visión. Orientó su arma hacia el techo para evitar un disparo fortuito hacia su acompañante, recordando así las clases de prácticas de tiro y seguridad que recibió en la academia

La inspectora miró hacia atrás y puso su dedo índice en los labios indicando a él que guardase silencio. Se aproximó hacia el pasillo con delicadeza, paso a paso, sin hacer ruido. Solo se escuchaba tímidamente su respiración agitada. Él la observaba. La adrenalina se apoderaba de su cuerpo. Detrás de esos vaqueros negros y ese top rojo, se encontraba la mujer más valiente que jamás había conocido. Como lanzándose hacia un precipicio sin miedo, Ana estaba a punto de llegar al pasillo.

De repente, sobre el marco inferior de la puerta. Una bola blanca de pelo con dos ojos apareció rozando el pie de Ana maullando. Los agentes resoplaron aliviados mientras enfundaban de nuevo sus armas.

—¡Vaya susto! —dijo Gonzalo.

—¡Pero qué preciosidad! —contestó su compañera mientras cogía el

gato.

—Sí, no me acordaba de la mascota del profesor.

El inspector se acercó a ella mientras esta acariciaba cariñosamente al gato.

—Se llama Sebastián —aclaró.

—¿Sebastián? Ese nombre no creo que sea el más idóneo para un gato.

—El profesor era una persona un tanto peculiar. Cuando lo adoptó pocas semanas, quiso ponerle ese nombre por algún personaje histórico de un libro que estaba leyendo.

El agente volvió hacia el escritorio y cogió el libro titulado Orden de Calatrava.

—Concretamente, creo que era este —dijo mientras se lo mostraba a ella.

En ese momento, los agentes se miraban. En un segundo, Gonzalo visualizó detrás de ella cómo una sombra atravesaba el pasillo rápidamente hacia la puerta del domicilio del profesor.

—¡Quieto! —dijo mientras volvía a desenfundar su arma.

Ana miró rápidamente hacia el pasillo, desenfundando su arma mientras él saltaba por encima de la mesa pequeña del salón del profesor y se puso delante de ella.

Cuando salieron al pasillo del edificio, la sombra que huía ya bajaba por las escaleras y se encontraba en el piso inferior. Marín intentó utilizar el ascensor que se encontraba ocupado mientras su compañero bajaba las escaleras de cinco en cinco con el arma en la mano. La inspectora lo seguía de cerca y cuando enfilaron el pasillo de la planta baja hacia la puerta del edificio, se encontraron con la mujer anciana del andador, tendida en el suelo mientras intentaba levantarse. Ana, apresuradamente atendió a la mujer, mientras un ruido atronador de un motor se hacía presente en aquel lugar.

Gonzalo salió a la calle, y tan solo pudo ver durante unos segundos, a una persona vestida de negro sobre una motocicleta azul de gran cilindrada y a todo gas haciendo rugir sus 600 cc, mientras el humo del tubo de escape llenaba sus pulmones de impotencia y rabia.

Sacó su teléfono móvil, llamó a la comisaría para dar el aviso e intentar detener a la persona que estaba en casa del profesor. Pero en el fondo sabía que, sin conocer la matrícula de la moto, era una tarea difícil.

Capítulo 24

2 de marzo de 1940

Caía la madrugada en aquel pequeño pueblo a pocos kilómetros de París. El silencio sepulcral de la noche se extendía a lo largo de todas las calles del municipio. No se escuchaba nada, a excepción algún ladrido que otro de unos perros a lo lejos. Los habitantes de Villejuif Bicetre no solían salir a la calle a esas horas de la noche. Solía ser un pueblo tranquilo. Sus apenas catorce mil habitantes se dedicaban al comercio, la agricultura y a los oficios que tenían que ver con la construcción. Tan solo una pequeña parte de la población tenía que trasladarse cada mañana a París para trabajar.

Aquella villa se encontraba rodeada de campos de maíz y viñedos donde se recogían algunas de las mejores cosechas del país que, más tarde, se convertirían en vinos exclusivos. Existían granjas que en sus orígenes fueron familiares pero que, con el tiempo, se transformaron en pequeñas manufacturas que producían los mejores quesos de la región.

La proximidad con la ciudad de la luz hacía de este lugar un sitio idílico para vivir si no podías permitirte el lujo de vivir en la capital gala. A pesar de ser pequeño, muchos de sus edificios eran de época napoleónica. En el centro del pueblo, particularmente destacaba el ayuntamiento, un pequeño edificio construido en piedra y sobre arcos con grandes ventanas que recordaba, sin lugar a dudas, al famoso Museo del Louvre de la capital francesa. Cerca del consistorio, había un hospital que se convirtió en otro de los reclamos culturales. El hospital estaba circundado por un gran muro de piedra y un enorme portón, de madera de roble trabajada y tallada por los mejores ebanistas del momento, símbolo del poder económico que poseía Francia en los años del Imperio napoleónico. Dentro del hospital, las zonas verdes cobraban un importante protagonismo igual que en el resto del pueblo.

En el silencio de aquella noche, un hombre vestido con gabardina negra y sombrero esperaba bajo la luz de una farola con un cigarrillo en la boca. Se mostraba nervioso e impaciente. Era una calle de

pequeñas casas, separadas entre sí y rodeadas todas ellas de un muro de unos dos metros. Cada casa tenía su propio jardín. A lo largo de la calle, se extendía una gran hilera de árboles que le daba cierto encanto al pueblo. Mientras el sujeto de la gabardina miraba su reloj, un vehículo negro apareció por la Rue Jean Mermoz. El vehículo, un Peugeot 410 Eclipse, un ejemplar moderno para la época, aparcó justo delante de él.

El conductor, un hombre de ojos claros y pelo rubio brillante, bajó la ventanilla y se dirigió hacia el hombre.

—¿Es cierto que la luna llena saldrá hoy?

—Sí. Saldrá si es necesario.

Aquella extraña conversación en forma de clave hizo que los ocupantes del vehículo se bajaran. Eran cuatro hombres. Vestían pantalón de traje y chaleco, estilo semejante a las familias de la mafia italiana. Cogieron sus maletas del maletero y entraron en una de las casas.

Era una casa grande con un inmenso jardín verde muy bien cuidado. Tenía un pasillo de losas de piedra que conducía hasta la puerta. Ocho ventanas, dos a cada lado en las dos plantas decoraban aquella fachada. Sobre la puerta central, se situaba un balcón que presidía la casa y le daba cierta majestuosidad.

Los cinco hombres entraron en la casa y cerraron la puerta.

—Espero que esta casa cumpla sus expectativas —dijo el hombre de la gabardina—, tiene cuatro habitaciones, dos baños, una cocina y un salón con chimenea.

—Eres Jean Pierre, ¿no? —dijo el conductor mientras el hombre de la gabardina asentía—. Venimos a hacer un trabajo, no necesitamos mucho para vivir.

—De acuerdo.Bueno, ¿y cómo se llaman ustedes? —preguntó intentando ser cordial.

El conductor se volvió a dirigir a Jean Pierre. Se aproximó hacia él y se colocó a escasos centímetros de su rostro, mirándole seriamente.

—Mi gobierno no te paga para que hagas preguntas —contestó de nuevo aquel hombre.

Se hizo el silencio mientras los otros tres hombres subían las escaleras de madera para ocupar las habitaciones superiores y deshacer las maletas.

—Puedes llamarme Alexander —dijo aquel hombre intentando ser un poco amable.

El hombre caminó por el salón mientras miraba de un lado a otro inspeccionándolo todo. Había una mesa justo delante de una ventana y la arrastró hacia la izquierda ocultándola en el fondo del salón.

Uno de los hombres entró en la estancia tras bajar las escaleras apresuradamente.

—Capitán, he acondicionado una habitación para usted —dijo aquel hombre.

—De acuerdo. Atiéndame. Quiero aprovechar la madrugada para instalar todo el equipo. Quiero la antena en una de las ventanas traseras, donde no pueda verse. En esta mesa —dijo señalando la que acababa de mover— quiero la radio instalada y una línea telefónica. Esa mesa será el centro de operaciones. Tiene que estar todo listo en tres horas. Me gustaría contactar con el resto de equipos antes del amanecer. Ah, y las ventanas de esta estancia las quiero tapadas ¡ya!

—A sus órdenes, capitán.

Alexander se acercó a Jean Pierre mientras el otro hombre subía a informar sobre las órdenes de su jefe al resto de compañeros.

—Jean Pierre, es hora de que te marches. Quiero que vengas cada dos días para mostrar normalidad. Para tus vecinos seremos tus primos que han venido desde Holanda para trabajar en París.

Alexander extendió su brazo sobre el hombro de Jean Pierre, rodeando su cuello y apretó con fuerza mientras le susurraba al oído.

—Recuerda para quién trabajas. Puedes sentirte orgulloso de contribuir a nuestra causa y no todo el mundo tiene ese privilegio. Eres afortunado, pero también tengo que decirte que cualquier indicio que tengamos de que has hablado más de la cuenta, o que le has contado a alguien de nuestra presencia aquí, y yo mismo me encargaré de ti personalmente. Sabes con quién trabajas, sabes quiénes somos y sabes lo que somos capaces de hacer, así que espero que seas inteligente y no quieras correr riesgos innecesarios.

Jean Pierre tragó saliva. Un nudo en la garganta no le había permitido hacerlo durante unos minutos. Le temblaban las piernas. Mientras salía de casa, pudo comprobar cómo uno de los hombres de Alexander bajaba con dos maletas pesadas y sacaba de ellas armamento: seis fusiles, varias pistolas, granadas e incluso armas blancas con las que podría destriparse un elefante. Jean Pierre se mostraba resignado y decepcionado con él mismo. Caminó unos metros, deambulando despacio, solitario y pensativo en la madrugada mientras la espesa niebla cubría los tejados de las casas y sin más compañía que el sonido de sus propios pasos que parecían sonar a un tic tac de un reloj. La cuenta atrás había comenzado y ya no había marcha atrás.

Le vino a la cabeza el vago recuerdo de su padre. Su referente, su ejemplo a seguir. Un ciudadano francés que regentaba una licorería. Un hombre tan decente que sus defectos e imperfecciones se

escapaban a la vista de Jean Pierre, haciéndole ver que era un hombre humilde que amaba a su familia. Recordó aquel día que su madre tuvo que quedarse al cargo de la licorería porque él, vestido con el uniforme, se marchaba de su casa cuando apenas tenía seis años rumbo a la Primera Guerra Mundial. La Marsellesa sonaba en el autobús que recogía a los soldados con destino al infierno de la guerra. También recordó el día que recibieron en su casa una carta del gobierno francés donde le informaban de que su padre se debatía entre la vida y la muerte al ser alcanzado por un proyectil. Por suerte, a los pocos meses volvió a casa postrado en una silla de ruedas de la que nunca se pudo levantar.

Después de todo lo que su padre había luchado, después del orgullo de tener que haber dado prácticamente la vida por la República Francesa, de sufrir la miseria, la guerra y la muerte pisándole los talones, su propio hijo lo había traicionado. Se apoyó en una farola. Sus lágrimas caían sobre sus pies en forma de lluvia triste y salada. Se sentó sobre el bordillo, sacó de su cartera una foto y la observó mientras seguía llorando. Sentía la necesidad de darse una ducha, su ropa parecía oler a dolor, a suciedad, a traición y a sangre tan solo por haber estado durante unos minutos con aquellos hombres. El hambre y la necesidad hacían que hubiese tenido que tomar la decisión tan terrible de meter al enemigo en su propia casa y traicionar a su propio país.

Capítulo 25

17 de julio de 2006

Gonzalo llegó a la comisaría y se sentó frente al ordenador. Sentía la necesidad de buscar respuestas. Pero a la vez estaba bloqueado, sin saber por dónde empezar. Ana llegó a su mesa por detrás y le sujetó los hombros con cariño.

—Le acabo de dejar el ordenador del profesor a Ortiz —le dijo—, ¿te parece que volvamos a revisar las cámaras de seguridad? El inspector buscó en su ordenador las grabaciones de las cámaras de la catedral y las del ayuntamiento y las reprodujo.

—Parece que la persona que intenta robar el Santo Rostro y la que persigue al profesor el día de antes, podría ser la misma persona,¿no?

—Según su complexión, se podría decir que sí.

Gonzalo se reclinó sobre su silla y se puso sus manos en su cara mientras resoplaba. En ese momento, Ana lo observó con delicadeza. Sus manos bien cuidadas, su camiseta roja ceñida a sus pectorales y la fragancia de su perfume, hacían que desease estar entre sus brazos, cual si fuese su hogar.

—Tranquilo, llegarán las respuestas, pero creo que ahora necesitamos descansar —dijo la inspectora mientras acariciaba su rodilla—. ¿Te apetece que nos veamos esta noche para cenar algo y nos despejamos?

El inspector se incorporó hacia delante y la miró con deseo:

—¿Me está proponiendo una cita, agente Marín?

—No, tan solo le estoy sugiriendo cenar, agente Díaz —contestó ella con ironía.

—Me parece perfecto.

—Estupendo. Me voy a marchar porque tengo que realizar unas compras. ¿Te apetece que te recoja a las diez?

—Perfecto.

Ana se levantó del escritorio y se dirigió a su mesa para coger su bolso. Se lo colgó del hombro y caminó hacia el pasillo mientras el inspector no le quitaba la mirada de encima. El movimiento de sus caderas hacía que Gonzalo se olvidase de todo y que solo pudiese volver a la realidad cuando su compañera desapareciese por la puerta, como así fue. Aquel momento mágico se vio interrumpido con la llegada del agente informático, Ortiz. Su cara de preocupación era una especie de premonición para Gonzalo, que era capaz de intuir lo que le iba a decir.

—El ordenador de tu amigo está vacío. Ni historial de búsqueda de internet, ni documentos, ni imágenes. Nada.

—No me jodas, Ortiz —contestó lamentándose.

—Le he realizado un software que incorpora una especie de rastreo y ha sido borrado todo hoy a las 16.43.

El inspector miró sorprendido a Ortiz.

—Unos minutos antes de que llegásemos Marín y yo —añadió—. Como me temía, se ve que el sospechoso se pudo deshacer de algo que pudiera incriminarlo. ¿No habría posibilidad de recuperar algo?

—Es prácticamente imposible, pero lo intentaré —contestó Ortiz—. Bueno, yo me marcho. Tengo tarea en casa ahora. Estos días de verano ponen a mis hijos muy nerviosos.

El agente Ortiz se marchó y Gonzalo se quedó mirando de nuevo las cámaras de grabación. Sentía la necesidad de dar respuestas inmediatas y sacó de su cajón una libreta, abrió el buscador de internet y comenzó a anotar información importante sobre el Santo Rostro.

El Santo Rostro o Santa Faz es una reliquia que se encuentra actualmente en la catedral de la Asunción de Jaén. El Santo Rostro determinó la existencia de los balcones en la catedral y se guarda bajo una caja fuerte de máxima seguridad con siete llaves en la capilla mayor. Cuentan que, de camino al calvario, la Verónica dio a Jesús un paño para enjugarse el sudor y las lágrimas. Su cara se quedó impregnada en la tela que se dobló en dos. Al estirarla, vieron que el rostro se había reproducido en las dos partes del paño, de modo que lo cortaron en dos. Uno de ellos se guarda en el pueblo de Santa Faz, en Alicante; el otro en la catedral de Jaén.

Se trata de la imagen de Cristo más antigua de la península ibérica. Data del siglo V y por sus rasgos parece un icono bizantino. En la Antigüedad la imagen se veneraba desde los balcones de la catedral cada 15 de agosto. Este hecho hacía que fuesen miles los feligreses y peregrinos los que se daban cita cada año en la plaza Santa María para verlo. En la actualidad, no hay que esperar al 15 de agosto para poder ver y besar el Santo Rostro. Cada viernes, en la capilla anexa a la catedral conocida como el Camarín, se expone ante el público. Tan impactante es la imagen como el marco de oro que la salvaguarda, con 191 rubíes, 193 diamantes y 210 esmeraldas. Frente a ella, otro detalle llama la atención: un lazo de oro y brillantes sobre el marco. Durante la Guerra Civil, la reliquia se perdió. En los años cuarenta, apareció en

París y pudo ser devuelta a la ciudad. Se hizo el lazo con el simbolismo de unión a Jaén con el deseo de que no se volviera a extraviar.

Gonzalo leyó detenidamente toda la información y recordó las palabras del padre Ángel sobre los balcones de la catedral por lo que volvió a usar el buscador de internet para acceder a la información sobre la catedral de Jaén.

… La catedral actual fue concebida en el siglo XVI para sustituir al anterior templo gótico del siglo XV. La construcción se prolongó durante varios siglos, a pesar de lo cual la idea original se mantuvo. Destacan la sala capitular y la sacristía, que son la obra cumbre de Andrés de Vandelvira, y una de las obras más importantes del renacimiento español.

En la capilla mayor de la catedral de Jaén se encuentra la reliquia del Santo Rostro, el presunto rostro que Cristo dejó impreso cuando Santa Marcela le consoló camino del calvario. La Santa Faz es una de las reliquias más importantes del cristianismo. Andrés de Vandelvira diseñó una catedral con balcones para que el pueblo llano y los inmensos olivares recibieran la bendición de Cristo.

El agente Díaz tomó nota de los aspectos más importantes en su libreta y apagó su ordenador. Se levantó de su mesa y vio cómo el comisario entraba en la sala.

—Gonzalo —dijo su jefe desde el otro lado del pasillo—, me alegra que esté todavía por aquí. Quería hablar con usted.

—Dígame, comisario.

—Siéntese un momento —dijo Carlos mientras se postraba delante de la mesa, tomaba asiento y lo miraba a los ojos fijamente—. ¿Cómo lleva el asunto del robo? —preguntó.

—Tenemos abiertas varias líneas de investigación, comisario.

—¿Es cierto que fue su amigo el que robó el Santo Rostro?

—Los indicios apuntan a que es muy probable que fuese así, pero algo en mí me dice que no.

—Gonzalo, entiendo que el profesor era su amigo. Pero sabe de sobra que su amigo es sospechoso de robo, así que actúe en consecuencia y de manera objetiva.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Pues que los hechos son los que son, la verdad no se puede ocultar y el pasado no se puede cambiar. Su amigo lamentablemente está muerto y todas las pruebas apuntan a él como culpable del robo.

—Comisario, le puedo garantizar que actuaré de manera objetiva y precisamente esa objetividad, hará que el nombre de mi amigo no se vea manchado.

—Hágalo como quiera. Tan solo le digo que los hechos están ahí y que, si veo alguna cosa rara por su parte, me veré obligado a retirarlo del caso.

Gonzalo asintió con resignación. A pesar de comprender que el comisario tenía razón, le dolía que desconfiara de él y que, sin conocer al profesor, lo prejuzgase.

—Díaz, hace cuatro años tuve que tomar una decisión muy difícil, quizás la más difícil de mi vida. Un agente estaba investigando un robo con fuerza producido en un estanco de la ciudad de madrugada. El agente estuvo casi un mes investigando hasta que descubrimos que la persona que había cometido el robo era su propio hijo y él lo estaba encubriendo. Tuve que rendir cuentas a mis superiores y tuvimos que expulsarlo del cuerpo.

—¿Y cree que conmigo va a tener que hacerlo? —preguntó el inspector.

—Espero que no, Díaz. Es usted un policía ejemplar —dijo el comisario levantándose de la silla y mirando al inspector durante un momento—. Por cierto, la Policía Científica no ha encontrado ni una sola huella en el piso del profesor. Marín y usted han visto a un maldito fantasma que no ha dejado huella. Además, los compañeros han registrado la casa del profesor posteriormente y no han encontrado nada que tenga que ver con el Santo Rostro.

Capítulo 26

17 de julio de 2006

El agua fría caía sobre el cuerpo fibroso de Gonzalo mientras las palmas de sus manos tocaban los húmedos azulejos de su ducha. Meditaba sobre el caso del profesor, como últimamente lo hacía desde hace días. Se sentía muy decepcionado tras el robo del Santo Rostro por parte de su amigo, pero tenía la esperanza de encontrar el motivo que le llevó a hacerlo y, por supuesto, que ese motivo fuese bueno.

Salió de la ducha, se puso un vaquero y una camisa blanca y se dirigió al salón. Abrió el balcón. El Paseo de España estaba casi desierto pero el parque del Boulevard, que se encontraba al otro lado de la calle, justo enfrente de su balcón, estaba lleno de vida, familias y parejas disfrutaban del lugar.

«Lo mejor de este piso son las vistas al parque de Boulevard, el Central Park jiennense», dijo la casera de Gonzalo, la primera vez que visitó el piso que ahora ocupa.

La brisa fresca de la noche veraniega entraba de lleno en su casa. Era una de las ventajas de vivir en el Paseo de España, tener el parque justo enfrente y que ningún edificio le tapase ni el sol, ni el aire.

Gonzalo volvió al baño y se estaba peinando cuando recibió un mensaje de Ana.

«*Estoy abajo*».

Se perfiló rápidamente la barba y se echó perfume. Cogió sus llaves y salió de su casa.

Bajaba las escaleras contento. Tenía preocupaciones e inquietudes, pero se propuso dejarlas de lado, hacerle caso a su compañera y disfrutar de ella. Una copa de vino, una terraza y una buena cena, podían hacerle olvidar por un momento el caso del profesor.

Salió del portal de su casa y miró hacia la derecha y la izquierda, buscando a Ana. De repente, un breve silbido captó su atención y centró su mirada en el otro lado de la calle.

La inspectora estaba apoyada en su coche, un Volkswagen Golf de 2004 y de color rojo. Ese mismo rojo hacía juego con el color de sus labios que Gonzalo podía vislumbrar desde lejos. Su falda negra ajustada, sus tacones altos y su camisa roja con un escote vertiginoso hicieron que él cruzase la calle prácticamente sin mirar a los lados.

Se aproximó a ella y estaba más guapa y atractiva que nunca. Quizás,

llevar el pelo recogido con una coleta hacía que las facciones de su cara elevasen su belleza al máximo exponente.

Caminaba hacia ella y le temblaban las piernas. Los nervios se apoderaron de él. No sabía si besarla o simplemente darle dos besos cordiales, por lo que intentó salir airoso de la situación saludándole con un escaso «perdón por la espera» mientras se dirigía a la puerta del copiloto.

Ana lo miró, consciente de que él estaba nervioso.

—¿A dónde vamos? —preguntó Gonzalo.

—¿A dónde vamos? A ningún sitio hasta que no me beses —dijo con una sonrisa.

El inspector rodeó el coche y conforme se aproximaba a su compañera, fijaba su mirada en sus labios, como si fuese el objetivo a conquistar en una guerra de besos. La besó con ímpetu y la empujó contra el coche. Ana resoplaba mientras sus lenguas se fundían en una.

—Vaya, eso sí que no me lo esperaba —dijo Ana mientras Gonzalo daba un paso atrás.

—Espero que ahora obtenga la respuesta: ¿a dónde vamos? —repitió con una sonrisa.

—Ya te lo he dicho. A ningún lado.

Ana abrió la puerta de su vehículo y sacó una bolsa de una conocida cadena de comida rápida y se la mostró a Gonzalo por encima del coche.

—Esta noche nos quedamos aquí, en el parque.

El brillo de los ojos de Gonzalo delataba que el plan no podía ser mejor por lo que se dirigió a ella para ayudarla con las bolsas y adentrarse en el parque.

Al llegar a una zona de césped amplia, los dos se sentaron. Ana empezó a sacar el picnic mientras su compañero observaba a su alrededor. A unos metros a la derecha, dos parejas de jóvenes de unos treinta años cenaban mientras, al parecer y según podía escuchar el inspector, planeaban un viaje. Detrás de los agentes, sobre las escaleras de la enorme fuente, una mujer de pelo rojo acariciaba a su perrita, y un niño a su lado corría por el césped jugando con una pelota.

—Este es el mejor lugar para relajarse —dijo Gonzalo.

—Sí. Tienes suerte de vivir cerca de aquí.

—No, el parque del Boulevard tiene suerte de tenerme cerca —dijo el inspector bromeando—. Ojalá tuviese tiempo de disfrutarlo más. Antes me gustaba salir a correr, pero ahora no puedo y, en estos meses de calor, es imposible.

—Perdona que te diga, querido, pero el parque del Boulevard no existe. Se llama Parque Andrés de Vandelvira. No sé por qué no hablas con propiedad, si tanto te gusta la historia y eres una persona tan culta —dijo Ana buscando un pique con Gonzalo.

—¿Sí? ¿Estás segura? Porque los vecinos lo llaman de forma coloquial como parque del Boulevard.

Ana extendió su brazo y señaló un cartel que había en la entrada del parque donde se podía leer «*Parque Andrés de Vandelvira*».

Ambos sonrieron mientras devoraban aquellas hamburguesas en ese idílico lugar.

La temperatura era perfecta y la compañía aún más. Tras terminar la cena, el inspector se tumbó sobre el césped y observó cómo las estrellas pintaban el firmamento en aquel momento. Cerró los ojos y respiró profundamente. El olor a césped recién cortado se mezclaba en el ambiente con el olor inconfundible del perfume de Ana. Escuchaba cómo aquel niño reía mientras lanzaba la pelota a la perrita de la mujer que había a su lado. A lo lejos pudo escuchar caer el agua de la fuente que suavizaba las noches de verano del parque. Ana se giró y cogió su bolso. Sacó de él una pequeña bolsa blanca para entregársela a Gonzalo.

—La de cosas simples que nos perdemos en la vida.

—¿Cómo dices?

—Sí, la cantidad de estímulos que perdemos en nuestro día a día, que no percibimos, que no disfrutamos por ser, a veces, tan insensibles o tener tantas cosas que hacer.

—¿Estás filosófico?

—Quizás.

—También te pierdes grandes cosas si no abres los ojos —dijo la inspectora colocando la bolsa blanca sobre la cabeza de su compañero.

El inspector abrió los ojos y se sorprendió. Por un momento pensó que Ana iba a dejar caer la bolsa sobre su cabeza.

—¿Qué es esto?

—Es para ti. Espero que te guste.

Gonzalo cogió la bolsa mientras la miraba incrédulo. No se esperaba aquel detalle. Abrió la bolsa y sacó de ella un objeto envuelto en papel de regalo que, por su forma y peso, supuso lo que era.

Lo abrió con delicadeza, quitándole la cinta adhesiva. Aquel presente estaba tan perfectamente envuelto que sintió un cierto apuro por haber roto el papel azul celeste por una de las esquinas.

Veinte poemas de amor y una canción desesperada.

La cara del inspector rebosaba felicidad.

—¿Y esto?

—He querido tener un detalle contigo. Como me dijiste que no tenías muchos libros y vi que el profesor tenía este en casa y, además, el título me llamó la atención, he decidido regalártelo.

Gonzalo saltó sobre Ana, le dio un abrazo y ambos cayeron sobre el césped. Se fundieron en un beso que parecía no tener fin.

—Siempre he querido tener este libro.

—Me alegro de que te guste. ¿Por qué no me lees algo? —sugirió la inspectora.

—¿De verdad?

Ana asintió mientras él abrió el libro y buscó una poesía para leérsela a su compañera. Se humedeció sus labios con la lengua, y con la entonación perfecta no sin antes carraspear la garganta, casi como un susurro, comenzó a recitar los versos de Neruda a escasa distancia de Ana.

Para mi corazón basta tu pecho,
para tu libertad bastan mis alas.
Desde mi boca llegará hasta el cielo
lo que estaba dormido sobre tu alma.
Es en ti la ilusión de cada día.
Llegas como el rocío a las corolas.
Socavas el horizonte con tu ausencia.
Eternamente en fuga como la ola.
He dicho que cantabas en el viento
como los pinos y como los mástiles.
Como ellos eres alta y taciturna.
Y entristeces de pronto como un viaje.
Acogedora como un viejo camino.
Te pueblan ecos y voces nostálgicas.
Yo desperté y a veces emigran y huyen
pájaros que dormían en tu alma.

La inspectora lo contemplaba con una sonrisa. Sus palabras y su voz penetraban en sus oídos como si fuesen la mejor banda sonora. Sus manos sujetaban aquel libro como si fuese un tesoro y los ojos de él miraban al libro y de vez en cuando, de reojo a ella, con la misma pasión. Como si tanto el libro como Ana, fuesen la misma amada.

Gonzalo cerró el libro y puso su mano sobre el muslo de ella.

—Me ha encantado tu regalo.

—Y a mí me ha encantado que me leas.

—Pues si quieres puedo seguir recitándote poemas de Neruda en mi casa y si te portas bien, hasta te puedo dejar que te quedes a dormir.

Lo miró fijamente. En sus ojos ya se podía vislumbrar la pasión.

—¿Me está proponiendo una cita, agente Díaz? —dijo recordando la conversación de la tarde.

—No, le estoy proponiendo simplemente que pase la noche fuera de su casa.

Capítulo 27

17 de julio de 2006

Gonzalo abrió la puerta de casa y entró. Ana le seguía los pasos mientras observaba su ancha y atlética espalda, moldeada por las tardes de baño en la Caleta.

—¿Te apetece tomar algo? —preguntó el inspector.

—Sí, un gintonic.

Caminó hacia la cocina y comenzó a preparar el cóctel.

—Ponte cómoda, Ana —sugirió.

La inspectora se sentó en el sofá. Comenzó a morderse las uñas mientras pensaba y cogió el mando. Se levantó y se colocó frente al televisor. Mientras observaba el mueble de la tele, vio en una estantería una balda con algunos discos en formato CD.

—Es curioso. Tienes en tu habitación una colección de vinilo muy diferente a la que tienes en CD.

—Sí. Suelo coleccionar los vinilos que tienen para mí un valor sentimental o más calidad artística. Por eso mis vinilos son de Sabina, Silvio Rodríguez,… En CD suelo tener música más actual.

Ana cogió un disco y lo insertó en el reproductor DVD. Gonzalo llegó con dos copas en la mano y le cedió una a ella mientras ambos se sentaban en el sofá. Ella pulsó el *play* del viejo aparato y reprodujo el disco que había insertado. En ese momento comenzó a sonar *Te busqué* de Nelly Furtado.

—¿Y esto? —preguntó el inspector.

—Es mi canción favorita. Desde que la escuché hace unas semanas camino del trabajo me encantó. Me ha sorprendido que la tengas en CD.

—Pensaba que era *Y ahora* de Manuel Carrasco.

—Si, y esta también.

Gonzalo sonrió mientras observaba cómo su compañera bebía un sorbo de la copa y respiraba profundamente cerrando los ojos.

—Qué bien huele tu piso. ¿Qué es?

—Huele a mandarina. ¿Sabes la cantidad de cosas que te pierdes si no abres los ojos? —dijo el inspector repitiendo la conversación del parque.

Ana abrió los ojos y le observó mientras se le escapaba una carcajada.

—Tengo un regalo para ti —dijo Gonzalo a la vez que cogía la carátula del CD de Nelly Furtado.

—Vaya, gracias. Un CD pirata con una portada impresa en blanco y

negro. Con lo culto y romántico que eres tengo que decirte que no eres muy bueno con los detalles —dijo sonriendo.

—Lo importante no es el exterior, sino el interior.

—Sí, pero el exterior también es importante. Hace que sea más atractivo a la vista.

—Tienes razón, pero en las distancias cortas, es cuando juega un papel importante el interior. El interior no va a cambiar nunca. El exterior se estropeará con el tiempo.

—Seguimos hablando de discos, ¿no?

—Claro, ¿de qué si no?

—¿Sabes? Me gustaría algún día visitar tu ciudad natal —dijo Ana cambiando radicalmente de conversación.

—A mí también me gustaría visitarla contigo. Podría enseñarte rincones que tienen mucho encanto. Y podemos hacer la ruta del flamenco.

—¿La ruta del flamenco? Suena interesante.

—Sí. El casco antiguo de Cádiz tiene muchas atracciones turísticas que tienen que ver con el flamenco. Incluso podemos ir a San Fernando y visitar la casa donde nació Camarón o la Venta de Vargas. Pero, sin duda el mejor sitio de Cádiz es la playa.

—¿Llevas mucho sin ir a ver a tu familia?

—Desde Navidad. Esta profesión te deja poco tiempo libre.

—Sí. Yo por desgracia no tengo familia a la que visitar. Mis padres murieron hace cinco años en un accidente de coche.

—Vaya. No lo sabía.

—Sí. Aún recuerdo ese día como si fuese ayer. Era fin de semana y yo me quedé a dormir en casa de mi amiga Patricia ya que ellos tenían entradas para ver un musical en Madrid. El domingo volvían sobre las cinco de la madrugada y un conductor borracho los adelantó y les golpeó, empujando su coche a la cuneta donde dio varias vueltas de campana. Para colmo, el conductor se dio a la fuga. Nadie vio nada. Era de madrugada y la autovía estaba poco transitada. Al final se entregó en comisaría al día siguiente. Desde aquel día, decidí que mi futuro era ser policía.

—¿Ah sí? Pensaba que entraste en el cuerpo desde agente.

—No. Accedí al cuerpo directamente por oposición a la escala ejecutiva. Tenía mi trabajo cerca de mi casa. Trabajaba en un despacho de abogados ya que estudié derecho.

—Vaya, yo pensaba que te conocía.

—Jaja, bueno aún no te he contado lo mejor. Decidí ser policía porque mi padre lo era. Pertenecía a la brigada de homicidios y yo quise seguir sus pasos cuando murió.

—No dejas de sorprenderme —dijo Gonzalo—. Dejaste un buen trabajo por un sueño y una ilusión.

—Sí, y por honrar la memoria de mi padre —le dijo ella agachando un poco la cabeza avergonzada—. ¿Sabes? Quizás todo lo que te acabo de decir te parece un poco… no sé… americano… Pero lo siento así.

—Jajaja no, para nada —dijo el inspector—. De hecho, yo también estoy en el cuerpo para honrar la memoria de una persona, además de haber tenido siempre vocación de policía.

—¿Ah sí? ¿Qué persona?

—Te lo contaré en otra ocasión. Aún duele mucho y no me gusta hablar del tema.

La inspectora miraba los ojos tristes de Gonzalo. Esos ojos que un momento antes habían acompañado a una sonrisa mientras este contemplaba los labios rojos de ella. Se aproximó y el espacio entre su boca y la de Ana era cada vez más pequeño. Se miraron a los ojos fijamente, a un palmo de distancia mientras comenzaban a rozar sus labios húmedos.

Ella cogió la copa de Gonzalo y la suya, no sin antes darle un trago y remojar sus labios. Se abrió de piernas sobre el regazo de él y lo besó. Comenzó a desabrocharse suavemente su camisa a la vez que las manos del inspector medían su cuerpo poco a poco, tocando con la yema de sus dedos cada rincón. Ella lo besó con pasión, mientras deslizaba su mano desde el cuello de él hasta su pecho duro y depilado.

Gonzalo apretaba contra su cadera la cintura de su compañera y comenzó a tocar su espalda, buscando el broche de su sujetador dentro de la camisa desabrochada.

La lengua de ella recorría el cuello y el torso de él. Se levantó ligeramente la falda y comenzó a notar su humedad.

—¿Sabes? Creo que tienes razón —susurró Ana en el oído de él—, creo que voy a cerrar los ojos, me voy a dejar llevar y voy a sentir con los otros cuatro sentidos.

—A veces, nos perdemos grandes cosas si no abrimos los ojos.

—Sí, tienes razón, pero lo importante es el interior me has dicho ¿no? —dijo Ana con ironía.

—Sí pero cuando el interior y el exterior son perfectos, esa dualidad hace que la obra de arte sea suprema —dijo Gonzalo mientras la besaba.

La inspectora sonrió con una pequeña carcajada. Se giró hacia la mesa y cogió su copa de gintonic para darle un pequeño sorbo a la vez que lo observaba. Él tenía la frente bañada en sudor, quizás de calor o quizás de pasión.

—¿Tienes calor? —preguntó Ana.

—Un poco —dijo mientras deslizaba la yema de sus dedos por su frente.

La inspectora introdujo su mano en la copa y sacó un cubito de hielo. Lo deslizó a través del pecho de él mientras se fundía poco a poco con su piel. Él se retorcía con el contraste de frío, en una mezcla entre dolor y placer.

El paso del cubito de hielo por el pecho del inspector iba dejando una pequeña estela de gotas de agua en sus marcados abdominales. Ana aprovechó para saciar su sed lamiendo y recorriendo el cuerpo de él con su lengua.

Gonzalo gemía, respiraba profundamente y se dejaba llevar. Tenía impaciencia por besar, lamer y morder sus labios, pero, por otro lado, aquel cúmulo de sensaciones le gustaba. Temía ir demasiado deprisa y no estar a la altura de las expectativas de ella.

—¿Nos vamos a la cama? — le espetó ella.

Entonces él se levantó con seguridad, la cogió con firmeza palpando sus apretadas curvas mientras ella se agarraba a su cuello notando el sudor de su cuello, rodeando con sus piernas su cintura. La llevó en brazos al dormitorio sin dejar de besarla, puesto que lo único que veían cada uno en sus ojos eran los ojos del otro. Gonzalo palpó la puerta de su habitación y la echó sobre la cama con delicadeza, cual si fuese el mayor de sus tesoros.

Capítulo 28

18 de julio de 2006

Las sábanas arrugadas cubrían los cuerpos desnudos de los inspectores. La luz de la mañana entraba por la ventana. Dormían de manera placentera, tal vez saboreando los restos de una noche de pasión. La respiración de ambos era profunda, parecía que el tiempo se había parado. No había prisa. Los ojos de Gonzalo se abrieron contemplando el rostro de Ana, aún entreabiertos porque le molestaba un rayo de luz que se escapaba entre la persiana… Se fijó en ella como nunca, como el que contempla una obra de arte. Quizás su rostro y su piel brindaban un equilibrio armonioso a aquel paisaje de carne y hueso del que Gonzalo estaba disfrutando. Ana esgrimió una pequeña sonrisa, como si a pesar de sus sueños inconscientes, supiera que él la estaba mirando. Tenía sus manos juntas, apoyadas en la cama y bajo su mejilla. Su pelo caía sobre su mentón y él lo colocó sobre su oreja. La respiración de Ana lo relajaba, como si fuese una canción de cuna. Se fijó en ella y en su belleza como lo hacía muy pocas veces, clavó su mirada en esas cosas casi imperceptibles que solo pueden descubrirse cuando estás enamorado y cuando tienes a esa persona a escasos centímetros de distancia. Medía con su vista los pocos centímetros de la nariz de Ana, contó uno a uno los impecables dientes que podía ver bajo su boca entreabierta y se fijó en el pequeño hoyo que tenía en la comisura de su boca. Ese hoyo en el que se fijó por primera vez en el pasillo de la comisaría y del que estaba enamorado desde entonces.

El despertador sonó haciéndole al inspector volver a la realidad mientras lo maldecía por ello. Se giró, cogió su teléfono móvil y desactivó la alarma. Se volvió a girar hacia la cama, abrazó a la inspectora y le dio un beso en forma de buenos días en la mejilla.

Ana sonrió y se giró a la vez que le cogía el brazo invitándolo a continuar en la cama abrazado a ella, sabiendo que a esa invitación, no podría negarse nadie.

Se fundieron en un abrazo. Ella acariciaba las piernas de él con sus pies y suspiraba profundamente. Gonzalo rodeaba con sus brazos a Ana, como si fuese su tesoro más preciado. El sueño era visible en los rostros de los dos pues la noche había sido larga. Ana se levantó, bostezó con fuerza mientras estiraba cada uno de los músculos que componían su delgado cuerpo y salió de la habitación.

—Hoy preparo yo el desayuno —dijo la inspectora.

Gonzalo se quedó en la cama, cogió su teléfono y escribió un mensaje a su hermana.

«*Me gustaría ir a Cádiz pronto a haceros una visita. Quizás vaya acompañado*».

El inspector escuchaba el ruido de la cafetera y en el piso se propagaba un aroma inconfundible a café. Se escuchó durante unos segundos el sonido de una radio intentando sintonizar una emisora, hasta que comenzó a sonar limpiamente *World, Hold On* de Bob Sinclair.

Ella, semidesnuda, y ataviada únicamente con la camisa de él, entró en la habitación bailando. El contoneo de sus caderas y el brillo de su piel sacaban la mayor de las sonrisas a Gonzalo. Tenía las manos en la espalda, ocultando algo y dándole más emoción a la situación. Cantaba la canción en un inglés tan perfecto que hasta los silbidos que aparecían en ella, parecía hacerlos exactamente igual. Se colocó frente a él y realizó sus últimos movimientos mientras la canción llegaba a su fin. Extendió una de sus manos que tenía en su espalda y le mostró al inspector el libro de Neruda.

—¿Por qué no me recitas otro poema?

Gonzalo miró a Ana y asintió sonriendo. Cogió el libro y buscó un poema para recitarlo. Pasó dos o tres hojas mientras miraba de arriba abajo cada una de ellas hasta que se detuvo en una. Se remojó los labios con la lengua, como si fuese un músico que se prepara para ejecutar su obra. Carraspeó su voz. A pesar de sentirse un poco nervioso, adoraba recitar poesía en compañía de alguien. Ese clima mágico que se creaba cuando se recitaba una poesía, hacía que Gonzalo se introdujese entre los versos del libro de una manera un tanto mística.

En mi cielo al crepúsculo eres como una nube
y tu color y forma son como yo los quiero.
Eres mía, eres mía, mujer de labios dulces,
y viven en tu vida mis infinitos sueños.

La lámpara de mi alma te sonrosa los pies,
el agrio vino mío es más dulce en tus labios:
oh segadora de mi canción de atardecer,
¡cómo te sienten mía mis sueños solitarios!

Eres mía, eres mía, voy gritando en la brisa
de la tarde, y el viento arrastra mi voz viuda.
Cazadora del fondo de mis ojos, tu robo
estanca como el agua tu mirada nocturna.

En la red de mi música estás presa, amor mío,
y mis redes de música son anchas como el cielo.
Mi alma nace a la orilla de tus ojos de luto.
En tus ojos de luto comienza el país del sueño.

Ana miraba a Gonzalo con admiración. Empezaba a sentir curiosidad por la poesía siempre y cuando saliese de los labios de su interlocutor.

—No hay mejor manera de empezar el día —dijo mientras besaba en la mejilla a su compañero—, voy a preparar el desayuno.

La inspectora se levantó de la cama y fue hacia la cocina. Gonzalo comenzó a escuchar el ruido de los vasos, de la máquina de café y la tostadora. Cerró los ojos y se relajó mientras se imaginaba cómo su compañera preparaba el desayuno para él.

Se incorporó de la cama y miró de reojo el libro de Neruda. Lo volvió a coger y lo observó con detenimiento. Los poemas que le había recitado a Ana despertaron en él una inquietud y ansia de conocer más sobre la obra del poeta. Encendió su ordenador portátil y buscó entre sus obras, las más destacadas. Estuvo leyendo algunos poemas desde internet. Buscaba algún libro interesante para añadirlo a su pequeña colección hasta que descubrió un poema que le llamó verdaderamente la atención.

Cuántas veces, amor, te amé sin verte y tal vez sin recuerdo,
sin reconocer tu mirada, sin mirarte, centaura,
en regiones contrarias, en un mediodía quemante:
eras solo el aroma de los cereales que amo.

Tal vez te vi, te supuse al pasar levantando una copa
en Angol, a la luz de la luna de junio,
o eras tú la cintura de aquella guitarra
que toqué en las tinieblas y sonó como el mar desmedido.

Te amé sin que yo lo supiera, y busqué tu memoria.
En las casas vacías entré con linterna a robar tu retrato.
Pero yo ya sabía cómo era. De pronto

Mientras ibas conmigo te toqué y se detuvo mi vida:

frente a mis ojos estabas, reinándome, y reinas.
Como hoguera en los bosques el fuego es tu reino.

El último verso del poema de Neruda penetró en la mirada de Gonzalo como si fuese un puñal. Era la frase de la corona de flores que había en el funeral del profesor Valerio. ¿Quién podría haber enviado esas flores y de esa manera tan misteriosa?

—Como hoguera en los bosques el fuego es tu reino —repitió.

Gonzalo comenzó a hacer conjeturas mientras Ana apareció con el café de Gonzalo en las manos.

—El desayuno ya está listo en el salón —dijo Ana a la vez que observaba la cara de incredulidad de Gonzalo—. ¿Qué sucede?

—Verás, el otro día, en el funeral del profesor Valerio había una corona que llevaba inscrita en la banda este verso de este poema:«*Como hoguera en los bosques, el fuego es tu reino*». El poema pertenece al libro Cien sonetos de amor, y creo recordar que el profesor tenía un ejemplar en casa. No sé quién habrá enviado esa corona, pero no me imagino a ningún familiar encargando algo con ese tipo de dedicatoria.

—¿Tenía el profesor alguna amiga especial?

—No. A mí nunca me ha contado nada.

—Pues entonces no sé. Podríamos volver a su casa, quizás encontremos algún indicio. Si por casualidad, tuviese una amiga, quizás ella podría ayudarnos.

—Tienes razón, pero a pesar de que el profesor fuese celoso de su intimidad, no creo que tuviese ningún tipo de relación amorosa.

Ana y Gonzalo fueron al salón y desayunaron entre besos, caricias y café. La mañana volvía a ser espléndida y a pesar de ser las casi las ocho de la mañana, ya hacía un poco de calor.

—Deberíamos volver a la comisaría —sugirió Ana.

Gonzalo asintió y se levantó para abrir la ventana del balcón. Quería que el poco aire de esa mañana veraniega entrase por su salón y se llevase el olor a café. Retiró aquella cortina y abrió la puerta de cristal. Sintió la necesidad de salir al balcón y respirar el aire puro para empezar el día con energía.

Contemplaba desde su casa a las personas por el parque caminando y haciendo deporte y se fijó en el cartel de la entrada, «*Parque Andrés de Vandelvira*» y recordó la conversación del día anterior con Ana. Esbozó una leve sonrisa pensando en la noche que había pasado con su compañera. Miró hacia el horizonte repleto de edificios mientras la luz del sol atravesaba las calles. Cerró los ojos y respiró durante unos segundos.

Volvió a la realidad con el sonido de un semáforo en verde y volvió a abrir los ojos. Contempló de nuevo aquel cartel de la entrada del parque, pero esta vez de manera diferente.

Capítulo 29

6 de marzo de 1940

Jean Pierre conducía hacia aquella casa mientras en el espejo retrovisor de su vehículo podía ver parte de la ciudad de París. Se sentía triste, incluso le daba la sensación de que París también estaba triste. Acababa de pasear por sus calles, ya que sentía la necesidad de disfrutar de ella.

París enamoraba a cualquier visitante, pero a él no le hizo falta ser visitante para quedar prendado de ella. Siempre había soñado con vivir allí, pero su situación económica se lo impedía. Tuvo que conformarse con trabajar de camarero durante unos meses y visitarla siempre que podía.

Para él la ciudad era mucho más que una capital europea. En sus calles se respiraba historia y vanguardismo, guerras y libertad, amor y desamor, arte y cultura. Aquel día la nieve no impidió que realizase ese paseo que solía hacer por las orillas del río Sena desde el Museo del Louvre hasta la Torre Eiffel pasando por la catedral de Notre Dame.

El frío le calaba en los huesos, pero no le importaba. Era mayor la satisfacción de pasear por una ciudad envuelta en un manto blanco.

«Qué triste que una ciudad que ha sobrevivido aguantando guerras y tiranos, hambre y riqueza, esplendor y miseria, se vea traicionada por semejante gusano como yo», pensó.

Mientras había paseado por sus calles, se las había imaginado repletas de gente justo treinta años antes. La época de esplendor de la ciudad, la Belle Époque, de la que tanto le gustaba presumir a su padre y que fue punto de referencia para la cultura occidental. Como casi cualquier francés, Jean Pierre era un nostálgico de aquella época. Tenía claro que, si Francia no hubiese pasado a formar parte de la Primera Guerra Mundial, la Belle Époque se hubiese mantenido en Francia para siempre.

La nieve blanca cubría las calles de aquel pueblo y se amontonaba en las aceras y cubiertas de la carretera. Acababa de caer la noche, pero las calles se encontraban solitarias desde bastante antes. Jean Pierre aparcó su vehículo a unos cuarenta metros de la casa. Giró su mirada a la derecha y pudo contemplar al final de la calle la estela de brillantes luces que conformaban la ciudad de París. Incluso se podía disipar entre la niebla como se erguía la Torre Eiffel, tan majestuosa como siempre y presidiendo aquella ciudad con tanta historia.

Entraba en la casa cuando pudo escuchar el reloj del campanario de la catedral dar las ocho de la tarde. Le temblaban las piernas y tenía un nudo en

la garganta. Tenía que tratar con esos sucios miserables sin saber qué podía pasar. Se sentía preso de una ansiedad por lo que estaba haciendo. Entonces se armó de valor y entró al salón. Contempló a los cuatro hombres sentados alrededor de una mesa. Alexander se acercó apresuradamente hacia él y, sin mediar palabra, lo cogió del brazo. Lo sentó en una silla con fuerza y puso su cara a escasa distancia de la cara de Jean Pierre mientras lo miraba atentamente a los ojos.

En ese preciso momento, pudo observar la ira y el odio más malvado en la cara de Alexander. Tanta ira que le hacía temer por su vida en ese mismo instante.

—Tus vecinos… —dijo Alexander—, háblame de ellos.

Jean Pierre estaba atemorizado, pero su decepción consigo mismo y su culpabilidad hicieron que mantuviera la compostura por unos momentos.

—¿Qué vecinos? —preguntó.

—Los de la casa de enfrente, no son franceses.

—No, son españoles.

—¿A qué se dedican?

—No lo sé. Pero no son peligrosos.

—Dime algo más.

Jean Pierre se intentó mantener en silencio sin decir nada. Ya había traicionado a mucha gente metiendo a esas personas en la casa. Alexander se aproximó hacia la mesa y cogió su revólver, un Smith & Wesson del 17. Giró el tambor para cargarla y la puso en la frente de Jean Pierre.

—Habla.

En aquel momento, no tenía el suficiente miedo para hablar. Quizás si Alexander apretase el gatillo, su sufrimiento y culpabilidad hubiesen acabado. Se perdería el nacimiento de su futuro bebé y el amor de su mujer Margot, pero por otro lado, no sabría si podría convivir el resto de su vida con tal sentimiento de culpabilidad.

—Herman, ayúdale a recordar —le dijo a uno de los hombres con seriedad.

Aquel hombre se dirigió a Jean Pierre y sin mediar palabra le propinó tal puñetazo que la pared del salón se vio manchada de sangre. Alexander se fue hacia un trastero que había bajo la escalera y comenzó a buscar. Divisó bajo unas sillas viejas y una caja de herramientas. Sacó un martillo y volvió al salón para golpearle en una de las piernas. Jean Pierre se retorcía de dolor y gritaba desesperadamente.

—Veo que no tienes ganas de hablar. Ritter, enséñame lo que tienes ahí.

Otro de los hombres cogió un portafolios de su mesa y se lo dio a Alexander. El capitán comenzó a revisar la documentación.

—Si quieres, Jean Pierre, podemos ir a visitar a tu madre a Burdeos o ir a comprar pan a La Maison du Pain para hacerle una visita a tu mujer, Margot.

Bueno, no. ya no. Ahora estará en casa ya que está embarazada. ¿No es así?

El rostro del francés cambió por completo. Se mostraba atemorizado.

—¿Cómo sabéis eso? —preguntó mientras miraba a aquellos hombres.

—Somos la Abwehr. Sabes de sobra lo que somos y sabes cuál es nuestra misión aquí.

Jean Pierre pensó por un momento en su familia y en Margot.

No quería que nada le sucediese. Tragó saliva y contestó.

—Trabajan en el campo creo, solo sé que salen todos los días temprano y con ropa de campo.

—¿Cuántos son?

Jean Pierre se mantuvo en silencio durante unos segundos hasta que Alexander lo cogió del pelo y tiró hacia atrás.

—¿Cuántos son? —repitió.

—Son tres. Creo que tienen entre treinta y cuarenta años.

Alexander miró a Jean Pierre y mantuvo el silencio. Quizás mientras pensaba qué podía hacer.

—Capitán. No podemos correr riesgos —dijo Ritter—, el jefe vendrá en dos días y tenemos que tener todo listo.

—¿Qué sugiere, Ritter?

—Planificar un asalto y acabar con ellos esta misma noche. Alexander estuvo meditando durante unos segundos frente a Jean Pierre, dando pasos en forma de círculo en el salón.

—No. Eso es muy arriesgado. Nos puede ver alguien, no sabemos si están armados y si hubiese un tiroteo, no podríamos llevar a cabo nuestra misión. De hecho, no sabemos si existen más grupos en las inmediaciones.

—Pero capitán, con el debido respeto, creo que supone un gran riesgo para la operación no acabar con ellos.

—No he dicho que no vayamos a acabar con ellos, Ritter, sino que no podemos arriesgar la misión asaltando su casa.

—No están armados —dijo Jean Pierre.

Alexander se aproximó al francés y comenzó a sonreír.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de eso? En una guerra, el mayor enemigo no es el que muestra las armas, sino el que las oculta y las utiliza. Espero que estés en lo cierto y solo sean tres míseros campesinos y también espero que no nos hayas tomado el pelo, Jean Pierre. ¿Has visto a más españoles por esta zona?

—No, señor —dijo mientras tragaba saliva.

—¿Qué sugiere entonces, capitán? ¿Que venga una brigada a acabar con ellos? —preguntó Ritter.

—No. Va a ser mucho más sencillo. Nadie va a asaltar su casa, es más, son ellos los que van a venir aquí —dijo Alexander mientras se dirigía su mirada a Jean Pierre—. Mañana tendrás que ser tú quien se levante temprano,

porque vamos a acabar con ellos.

—¿Yo? —contestó rápidamente—. Por favor, no quiero matar a nadie —suplicó.

El capitán sonrió y saciaba su ego perverso con la vulnerabilidad de Jean Pierre. Su mirada de odio se clavaba en los ojos del francés sin compasión, intimidándolo.

—Tranquilo. Nadie ha dicho que tengas que matar a alguien. Ya te diremos mañana cuál es tu cometido. Ahora vete y ven mañana antes de que salga el sol, y recuerda: si no vienes, ten presente en tus oraciones a tu familia.

Jean Pierre se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Ah. Y saluda a tu mujer Margot, de mi parte —añadió Alexander.

El corazón del francés no dejaba de palpitar con fuerza. Salió de su casa con desesperación e intentando salir de esa pesadilla cuanto antes. «Malditos hijos de puta», pensó. Accedió a su vehículo y miró su labio en el espejo retrovisor. Estaba morado y bastante hinchado. Un pequeño río de sangre seca se deslizaba por su barbilla y cuello y alcanzaba su camisa. Había soportado tanta presión que ni siquiera había tenido la ocasión de percibir el dolor del golpe. Se fijó en sus ojos, aquel espejo reflejaba el rostro de un traidor y un tirano que había puesto en peligro la vida de su propia familia por unos cuantos francos. Sus lágrimas llenas de ira y odio empezaron a caer por sus ojos, se inclinó hacia la guantera y la abrió. Intentaba buscar algo entre diversos documentos, desesperadamente y sin resultado. Comenzó a ponerse aún más nervioso.

—¿Dónde está? ¿Dónde demonios la he puesto?

Extendió su mano bajo el asiento del copiloto y fue palpando hasta que casi no podía estirarla más, hasta que sus manos tocaron algo frío. Cogió con fuerza el arma que buscaba, y la observó durante unos segundos.

—Es curioso el uso de las armas. Es curioso que se usen para hacer aún más valientes a los hombres. Esos hombres que huirían de ellas si se encontraran desarmados. Es curioso que se usen para solucionar problemas y, que mucha gente, las use para poner fin a los conflictos, para defenderse o para acabar con sus propios problemas. Jean Pierre se introdujo el revólver en la boca poco a poco mientras el pulso le temblaba. No podía más. Quizás no era la mejor solución, pero era la más rápida y la que menos daño le causaría. Si confesaba lo que estaba haciendo, irían a por Margot y si no lo hiciese, no podría convivir con la culpa de haber traicionado a tanta gente, incluida su familia.

Cerró los ojos. Su respiración se agitaba y se cortaba intermitentemente, al borde de la hiperventilación. Sus manos sudaban y en su mente comenzó a dibujarse el rostro de Margot. Podía sentir el frío cañón quemándole con fuego la lengua, a pesar de no haber disparado aún. Puso su dedo índice en el gatillo, su respiración se detuvo y se hizo un silencio.

Capítulo 30

18 de julio de 2006

Los agentes llegaron a la casa del profesor de nuevo. Los rayos de sol entraban bajo el resquicio de la ventana del salón y el polvo ya se acumulaba sobre los muebles. Parecía que aquel lugar llevaba años abandonado. El olor a humedad comenzaba a notarse y la oscuridad del salón daba cierto aspecto lúgubre a aquel lugar. Gonzalo se aproximó a la balda donde los libros de literatura del profesor estaban intactos, huérfanos de alguien que los leyese.

Cogió el libro *Cien sonetos de amor* de Pablo Neruda apresuradamente con la esperanza de encontrar algo interesante en él. Tenía claro que el soneto al que pertenecía el verso de la corona de flores estaba en ese libro. Concretamente era el soneto veintidós.

Miró en las páginas iniciales buscando alguna anotación o marca, pero no tuvo suerte. Buscó el soneto veintidós y lo encontró, pero desafortunadamente tampoco había nada. Visualizó la contraportada del libro y pasó las hojas hacia atrás. De repente, en la penúltima hoja y en una esquina, apareció una dedicatoria escrita a pluma.

Que los versos de este libro te llenen y te recuerden a mí. Con amor, Elena.

El rostro de Gonzalo mostraba una incredulidad absoluta. Se quedó sin palabras mientras contemplaba el trazo de aquellas letras a bolígrafo azul y comprendió por qué el profesor tuvo ese comportamiento extraño el día que tenía ese libro sobre la mesa.

A pesar de que Valerio era celoso de su intimidad, el inspector no entendía qué motivo le llevó al profesor a ocultar su romance.

Por un momento pensó que, si se lo ocultó, quizás se tratase de una persona que él conociese, pero la realidad es que él conocía a poca gente en aquella ciudad. Quizás esa tal Elena fuese una alumna, bastante más joven que él y ese fue el motivo por el que se lo ocultó.

—Ya tenemos por dónde empezar —dijo mientras enseñaba la nota a Ana.

Esta la leyó y lo miró con cara de sorprendida.

—Parece ser que el profesor tenía un amor. ¿Lo sabías?

—Para nada. Me resulta extraño que Valerio me ocultase tal cosa. Hemos compartido muchos momentos juntos y nos conocíamos muy bien o, al menos, eso pensaba.

—Todas las personas tienen secretos. Seguramente tú tienes algún secreto que él no conocía.

Gonzalo pensó en las palabras de Ana. Quizás tuviese razón, pero de lo que estaba convencido era de que, si el profesor ocultó su romance, era por un motivo importante.

—Tenemos que encontrar a esa tal Elena —sugirió Ana.

—Sí, pero es buscar una aguja en un pajar.

—No. Tengo la solución. Hay que ir al cementerio y ver la corona de flores. Si la floristería ha dejado su marca en la corona, podremos saber en qué floristería esa tal Elena encargó la corona y dar con ella.

—Buena idea, a mí no se me hubiese ocurrido —dijo Gonzalo con admiración.

Los agentes se disponían a irse cuando el inspector se dio la vuelta y contempló el escritorio del profesor.

—Espera, Ana. Aquí hay algo que no me cuadra.

—¿A qué te refieres?

—Fíjate bien a tu alrededor. Cuando vinimos el otro día había una persona aquí y no registró nada de la casa. Tan solo borró el ordenador. Si te fijaste bien en las fotos que había en el expediente de la investigación, la casa estaba y está muy ordenada y tan solo el escritorio está desordenado con estos libros y la taza de café.

—¿Qué quieres decir con eso, Gonzalo?

—Pues que la persona que seguía los pasos del profesor, sabía qué tenía que buscar o borrar en el ordenador y, además, que el día de su muerte, el profesor salió de aquí rápido. Era una persona muy ordenada y mira cómo está el escritorio. Supongo que, si estos libros están aquí, podría haberlos utilizado para investigar lo que quisiese que estuviese investigando.

—Bueno, no sé. Tú conocías a Valerio. Supongo que no perdemos nada por llevarnos los libros y echarles un vistazo. Tenemos que encontrar el Santo Rostro, saber por qué lo robó.

—Sí. Quizás deberíamos repartirnos el trabajo. Por un lado, hay que encontrar a Elena y para ello y, con un poco de suerte, tenemos que encontrar primero la floristería que hizo la corona. Necesito encontrar respuestas, algo que me arroje algo de luz en este caso.

Ana se aproximó a Gonzalo. En las últimas semanas, un cúmulo de emociones y sucesos habían puesto su vida patas arriba. Intentó consolarlo frotando la palma de su mano en su espalda, pero en el fondo sabía que esa caricia le sabía a poco. Pensó en lo duro que tendría que ser perder a su mejor amigo en extrañas circunstancias y en una sociedad donde últimamente los amigos se suelen contar con los dedos de la mano. No dejaba de pensar en ese halo de misterio que envolvía la muerte y que, para colmo, ese amigo se vea implicado en el robo más importante de la historia de la ciudad. Recordó

cuando su mejor amiga, Vero, se fue a trabajar a Londres. A pesar de la distancia intentó mantener la amistad pero fue algo imposible. Ana siempre valoraba a sus amigos y los cuidaba, pero tenía claro que la vida son etapas, los amigos vienen y se van, otros se quedan y te acompañan hasta el final de tus días, otros llegan tarde, otros en toda una vida te aportan poco y otros, en muy poco tiempo ponen tu vida patas arriba. A veces se fuerzan situaciones para mantener la amistad, una amistad que tiene fecha de caducidad y nos empeñamos en prolongar su agonía.

—Tranquilo, todo va a salir bien.

De repente, el gato del profesor volvió a aparecer en el salón bajo la mirada atónita de la inspectora Marín.

—Gonzalo, tenemos que hacer algo con el gato. Nos hemos olvidado de él y lleva días solo y seguramente sin comer.

—Sí —contestó mientras pensaba unos segundos —. Creo que es hora de buscarme una mascota.

Ana lo miró mientras la decepción se apoderaba de su rostro. El inspector se dio cuenta de que su respuesta no gustó a su compañera pero el gato era, quizás, el único legado que dejaba el profesor y le recordaba a él.

—Está bien, Ana. Si quieres puedes quedártelo. Pero solo una semana.

La inspectora sonrió a Gonzalo mientras cogía el gato y lo acariciaba.

—Creo que voy a llevarlo a casa. No voy a presentarme con el gato en comisaría. ¿Te imaginas la cara del comisario? —dijo la inspectora bromeando.

—No cambiaría mucho de la que suele tener todos los días. Podrías decirle que es una prueba del caso —dijo mientras ambos reían a carcajadas —. Si no te importa, yo voy a ir al cementerio. No quiero perder tiempo.

—No, prefiero ser yo el que vaya al cementerio ya que tengo que coger el coche para ir a casa. Ve a la comisaría, ojea los libros del profesor y así de paso, haces acto de presencia que el jefe cree que siempre estamos escaqueándonos del trabajo.

—De acuerdo, no tardes mucho.

—Tranquilo, intentaré que no me eches de menos —dijo Ana con cierto flirteo.

Los agentes salieron del domicilio del profesor. Se despidieron y cada uno caminaba en dirección opuesta al otro. Ana, con el gato del profesor en brazos e ilusionada con su nueva mascota. Gonzalo, con una sonrisa en la boca mientras un extraño hormigueo comenzaba a florecer dentro de él.

Capítulo 31

8 de octubre de 2005

El frío calaba en los huesos aquel sábado. La lluvia caía de manera incesante desde hacía varios días. Las calles estaban mojadas, los árboles apenas tenían ya hojas y solo se podía escuchar el ruido de los coches pisando el asfalto mojado.

La cafetería Central se encontraba justo al lado de la comisaría de Policía Nacional. A pesar de no ser una cafetería muy grande, contaba con una amplia terraza. Su ubicación era perfecta, pues además se encontraba cerca del ambulatorio central y la Delegación de Educación de Jaén.

Numerosos policías, enfermeras, médicos y demás funcionarios solían desayunar allí. Unas tostadas enormes, aparte de los precios económicos, eran el gran atractivo de esta cafetería.

Aquella mañana era un tanto diferente. Con un día así, muy poca gente solía ir a urgencias y al consultorio que, al ser fin de semana, estaba vacío. La Delegación de Educación también se encontraba cerrada y la comisaría, un sábado por la mañana, estaba bajo mínimos.

—Buenos días. Póngame un café con leche y una tostada de jamón por favor.

El camarero tomó nota a aquel joven de treinta y tantos que se encontraba solitario, sentado en una mesa mientras sacaba de su mochila un libro y se disponía a leerlo. En aquel momento, un hombre de baja estatura y con bigote entró en el bar.

—Buenos días, comisario. ¿Qué le pongo?

—Hoy solo quiero un café solo, Antonio. Tengo prisa.

Aquel hombre se sentó en un taburete, en la barra del bar. Miró de reojo la portada del Diario Jaén y se giró.

—Hombre, Gonzalo, acaba de llegar a la ciudad y veo que ya le han comentado los sitios buenos para desayunar.

Diaz esbozó una sonrisa.

—Pues sí, comisario. Intento adaptarme lo antes posible a las costumbres de aquí y los compañeros me han comentado que en este lugar se desayuna muy bien.

—Bien, para ser su primer día en la ciudad, aprende usted rápido.

El camarero sirvió el café a Carlos que se lo bebió de un trago mientras su

cara mostraba que le estaba quemando por dentro. Le pagó y se fue, no sin antes despedirse del inspector.

—Descanse, Díaz, y coja fuerzas para el lunes. Disfrute de la ciudad.

Gonzalo sonrió a su jefe que salía del establecimiento a toda prisa. Siempre le había causado respeto la figura de un superior. El comisario le había causado una buena impresión. Se mostraba serio, exigente y muy seguro de sí mismo, pero también pudo comprobar que miraba por los agentes de su unidad. De hecho, durante su presentación en la comisaría una hora antes, se ofreció a guiarle sobre las mejores zonas para encontrar piso, pero no fue necesario. El inspector ya había alquilado su piso el día de antes.

El agente Díaz comenzó a leer aquel libro. Sus ojos se centraron en las letras y poco a poco todo su entorno comenzó a desvanecerse. Tenía la virtud de concentrarse tanto al leer, de meterse literalmente en la lectura, de imaginarse los sucesos que estaba leyendo, que no le molestaba el ruido del ambiente, ni siquiera prestó la menor atención cuando el camarero le sirvió el desayuno.

—QUIS NECAVIT EQUITEM —dijo una voz cercana.

Gonzalo alzó su mirada por encima del libro que tenía en sus manos y vio a un hombre que le sonreía mientras le miraba por encima de la montura de sus gafas desde la mesa de al lado.

—¿Cómo dice? —preguntó.

—QUIS NECAVIT EQUITEM —repitió aquel hombre—.¿Quién mató al caballero?

Aquel hombre señaló con un gesto y su mirada al libro que Gonzalo estaba leyendo. En ese momento, el inspector cerró un poco el libro para ver la portada.

—Vale, ahora lo he entendido —dijo sonriendo.

—*La Tabla de Flandes* es un libro excepcional.

—Sí, soy un gran seguidor de Pérez Reverte.

—Pues somos dos.

Aquel hombre se levantó de su mesa y le extendió su mano.

—Soy Valerio.

—Y yo Gonzalo —dijo el agente Díaz estrechando la mano a aquel hombre de manera cordial.

—Perdona mi interrupción, pero es raro ver a alguien leyendo en esta cafetería. Bueno, a decir verdad, es raro ver a alguien leyendo — dijo sonriendo—. Suelo venir los sábados después de dar un paseo y es la primera vez que lo veo. Soy un gran amante de la lectura.

Gonzalo observó al profesor. No sabía cómo reaccionar pues lo único que quería era seguir leyendo su libro, pero por otro lado, aquel hombre le parecía un tipo interesante y tenían la pasión por los libros como algo en común.

—Yo también soy aficionado a la lectura. Me encantan la poesía y la

novela de ficción.

—Interesante. Yo soy fan de Benedetti. Por tu acento veo que no eres de aquí.

—No.

—De Cádiz, ¿no?

—Exacto.

—Una ciudad con mucha historia —dijo Valerio—, puedes sentirte orgulloso.

—La ciudad más antigua de Occidente —añadió.

—Soy profesor de Historia del Arte en la Universidad de Jaén. He leído mucho sobre la historia de Cádiz y me apasiona. Por cierto, ¿acabas de venir destinado aquí?

—¿Cómo dice?

Valerio sonrió. De algún modo quería hacer que la conversación tuviese cierto misterio.

—Que es nuevo en la comisaría.

—¿Cómo sabe que soy nuevo? ¿Y cómo sabe que soy policía?

—Verá, Gonzalo, llevo casi diez años desayunando en esta cafetería. Conozco de vista a cada uno de los policías de la comisaría puesto que todos desayunan aquí y, además, sé reconocer a un policía a la legua.

Gonzalo se quedó pensando durante un momento.

—Pero sobre todo, he visto que la pistola se marcaba bajo la camiseta —añadió riendo.

El inspector soltó una leve sonrisa en forma de cumplido. No solía alardear de ser policía. De hecho, intentaba ocultarlo ya que, en cierta medida, era celoso de su intimidad.

El hombre se dirigió hacia su mesa y de su maleta sacó un libro y se lo entregó. El inspector se fijó en aquella portada beige con letras rojas y leyó *Los corsarios del levante.*

—El nuevo libro de Pérez Reverte.

—Sí, así es. Salió a la venta el pasado lunes.

—¿Se lo ha leído?

—Sí. Es muy interesante. Le voy a contar una historia. Una vez leí en un libro de ficción, que había un pequeño pueblo donde la ignorancia campaba a sus anchas por las calles. Un pueblo sin ambiciones, ni ganas de superarse. Era un pueblo oprimido y saqueado por los gobiernos y que no prosperaba porque no había cultura. Un día llegó al pueblo una familia apasionada a la lectura. Cuando pudieron conocer el entorno que les rodeaba, decidieron hacer algo. Comenzaron a hacer vida social en el pueblo y a cada persona que conocían, le regalaba un libro. Con los años, este hecho se extendió por el pueblo y se convirtió en tradición, la tradición en cultura, la cultura en inteligencia y llegó a ser un pueblo próspero. Por eso, desde aquel día que leí

esa historia, presto un libro a cada persona que conozco.

—Vaya, es una historia emocionante —dijo Gonzalo mientras observaba de nuevo el libro—. Se lo traeré el próximo sábado.

—Tómese tu tiempo y disfrútelo.

El agente Díaz meditó sobre la historia que el profesor le acababa de contar.

—Desde luego opino que un pueblo que no lee y que no se interesa por nada es un pueblo condenado al fracaso. Creo que nunca antes se había presumido de no haber leído un libro nunca y ahora hay personas que lo hacen.

—Sí, es muy triste. Si Lope de Vega, Quevedo o Góngora levantaran la cabeza…

El inspector invitó a Valerio a tomar asiento. El desayuno se mezcló con la historia, la historia con el arte, el arte con la cerveza. Desde aquel día, Gonzalo sabía qué día de la semana y en qué lugar podría encontrar una conversación profunda, culta e interesante.

Capítulo 32

18 de julio de 2006

El calor era asfixiante en aquella calle del barrio de la Alcantarilla de Jaén. Era un barrio antiguo y obrero, cerca del centro y, a la vez a las afueras de la ciudad. Los pequeños comercios daban vida y cierto toque tradicional a aquella barriada. Los camiones de reparto producían pequeños atascos mientras descargaban la mercancía en las tiendas y las mesas de las terrazas servían cerveza bien fría a clientes sedientos. Ana llegó a la puerta de la pequeña y coqueta Floristería Aguilera y observó, a través del cristal del escaparate, la gran variedad de flores y decoración que el establecimiento ofrecía a sus clientes.

A pesar de que la principal decoración del local eran las flores, la floristería también tenía colgados de la pared unos cuadros que le daban una cierta calidez al lugar. La luz entraba en aquella tienda de manera fulminante a través del inmenso escaparate que acaparaba toda la fachada. Desde la entrada del establecimiento al mostrador, había un estrecho pasillo hecho para que los clientes pasasen entre grandes macetas de plantas y flores.

El aroma del interior de la tienda era muy característico y agradable y Ana contemplaba con entusiasmo la mezcla de colores que había en la tienda, como si de un cuadro de Monet se tratase. La pared de la izquierda estaba completamente cubierta con una estantería donde había unas macetas pequeñas separadas dependiendo del tipo de planta.

La inspectora caminó a través del pasillo lentamente y saboreando el festín que la tienda le brindaba a su vista y su olfato. Se aproximó al mostrador donde un señor de mediana edad, con gafas y barba canosa le atendió.

—Buenos días, mi nombre es Ana y soy inspectora de la Policía Judicial —dijo la agente mientras mostraba su placa al vendedor.

Los ojos del hombre parecían salir del cristal de las gafas. Era lo normal. Cada vez que enseñaba su placa, las personas mostraban nerviosismo como mecanismo de defensa.

Recordó la primera vez que tuvo que hacerlo. Fue en su año de prácticas de inspectora. Volvía a casa cuando vio a un individuo dentro de un vehículo sustrayendo un reproductor de CD. Ana sacó su placa y le invitó a salir del coche, momento que el delincuente aprovechó para darle un empujón y huir. Quizás aquel ladrón la subestimó, primero por ser mujer y segundo porque no

contaba con que la inspectora fue subcampeona de atletismo andaluz cinco años antes y que, en menos de cien metros, lo alcanzó y lo redujo de un movimiento, recuperando así el reproductor.

Quizás era la parte más satisfactoria de su trabajo. Cuando se detiene al delincuente, cuando ese delincuente no ha podido conseguir su objetivo y cuando los daños son reparables. Esa era una de las cosas que quizás más le atormentaban. Cuando había un homicidio o asesinato, se solía detener al culpable y se solucionaba el caso, pero las pérdidas humanas eran irreparables.

—¿En qué puedo ayudarle? —dijo aquel dependiente mientras el tono de su voz vibraba de nervios.

—Verá, el pasado viernes, ustedes entregaron una corona de flores en un funeral. El fallecido era Valerio Párraga y en la corona aparecía escrita esta frase: «Como hoguera en los bosques el fuego es tu reino». Necesito saber quién mandó esa corona.

El dependiente se quitó las gafas y la observó durante unos segundos.

—Lo siento, pero la semana pasada estuvo mi socio trabajando. Yo estuve fuera realizando un pedido de flores. Pero si no tiene prisa, él está al llegar y podrá ayudarnos —dijo mientras miraba su reloj.

—De acuerdo —respondió Ana mientras giraba y contemplaba las flores —. Tienen ustedes una tienda muy bonita.

—Gracias, es muy amable. Llevamos muchos años luchando. Este año cumplimos sesenta años desde la apertura.

—Vaya, enhorabuena —contestó la inspectora asombrada—. Soy una gran amante de las flores, sobre todo de las dalias.

—Sí, es una flor muy bonita.

El hombre atravesó una puerta que tenía tras el mostrador y volvió con una dalia.

—¿Sabe usted el significado de dalia? —dijo mientras se la entregaba a Ana.

—No —contestó ella mientras olía la flor y el aroma invadía sus pulmones rejuveneciéndolos.

—La dalia se suele regalar en forma de gratitud. Por eso se la regalo y le agradezco el cumplido.

—¡Vaya! Gracias —contestó con una sonrisa.

—¿No sabe usted nada sobre el lenguaje de las flores?

—¿Cómo? —dijo mientras negaba con su cabeza.

—Se lo contaré en otra ocasión. Por ahí viene mi socio.

Desde el interior y a través del escaparate, Marín vio cómo un hombre con unos kilos de más, con barba y prácticamente sin pelo en la cabeza estaba a punto de entrar en el establecimiento. Parecía un hombre serio, Ana percibió que tenía aspecto de ser el típico hombre que siempre está enfadado.

—Aurelio, esta señorita es de la Policía. Necesita hablar contigo sobre un encargo de la semana pasada.

Aquel hombre apretó con fuerza la mano de inspectora, mientras comenzó a ponerse nervioso.

—Dígame qué necesita —dijo con voz temblorosa.

—Necesitamos encontrar a una persona que encargó para un funeral una corona en la que venía escrita esta frase: «Como hoguera en los bosques el fuego es tu reino».

—Ah sí. La recuerdo. Debo de tener por aquí la hoja pedido —dijo mientras movía los diversos documentos que tenía sobre la mesa mientras le temblaba la mano.

—¿Está usted bien? —preguntó Ana.

—Sí, sí. Es que simplemente no me esperaba hoy esta visita y la Policía me impone y me pongo nervioso.

—Tranquilícese, la policía está para ayudar, no para intimidar. Solo tienen que preocuparse por los delincuentes. —dijo mientras esbozaba una leve sonrisa.

Aquel hombre cambió la primera apariencia que tenía Ana sobre él. Con su nerviosismo lo veía tímido y frágil a pesar de su magnitud corporal.

—Me llamó la atención esa frase, porque no es lo habitual en una corona. Recuerdo que aquella mujer vino a primera hora de la mañana, justo al abrir.

—¿Mujer? ¿Y esa mujer, qué aspecto tenía?

—Pues, no sé. Rubia, ojos claros, muy maquillada. Según pude intuir, se veía que manejaba dinero. Tendría unos sesenta y tantos.

—¿Recuerda si le pagó con tarjeta o en efectivo?

—No lo sé. Por aquí pasan al cabo del día decenas de personas, pero espere un segundo y lo compruebo.

El dependiente se dirigió a su ordenador para acceder al historial de compras de los últimos días mientras miraba de reojo y con cierto nerviosismo a la inspectora

—Sí, aquí está —dijo señalando la pantalla del ordenador.— Pagó en efectivo.

Ana se quedó pensando por unos momentos la forma de dar con ella mientras el dependiente que, a pesar de parecer una persona seria resultó ser amable, intentaba ayudar a la agente.

—Joder, no voy a poder dar con ella. — dijo lamentándose.

—Disculpe, señorita. Creo recordar que una vez que encargó la corona, la cambió por otra diferente y lo hizo a través de una llamada telefónica. No podíamos asegurarle si el nuevo encargo estaría listo y tuvimos que llamarle después para confirmar.

El dependiente de la floristería buscó entre los catálogos y papeles que tenía sobre el mostrador y encontró un trozo de papel donde aparecía escrito

el número de la mujer y su nombre, Elena.

Ana salió de la floristería, no sin antes comprar unas cuantas flores y llamó a Gonzalo.

—Tenemos el teléfono de Elena.

Mientras Ana hablaba con Gonzalo en la puerta de la floristería, una persona vestida con unos pantalones vaqueros y camiseta azul tocó su hombro.

La cara de la inspectora cambió por completo. Ver a aquella persona la sorprendió muchísimo. Y un cúmulo de recuerdos se le agolpaba en la mente.

—¡Fabio! ¿Qué haces aquí?

Ana abrazó a aquel joven y le dio un beso en la mejilla.

—Llegué ayer de Irlanda.

—¿Estás de vacaciones? ¡Cuánto tiempo! Si no calculo mal… tres años ¿no?

— Sí. Estoy de vacaciones… indefinidas —dijo Fabio bromeando.

—¿Cómo? ¿Te han echado del trabajo?

—No, lo he dejado yo. Pensaba que lo de Irlanda era una buena opción para cambiar de aires, pero el trabajo no era lo que esperaba y la vida allí es totalmente diferente a la de aquí. ¿Tú qué tal estás?

—Pues bien, como ves yo sigo aquí en Jaén y bueno, mucho trabajo, pero bueno bastante feliz por dedicarme a lo que siempre he querido.

Aquella conversación se transformaba en complicidad y sus ojos hablaban más que las palabras que salían por sus labios.

—Me alegro mucho. Oye… ¿Te apetece que nos veamos esta noche para cenar?

— Pues no sé. Me gustaría, pero ando liada de trabajo.

—Bueno, si te apetece, avísame.

Se despidieron con un gran abrazo y Ana comenzó a caminar rumbo a la comisaría. Anduvo durante unos metros mientras miraba de reojo algunas de las flores que llevaba en su mano derecha. Se detuvo durante un segundo, buscó en aquel pequeño ramo una gardenia con aspecto rosado e inspiró su aroma que le caló los dos pulmones.

Capítulo 33

18 de julio de 2006

Gonzalo observaba los libros del profesor sobre su mesa de la comisaría. Dudaba si esos libros tenían que ver con el robo del Santo Rostro, pero algo le decía que sí.

Fijó su mirada en un libro con la cubierta negra y en cuya portada aparecía el retrato de un hombre que, según su título, supuso que era Andrés de Vandelvira. El libro tenía aspecto de haber sido impreso bastantes décadas atrás. Estaba perfectamente estructurado en veintiocho capítulos. Los primeros capítulos hablaban de la vida y los comienzos del arquitecto. A continuación, los capítulos se ordenaban según la localización de sus monumentos arquitectónicos. El inspector pasó rápidamente las hojas del libro y pudo ver entre ellas capítulos dedicados a Jaén, Úbeda, Baeza, Villacarrillo, La Guardia, Alcaraz y Viveros. Por último, en la parte final del libro, había un capítulo que se llamaba «Curiosidades del genio renacentista».

El agente Díaz sabía de la devoción que su amigo le tenía a Vandelvira, sobre todo, en los últimos meses. Pero por encima de todo, la admiración y el amor que el profesor Valerio le tenía a la catedral de Jaén era incalculable. De hecho, intentó promover en varias ocasiones una campaña para que fuese declarada Patrimonio Material de la Humanidad. Fueron unas semanas intensas de reuniones en las que Valerio mostró al alcalde y al resto del equipo de gobierno, la importancia de presentar la candidatura de la Catedral a la UNESCO.

Tal fue la insistencia del profesor y su brillante proyecto que el propio alcalde le ofreció un puesto de concejal en las próximas elecciones.

—¡No se han enterado de nada! ¡Meses de trabajo en el proyecto y de reuniones y solo piensan en elecciones, votos y poder! ¡Incompetentes! —recordaba Gonzalo las palabras de Valerio en una conversación.

Recordó que una vez caminaba junto a él. Iban de camino a casa y pasaron por la plaza de Santa María. Allí, en la inmensidad de aquel lugar, el profesor se detuvo e invitó a Gonzalo a contemplar aquella joya arquitectónica.

Gonzalo observaba aquella fachada cargada de barroquismo español y se fijó en las esculturas que la decoraban.

—Valerio, ¿quiénes son las personas a las que representan esas esculturas de la fachada?

—Son santos. Creo recordar que son San Pedro, San Agustín, San Gregorio Magno, aquellas dos de allí que están juntas son San Mateo y San Juan, San Fernando, San Ambrosio, San Jerónimo y San Pablo y aquellas dos últimas que también están juntas son San Lucas y San Marcos. Fueron esculpidas por Pedro Roldán.

El recuerdo se vio esfumado con la llegada de Ana a la comisaría y una sonrisa en forma de saludo. Sus finas manos portaban una flor que dejó sobre la mesa de Gonzalo bajo su mirada de asombro.

—¿Y esa flor?

—Es un regalo.

El inspector se quedó sin palabras. No se esperaba un regalo de su compañera, ni mucho menos que fuese una flor. Se quedó un tanto extrañado. Intentó disimularlo impregnándose la nariz con el perfume de la flor, pero la astucia de Ana era implacable y se percató de que, en cierto modo, se sentía un tanto raro.

—¿Qué pasa? ¿Te avergüenza que te regale una flor? —preguntó Ana.

—Eh… no, no, para nada. Simplemente no me lo esperaba y nunca antes lo habían hecho.

—Hay que romper con los estereotipos, inspector Díaz —dijo con cierta ironía—. Es una gardenia y la he comprado en la floristería donde esa tal Elena compró la corona de flores. Por cierto, ¿sabes el significado de la gardenia?

—Déjame pensar —dijo Gonzalo mientras meditaba—. ¿Admiración?

—Exacto. ¿Cómo lo sabes?

—Bueno, yo también he leído algo sobre el lenguaje de las flores —dijo mientras guiñaba el ojo a Ana y se levantaba para abrazarla—. Bueno, cuéntame, ¿qué has averiguado?

—Pues muy poca cosa, solo que Elena es una mujer rubia, que aparentemente tiene un status social alto y que ronda los sesenta años. También tenemos su número. Creo que deberíamos llamarla y que se pase por comisaría.

—Sí, pero antes quizás deberíamos saber si conocía mucho al profesor y hablaba con cierta frecuencia con él.

—¿Y eso cómo lo vamos a saber?

—Muy fácil. Ya tenemos su número de teléfono, solo lo tenemos que cotejar con el registro de llamadas del profesor.

Gonzalo se quedó meditando durante unos segundos y cogió el portafolios que tenía la documentación del caso del profesor. Buscó el registro de llamadas que la compañía telefónica le había facilitado a la Policía y lo cotejó con el número de Elena.

—Vaya. Parece que el número se repite prácticamente todos los días. De hecho, el día de la muerte del profesor, hay varias llamadas de Elena por la

mañana, pero sin duración. Quizás no pudo atenderla —dijo Gonzalo.

—Pues parece que tu amigo tenía una amiga y no lo sabías.

El inspector se sintió un poco decepcionado. A pesar de lo introvertido que era el profesor, creía que lo conocía, pero los últimos acontecimientos demostraron que no era así.

Ana cogió el teléfono de la mesa y marcó el teléfono de Elena.

—Buenos días, ¿es usted Elena? Le llamo de la comisaría de Policía Nacional de Jaén. Necesitamos hablar con usted. ¿Le importaría venir? Estupendo. Pregunte por Ana Marín en la entrada. Gracias.

La inspectora colgó el teléfono mientras Gonzalo abría el libro de Vandelvira. Estuvo leyendo las primeras páginas.

Fue un varón de gran cultura; conocía los tratados más famosos de la época, y los puso en práctica gracias a los mecenas que encontró, principalmente en la provincia de Jaén, como la misma iglesia, y los nobles relacionados con la familia Molina, como Francisco de los Cobos y Molina. Conocedor y heredero de la larga tradición gótica en la península, fue el inventor de la bóveda vaída y de otras ingeniosas soluciones constructivas.

Entre sus obras más notables está la Sacra Capilla del Salvador, realizada en Úbeda sobre un proyecto inicial de Diego de Siloé, por encargo de Francisco de los Cobos. Tras esta obra, vienen muchas otras, como la capilla de los Benavides en el convento de San Francisco de Baeza, una obra maestra —por desgracia perdida en parte tras el terremoto de 1755—; la intervención en la catedral de Baeza o en el antiguo convento de Santo Domingo de La Guardia de Jaén, el Hospital de Santiago de Úbeda o la catedral de Jaén.

Gonzalo pasaba las páginas y observaba las imágenes de los edificios que Vandelvira había diseñado y que venían impresas en el libro. Se fue al último capítulo y comenzó a leerlo. De repente, comenzó a sonreír y sus ojos se agrandaron.

—¡Lo tenemos! —exclamó. Ana se sorprendió bastante.

—¿Qué sucede? —preguntó Ana con interés.

—Mira, el profesor me mandó este mensaje el día que murió —dijo mientras le enseñaba su teléfono móvil a Ana—, en él dice que busque a los descendientes de la Elvira. Me llamó la atención esa parte porque el profesor tenía un dominio exquisito de la lengua para utilizar «de la Elvira». Esta mañana, al asomarme al balcón y ver el cartel del parque con el nombre de Vandelvira he tenido una corazonada.

Gonzalo giró el libro y señaló un párrafo con su dedo para que su

compañero lo leyese.

«*La orden de Santiago quiere llamar a Yeste a Francisco de Luna, a maestre Jerónimo Quijan o a Juan de Vandelvira, por ser maestros sabios para ver el reparo. Se dice que a su juicio no hay ninguna razón para pensar que "Juan" sea una confusión con el nombre de Andrés. Sin embargo, podemos comprobar que en otras ocasiones se llama Juan de Elvira a Andrés de Vandelvira. Esto es debido a que su apellido significa "de la Elvira"».*

El corazón de Ana palpitaba con fuerza. Había visto y oído el nombre de Andrés de Vandelvira tantas veces en los últimos días, que le parecía imposible no haberse percatado de aquel apellido.

—Déjame de nuevo ver el mensaje del profesor.

Gonzalo le volvió a mostrar el mensaje a ella y esta sacó su libreta y tomó para después leerlo en voz alta.

«*Te preguntarás por qué te he llamado. Los cuatro corazones protegen la Historia del Arte. Ahora lo guardan gemelas peinadas por el viento bajo un corazón latente. Busca a los descendientes de la Elvira. Cuídate*».

—¿Crees que el profesor te quería decir dónde ha ocultado el Santo Rostro?

—No sé. Es difícil de saber, pero según su mensaje, sabemos que tiene algo que ver con Andrés de Vandelvira.

—Sí. ¿Pero los cuatro corazones y las gemelas peinadas al viento? Los agentes meditaron, Gonzalo reclinado sobre su silla mientras mordisqueaba un lápiz y Ana dando pequeñas vueltas en círculo con su mano en su barbilla mientras resoplaba con su boca.

—A ver, «gemelas peinadas al viento», está claro que tiene que ser un elemento o dos iguales al ser gemelas, que esté en solitario para que le dé el viento, o bien que tenga una considerable altura—dijo Ana.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que el legado más grande de Vandelvira en Jaén es la Catedral y que precisamente tiene dos torres gemelas.

Capítulo 34

15 de octubre de 2005

Valerio observaba con detenimiento las páginas del diario aquella mañana fría de octubre.

—*Estados Unidos no logra apoyo de Rusia contra los planes de Irán*— leía.

La puerta de la cafetería Central se abrió y tras ella un remolino de viento que introdujo algunas hojas secas dentro del local. El profesor seguía leyendo atentamente las líneas de ese periódico mientras se evadía del mundo entre olor a café, ruido de cucharillas golpeando platos y vasos y murmullo de gente hablando de trabajo y cotilleos.

—No ha sido mi favorita, pero me ha gustado bastante —dijo una voz por la espalda de Valerio.

El profesor se giró y vio cómo Gonzalo sostenía el libro *Corsarios del Levante* de Pérez Reverte y que le había prestado la semana anterior.

—¡Gonzalo! ¡Me alegro de verte!, siéntate —dijo extendiendo su brazo hacia la mesa—. ¿Te ha gustado?

—Sí, aunque tengo que reconocer que me ha gustado más *La Tabla de Flandes*, me parece más misterioso. Pero bueno, he pensado que como la semana que viene tendremos que hablar de algo, te he traído un libro. Quizás te sorprenda, pero creo que es un libro que todo el mundo debería leer.

Gonzalo sacó de una bolsa un libro con una cubierta blanca donde venía dibujada una mujer morena y aparecía su título *Las preguntas de la vida* de Fernando Savater.

—Vaya. Filosofía pura. Me encanta tu propuesta, lo leeré. Por cierto, ¿has desayunado?

—Sí, tuve que venir temprano a comisaría a realizar unos informes. Además, ya no es hora de desayunar —contestó Gonzalo con una sonrisa.

Valerio miró su reloj y sus ojos se agrandaron al ver la hora.

—Las doce y veinte, madre mía, llevo dos horas leyendo el periódico. Eh… ¿Tienes prisa? —preguntó con interés.

—Tengo el día libre, vivo solo en la ciudad y no conozco a mucha gente así que no tengo mucha prisa. Más bien diría que tengo todo el tiempo del mundo.

—Estupendo, te invito a casa a comer. Voy a enseñarte lo mejor de Jaén. ¿Me acompañas?

Gonzalo y Valerio salieron de la cafetería y caminaron por las calles principales de la ciudad. Hablaron de política, de la situación actual en el País Vasco, de ETA. Ambos comprobaron que tenían muchas cosas en común más allá de su afición por la literatura.

Caminaron bordeando la Diputación, un edificio de grandes dimensiones que fue construido como palacio y convento y que se podía visitar. Anduvieron unos metros y entraron en el mercado de abastos de la ciudad.

—Bienvenido a uno de los lugares más genuinos de la ciudad—dijo Valerio.

Gonzalo no sabía si Valerio estaba bromeando o no, pero aquel lugar era bastante peculiar. Era un recinto que albergaba puestos de venta: carnes, pescados, lácteos, frutas. A esa hora de la mañana, el mercado estaba repleto de gente.

—Voy a presentarte a alguien —dijo Valerio con una sonrisa acercándose a un puesto en el que podría leerse *Aceitunera Jiennense*—. Rosana, buenos días, hoy traigo compañía. Este es Gonzalo. Un amigo gaditano que se ha instalado en la ciudad. Conoce poco de Jaén, así que he venido a enseñarle algo bueno: los productos de aquí ya que va a comer conmigo.

Aquella mujer saludó a Gonzalo con una sonrisa. Tenía el pelo liso, recogido y moreno bajo un pañuelo morado. Su cara era delgada y fina y su nariz, larga, dándole cierto atractivo y belleza. Lucía un delantal morado a juego con su pañuelo.

Gonzalo contempló aquel puesto. Sus paredes lucían vinilos de campos de olivos y sobre sus estanterías había todo tipo de productos: patés, vinos, quesos, y diversos embutidos. El inspector dio un paso hacia adelante y observó el mostrador. Un cristal impoluto lo separaba de una inmensa variedad de aceitunas que hacía que el inspector empezase a salivar.

—Ponme una botella de vino de Frailes, un paté de Cazorla, doscientos gramos de chorizo de Las Infantas y un cuarto de queso de la Sierra Sur y, por supuesto, una garrafa de aceitunas de esas —dijo señalando unas del mostrador.

Rosana atendió a Valerio rápidamente. La velocidad de sus manos hacía ver que tenía años de experiencia. Gonzalo miró a su alrededor y comprendió la importancia de aquel lugar. Era otro ambiente distinto al del frío supermercado. En el mercado el trato era más cercano, más humano. Observó cómo el tendero del puesto contiguo salió de su puesto y ayudó a una mujer mayor introduciendo su bolsa en su carrito y cómo la tendera de otro de los puestos anunciaba sus ofertas con un potente altavoz que no era otro que su propia voz.

Valerio cogió su compra, se despidió de su amiga y comenzó a andar

junto con Gonzalo hacia el exterior del mercado.

—¿Has avisado a tu mujer? —preguntó Gonzalo.

—¿Mi mujer? jaja —repitió Valerio riendo—. No estoy casado, soy un alma libre. Podría haber tenido alguna vez mujer, supongo. Creo que todos hemos tenido alguna vez, alguna posibilidad, pero soy una persona que me gusta estar solo y creo que soy difícil de entender. A veces, no me entiendo ni yo. Nunca ha llegado nadie que crea que merezca la pena, alguien que me haga enamorarme y perder la cabeza y ya, con la edad que tengo, a este viejo no creo que llegue el amor ya.

Gonzalo meditaba con atención sobre las palabras que Valerio le acababa de decir. Le resultaba una manera diferente de ver la vida, lejos de ataduras amorosas.

—Por lo que me has contado, veo que tampoco hay señora Díaz ¿no? —se interesó Valerio.

—Exacto. He estado muchos años volcado en oposiciones y trabajo. Además, creo que el amor no es lo mío. No he tenido mucha suerte.

—Hay una forma de amar y muchas de sentir. Yo amo a muchas personas y muchas situaciones de la vida, sintiéndolas diferentes. Amo un buen vino, una puesta de sol, el sonido de las olas del mar, el olor de un libro nuevo.

—Sí, son bonitas formas de amar la vida. Enamorarse de esas pequeñas cosas que nos rodean día a día y que pasan sin darnos cuenta de manera imperceptible a veces. Me gusta mucho tu forma de pensar y de expresarte. Deberías escribir un libro —sugirió Gonzalo.

—Publiqué uno hace un tiempo, llegas tarde, amigo.

—¿De veras? ¿Una novela?

—No, un ensayo. ¿Conoces el Santo Rostro?

Capítulo 35

18 de julio de 2006

Gonzalo observaba el libro de Vandelvira mientras Ana se aproximaba a su mesa con dos cafés calientes.

—Hay algo que no encaja —dijo el inspector—. Si el Santo Rostro estuviese en la catedral, ¿por qué lo iba a robar el profesor? Es decir, ¿qué sentido tiene robarlo de la catedral y dejarlo otra vez en la catedral?

—Quizás tengas razón. Pero atendiendo a las circunstancias de que esa semana alguien lo iba a robar, quizás el profesor era consciente de ello y sustrajo el Santo Rostro antes, como medida para protegerlo y lo cambió de sitio. Es un poco desconcertante todo esto.

El inspector se reclinó en la silla intentando buscar respuestas con fundamento a tantas conjeturas. Miró su reloj, esperaba con ansiedad la llegada de Elena con la esperanza de que arrojase un poco de luz al caso. Cogió el café por el borde del vaso intentando no quemarse la yema de los dedos, sopló e intentó dar un breve sorbo.

—Creo que deberíamos volver a la catedral de nuevo y echar un vistazo —sugirió.

—Sí. También es necesario revisar las cámaras de seguridad los días previos al robo. Si el profesor ocultó el Santo Rostro, debe de salir en la grabación.

—Sí, se lo diré a Ortiz.

Gonzalo descolgó el teléfono y avisó a su compañero mientras un agente uniformado se acercaba a la inspectora.

—Marín, te buscan.

Ana se estiró la falta, se atusó el pelo, salió al recibidor de la comisaría y volvió a entrar acompañada a la sala donde su compañero mantenía una conversación por teléfono con Ortiz.

Mientras caminaban hacia el inspector, él contemplaba aquella mujer de arriba abajo.

El agente Díaz colgó el teléfono. La belleza de aquella mujer y su atractivo físico a pesar de su edad eran fascinantes. Tenía los ojos azules, una melena rubia y vestía una falda estampada y una camiseta azul. Las arrugas cubrían su rostro, pero parecía que formaban parte de su belleza tan particular.

—Díaz, te presento a Elena.

Gonzalo observaba a aquella mujer. Tenía ante él quizás a un amor que el

profesor no le contó.

—Siéntese, por favor —dijo mientras señalaba la silla al otro lado del escritorio.

El inspector observó a Elena por unos segundos mientras ella se mostraba cabizbaja y triste.

—Díganme, ¿en qué puedo ayudarles?

—Verá, estamos investigando la muerte de alguien que conoce. Valerio Párraga. ¿No es así?

—Sí —contestó la mujer mirando hacia abajo—, éramos amigos. Buenos amigos. Ha sido un golpe muy duro —dijo mientras miraba hacia ambos lados con cara de preocupación—. Tengo entendido que su muerte fue accidental. ¿No es así?

—Sí, así es. Fue accidental, pero estamos investigando otros asuntos que, al parecer, tenían que ver con él pero que no podemos decirle. ¿Qué tipo de relación tenía con usted? —preguntó Ana.

—De amistad —contestó con cierto nerviosismo—. Éramos buenos amigos —repitió.

—¿Desde cuándo lo conocía?

—No sé, desde hace un año… quizás más.

Elena comenzó a ponerse más nerviosa. Sus manos húmedas comenzaron a temblar. Intentó cruzar sus manos para disimular el nerviosismo, pero los agentes ya se habían percatado de ello.

—¿Le ocurre algo?

—No, simplemente estoy nerviosa. Es la primera vez que me interroga la policía. ¿Pueden darme agua?

Gonzalo se levantó hacia una máquina expendedora de agua y llenó un vaso de plástico de agua fría.

—Tranquila, esto no es un interrogatorio. Simplemente queríamos hablar con usted —contestó Ana—. ¿Cuándo fue la última vez que habló con él?

—Pues hace varias semanas.

El inspector se mostró serio. Aquella mujer estaba mintiendo. ¿Tendría algo que ver con el caso del profesor? Mientras Elena bebía agua, Gonzalo la observaba con detenimiento. Sintió algo dentro de él que le hizo ver que había visto a aquella mujer en algún otro lugar o quizás su rostro pálido o sus ojos claros le recordaban a alguien.

—¿Y de qué hablaron? —preguntó Ana.

—Hablamos de cómo estábamos. Le dije que habían operado a mi nieta, que estaba leyéndome un libro sobre la Guerra Civil y él me dijo que estaba impaciente de tener vacaciones en la facultad para tener tiempo libre y que quería escribir un ensayo sobre la Batalla de Navas de Tolosa.

—Bien. ¿Puede contarnos cómo se conocieron?

—Creo recordar que fue…sí…en la biblioteca de la universidad —

contestó rápidamente—. Recuerdo la primera vez que lo vi porque yo era muy asidua a visitar la biblioteca. Me licencié hace muchos años en Historia del Arte, pero no he tenido ningún trabajo relacionado con ello. Nunca he perdido la pasión. Mi encuentro con él fue parecido a lo que suele suceder en las películas. Los dos cogimos a la misma vez un libro sobre el arte durante la Segunda Guerra Mundial. Al final le cedí el libro y cogí otro. Días más tarde volvimos a coincidir en el mismo pasillo y comenzamos a hablar sobre Leonardo Da Vinci y la sonrisa de la Gioconda ya que precisamente, cuando lo vi, tenía un libro de Leonardo en mis manos. A partir de ese día comenzamos a hablar cada vez que nos encontrábamos en la biblioteca.

—¿Entonces su relación se basaba solamente en una buena amistad? ¿o había algo más? —insistió Gonzalo de nuevo.

—Ya le he dicho que sí —contestó Elena

—¿Estuvo usted en el funeral? —preguntó el inspector intentando saber si aquella mujer seguiría mintiendo.

—No, no estuve. Estaba fuera.

El agente Díaz respiró aliviado al comprobar que la mujer no continuaba mintiendo. El funeral del profesor fue íntimo y con pocos asistentes. Si Elena hubiese asistido, lo hubiese recordado. Pensó qué motivos tendría para mentir sobre su última conversación con el profesor y volvió a mirarla poniendo su atención en sus ojos claros. En ese preciso momento, el rostro de Elena se quedó clavado en la memoria del inspector, sabiendo que fue con ella con la persona que se topó cuando salía del cementerio de despedir al profesor.

—Elena, me da la sensación de que en sus palabras hay algo más.

—¡Gonzalo! ¡Vale ya! —dijo Ana

El agente Díaz miró a Ana sabiendo que quizás el último comentario podría incomodar a Elena pero estaba, en cierto modo, desesperado y sabía que en algunas de sus palabras había algo de mentira. El rostro de Elena cambió. El nerviosismo desapareció y poco a poco en sus ojos se veía un atisbo de sorpresa.

—¿Gonzalo? —preguntó Elena—. ¿Gonzalo Díaz? ¿No serás tú el amigo del que tanto me hablaba Valerio?

El agente Díaz se sorprendió. Resultaba contradictorio que, a pesar de considerarse buen amigo del profesor, no sabía de la existencia de Elena. Sin embargo, ella sí había oído hablar de él.

—Valerio me hablaba mucho de ti. Entre tantas y tantas conversaciones, en algunas de ellas aparecías tú. Me contó que erais buenos amigos, que eras gaditano y un apasionado a la literatura y la historia del arte, como él. Lástima que nunca volverán aquellos días —lamentó Elena mientras las lágrimas aparecían por sus ojos.

La tristeza y la nostalgia se apoderaron de Gonzalo. Intentó encauzar un poco su nerviosismo y hablar con franqueza.

—Señora, necesito que nos diga la verdad. Me crucé con usted en el cementerio el día del funeral del profesor. Sabemos que estuvo allí, sabemos que habló con él el día de su muerte y sabemos que no nos está diciendo toda la verdad.

Elena miró a los dos inspectores mientras se secaba las lágrimas en un pañuelo que ya estaba húmedo de llantos anteriores.

—Sí, hablé con él. Hablaba con él con frecuencia, pero no lo sabía nadie.

—¿Qué nos quiere decir con eso, Elena?

—Que estaba enamorada de él y él de mí. Me ha querido como nadie. Me cuidaba, quedábamos dos o tres veces a la semana para tomar un café en su casa, para hablar de literatura, de arte, de nuestros sentimientos. Me regalaba libros, flores. Pero era un amor imposible.

—¿Por qué? —se interesó Gonzalo.

—A veces la persona que menos te importa, la más insignificante en tu vida o a la que menos conoces, llega de forma imprevista y te desordena tu mundo. Lo pinta de color, le da forma y, sobre todo, vida. Te demuestra en muy poco tiempo un amor incondicional que rompe barreras y que hace que merezca la pena arriesgar viviendo una auténtica montaña rusa de sensaciones y emociones. Pero la vida es difícil, injusta y dura y sabía que tarde o temprano tendríamos que dejar de vernos.

Los inspectores notaron cómo los ojos de Elena comenzaban a volverse cristalinos y brillantes pintados con la más profunda de las tristezas. El inspector sacó de su cajón una bolsa de pañuelos de papel y le ofreció uno a Elena mientras ella luchaba por intentar terminar de hablar.

—Elena, ¿por qué dice usted que tendrían que dejarse de ver?

—Porque soy una mujer casada.

Capítulo 36

7 de marzo de 1940

La lluvia intensa cubría la ciudad. El frío y el gran aguacero que caía en esos momentos hacían que la calle estuviese desierta. Los árboles bailaban con las finas cortinas de agua que acampaban a sus anchas a lo largo y ancho del barrio. El viento hacía vibrar los cristales de las ventanas y emitía un silbido estremecedor. La puerta del número 3 de la Rue Jean Mermoz se abrió y Jean Pierre apareció cubierto con la gabardina. Se tapó su boca con el cuello y con la otra mano sujetaba un paraguas negro. Miró hacia ambos lados y cruzó la calle. Se colocó frente a la puerta con los nervios a flor de piel. Alzó su mirada al cielo maldiciéndose por lo que estaba a punto de hacer. Cerró los ojos y sintió cómo las gotas de agua caían con fuerza sobre el pequeño jardín de la casa, como si fuesen morteros. Dudó durante unos segundos si llamar a la puerta o no. Pensó en huir, en salir corriendo, escapar y dejar atrás este infierno pero sabía que esa gente lo encontraría tarde o temprano y que el destino de sus vecinos estaba ya escrito. Abrió los ojos y prestó atención a la vieja puerta que tenía delante. Era verde y desconchada, con un llamador oxidado de una cabeza de león. Junto a ella, algunas hierbas habían nacido a lo largo del invierno y cubrían el porche de la casa dándole un aspecto descuidado. A la derecha, había un garaje con una puerta grande y a la que le quedaban pocos restos ya de pintura verde. Jean Pierre nunca había visto la puerta del garaje abierta. Sus vecinos siempre utilizaban un viejo y pequeño coche para moverse, pero siempre lo aparcaban frente a la casa. Era un Citroën 7A de color negro y que parecía no tener muchos años de uso.

Desde el jardín no se podía contemplar nada del interior de la casa ya que tanto las ventanas como las pequeñas puertas que las cubrían, siempre estaban cerradas. Aquella casa tenía aspecto antiguo y de dejadez. Jean Pierre sabía que estaba a punto de volver a decepcionarse consigo mismo, pero no tenía elección. Eran aquellos hombres o Margot y su bebé. Estuvo pensando durante unos segundos si aquellas personas que vivían en esa casa tendrían mujer e hijos, cómo serían o qué edad tendrían. Se imaginó lo duro que tendría que ser estar lejos de tu familia y sintió que moriría por dentro si se tuviese que alejar de su esposa. A pesar de todo, sabía que sus vecinos no eran unos simples granjeros y que, aunque intentaban ocultarlo, eran exiliados de la Guerra Civil Española. El uso de las muletas de uno de ellos y el poco rango de edad de los tres, hacía que hubiese empezado a sospechar desde el

primer día que los vio. Era un tanto raro que unos jóvenes sin, al parecer, un estatus social alto, llegasen a ese pueblo para dedicarse al campo. Sin familia y sin dinero, viviendo en una casa antigua y dejada, pero con un coche nuevo e impecable.

Volvió a tomar aire y alzó su puño frente a la puerta. Golpeó de tal manera que en cada impacto que daba con sus nudillos en la madera un calor intenso le quemaba el pecho y comenzó a sentirse un asesino, a pesar de no haber matado a nadie. No sabía cómo iba a terminar todo, quizás fuese el verdugo de sus vecinos o quizás fuese simplemente un traidor.

La puerta se abrió y tras ella había un joven de unos treinta años, de mediana estatura y moreno, con barba de algunos días y con ropa de campo. Miraba a Jean Pierre un tanto extrañado y salió al porche para observar a ambos lados de la casa.

—Hola, buenos días —contestó Jean Pierre con cierto nerviosismo—. Mi nombre es… eh… Charles y soy el vecino del número tres. Verá, necesito ayuda. Se me ha volcado el mueble del salón hacia delante y no puedo ponerlo en pie solo. ¿Podría venir a ayudarme?

El joven dio un paso hacia adelante y volvió a mirar alrededor mientras guardaba silencio.

—Estoy solo en el pueblo y no conozco a nadie —añadió.

—De acuerdo. Vamos.

—Espere —dijo Jean Pierre poniendo su mano en el pecho de su vecino —, el mueble es grande y dudo que podamos levantarlo entre los dos. ¿Podría ayudarnos alguien?

El joven volvió a quedarse en silencio e indeciso.

—¿No están por ahí tus compañeros de casa?

Miró a Jean Pierre de arriba abajo contemplando cómo su rostro comenzaba a mostrar preocupación.

—¿Mis compañeros de casa?

—Sí, os he visto muchas veces llegar juntos de trabajar…

—Ah, no. Son mis hermanos —aclaró.

El joven se mostró un tanto extrañado. Volvió a entrar en la casa y en unos segundos salieron los tres jóvenes. Jean Pierre los llevó a su casa, cruzando la calle, cual si fuese un verdugo que conduce a sus reos al paredón y entraron.

Jean Pierre abrió la puerta de la casa con los nervios a flor de piel. Le había costado meter la llave en la cerradura y los latidos de su corazón redoblaron produciéndole un temblor espantoso en las manos. Se quedó en la puerta e invitó a sus vecinos a entrar. Los jóvenes cruzaron la puerta y caminaron hacia el salón. Comprobaron que no había ningún mueble volcado, de hecho, no había ningún mueble. Antes de realizar pregunta alguna, el sonido de tres pistolas cargándose hizo que aquellos jóvenes miraran hacia

atrás y comprobasen que tres cañones les estaban apuntando.

—Lo siento —se lamentó Jean Pierre.

—Buenos días. Poned las manos en la cabeza y bienvenidos a esta casa —dijo el capitán Alexander—. Os estábamos esperando. Vamos a tener una charla. Dependerá de vosotros salir con vida o no de aquí. Sentaos en esas sillas.

Los jóvenes se miraron unos a otros con cara de incredulidad. Uno de ellos resopló lamentándose. Cruzaron el salón con las manos en la cabeza. Había cuatro sillas de madera claras y ocuparon tres de ellas.

—Amárralos —ordenó Alexander a Jean Pierre.

El francés comenzó a maniatarlos con cuerdas y a fijarlos en las sillas. Tenía la extraña sensación de que por cada nudo que hacía, estaba quitándoles la vida. Se sentía su verdugo y un cerdo. Incluso pensó que esos hijos de puta eran capaces de obligarle a empuñar una pistola y descerrajar varios tiros que acabasen con la vida de los ya prisioneros. No le extrañaría nada. Aquellos psicópatas disfrutaban con el dolor ajeno y eran capaces de llevar a las personas a su límite psicológico y físico. Jean Pierre terminó de maniatar al último prisionero mientras los captores guardaban sus armas.

—Jean Pierre. Escucha —dijo Alexander esbozando una sonrisa maquiavélica—. Tenemos que preservar nuestra seguridad —dijo haciendo un ademán con la cabeza a los otros captores que comenzaban a maniatarle bajo su asombro—. No nos fiamos de ti y tenemos que ser prudentes —dijo—. Espero que no nos des problemas.

El capitán cruzó el salón y se sentó sobre una mesa que estaba próxima a sus prisioneros. Los miró con cierto odio. Su cara no mostraba expresión ninguna. En los días que llevaba allí, el francés no había visto sonreír a ninguno de los cuatro.

—¿Quiénes sois? —preguntó.

Los prisioneros se miraron. Uno de ellos alto y con melena contestó.

—Yo soy Julio y ellos son Antonio y Sergio. Mis hermanos.

La tranquilidad con la que contestaban aquellos prisioneros hizo sospechar a Alexander. Sus años en Abwehr le habían dado una experiencia significativa y sabía que aquellos hombres podían estar mintiendo.

—Registradlos —ordenó.

Los hombres cachearon los bolsillos de los prisioneros, pero no encontraron nada, tan solo uno de ellos llevaba unas llaves.

—Ritter, Herman, Erwin, id a su casa y registradla.

Los hombres salieron de la casa mientras Alexander se quedaba solo ante los prisioneros. Jean Pierre observaba al capitán con cierto miedo. No sabía cómo controlar esa situación. Le resultaba difícil idear algún plan para salir de aquel lugar con vida. Podría hacerse el valiente e intentar escapar o esperar la compasión de sus captores por si, con un poco de suerte, podría salir de esta.

Quizás, algo dentro de él, le hacía ver que su destino ya estaba escrito.

Capítulo 37

9 de abril de 2006

El silencio reinaba en aquella estancia del piso del profesor Valerio. Tan solo podía escucharse el leve tic tac del reloj de cuco que tenía en el pasillo. Un reloj que, según le contó en una ocasión a Gonzalo, tenía más de ochenta años y había sido un regalo de su abuelo. La luz de una pequeña lámpara de pie hacía del salón un lugar más acogedor. Las piernas del profesor descansaban sobre un reposapiés que tenía justo delante del sillón, mientras en el cristal de sus gafas se reflejaban los versos de un poemario que sujetaba en su regazo. El ruido del reloj se mezclaba, a veces, con el sonido de las hojas del libro y sus dedos. Ese sonido, ese clima que se creaba, ese silencio y esa paz llevaban al profesor a disfrutar de esos pequeños detalles que solo la lectura podía ofrecerle.

La tranquilidad se vio interrumpida cuando el timbre sonó.

—¡Tan puntual como siempre! —dijo mientras se levantaba hacia la puerta y dejaba el libro junto a otro que tenía sobre la mesa.

—¡Gonzalo! —dijo mientras abrazaba a su amigo—. ¿Qué tal estás? Te he echado de menos.

—Bien, Valerio. ¿Qué tal te ha ido esa conferencia en Londres?

—Bien. Muy interesante —dijo mientras ambos entraban al salón e invitaba al inspector a sentarse en el sofá—. La verdad es que fue muy productiva. Participábamos siete conferenciantes y yo hablaba del Barroco español. Salí con un buen sabor de boca, incluso hubo unos ciento cincuenta asistentes pero, sin duda, el gran atractivo de las jornadas de historia del arte fue Enzo Massori.

—¿Enzo Massori?

—Sí. Es profesor de la Universidad de Bolonia y su conferencia fue íntegramente sobre Leonardo Da Vinci. Imagínate todo lo que se podría hablar del genio Da Vinci. Hubo una cola enorme para escucharlo, incluso hubo gente que se quedó sin entrar cuando la sala completó el aforo.

—Supongo que hablaría de la sonrisa de *La Gioconda*, ¿no?

—Qué mal informado estás —dijo Valerio sonriendo—. En estas conferencias no se habla de las obras. Se habla de la técnica, de la destreza y de la evolución del autor así como su repercusión en el mundo de la historia

del arte.

El sonido de unas pequeñas pisadas se escuchaba desde el pasillo. El profesor se levantó y caminó hacia el marco de la puerta donde un gato comenzaba a maullar.

—Te presento a Sebastián —dijo Valerio mientras lo cogía y lo acariciaba.

—¿Y eso? No sabía de tu afición a los animales —se sorprendió Gonzalo.

—No soy muy aficionado, pero creo que adoptándolo le he hecho un favor. Además, me hará compañía. Es de una protectora de la ciudad que se llama Abyda. La conocí gracias a una alumna que es voluntaria de esta protectora y, la verdad, es que hacen una gran labor por los animales.

El inspector observaba cómo el profesor acariciaba al gato. Pensó que quizás un poco de compañía no le vendría mal. Siempre había estado volcado en su trabajo y el poco tiempo libre que tenía prefería dedicarlo a leer o viajar. Nunca había tenido pareja o al menos nunca le habló de ello. Quizás la soledad que le ha acompañado a lo largo de su vida fuese la mejor compañera y la que mejor lo entendía. Ese toque de bohemio podía resultar atractivo, pero tenía claro que el profesor no quería tener pareja y huía del compromiso.

—¿Y Sebastián te parece apropiado para un gato?

—¿Y por qué no? ¿Sabes la cantidad de nombres de personas que se les ponen a los animales?

—Y viceversa diría yo… de hecho a veces, el ser humano adopta más rasgos del animal aparte de su nombre —dijo Gonzalo bromeando.

—Jaja sí. Se llama Sebastián por un escultor que trabajó en Jaén y que ha estado presente en algunas investigaciones que he hecho. Me parecía una buena manera de rendir homenaje a un genio, aparte de ser un nombre bonito.

—Sí, es una buena idea. Quizás, dentro de algunos años, tenga un pulpo. Le pondré Valerio, para rendir homenaje a un amigo tan astuto e inteligente como tú.

El profesor esbozó una enorme carcajada y dio una breve palmada sobre la pierna de Gonzalo mientras se levantaba del sofá.

—Hoy me he atrevido a hacer un rissotto de queso de cabra y champiñón —dijo Valerio mientras caminaba hacia la cocina.

—¡Guau! ¡Suena bien! Espero que esté mejor que el solomillo que hiciste el otro día.

El inspector observó los libros que había sobre la mesa, cogió uno de ellos y observó la portada. En ella y sobre un fondo claro se dibujaban unas manos entrelazadas bajo el título *Cien sonetos de amor.*

—Vaya, Valerio. Este libro de Neruda es un clásico. Siempre lo he querido leer.

El profesor entró en el salón con dos copas de vino y le dio una a Gonzalo. Dejó la otra sobre la mesa y arrancó de sus manos el libro.

—Sí, es un libro muy bonito. Lo he empezado hoy. Así que cuando lo lea te diré qué tal está —dijo con cierto nerviosismo.

El inspector se quedó sin palabras durante unos segundos. Le pareció un tanto extraña la actitud del profesor.

—¿Ha sido un regalo? —se interesó.

Tras vacilar unos segundos, Valerio respondió que sí.

—Me lo ha regalado un alumno. Sus padres tienen una librería y un día hablé de Neruda en la clase. Dije que era muy aficionado.

—Vaya. Uno que quiere aprobar rápido.

—Sí, será eso —contestó el profesor intentando salir de aquella situación embarazosa.

Valerio guardó el libro sobre una de las estanterías y volvió a sentarse. Gonzalo miraba el libro que quedaba sobre la mesa y pudo leer su título, *Poeta en Nueva York* de Federico García Lorca. Tenía cierta tentación de echarle un vistazo e incluso un impulso casi lo lleva a hacerlo, pero pensó en la actitud del profesor y decidió no hacerlo.

—¿También estás leyendo ahora a Lorca? —se interesó Gonzalo.

—Sí —contestó—, me quedan unas diez páginas.

—¿Y te gusta? Yo lo leí en el instituto. Dicen que es una de las obras más importantes de Lorca. —dijo mientras señalaba con su dedo índice el ejemplar que estaba sobre la mesa.

—Más bien añadiría que es una de las obras más importantes de todos los tiempos, querido amigo —dijo Valerio mientras cogía el libro—. Fíjate qué poema escribió años antes de su muerte, parece una premonición.

Cuando se hundieron las formas puras
bajo el cri cri de las margaritas,
comprendí que me habían asesinado.
Recorrieron los cafés y los cementerios y las iglesias,
abrieron los toneles y los armarios,
destrozaron tres esqueletos para arrancar sus dientes de oro.
Ya no me encontraron.
¿No me encontraron?
No. No me encontraron.
Pero se supo que la sexta luna huyó torrente arriba,
y que el mar recordó ¡de pronto!
los nombres de todos sus ahogados.

El vello de los brazos de Gonzalo se erizó con cada una de las palabras

que recitaba el profesor. Tenía ese don, esa virtud de crear un clima perfecto, de leer con la entonación adecuada elevando la poesía a su máximo exponente.

—No recordaba que Lorca escribiese un poema que se pudiese interpretar como premonitorio, pero sí, es cierto que lo asesinaron junto con otras dos personas. Su muerte fue un gran golpe para la cultura, pero dejó un gran legado.

—Sí, y así es la vida. Ojalá supiéramos cuándo nos llegará a hora —añadió el profesor.

—Sí. Precisamente eso hace que no saboreemos la vida. Creo que si supiésemos el tiempo que nos queda, viviríamos de otra manera. Nos tomaríamos el trabajo con más calma, disfrutaríamos de otra manera las pequeñas cosas de la vida, nos enfadaríamos menos y la sociedad sería mucho mejor.

—Te doy la razón, querido amigo. Pero eso nunca será así. Por suerte, yo estoy hecho un chaval —dijo bromeando—, así que todavía te quedan años que aguantarme.

Capítulo 38

18 de julio de 2006

Siempre le había gustado su trabajo. La adrenalina se le disparaba cuando escuchaba de pequeño el sonido de las sirenas de la policía. Desde que era un niño, tuvo como referente a su tío Miguel. Un hombre corpulento, alto, tenaz, y que amaba su profesión. Gonzalo recordaba cada vez que enfundaba su pistola en su espalda y se colgaba la placa, la primera vez que su tío llegó a casa de sus abuelos cuando salió de la Academia de Policía de Ávila. Era una tarde de verano y lo estaban esperando para irse a la playa. Llegó con una maleta de grandes dimensiones. Gonzalo estaba impaciente por ver el uniforme y la pistola de su tío y como hablaron por teléfono en algunas ocasiones— Vas a ser el primero en ver el uniforme y la pistola— recordó.

Le encantaba jugar con él cuando apenas era un niño. Lo solía enterrar en la playa, saltar las olas de la mano y tomarse algún que otro helado. Siempre decía que su tío lo había tratado como un hijo.

Tras salir de la Academia de Policía, fue destinado a Zaragoza durante cinco años. Gonzalo se hizo adulto durante ese tiempo y, a la vez, fue creciendo sin su tío. Tras su paso por Zaragoza, formó parte del grupo de escoltas de la Policía y fue destinado a un pueblo del País Vasco donde un coche bomba acabó con él y con la persona que protegía.

Era muy duro recordar el día que les llegó la noticia. Su padre estaba viendo en la televisión un documental sobre los leones en la sabana africana e interrumpieron la programación para informar de lo sucedido. Subió el volumen de la televisión y justo antes de que la reportera dijese el nombre del pueblo donde había sucedido el ataque, el teléfono de casa sonó.

Se hizo un silencio inmenso y eterno. Gonzalo miraba a su padre mientras colgaba el teléfono sin hablar. Miraba la tele con atención hasta que la tristeza comenzó a apoderarse de su rostro y sus lágrimas caían de sus ojos de manera desmesurada.

En aquel momento, supo que se acababa su sueño de ser policía pues su padre se lo prohibiría. Desde entonces, decidió dedicarse a su otra gran pasión, la historia del arte.

Pasó en Sevilla dos años en los que fue bebiéndose los libros y adquiriendo notables conocimientos sobre arte.

Cuando cumplió veintidós años, su padre murió repentinamente. Fue una época difícil para él. No pudo despedirse y se encontraba lejos de su casa. Ese

hecho hizo que perdiese los dos referentes que siempre había tenido presentes en su vida y que, por tanto, entrase en una época muy difícil para él. Dejó sus estudios y volvió a Cádiz. Dejó a sus amigos e incluso comenzó a coquetear con algunas drogas.

Aún recuerda cuando se encontró con su hermana bajo el Balneario de la Palma, en la playa de la Caleta mientras él le daba una calada a un porro. Aquel día, Gonzalo llegó borracho a casa y tocó fondo. Pero también, aquel día fue el día que todo cambió y tras una charla con su hermana, prometió visitar la consulta de Esther.

Esa terapia que estuvo recibiendo durante un año, le hizo recapacitar y cambiar el rumbo de su vida.

Tenía miedo a equivocarse y a fallar a su padre, pero sentía en su corazón la necesidad de ser policía y de honrar a su tío a pesar de ser tiempos difíciles. Por todo ello, era una satisfacción y orgullo poder lucir la placa en su pecho.

Recordó aquellas vivencias mientras él y la inspectora Marín conducían a la catedral. El recuerdo vino a la mente de Gonzalo tras ver en el reloj del coche, la fecha y comprobar que justo ese día hacía dieciséis años desde que su tío se convirtió en policía.

—¿Qué te ha parecido Elena? —preguntó Ana mientras se bajaban del vehículo y llegaban a la catedral.

—La he visto una mujer culta y, a pesar de la edad que tiene, desprende una belleza radiante. No me extraña que el profesor se enamorara de ella.

—Tienes razón. A mí al principio no me ha dado buena impresión. Los nervios, empezarnos a mentir…

—Sí —interrumpió Gonzalo—, pero ten en cuenta que, si el profesor me ocultó el romance, entiendo que sería porque estaba casada. Su marido no debía saber nada.

—Eso es algo que no entiendo. Si estás casada y te estás viendo con otro hombre, ¿por qué no te separas? —preguntó Ana retóricamente.

La pregunta se vio interrumpida con la llegada al templo. Los agentes entraron de nuevo en la catedral, esta vez de diferente manera. Fueron caminando, quizás perdidos en la inmensidad de aquel monumento. Visitaron las diferentes capillas y la inspectora se detuvo frente a la imagen de Nuestro Padre Jesús Nazareno. Gonzalo llegó por detrás y contempló aquella imagen.

—Nuestro Padre Jesús «el Abuelo de Jaén», ¿no es así? —preguntó.

—Sí. ¿Sabes por qué le dicen «el Abuelo»?

—Sorpréndeme —contestó con cierto interés.

—Cuenta la leyenda que, en una noche de lluvia fría y en un cortijo cerca de Jaén, se presentó un hombre de edad avanzada buscando cobijo. Los huéspedes acogieron a aquel anciano y tan solo pidió que subieran a la habitación un tronco de árbol que yacía en la puerta del cortijo. Al día siguiente, los dueños del cortijo subieron a la habitación que ocupaba el

anciano, ya que era tarde y no se escuchaba, y se encontraron con esta imagen.

—Vaya, es muy bonita la historia. —dijo Gonzalo con ironía—Lástima que esta talla sea atribuida a Sebastián de Solís.

Ana lo miró un tanto decepcionada. Sabía que Gonzalo conocía la leyenda, pero tenía cierto interés de quedarse por encima y demostrar, de algún modo, sus años de carrera.

—Ya veo que estás puesto en la historia del arte —dijo la inspectora con cierto recelo.

—No, es curiosidad. ¿Acaso crees que en la carrera estudiamos la historia de una imagen religiosa de una ciudad como Jaén? Nos dedicamos a empaparnos de arte griego, romano, y de los pintores y escultores más importantes del mundo. La historia de «el Abuelo», la investigué aquí cuando me hablaron de él.

Marín siguió contemplando la talla en silencio, mientras los fieles rezaban a su alrededor. Díaz siguió caminando por el templo observando cada rincón y detalle donde pudiese estar escondido el Santo Rostro. Alzó su vista hacia la cúpula y se quedó absorto con la belleza de aquella obra de la arquitectura.

Sentía cierta nostalgia por no haber acabado su carrera. Recordó sus años en la facultad y a su profesor Narciso explicándole los diferentes tipos de cúpulas que había con transparencias, fotos y un sinfín de recursos. Recordaba su cúpula favorita, la del Duomo de Florencia y sus continuas discusiones con Alonso, su compañero de facultad que defendía que la cúpula de San Pedro del Vaticano era mejor obra de arquitectura. Pero la cúpula de la catedral era diferente a las otras, quizás más sencilla pero no menos impresionante. Estaba formada por una circunferencia adornada de unos doce metros de diámetro en el tambor y se situaba a unos cincuenta metros de altura; su interior se encontraba dividido por diversos radios que delimitan espacios trapezoidales y las ventanas. Cada una de las pechinas, sobre las que se apoya la cúpula, estaban decoradas con una tarja de estilo barroco en las que se encontraban unos relieves.

—Son San Miguel, San Eufrasio, Santiago y Santa Catalina — dijo una voz que se acercaba a Gonzalo desde atrás.

—¿Cómo dice? —preguntó.

—Los relieves de la cúpula. Simbolizan a esos santos que le he dicho.

Aquel hombre con alzacuellos llamó la atención del inspector.

—Usted es el agente Díaz, ¿no? —preguntó el sacerdote mientras extendía su mano en forma de saludo.

—Sí, así es.

—El sacristán los ha visto y me ha informado de vuestra presencia aquí.

—Sí, sospechamos que lo que estamos buscando puede estar aquí —contestó con cierta desconfianza sin querer dar información al sacerdote.

—¿Se refiere al Santo Rostro?

Gonzalo se quedó en silencio y observando al religioso. Sabía que en su profesión la primera norma era ser cauto, no dar información y sospechar de todo el mundo. La cara del inspector era siempre un libro abierto. Le resultaba muy difícil ocultar sus emociones o impresiones. El sacerdote pudo percibir la desconfianza y dijo:

—No me conoce, ¿verdad?

—Lo siento, pero no.

—Mi nombre es Santiago. Soy el obispo de la Diócesis de Jaén. Los ojos del inspector se salieron de sus órbitas por el momento tan incómodo que estaba presenciando, pero, por otro lado, pensó que no había visto nunca la cara de ese sacerdote. Gonzalo no era muy asiduo a ver la televisión y su interés en la Iglesia era nulo. De hecho, las sotanas no le inspiraban mucha confianza.

—Lo siento. Encantado de conocerle.

El agente Díaz se vio en la necesidad de informar al obispo sobre los avances de la investigación.

—Señor obispo, sí, está en lo cierto. Estamos buscando el Santo Rostro porque tenemos algunos indicios aquí. Pero esto es inmenso. Le sugiero que colabore con nosotros y que pida a sus sacerdotes y comunidad cristiana de confianza, buscar la reliquia en cualquier rincón.

El teléfono de Gonzalo sonó en aquel silencio solemne y los fieles que estaban alrededor clavaron sus ojos llenos de furia en el inspector.

—Te escucho, Ortiz —dijo prácticamente susurrando.

—He revisado el ordenador del despacho del profesor y también está vacío. Fue borrado antes de su muerte.

Capítulo 39

18 de julio de 2006

No sé por qué, pero quizás algo en mí decía que el día de hoy iba a llegar más pronto que tarde. Dicen que nadie está preparado para la muerte y que, en cierto modo, las personas que tienen miedo a ella lo tienen porque no la conocen. Por lo general, el ser humano tiene miedo a lo desconocido. A mí me pasó justo al contrario, tenía miedo a lo conocido y a seguir conociendo aún más lo que conocía o creía que conocía. Por otro lado, tenía la valentía de seguir descubriendo lo desconocido, sin miedo, sin ataduras, sin cuerdas, sin red que me protegiera de la más dura de las caídas. Bastante he pasado en mi vida como para preocuparme de lo que duele o no, bastante me he tenido que dejar llevar, de hacer lo que otros quieren que haga y lamentándome siempre de no haber cogido el timón de mi vida.

Malditos sean los días en los que el destino te pone trabas, malditos sean los días que el destino pone en tu camino a gente que te hará la existencia más difícil, malditos sean todos los días desde que no estás aquí, a mi lado.

Sabía que en algún momento llegaría este día. De hecho, a todo el mundo nos llega, pero yo tenía la esperanza de que no fuese tan pronto. Tenía la esperanza de que recapacitara, de que no acabase conmigo. Todos tenemos sombras en nuestras vidas. Pero veo que no va a ser así. De algún modo, a pesar del miedo que me da la muerte, tengo la esperanza de verte. Dicen que no hay forma más bonita de morir, que morir por amor y si el destino me tenía guardado una muerte cruel, que al menos sea por amor.

He cometido muchos errores en mi vida y no sé si uno de ellos fue conocerte o quizás hacerte daño, pero yo tan solo me arrepiento de haberte podido hacer daño. Sabías que nuestro amor era imposible, aun así, te empeñaste en hacerme sentir como nadie lo ha hecho, aunque haya sido en un pequeño periodo de tiempo.

Ahora que estoy frente a mi asesino, que sus ojos se me clavan en los míos como puñales hambrientos de sangre, cuando veo cómo empuña su pistola con fuerza poniendo su dedo índice en el gatillo, cuando veo cómo aprieta los dientes y frunce la frente y se dibuja en su rostro la imagen de la muerte, me doy cuenta que tan solo necesito la certeza de que estarás al otro lado, para poder morir sin miedo. Ahora que me siento frente a frente mirándole a la muerte a los ojos, me lleno de valentía para sacar una sonrisa que sale de este corazón que ya estaba muerto. Mis lágrimas se derraman sobre mi rostro contrastando con la sonrisa. Unas lágrimas de impotencia, no por verme frente a la muerte, sino por no haberme visto antes junto a ella.

Ojalá su largo y negro manto me hubiese cubierto hace años, me hubiese paseado junto a sus ciénagas oscuras y hubiese acabado conmigo para evitar tanto dolor y sufrimiento.

Ahora que su pistola se me clava en la frente y me arde el deseo de que todo este sufrimiento y culpa acaben, me doy cuenta de que moriré por amor como, en cierto modo, lo hiciste tú.

Capítulo 40

Wegeleben, 19 de septiembre de 1975

Querido Franz:

Acabamos de llegar a Wegeleben. Hace un frío estremecedor que me cala en los huesos, todo lo contrario que el clima de Sabadell. El viaje ha sido una auténtica pesadilla, una mezcla de emociones, de miedo, de inquietud, de incertidumbre, pero por fin hemos llegado. El coche que nos recogió en casa nos llevó hasta Irún. Allí, un policía ya tenía órdenes de «arriba» de dejarnos pasar y la policía francesa ni nos preguntó. Supongo que serán favores que se hacen entre los mismos policías de la frontera. Unos dejan pasar a unos, y otros a otros.

Quizás durante todo el trayecto nos hemos dado cuenta del contraste tan grande que existe entre España y el resto de países por los que hemos pasado hasta llegar aquí. Se me hace un poco difícil no saber si volveré a España. Hemos vivido unos años de felicidad inmensa allí, a pesar de estar lejos de nuestro país, España nos ha tratado muy bien. Recuerdo cuando te regalé la primera bicicleta por tu sexto cumpleaños y el abuelo te llevó en coche esa misma tarde, al paseo marítimo de la playa de la Barceloneta para disfrutar de ella.

Han cambiado tanto nuestras vidas. Algunas veces me entristece haber tenido que vivir siempre de este modo y es algo que he pensado en este viaje hasta llegar aquí. Durante el camino, lo hemos pasado muy mal. Todo eran nervios y tensión cada vez que llegábamos a un tren o autobús y teníamos que mostrar la documentación. Afortunadamente, con suerte y la ayuda de sus amigos y conocidos, ya estamos aquí. Cuando nos hemos bajado del autobús, un cúmulo de emociones se ha apoderado de mí: el mercado de los domingos, la tienda de ultramarinos, las

mañanas de juego junto al nogal, las excursiones a la montaña. Me encantaría que algún día visitases esto, saber dónde están tus raíces y conocerlas. Ha sido muy emocionante pasear por estas calles y parece que el tiempo se ha detenido aquí. Ha sido todo un acierto llegar de noche a Wegeleben porque no nos ha visto nadie.

Arthur nos esperaba en la plaza del pueblo para llevarnos a nuestra nueva casa, a la que acabamos de llegar. Se trata de una casa que está a un kilómetro del pueblo, sobre una colina. Es una casa de madera, con altos e inclinados tejados y con solo dos habitaciones, pero no necesitamos más. A pesar de estar vieja, es muy acogedora. Tiene dos plantas, en la planta de abajo tiene un salón un tanto espacioso y con una chimenea que le da cierta calidez. Arthur nos ha dejado madera para encenderla. Al fondo del salón, hay un baño y una inmensa cocina. Las escaleras, que están a la derecha del recibidor, te llevan a las habitaciones de la segunda planta.

El estado de la casa por dentro es inmejorable. Arthur nos ha dicho que ha estado muy ilusionado limpiando, instalando el mobiliario y retirando y sustituyendo las maderas y puertas que estaban estropeadas. El exterior de la casa está muy dejado. Queda poca pintura en la madera y la hierba se agolpa a la entrada. Arthur nos ha contado que no ha tenido tiempo de adecentar el exterior pero que es conveniente hacerlo poco a poco para evitar levantar sospechas.

Junto a la casa hay un pequeño granero que anteriormente había albergado gallinas, pollos y liebres. Detrás del granero, hay un pequeño prado rodeado de madera y que pertenece a la casa. Como nos ha sobrado bastante dinero, le hemos encargado a Arthur que compre tres vacas, seis gallinas, un gallo y cuatro conejos y así no será necesario pasearnos mucho por el pueblo para comprar alimentos. Me he llevado una grata sorpresa al ver que hay gente que nos sigue apoyando. Arthur nos ha buscado esta pequeña casa sin pedirnos absolutamente nada a cambio, simplemente «admira a las personas que luchan por sus ideales».

Cuando nos adaptemos al lugar, me gustaría volver al pueblo y

pasear por sus calles. Tengo vagos recuerdos de él ya que solo tenía ocho años cuando nos marchamos a Berlín. Además, creo que aprovecharé y visitaré el banco para abrir una cuenta con el fin de ir ingresando el dinero que nos mandes poco a poco.

La casa, a pesar de estar a las afueras del pueblo, está cerca de una carretera y, según nos ha contado Arthur, un chaval pasa para dejarnos el periódico todos los días. También hay una parada de autobús a doscientos metros de la casa, justo en el desvío de la carretera hacia Adersleben.

Espero poder dormir esta noche porque, a pesar de estar cansada, estoy muy nerviosa. El viaje ha sido largo y duro y tengo mucho estrés acumulado. No dejo de pensar en si hemos hecho lo correcto, si merece la pena arriesgar tanto y recorrer tantos kilómetros, en dejar atrás una vida entera, como ya lo hicimos en otra ocasión, pero luego lo observo y veo su cara de felicidad y me doy cuenta que ha merecido la pena y que, en cierto modo, se lo debía. Él está animado. Ha sido un viaje duro y está cansado, pero se muestra muy contento. Mañana se ha propuesto visitar la vieja casa de sus padres y dar un paseo por el pueblo, pero me da pánico solo pensarlo. No quiero que lo reconozcan. Le he dicho que, para salir, tiene que ponerse el gorro y la bufanda y él simplemente me ha dicho que no tiene miedo a nada.

Yo no paro de pensar en ti. Se me hace muy duro estar lejos sin poderte abrazar, sin que me cuentes cómo te ha ido el día y sin besarte.

Sé que esto será muy duro para nosotros, pero me veo en la obligación de cumplir su voluntad. Sabes lo mucho que hemos sufrido y las veces que hemos puesto nuestra vida en peligro. Que mucha gente incomprensible solo nos quiere ver muertos y que el mundo está lleno de gente que solo quiere vernos inmersos en el más profundo dolor. Pero también sabes que nunca nos ha faltado de nada gracias a él.

Espero que pronto pueda ir a verte y que esta condena de estar separados dure poco.

Te quiero.

Capítulo 41

18 de julio 2006

Los flashes de las cámaras de los agentes de Criminalística iluminaban el salón de aquella majestuosa casa. Los agentes tomaban fotos y huellas del cadáver, mientras otros uniformados inspeccionaban el resto de habitaciones.

Era una casa grande, de estilo regionalista y con un gran ventanal que unía el patio con el salón. Desde ese patio podías contemplar la sierra a lo lejos. El salón estaba lleno de cuadros y tenía un sofá con unos sillones de cuero a ambos lados. Tras el sofá había un cuadro en blanco y negro. Un retrato de un hombre muy repeinado y sentado en un sillón.

El comisario Carlos observaba con detenimiento la sobremesa dantesca que el destino le había preparado. Un charco de sangre cubría prácticamente todo el salón y la cara de la víctima esbozaba un gran sufrimiento.

Gonzalo y Ana llegaron apresuradamente a la casa tras la llamada del comisario.

—Buenas tardes, comisario.

—Buenas tardes —contestó el superior mirando con atención a los inspectores—. ¿Se puede saber qué coño pasa con vuestro caso? Esto parece de locos. Con lo tranquila que es la ciudad y este caso es de lo más macabro: un robo, una muerte en extrañas circunstancias, se borran llamadas, mensajes, ordenadores, y para colmo un asesinato. En fin, aquí tienen, como ya saben, a la amiga especial de su amigo, el profesor Valerio —dijo con tono sarcástico.

Los inspectores miraron el cadáver de Elena. Les resultaba imposible que la persona que yacía muerta en el suelo, hubiese estado hablando con ellos horas antes.

—¿Cómo ha sido, comisario? —preguntó Gonzalo.

—Parece ser que ha sido un robo. La casa está un tanto revuelta y en el joyero de su habitación no hay joyas. Pero eso parece un tanto extraño ¿verdad?

—Puede ser normal la muerte por robo. Lo que no es normal es que haya sido justo después de interrogarla. Seguramente sabía algo que no nos quiso decir, algo que ocultó. ¿Estaba sola en casa? —se interesó Ana.

—Sí. Su marido viene de camino. Al parecer estaba realizando una entrevista en la televisión cuando lo hemos avisado. No sé si será periodista. Yo os tengo que dejar, tengo que volver a la comisaría. ¡Tenedme informado, maldita sea!

El comisario salió del salón mientras Marín y Díaz contemplaban el cuerpo.

—Gonzalo, ¿no te parece raro que muera el profesor y muera su amante?

—Sí. Es mucha coincidencia. Parece que este asunto es demasiado oscuro.

El inspector se agachó para contemplar a Elena de cerca. Su cara fría mostraba un dolor terrible. Vestía un vestido verde y su pecho estaba empapado de sangre que caía sobre el suelo del salón. La inspeccionó de cerca y observó minuciosamente su piel y su ropa. Al aproximarse a los pies, pudo comprobar que justo debajo de uno de los sillones de la estancia, había un teléfono móvil. El inspector metió la mano bajo el sillón y lo alcanzó. Era un móvil muy moderno y de alta gama. Se encontraba destrozado. Tenía la pantalla rota, y varios golpes. Se lo entregó a un policía uniformado y este lo introdujo meticulosamente en una bolsa para las pruebas.

—Buenas tardes —dijo una voz ronca detrás de Ana.

—Buenas tardes, Luis —dijo la inspectora saludando al forense.

—Vaya panorama, ¿ha sido un robo? —preguntó mientras sacaba sus utensilios de un maletín.

—Al parecer sí, pero aún es pronto para saberlo.

Gonzalo volvió a agacharse para comprobar si había algo más bajo el sofá y los sillones, pero no había nada más. Se incorporó poniendo la palma de su mano en uno de los sillones que tenía un cojín apoyado en el respaldo. Al incorporarse, se quedó mirando aquel sillón durante unos segundos. Retiró el cojín y pudo apreciar cómo había incrustada una bala sobre la tela de terciopelo roja del sillón. La sacó con ayuda de unas pinzas, y comprobó cómo la punta aún tenía restos de sangre. La introdujo en una bolsa y se la volvió a dar al mismo policía.

—Vamos a echar un vistazo a las habitaciones —sugirió el inspector.

Los agentes subieron las escaleras del domicilio hacia la habitación de Elena. En ella, había un agente realizando fotos a un joyero que se encontraba vacío sobre un mueble antiguo, mientras otro agente abría un maletín y comenzaba a manipular sus herramientas para tomar huellas.

La habitación era espaciosa. Tenía un gran armario de madera oscura con una cornisa tallada que le daba cierta majestuosidad y una cama con una colcha estampada. Sobre el cabecero de la cama había un cuadro de Los dos Ángeles de Rafael Sanzio.

—Díaz, Marín. Aquí tenemos a uno de los testigos —dijo uno de los agentes uniformados.

Los inspectores salieron al pasillo y saludaron a un joven de unos treinta y cinco años, moreno y delgado. Gonzalo sacó su libreta y observó con detenimiento al joven mientras Ana comenzó a preguntar.

—Buenos días, caballero. Somos los inspectores Marín y Díaz,

cuéntenos. ¿Cuál es su nombre y qué ha sucedido?

—Mi nombre es Samuel. Mire, estaba en la cama con mi hija recién nacida, intentado dormir la siesta. De pronto comencé a escuchar gritos, me asomé al balcón y descubrí que era la vecina. Al principio pensaba que era un incendio o que quizás a su marido le hubiese pasado algo. Bajé apresuradamente, salí de mi casa y llamé al timbre, pero justo en ese momento escuché una detonación y los gritos cesaron. Supuse que era un tiro y me asusté, volví a casa y llamé a la policía.

—¿No vio a nadie? —preguntó Ana.

—No, cuando volví a casa y llamé, escuché el ruido del coche. Colgué el teléfono y me asomé a la ventana pero no me dio tiempo a ver bien el coche, pero sé que era negro y, por el ruido del motor, era un coche de gasolina.

—¿A qué hora han sucedido los hechos?

—Hace poco más de media hora.

—¿Puede darnos algún detalle más o algo que debamos saber?—insistió Ana.

—Lo siento, pero no he visto nada más.

Gonzalo y Ana se miraron con resignación mientras bajaban las escaleras de aquella majestuosa casa.

—¿Crees que ha sido un robo, Gonzalo?

—Estoy seguro de que no.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Los asaltantes de una casa no matan sin motivo. Si lo hacen es por una causa, como puede ser un forcejeo o una pelea, pero la víctima no se resistió.

—¿Cómo lo sabes? Estaba tendida en el suelo, podría haberse levantado y haber intentado arrebatarle el arma al asesino.

—No lo hizo. Murió en el sillón, encontré una bala incrustada allí tras el cojín, lo que quiere decir que el asesino disparó contra ella mientras ella estaba sentada en el sillón. Después la movió y la tendió en el suelo y colocó el cojín sobre el sillón.

—Eres muy observador y analista —dijo.

Los inspectores volvieron al salón y un grito los hizo ponerse en alerta. Sobre el cuerpo de Elena se encontraba su marido que la abrazaba mientras lloraba desconsoladamente.

—¿Qué te han hecho, cariño? No me dejes ahora, por favor. No me dejes ahora. No puedes hacerme esto. Mi vida no tiene sentido sin ti.

Díaz y Marín contemplaban la espalda de aquel hombre obeso y se aproximaron a él para intentar tranquilizarlo. Lo cogieron de ambos brazos, el hombre posó la cabeza de Elena de nuevo sobre el charco de sangre y puso un pie en el suelo para incorporarse. No quería separarse de ella bajo ningún concepto, pero los inspectores le obligaron. Al alzar la vista hacia los agentes, se sorprendieron.

—Luis, es usted —dijo Gonzalo con preocupación.

El rostro, cubierto de llanto de aquel hombre, era el de Luis Villalba Martín, compañero de trabajo del profesor.

Capítulo 42

7 de marzo de 1940

Quizás en la mente de Alexander ya había un plan, un destino para sus prisioneros. Un puñal incrustado en el gaznate, un tiro en la sien, unos minutos de agonía y ahogo en la bañera o una soga al cuello. Estas personas eran capaces de todo. Les gustaba experimentar todo tipo de muertes, de dolor, de violencia, de sufrimiento. Jean Pierre pensó en sus captores y en lo misterioso de sus conductas. Apenas había oído hablar a los hombres que acompañaban a Alexander, no los había visto sonreír, ni incluso hablar entre ellos. Estaba claro que aquellos hombres no mostraban transparencia alguna para Jean Pierre. Ni siquiera sus nombres eran verdaderos.

Cerró los ojos y miró hacia arriba. Tan solo necesitaba saber con impaciencia el destino que le aguardaba. No sabía cuánto tiempo le quedaría con vida, podrían ser días, horas, minutos o quizás en ese mismo momento Alexander era capaz de esgrimir la pistola y meterles una bala entre ceja y ceja.

Pensó en Margot y en su futuro bebé. Recordó cómo aquella noche de invierno, tras llegar de su antiguo trabajo en aquella fábrica de coches, cenó, se puso el pijama y se acostó junto a Margot que llevaba una hora despierta, esperándolo en la cama. Lo recibió con un beso y una sonrisa.

—Margot, cada día te veo más guapa —le dijo acariciándole la cara—. ¿Qué haces aún despierta?

—Te estaba esperando —contestó Margot—. Yo también te veo cada vez más guapo. Quizás será porque se te está poniendo cara de padre.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir? —preguntó Jean Pierre impaciente.

—Que vas a ser padre, cariño.

El francés abrazó a Margot con fuerza mientras las lágrimas cubrían los rostros de ambos. Se fundieron en un beso interminable y terminaron haciendo el amor toda la noche. No importaba que su esposa tuviese que madrugar al día siguiente para ir a trabajar, no importaba que él estuviese cansado tras más de doce horas de trabajo. Solo importaban aquel momento y ellos dos.

Se imaginó todo lo que se perdería si aquellos miserables acabasen con su vida. Se prometió a sí mismo mientras respiraba profundamente, salir de aquella situación en la que, por desesperación, se había metido.

El capitán abrió el periódico del día anterior y lo ojeó durante unos momentos. Comenzó a leer en voz alta un titular. «*El primer ministro francés Albert Lebrun envía dos mil soldados al frente Aliado en Bélgica*».

Alexander miró a sus prisioneros y comenzó a reír a carcajadas. Por primera vez, pudieron verle los dientes a su captor. Su sonrisa era repugnante. Los prisioneros se miraron entre sí. Jean Pierre no sabía si los otros tres españoles conocían la clase de gente que eran sus captores, pero sus caras de preocupación le hicieron ver que sí.

—Seguro que vuestros compatriotas franceses se sienten orgullosos de que vuestro presidente mande a la muerte a tantas personas —dijo dirigiéndose a Jean Pierre mientras este no mostraba ningún atisbo de interés.

Ritter, Herman y Erwin volvieron de casa de sus prisioneros. El capitán se levantó bruscamente de la silla cuando vio entrar a dos de sus hombres con un gran baúl.

Ritter se acercó al capitán y le dio las tarjetas de identificación de los tres hombres.

—Estaban escondidas detrás de unos libros en el salón —dijo—. Hemos revisado la casa de arriba abajo y hemos encontrado cosas interesantes.

Alexander miró la documentación de aquellos hombres a la vez que miraba sus rostros desencajados entre el miedo, la ira y la rabia.

—Vaya, vaya… Andrés Rivas, Rafael Moreno y Francisco Olivera —enumeró el capitán mientras leía la documentación de sus reos—. Veo que, para ser hermanos, no tenéis los mismos apellidos. No me gusta que me engañen. Pero no os preocupéis, os demostraré por qué no se me debe engañar.

Los prisioneros se mantuvieron en silencio mientras Herman abrió el baúl con ayuda de Erwin.

—Mi capitán, mire lo que tenemos aquí —dijo Erwin señalando hacia el baúl.

Alexander miraba exhorto cómo comenzaban a colocar sobre la mesa que había en el salón, el contenido del baúl. Eran cajas de cartón que contenían collares de perlas, rosarios, abalorios, dentaduras de oro y bastones de mando.

—Parece que es un botín de guerra —dijo Herman.

El capitán miró a los presos con cara de odio mientras los demás seguían sacando joyas de la caja.

—¿De dónde habéis sacado esto? —preguntó mientras desenfundaba su pistola y la ponía en la sien de uno de ellos.

El silencio se hizo en aquel lugar. Los prisioneros no abrieron la boca. Quizás sabían cuál iba a ser su destino y no tenía ni la más mínima importancia hablar.

—Mi capitán, mire —dijo Ritter mientras sacaba de un baúl un cuadro de oro con rubíes y diamantes y que contenía la Santa Faz de Jesucristo.

Alexander se quedó maravillado. Faltaba un día para que su jefe visitase su cuartel secreto y habían dado con un botín de guerra. Sus sospechas sobre los vecinos se cumplieron y tan solo le quedaba la satisfacción de un trabajo bien hecho. Se giró y se fue hacía el preso de mayor edad, Andrés y, sin mediar palabra, apretó su gatillo contra su pierna.

El dolor era desmesurado y el suelo de madera de la casa comenzó a mancharse de sangre. El prisionero resoplaba de dolor y rabia. Queriendo aguantar el llanto, los lamentos y los gritos de sufrimiento para no darle ese placer a sus captores. El capitán volvió a apuntar a Andrés a la sien.

—La siguiente vez que apriete el gatillo no te va a dar tiempo a sentir el dolor. ¿De dónde habéis sacado los baúles?

El prisionero se quedó serio. Temblaba de dolor y de miedo. Sudaba mientras miraba de reojo la cara del capitán que se veía totalmente convencido de apretar el gatillo y acabar con él.

—Nos lo dieron en Irún. Justo antes de pasar la frontera hacia Francia. Lo cargaron en el camión que nos trajo aquí.

—Entonces, ¿esto no es vuestro?

—¿Que si es nuestro? Claro que es nuestro, son pertenencias expropiadas a fascistas y gente despreciable. Puede ser de cualquiera menos de esos miserables.

—¿Esos miserables que han hecho que tengáis que salir huyendo de vuestro país como sucias ratas? Vaya, vaya, resulta que nuestros vecinos eran unos repugnantes republicanos, supervivientes de la Guerra Civil. Quizás tendremos que hacer el trabajo que Franco no pudo hacer —dijo volviendo a apuntar a la frente a Andrés.

El prisionero cerraba los ojos con fuerza mientras se tambaleaba de un lado a otro de dolor, evitando gritar. Alexander sonreía de placer al ver a su prisionero retorcerse. Volvió a mirar la documentación de sus prisioneros, se giró y la tiró a la chimenea.

—Avisa al jefe por radio de las novedades, Ritter —ordenó Alexander.

—Mi capitán, este es solo el primer baúl —dijo Ritter.

—¿Cómo dices?

—En su casa hay otros trece. Estaban todos en el garaje, detrás de una estantería de madera y apilados uno sobre otro. También hay algunas armas.

Alexander no podía creer lo que estaba escuchando. No sabía si sería suerte, destino, su astucia o sus años de experiencia en la Abwehr pero se sintió orgulloso de su descubrimiento y de haber sospechado de sus vecinos españoles. Miró a sus prisioneros con un desprecio absoluto y se dirigió hacia ellos.

—Habéis llegado muy lejos a costa de saquear a vuestros compatriotas y salir huyendo como auténticos cobardes. ¿Dónde está vuestra valentía? Putos comunistas. Habéis conseguido sobrevivir gracias al dolor de mucha gente y

de los saqueos de su patrimonio, pero lo pagaréis muy caro. Vuestro final está cerca.

Capítulo 43

18 de julio 2006

El ambiente romántico de aquel restaurante, incomodaba a Ana en cierto modo. Las paredes del local estaban forradas de láminas de madera. Del techo colgaban unas lámparas con forma esférica y que iluminaban las mesas de manera tenue. De los ventanales que permitían visualizar ampliamente la calle, colgaban unas macetas de poto cuyas ramificaciones caían unos centímetros hacia abajo.

Se sentía un tanto nerviosa y miraba su reloj continuamente. No se sentía segura ni cómoda con lo que estaba haciendo, pero algo en ella le decía que tenía que escuchar su corazón.

Lo vio entrar. Su camisa azul de cuello mao, sus vaqueros cortos y esas deportivas blancas le daban un toque juvenil, pero sobre todo, Ana lo veía más guapo que nunca. Caminaba hacia la mesa sin quitarle la vista a ella, con seguridad en cada uno de sus pasos y con una sonrisa que se agrandaba por momentos. El corazón de la inspectora palpitaba rápido y se mostraba nerviosa. Tal vez, el cúmulo de sentimientos encontrados, le hizo no poder ni hablar los primeros segundos.

—Perdona, está el aparcamiento fatal —dijo mientras besaba la mejilla de Ana.

Tomó asiento y la miró a los ojos con una sonrisa mientras ella tan solo podía mantenerse con una pequeña sonrisa sucumbida al brillo de sus ojos.

—¿Estás bien? —preguntó mientras cogía la mano de Ana.

—Sí, sí. Estoy bien. Simplemente se me hace raro verte aquí de nuevo en Jaén, Fabio.

El camarero se acercó y les tomó nota. Ambos se miraban con nervios mientras Fabio intentaba salir de ese momento un tanto embarazoso.

—¿Qué tal tu familia?

—Pues todos bien. Mi padre se jubiló hace un mes. Ya le tocaba descansar al pobre. Han sido muchos años dedicado a la herrería. Y mi madre, pues bien, dentro de lo que cabe, con la fibromialgia cada día está más limitada.

Ana miró alrededor y comprobó que la mayoría de las mesas del restaurante estaban ocupadas por parejas.

—Me alegro. Ahora tu padre tiene que disfrutar de su jubilación y cuidar de tu madre. Por cierto, el restaurante es bonito. Nunca había estado aquí.

—Sí. Yo no lo conocía pero un amigo me ha hablado bastante bien de él. Desde que me fui a Irlanda estoy muy desconectado del ocio de Jaén. Al parecer, lleva poco tiempo abierto. Parece que cuando te vas lejos de casa, la vida se para, pero lo cierto es que cuando vuelves después de un tiempo, ves cómo la vida ha cambiado en la gente y cómo incluso la ciudad cambia. Cierran bares, tiendas, abren otros bares, se construyen edificios y barrios,… Recuerdo uno de mis bares favoritos. Estaba en la calle Fuente Don Diego y se llamaba El Santo. Me gustaba mucho y ayer quise volver y me lo encontré cerrado. Mi pena no duró mucho porque comprobé que se habían mudado a una calle contigua.

—Jajaja claro, es normal que la vida cambie. Por cierto, ¿sabes algo de Mónica?

—¿De Mónica? Que va, tengo entendido que se fue a Madrid. A ella sí que le ha cambiado la vida.

—Sí, sí. Eso lo sé. Llegó a ser modelo y creo que su novio es jugador de fútbol profesional. Yo intenté mantener el contacto con ella, pero al final lo perdí.

—¿Te acuerdas cuando en el instituto llevaba la camiseta de Naranjito?

—Jajaja sí. Ese año fue cuando empezó a salir con Marcos.

—Sí. Y también ese año fue la primera vez que,… bueno… tú y yo nos besamos.

Ana comenzó de nuevo a ponerse nerviosa y sus manos empezaron a sudar. Miraba hacia abajo a ambos lados de la mesa.

—Bueno, ese fue el primer beso, el segundo tardaría ocho años en llegar —añadió.

El tono de voz de Fabio cambió y era más dulce y más suave.

—Sí, la verdad es que la adolescencia fue una etapa muy bonita. Sin preocupaciones, sin prisas, sin responsabilidades —dijo Ana.

—Sí y, ¿sabes una cosa? En cierto modo, me siento orgulloso de que hayas formado parte de mi vida desde que éramos unos críos. Creo sinceramente que todo o casi todo lo que soy te lo debo a ti. Todo el tiempo que estuvimos juntos me hizo crecer como persona, aunque como novio haya sido bastante mejorable y no te daba todo lo que merecías. Ya sabes que nunca estuve a la altura.

Ana se quedó un poco seria. Tenía la certeza que los comentarios de Fabio estaban hechos sin maldad, pero comenzó a darse cuenta de que esta cena, ese lugar y esa conversación parecían tener un trasfondo que empezaba a incomodarle.

—¿A dónde quieres llegar, Fabio? —preguntó Ana sin poder aguantarse.

—¿A qué te refieres?

—Pues eso. Que por qué has quedado conmigo en un restaurante de este tipo, por qué no dejas de cogerme la mano, por qué me dices esas cosas…

Fabio se reclinó sobre su silla y resopló mientras ponía sus manos sobre su cabeza.

—Está bien, Ana. No ha sido nada fácil. Desde que lo dejamos, mi vida ha estado en Irlanda pero mi corazón aquí. He dejado el trabajo y mi vida en Irlanda por ti.

La inspectora comenzó a ponerse pálida y se le hizo un nudo en la garganta que apenas le dejaba hablar.

—¿Qué? Fabio, creo que te estás equivocando.

—No, Ana. No me estoy equivocando. Te juro que he cambiado. Ya no soy el de antes. Lo de irme a Irlanda fue una pataleta cuando me dejaste, pero te puedo asegurar que cada día que he estado allí, ha sido un infierno para mí. No ha habido ni un solo día que no me haya despertado sin saber qué estarías haciendo, si algún psicópata con los que sueles tratar cada día, te habría hecho daño.

—Fabio, no sigas.

—Sí, tengo que seguir. Por eso te pido otra oportunidad. Una oportunidad de ser nosotros mismos de nuevo, sin importarnos nada ni nadie, tan solo tú y yo.

La inspectora se quedó pensando durante unos segundos, sin saber qué decir. Ella también era consciente de que había pasado mucho tiempo pensando en él.

—Ana, por favor —suplicó Fabio—, podemos probar, no perdemos nada. ¿O acaso estás con otra persona?

—No, no.

La respuesta fue rápida y concisa lo que hizo que se sintiese mal. No sabía por qué había mentido a Fabio y por qué había ocultado lo suyo con Gonzalo. Intentó pensar en él pero los ojos de Fabio se interponían en sus pensamientos y miles de recuerdos junto a él comenzaron a venir a su cabeza.

Intentó convencerse a ella misma de que su respuesta no había sido tan inoportuna. A pesar de que le encantaba la forma de ser de Gonzalo, no tenían de momento ningún tipo de relación seria. Ahora Fabio había vuelto para cambiar sus planes. Su amigo de la infancia y su novio durante cuatro años, había dejado todo por ella. Tenían un vínculo emocional inmenso. Quizás ese había sido un acto de amor y Fabio había vuelto para poner su vida patas arriba.

Capítulo 44

19 de julio de 2006

«Dicen que la vida suele ser fácil, que somos nosotros mismos quienes la complicamos a veces. Algunas veces puede que sea culpa de caprichos, de egoísmo, pero creo que otras, simplemente de escuchar a nuestro corazón. Quizás sea precisamente un capricho del destino que Fabio se vuelva a cruzar en mi vida. Estaba claro que entre Gonzalo y yo había algo. Tal vez estaba tan a gusto que no me planteaba si era una simple atracción o un amor incondicional. Ahora Fabio ha venido a poner mi mundo "patas arriba" y a dudar de mi relación con mi compañero. También dicen que no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes y, aunque mi ruptura con Fabio era necesaria, lo he echado mucho de menos», pensaba Ana mientras caminaba hacia la comisaría. Todo lo que le había sucedido la noche de antes la estaba sobrepasando. No tenía ni la menor idea de cómo contarle al inspector sus sentimientos y tampoco sabía cómo iba a reaccionar.

Llegó a la máquina de café y se sirvió un cortado. Miró desde el pasillo hacia la mesa de Gonzalo que se encontraba vacía.

Se sentó en su mesa y encendió el ordenador. Un auténtico huracán de preguntas comenzó a agolparse en su mente. ¿Estaba haciendo lo correcto? ¿Era real lo que sentía por Fabio? ¿Qué sentía por Gonzalo? ¿Cuál será su reacción? Comenzó a remover el café lentamente, con la mirada perdida, pensando en Fabio y en Díaz. ¿Sería un error darle una oportunidad a su expareja? La cena de la noche anterior fue especial para Ana. Quizás la nube de recuerdos que se sentaron en aquella mesa del restaurante a cenar con ellos, hizo que la velada fuese mágica y cargada de emotividad. Aunque él dijese que no se perdería nada por volver a intentarlo, sí que se perdería. El amor y, quizás la amistad, del inspector. Además, ser compañeros de trabajo haría la situación un poco más complicada.

—No creo que enfríes muy deprisa ese café moviéndolo de manera tan enérgica —dijo Gonzalo con ironía.

La inspectora volvió a la realidad y sonrió. Se dio cuenta de que esta situación podría afectarle. Se armó de valor. Debía aclarar las cosas cuanto antes.

—¡Gonzalo! Buenos días —dijo siguiendo al inspector a la máquina de café—. ¿Puedo hablar contigo en privado?

El agente Díaz se sirvió el café y la miró con sorpresa. La siguió hasta la sala de interrogatorios sin quitar la vista a cómo su pelo descansaba sobre su

esbelta espalda. Se sentó en la silla y esperó a que la inspectora cerrase la puerta y se sentase sobre la mesa.

—Verás, Gonzalo. Hay algo que me gustaría que supieras. Es cierto que con todo este cúmulo de sucesos y trabajo no hemos podido hablar mucho sobre nuestras vidas a pesar de que, poco a poco, nos estemos conociendo. No sé mucho sobre tu vida, ni tú sobre la mía. Antes de empezar, me gustaría que supieses que eres una persona muy especial para mí, que te tengo mucho cariño y que sobre todo, nunca voy a querer ni he querido hacerte daño.

—¿A dónde quieres llegar? —preguntó preocupado.

Marín miró durante un segundo a Díaz, con la sensación de tener en sus manos un puñal a punto de clavárselo en el corazón. Sabía que le iba a doler, pero era inevitable. Era mejor el dolor que la mentira.

—Ayer, al salir de la floristería donde Elena encargó el ramo al profesor Valerio, me encontré con Fabio y me propuso salir a cenar…

—¿Quién es Fabio?

—Mi exnovio. Estuvimos saliendo durante cuatro años. Hace tres años lo dejamos y se marchó a Irlanda a trabajar.

—¿Qué me quieres decir, Ana?

—Pues que Fabio me ha pedido otra oportunidad y, no sé qué hacer.

La incredulidad fue apoderándose de su cara poco a poco y en sus ojos se comenzaba a dibujar su malestar. Se sentía mal, por un lado y dentro de su corazón, Ana ya se había hecho un hueco, pero por otro lado, él no era nadie para decidir por su compañera. Sabía de sobra que cuando el corazón se pone caprichoso, es difícil no hacerle caso. Él también había pasado por situaciones parecidas. Además, ella fue sincera con él, si Ana hubiese querido, él nunca habría tenido conocimiento de la cita entre la antigua pareja.

Recordó su experiencia con Beatriz, una compañera del colegio rubia, alta y con una belleza inmensurable con la que mantuvo una relación muy tormentosa durante un año, y con la que decidió poner fin. A los cinco meses conoció a Emma, y en ese momento Beatriz le pidió otra oportunidad. A pesar de saber que su relación con Beatriz no tendría futuro, sabía que no podría vivir con la incertidumbre de saber si una segunda vez habría funcionado. Decidió volver con ella y disfrutar de su segundo noviazgo durante dos meses, hasta que comprobó que la relación volvía a ser difícil y terminaron.

—Ana —contestó clavando sus ojos en los de su compañera—. Por mucho que me duela, tienes que hacer lo que creas que es correcto. Escucha a tu corazón y haz lo que merezca la pena.

—Lo sé y lo siento, Gonzalo. Es cierto que hemos pasado unos días inolvidables, pero sinceramente no sabía si lo que teníamos era una relación o atracción.

El inspector cambió su semblante. Se sentía bastante dolido con el último comentario de ella. Esas palabras se clavaron como flechas en su mente

desangrándose de dolor.

—Créeme que lo siento. Esto es muy difícil para mí. Me has tratado como nadie lo ha hecho jamás.

El agente intentó esbozar una sonrisa mientras agarraba la mano de Ana y la apretaba.

—No te preocupes. Quizás sea lo mejor. Además, llevaba varias semanas valorando la opción de pedir traslado y quizás lo haga ahora.

Gonzalo volvió a emitir una sonrisa, besó levemente la mejilla de ella y salió de la sala. Sobre la mesa se quedó su café. La inspectora se vio reflejada en el cristal mientras dudaba si había hecho lo correcto o había cometido un error imperdonable. Sus lágrimas empezaron a recorrer sus mejillas y, casi sin pensarlo, recordó a su compañero apoyado sobre la barra de la Peña Flamenca. Pensó en todos los momentos que habían vivido en tan poco tiempo y que acababan de terminar con el cierre de esa puerta.

Se secó las lágrimas y volvió a su mesa. Justo enfrente pudo ver cómo Gonzalo sacaba de su cajón los libros del profesor y los colocaba sobre el escritorio. La agente Marín no sabía qué hacer. Estaba bloqueada. ¿Cómo iba a continuar la investigación con el cúmulo de emociones que tenía? Se sentía mal porque sabía que, a pesar de intentar disimularlo, los ojos de Gonzalo reflejaban un dolor inmenso.

El teléfono del inspector sonó y descolgó rápidamente.

—Sí. De acuerdo.

Gonzalo se levantó y prácticamente sin mirar a su compañera le dijo:

—El jefe quiere vernos.

Ana siguió a Gonzalo mientras los remordimientos se apoderaban de ella.

«Quizás no debería haberle dicho nada tan pronto, tal vez me haya precipitado. Le he destrozado el corazón y lo que es mucho peor, quizás nuestra amistad».

Los agentes entraron en el despacho del Carlos y tomaron asiento.

—Buenos días, comisario.

—Buenos días. ¿Cómo llevan la investigación del robo?

—Estamos en ello, jefe. Tenemos abiertas varias líneas de investigación. Continuamos esperando a tener el resultado de las grabaciones de algunas cámaras de seguridad de los comercios cercanos a la casa del profesor, para ver si podemos identificar al sospechoso que se encontraba en su domicilio. Además, hemos ampliado el margen de tiempo de las grabaciones de la catedral porque sospechamos que el Santo Rostro puede seguir ahí —informó Gonzalo.

—¿Están seguros?

—No estamos seguros, sospechamos, comisario.

La respuesta no agradó a Carlos que se mostraba pensativo con el caso tan peculiar.

—¿Qué me decís de la amante del profesor?

—Es un tanto extraño que haya muerto debido a las circunstancias en las que se ve envuelto el caso, pero en principio y al parecer, se trata de un robo. Aunque yo sospecho que es un asesinato, tengo algunas evidencias. Los compañeros han interrogado a su marido y tiene coartada. Como usted sabe a esa hora salió en los informativos de la televisión local en una entrevista —dijo Ana.

La puerta del despacho del comisario sonó con dos golpes de nudillos.

—Adelante.

—Jefe, ¿están aquí Díaz o Marín? —preguntó Ortiz mientras asomaba la cabeza entre la puerta y la pared.

—Sí —dijo Gonzalo girándose hacia la puerta—. ¿Qué sucede?

—Hemos estado inspeccionando el teléfono móvil que encontraste. Está en muy malas condiciones. No sabemos si podremos recuperar algo. La pantalla está rota y la tarjeta SD y la SIM están en mal estado. Aquí no tenemos recursos para tratar este tipo de casos así que habrá que mandarlo a la unidad de Sevilla.

—De acuerdo —dijo el inspector—. Gracias, Ortiz.

El agente cerró la puerta, mientras Carlos se reclinaba en su silla y, cruzado de manos, miraba a los dos inspectores y resoplaba. Ana miraba hacia la mesa, pero con la mente puesta en la conversación que acababa de tener con Gonzalo.

—Atendedme —dijo el comisario levantándose y apoyando sus manos sobre la mesa—. Necesito que mováis cielo y tierra, que peinéis cada rincón de Jaén, cada esquina, cada cámara de seguridad, cada monumento, cada lugar que sea factible de guardar una reliquia y que encontréis el dichoso Santo Rostro. Tenemos mucha presión. El obispo me llama casi todos los días. Hoy me ha llamado el jefe superior. La Iglesia está presionando desde Madrid para que demos con él cuanto antes. Así que a trabajar.

La inspectora se levantó y se dirigió hacia la puerta del despacho mientras Gonzalo se quedó de pie frente al comisario.

—Comisario, me gustaría informarle de que una vez cerremos el caso, pediré traslado a otra comisaría.

Capítulo 45

Wegeleben, 4 de diciembre de 1975

Querido Franz:

Me hubiese gustado haberte escrito antes, pero ha sido imposible. El trabajo de estas últimas semanas no nos ha permitido hacerlo. Arthur nos ha echado una mano y hemos pintado la fachada de la casa y el granero. Trajo los animales y hemos tenido que aprender a cuidarlos para abastecernos de ellos. Tendrías que haberle visto ordeñando una vaca.

¡Quién se lo iba a decir a su edad y con todo lo que él ha sido!

Hemos puesto todo nuestro empeño en adaptarnos a este lugar, incluso las primeras semanas fueron una bonita experiencia, cargada de recuerdos y disfrutando de la naturaleza y de los animales, todo lo contrario a Sabadell. Pero lo cierto es que nos ha costado muchísimo adaptarnos… Es un sitio idílico y si hubiese crecido aquí, estaría disfrutando del lugar, pero la realidad es otra. Nos hemos acostumbrado a las grandes ciudades. La vida en Berlín o incluso Sabadell es muy diferente de la de aquí. No tenemos relación prácticamente con nadie por miedo a que descubran nuestra verdadera identidad, ya que el pueblo es muy pequeño. En cambio, en Sabadell éramos unos ciudadanos comunes, camuflados y mezclados en la inmensidad de la ciudad. Una familia que había vendido una empresa de muebles de cocina y se había instalado en España para vivir. Siento la necesidad de volver a la ciudad, de caminar entre edificios altos, de escuchar el ruido de los coches y sobre todo, de volver a verte.

Él está triste. Días después de llegar aquí, visitó su vieja casa, donde

nació y vivió hasta los veintidós años. Se empeñó en ir y yo le acompañé. Maldita la hora en la que fuimos. Una tristeza inmensa se apoderó de él cuando vio que la mitad de su casa, yacía en ruinas y que la parte que estaba en pie, había sucumbido ante un incendio. Tantos recuerdos vividos entre esas cuatro paredes se desmoronaron cuando vio aquella estampa. Para colmo, justo en la fachada y entre dos ventanas que se mantenían en pie, se podía leer «Mörder».

Su cara era de incredulidad y comenzó a llorar cuando encontró la vieja bicicleta que su padre le había regalado cuando cumplió los dieciocho años bajo los escombros de la escalera. Era una bicicleta oxidada, cuyas ruedas estaban dobladas por el peso de los ladrillos que la habían sepultado. Aún tenía restos de pintura azul oscuro en el manillar.

Yo observaba cómo caminaba entre los escombros como el que vaga entre nubes de recuerdos y va de uno a otro, como saltando entre esas nubes. Se paraba cada pocos pasos, imaginándose que aún las paredes permanecían erguidas y su casa llena de vida. Caminó por lo que fue la cocina, cruzó su habitación y la de su hermano. Caminaba de manera torpe y despacio, con la intención de no caerse debido a la gran cantidad de ladrillos rotos sobre los que caminaba y, sobre todo, a su edad.

Siguió buscando bajo sus pies y llegó al salón donde solo tres paredes se mantenían en pie. Encontró una foto de su familia, de cuando él tenía quince años. Su cara estaba tachada a rotulador dibujando sobre su cabeza un gran punto de mira. Pude comprobar cómo una gran decepción y tristeza se comenzaban a dibujar en su rostro. Se creía un héroe en su pueblo, una persona de admirable respeto por llegar adonde ha llegado pero, al parecer, los habitantes de este puto pueblo tienen poca memoria. Arthur cree que fue cosa de la familia Kirsch, unos judíos que viven en las afueras del pueblo, justo al otro lado. Son un matrimonio de avanzada edad y con tres hijos mayores. Me hubiese gustado verles teniendo que dejar todo atrás en busca de una vida mejor. ¡Qué fácil es cuestionar y juzgar a las personas sin conocerlas!

Siento tristeza. Después de tanto luchar por la causa, tanto sacrificar

a su familia, tantos años de peligro y de persecución para que el pueblo alemán se lo haya pagado así.

Por un lado, quiero que esto acabe pronto para volver a abrazarte pero, por otro lado, espero que el día de la vuelta tarde en llegar. Será señal de que he disfrutado mucho tiempo de él.

Te quiero.

Capítulo 46

20 de julio de 2006

El desayuno era la comida más importante del día para Gonzalo. Siempre le había gustado desayunar en casa, excepto el sábado que era el día en el que desayunaba con su amigo, el profesor. Pero todo había cambiado. Sentía profundamente la necesidad de tomar algo en la cafetería Central, con la esperanza de que algún día Valerio entrase por la puerta y pidiese su desayuno, como si nada hubiese pasado, como si todo hubiese sido una pesadilla.

Mientras tomaba el zumo de naranja y la tostada crujiente de jamón, aprovechaba para meditar. Sabía que era necesario dedicar un pequeño espacio de tiempo de su día a pensar y, casi siempre, lo hacía en las primeras horas de la mañana. Se lo recomendó su profesor de la academia cuando preparaba su oposición y siempre le había servido.

Quizás, y a pesar del dolor, había una parte dentro de él que entendía a Ana. Un amor no se puede olvidar tan pronto, pero maldecía ese inoportuno encuentro frente a la floristería. Vivir sin el afecto de Ana sería difícil, pero tal vez sería más complicado vivir sin su amistad. También resultaría un poco difícil trabajar codo con codo con ella, sabiendo que es a otro hombre al que besa y que sus manos no son las que la acarician.

Ana entró en la cafetería con Fabio y se aproximaron a la barra. La inspectora no se percató de la presencia de Gonzalo y este se armó de valor para levantarse y acercarse a ellos.

—Buenos días, Marín. Buenos días, yo soy Gonzalo, compañero de Ana —dijo dirigiéndose a Fabio y estrechándole la mano.

Ana se quedó un tanto sorprendida con la actitud de su compañero. El teléfono de Fabio sonó y salió de la cafetería a atender la llamada.

—¿Y eso? —preguntó la inspectora.

—¿El qué? ¿No puedo ser amable?

—Sí, sí pero no sé… quizás es esta situación un poco embarazosa.— dijo mirándolo— No tienes por qué hacerlo.

—¿Hacer qué? Ana, te aprecio, te quiero y te admiro mucho. Si eres feliz con él, yo lo seré de verte.

La explicación de Gonzalo fue breve, pero dibujó una sonrisa enorme en la cara de ella que solo pudo contestar con un «gracias».

—Cariño —dijo Fabio acercándose por detrás—, tengo que irme. Me ha llamado mi padre, ha surgido un contratiempo y tengo que atenderlo.

—¿Pasa algo?

—No tranquila, simplemente se acaba de acordar que tenía hoy cita para una revisión de su operación.

Fabio besó a Ana y se fue. El beso de despedida se quedó clavado en la memoria de Gonzalo como un puñal a fuego vivo. No estaba aún preparado para poder ver eso y comprendió que quizás, al contrario que ella, él sentía mucho más.

—¿Nos sentamos a desayunar? —propuso la inspectora.

Los agentes se sentaron y Ana pidió su desayuno al camarero. Se miraron durante unos segundos. Las ojeras de ella cubrían su rostro. Pensaba en su compañero y en Fabio. Por un lado, se sentía aliviada por haber sido sincera con él pero, por otro lado, se sentía culpable de haberle hecho daño.

Gonzalo se sentía dolido. Había intentado concentrarse en la investigación del caso, pero le resultaba imposible. Su mente estaba en Ana y en Fabio. Quizás hubiese sido precipitado comunicarle al comisario su deseo de ser trasladado a otra comisaría, pero solo ella y el profesor le tenían atado a la ciudad. Sin la presencia del profesor y sin la relación de su compañera, sentía absurda su estancia allí. Quizás su etapa de vagar por España había acabado. Su intención había sido vivir en Córdoba durante un año cuando lo solicitó, pero finalmente acabó en Jaén que era su segunda opción. Tal vez era hora de volver a casa.

—Me sorprende y me agrada tu actitud. Me pones las cosas más fáciles —dijo ella—. Por cierto, ¿cómo es que vas a pedir traslado? Me sorprendió mucho cuando se lo comunicaste al comisario. Pensaba que no lo tendrías tan claro.

—Creo que mi etapa aquí ha terminado. Ya sabes que vine aquí pero no era uno de mis destinos favoritos y creo que, con mi baremo y antigüedad, ya puedo obtener destino en Cádiz.

— Bueno. Si es lo que deseas, lo respeto. Pero sabes que me gustaría que te quedases y que toda la comisaría te va a echar de menos, sobre todo yo — se sinceró.

La puerta del local se abrió y entró una mujer con el pelo corto, delgada y con un vestido azul. Le recordaba mucho a su hermana Raquel. Aquella mujer observaba a todas las personas, buscando a alguien. Se acercó a Fernando, el camarero y Gonzalo vio cómo él movía la cabeza haciendo un gesto de negación. El inspector no le quitó el ojo a aquella mujer. Le recordaba tanto a su hermana que incluso en algunos momentos dudó si sería ella. Pensó que tal vez, se hubiese presentado por sorpresa allí, pero luego recordó que estas semanas tenía que viajar a Ámsterdam a una conferencia. Aquella mujer abandonó la cafetería tras hablar con Fernando y no encontrar a la persona

que buscaba. Al salir, la puerta del local que se encontraba abierta se cerró y Gonzalo pudo ver un cartel que le llamó la atención. En él aparecía con letras medievales *Primeras Fiestas Calatravas de Alcaudete. 14, 15 y 16 de julio de 2006.*

El inspector dio un salto de su silla y cruzó el pasillo de la cafetería dando pasos agigantados. Se dirigió hacia la puerta mientras contemplaba el cartel con detenimiento, a un palmo de distancia. Ana lo miraba desde la mesa sin entender nada. Se levantó y se fue hacia él.

—Gonzalo, por si te interesa, el cartel lo trajo mi cuñado que es concejal en el ayuntamiento de Alcaudete. Es la primera vez que se celebran esas fiestas. Pero lamento decirte que, si querías ir, has perdido la oportunidad porque tuvieron lugar el fin de semana pasado —informó el camarero desde la barra.

—Gracias, Fernando —contestó sin girarse y casi sin prestar atención al camarero, como si de una respuesta automática se tratase.

Los ojos del inspector no dejaban de mirar el cartel. Algo le decía a Ana que Díaz no le llamaba la atención la celebración, sino el cartel.

—¿Qué sucede, Gonzalo?

—Fíjate—dijo mientras sacaba un bolígrafo de su bolsillo y señalaba el cartel—. ¿Ves esta cruz que ocupa casi todo el cartel? Es la Cruz de la Orden de Calatrava.

—Sí, eso lo sé.

—Es una cruz griega. ¿La habías visto antes?

—Sí, como bien has dicho es la cruz de la Orden de Calatrava y esta zona estuvo bajo su influencia. De hecho, muchos de los escudos de las ciudades y pueblos la tienen.

—Exacto. Presta atención. Esto es muy importante. Gonzalo guardó unos segundos de silencio, dándole cierto misterio a su descubrimiento y saboreando esa sensación de creer ir en el camino correcto.

—Esta cruz tiene cuatro flores de lis en cada uno de los extremos de la cruz y cada una orientada al centro. Si te fijas con atención, esas flores se unen justo en el mismo centro de la cruz y forman en cada uno de los brazos, un corazón. En total cuatro corazones.

—«Los cuatro corazones protegen la Historia del Arte…» —dijo Ana recitando la nota del profesor.

—Eso es, Ana, eso es.

Los inspectores se miraron sorprendidos. Los nervios del inspector estaban a flor de piel pero, por otro lado, se sentía un poco aliviado porque por fin había encontrado algo que podía serle útil.

—Qué maravilla, Gonzalo. Eres sorprendente.

—Ha sido casualidad —contestó con modestia.

Los agentes volvieron a sentarse entusiasmados, tanto que no se

percataron de que, entre su mesa y la puerta de la calle, un hombre ocupaba una mesa y los observaba sin quitarles la vista de encima.

Capítulo 47

21 de julio de 2006

Ana salió de la ducha apresuradamente y se colocó una toalla. El teléfono móvil se había apagado durante la madrugada y no había sonado el despertador. Había dormido plácidamente hasta que el ruido del camión de las bombonas la había despertado. Se secó el pelo, mientras comprobó que su móvil estaba cargando y mandó un mensaje a Gonzalo.

«*Me he dormido, llego en cuanto pueda. Sé un buen compañero y cúbreme las espaldas si te pregunta el comisario. Ya mismo estoy contigo*».

La inspectora comprobó que tenía mensajes en el buzón de voz pero decidió no perder más tiempo y seguir maquillándose. La radio emitía las noticias de aquel viernes y el timbre sonó. La inspectora se mostró un tanto extrañada. ¿Quién iba a llamar a su casa a esas horas de la mañana?

Se aproximó a la puerta y miró por la mirilla. Su rostro cambió a sorpresa mientras abría la puerta.

—¡Fabio! ¿Qué haces aquí?

—Hola —contestó entrando y besándola en la mejilla—. Pasaba por aquí y he pensado que podría ser una buena idea desayunar contigo.

Se quedó mirándolo. Entró en el salón y andaba un poco nervioso. Caminó hacia el pasillo y se asomó a la habitación de Ana.

—Cariño, tengo que irme a trabajar.

—Lo sé, pero podrías hacer una excepción. Tu horario es flexible y tu jefe no va a saber si estás trabajando o no. Si te llama, puedes mentirle y decirle que estás haciendo una investigación fuera de la comisaría.

—No, cariño, no puedo.

—¡Venga joder! —insistió.

—He dicho que no puedo. Si pudiese, lo haría sin duda, pero estamos inmersos en una investigación importante y tenemos mucho trabajo.

Fabio la miró mientras resoplaba un tanto cabreado. Se detuvo frente a ella y puso sus brazos en la cintura.

—Es por tu compañero, ¿no?

—¿Cómo?

—Sí, el guaperas que me presentaste ayer.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Ya sabes. No estoy tonto. Aunque sea un hombre sé apreciar la belleza y él es guapo. Seguro que te lo has tirado.

—¿Cómo? —contestó con incredulidad—. Mira, Fabio, no te consiento

que me hables así —gritó.

—Ya estás histérica, como siempre —dijo mientras cogía el móvil de Ana que estaba sobre el mueble de la televisión y comenzó a mirar los mensajes—. ¿Qué coño es esto? —dijo mientras le enseñaba el mensaje que le acaba de mandar a Gonzalo.

—¿Cómo que qué es? Ya lo has visto, le he pedido el favor de que me cubra las espaldas porque me he dormido.

—¿Que te has dormido? ¿Y por qué no me has cogido el teléfono? ¿No eres capaz de atender a tu novio que ha estado llamándote desde las siete de la mañana? ¿Intento venir a desayunar y pasar un rato contigo y así me lo pagas?

—Mira, Fabio, vete de mi casa por favor.

—¡No tengo por qué irme! ¡Estoy calmado! —dijo gritando—, y tú deberías ser más sincera. ¿Te crees que soy tonto y no sé que has apagado el móvil porque estarías con tu amiguito? ¿Por qué crees que he venido?

—Por favor. ¡Vete! —gritó—. ¡No quiero volver a verte!

—¿Sabes? Me he dado cuenta de que no tú tampoco has cambiado y sigues siendo una puta y una zorra egoísta que no sabe valorar a su pareja.

Fabio cerró su mano, la levantó y la dejó caer con todas sus fuerzas propinando un puñetazo en la mejilla de Ana que la hizo caer en el sofá. Se echó sobre ella, le quitó la toalla y la dejó desnuda. La golpeó en el labio. Mientras ella le sujetaba su brazo izquierdo, él volvió a golpearla con el derecho. Ana cerró su puño y lo golpeó con fuerza a la vez que con la otra mano lo empujó quitándoselo de encima. Se levantó y caminó hacia la habitación para coger su pistola pero él se incorporó y se volvió a abalanzar sobre la espalda de ella. La cogió del pelo arrastrándola por todo el salón de la casa. En sus ojos no había compasión, tan solo odio de maltratador. Ana intentaba incorporarse, pero cada vez que casi conseguía ponerse en pie, un puñetazo volvía a tumbarla.

El timbre y unos fuertes golpes en la puerta con insistencia comenzaron a sonar.

—Ana, soy Jesús. Tu vecino. ¿Estás bien?

Fabio miró hacia la puerta y la inspectora aprovechó para levantarse rápido y propinarle un puñetazo en la entrepierna. El agresor cerró las piernas y se retorcía de dolor mientras la inspectora se levantó. Iba a abrir la puerta, pero volvió a girarse y lo vio retorcerse de dolor. Apretó los dientes, dio dos pasos agigantados e incrustó su delgado pie en la barriga de él a gran velocidad.

Corrió hacia la salida mientras su agresor intentaba incorporarse retorcido de dolor. Abrió la puerta un instante antes de que su agresor intentase abalanzarse de nuevo sobre ella. Volvió a empujarle contra la pared y él la agarró por el cuello a la misma vez que le propinaba un puñetazo que la dejaba tendida en el suelo.

El vecino entró en el salón y se abalanzó sobre Fabio.

—¿Tú también quieres una paliza? ¿Tú también eres uno de los amiguitos de la puta de mi novia? —dijo mientras intentaba quitárselo de la espalda.

Cayeron hacia atrás y echó su peso sobre Jesús, doblándole el brazo. Aprovechó la ocasión para escapar por la puerta mientras el vecino se puso en pie y comenzó a perseguirlo.

Ana se quedó sola, tendida sobre el suelo, aturdida y desnuda. Con la mirada perdida. Sus labios derramaban sangre y sus ojos lágrimas de rabia sobre las frías baldosas grises, del mismo color de su corazón en ese momento. Se sentía humillada y engañada. Fabio no había cambiado y, además, ahora era un maltratador. Tantos años ayudando a mujeres que sufren violencia a manos de sus parejas, tantas charlas recomendando no dar segundas oportunidades a los maltratadores y ella había sido víctima. Qué ironía de la vida que haya empleado tanto tiempo en ayudar a tantas mujeres y ahora sea ella la que se encuentre tendida en el suelo de su propio piso, desnuda.

Pensó en Gonzalo y se lo imaginó en su mesa, ajeno a lo que acababa de pasar y esperándola. Después de lo que había pasado, lamentaba profundamente dejarse guiar por el corazón pues su intuición femenina le decía que se estaba equivocando de camino. Pero ella siempre tuvo claro que había que dejarse guiar por el corazón, lo mismo que lo hizo al principio con el inspector.

Antes de que las sirenas de las ambulancias comenzasen a sonar a lo lejos de la calle, imaginó por un momento aquella velada, unos días antes, junto a Díaz en el parque.

Capítulo 48

8 de marzo de 1940

El agua golpeaba con fuerza las ventanas de la casa por segundo día consecutivo. El aire entraba a través de la chimenea y avivaba sus llamas incandescentes. La luz del día penetraba las ventanas de manera tímida atravesando las cortinas traslúcidas que había colgadas. Los prisioneros estaban agotados física y emocionalmente. A pesar de no hacerles padecer inaguantables torturas, se divertían viéndolos sufrir. Tan solo les habían dado de beber agua en dos ocasiones. No recibían absolutamente nada de comer e incluso se habían turnado para que no se durmieran. Cada vez que uno de los prisioneros caía rendido a los brazos de Morfeo, uno de los captores lo despertaba con un fuerte manguerazo de agua fría.

El silencio del salón inspiraba miedo. Los captores estaban durmiendo. Tan solo Alexander estaba en el salón, revisando documentos y mapas y Ritter estaba en una de las habitaciones, asomado a la ventana y observando los movimientos de sus otros vecinos.

Andrés estaba a punto de desfallecer. Su herida de bala estaba infectada y había perdido mucha sangre. Ya no le quedaba dolor, ni tan siquiera un resto de sufrimiento con el que poder llorar o gritar. Aquel silencio le daba cierto pánico a Jean Pierre.

Aquella cierta tranquilidad se vio alterada con el sonido de un motor que se detuvo justo en la puerta del domicilio. Ritter despertó a los dos compañeros y bajó apresuradamente por las escaleras.

—Capitán. El jefe está aquí —dijo Ritter informando a su superior.

Alexander se levantó de un salto y se dirigió hacia la puerta. La abrió y saludó a las tres personas que llegaban y que entraban a la

casa.

Jean Pierre no pudo conseguir ver aquella escena, pero escuchó ese saludo que le resultó familiar.

Los visitantes entraron en la casa. Se trataba de un hombre de mediana edad, delgado y de pelo dorado. Venía acompañado de otras dos personas, algo más jóvenes y con rasgos parecidos.

—Capitán Adler. Cuénteme las novedades —dijo aquel señor nada más entrar.

—Oficial, durante estos días nos hemos comunicado con los compañeros desplegados por la capital y los pueblos limítrofes y todos coincidimos en que la mejor opción es realizar la incursión por el este. Tenemos constancia de que tienen cuarteles en estos sitios que están marcados en rojo. En estas zonas existen tres bases aéreas, en estas zonas bunkers y esta zona de aquí está plagada de radares. Pero, casi con total seguridad, existirán más. Nuestro hombre en la capital está haciendo un trabajo extraordinario.

Jean Pierre vio cómo sus sospechas se cumplían. A pesar de no entender el idioma en el que aquellos hombres hablaban, descubrió por intuición que Alexander no era su verdadero nombre. «Si ese cerdo ha ocultado su verdadero nombre ¿qué más ocultará?», pensó.

El capitán mostró al oficial un mapa donde, con bolígrafo rojo, había marcados una serie de puntos. El francés prestó atención a la conversación y sus ojos se centraron en el mapa de París que el oficial tenía en sus manos.

—Oficial, también hemos encontrado un botín en casa de los prisioneros. De hecho, aún hay en su garaje trece baúles más por abrir, pero esperábamos órdenes —dijo Alexander mostrándole el baúl a su superior.

El oficial miró al capitán sacando una sonrisa de admiración y se acercó al baúl comprobando uno a uno el contenido minuciosamente. Volvió a mirar a sus hombres con una sonrisa de admiración absoluta. El brillo de sus ojos reflejaba una gran felicidad.

—Buen trabajo. Veo que no me equivoqué al elegiros, capitán.

Sois el orgullo de nuestra nación.

—Yo te conozco —interrumpió Andrés intentando volver a la poca realidad que le quedaba ya—. Te he visto en los periódicos. Eres Martin… Martin Bormann, jefe del Partido Nazi y secretario personal de ese cabrón alemán, Hitler —dijo.

El oficial comenzó a reírse mientras se acercaba al prisionero. Se cruzó las manos por detrás de la espalda y puso su cara a la altura de la cara de él.

—¡Mírate, amigo! Das pena —dijo mientras reía—. Así que sois unos putos comunistas cobardes que han huido de su país ¿no? Y por lo que veo tú eres el más listo y valiente. ¿Sabes una cosa? Me hubiera gustado haber pilotado un avión para ver morir a tus camaradas, como gusanos en Gernika. Me sentí orgulloso cuando nuestra Legión Cóndor fue para reducirlo todo a cenizas —dijo Martin.

Andrés levantaba la cabeza y lo miraba con desprecio mientras Martin se reía a carcajadas. Había tenido que ver situaciones atroces en sus años en la Guerra Civil Española, había tenido que quitarles la vida a muchos fascistas a golpe de plomo, sintió la desgracia de ver a algunos de sus amigos caer durante la batalla, pero nunca había pensado que el destino lo pondría delante de la mano derecha del Führer.

Martin se incorporó, se fue detrás de la silla de Andrés y de su espalda. Desenfundó un cuchillo con el que cortó el cuello de Andrés de una sola pasada. La imagen del prisionero, con la cabeza hacia abajo mientras chorreaba sangre sobre su ropa y el suelo, impactó a los demás prisioneros e hizo comprender a Jean Pierre que no saldría de allí con vida. Quizás en aquel momento comprendió que la vida es, en cierto modo, caprichosa. Puedes tener planes de futuro como si nada pudiese pasar y que, en un momento, todo cambia. Vio el ejemplo en aquel joven, un joven que había luchado por sus ideales durante tres años en una guerra civil y que, cuando tuvo que exiliarse, dejó a su familia atrás. Quizás tendría planes de volver a España, pero ahora todos esos planes y todo ese esfuerzo se desvanecieron cuando menos lo

esperaba. Estaba en Francia, lejos del dominio franquista y, al parecer, sin peligro. Quizás, en cierto modo, Jean Pierre se sentía culpable de ello. Si no hubiese aceptado meter en una casa a esos espías nazis por dinero, Andrés estaría vivo. Después de todo lo que suponía que habría pasado, tuvo que llegar un nazi cuando menos lo esperaba, para acabar con su vida.

La guerra es así, los bandos vencedores viven, disfrutan de la victoria y del botín y los perdedores, mueren. Aquellos prisioneros también habían matado a personas con familias, miles de historias y de vidas que se perdieron en tres años de sufrimiento como en aquel momento pasó con la vida del prisionero que acababa de morir.

Capítulo 49

21 de julio de 2006

Gonzalo se mostraba un tanto desesperado. Pensó que la investigación avanzaba muy lentamente. Por más que intentaba buscar respuestas, no las encontraba. Sabía que, si quería esclarecer la muerte del profesor, debía encontrar el Santo Rostro y a la persona que lo perseguía y viceversa. Lo que quedaba claro tanto en las grabaciones de la catedral como en la de la noche de la muerte del profesor, es que alguien quería hacerse también con el Santo Rostro y que la muerte del profesor y el Santo Rostro estaban relacionadas.

Le resultaba un tanto raro. Obviamente es una reliquia que tiene un valor económico y cultural enorme, pero las medidas de seguridad siempre han sido las mismas y siempre había estado allí. ¿Por qué no lo habrían robado antes? Otra pregunta que no dejaba de atormentarlo era que, según las grabaciones, ¿por qué se intentó robar la reliquia el día que lo hizo el profesor y el día posterior a su muerte? Pero la cuestión más importante y la que más le costaba asimilar era qué tenía que ver el profesor con todo eso y en qué andaba metido para que lo persiguieran y, sobre todo, para que robase el Santo Rostro.

El inspector volvió a quedarse estancado. Sacó de su cajón un folio de grandes dimensiones. Pensó que sería una buena opción realizarse un esquema sobre todo lo que había sucedido, las pistas etc.

Escribió el mensaje que recibió del profesor en el encabezado y añadió el nombre de Elena, con la fecha de la muerte y todos los datos importantes que tenía de la investigación. Miró hacia su mesa y cogió la documentación del caso del dossier. Volvió a comprobar la autopsia del profesor, el registro de llamadas,… parecía que tenía mucha información, pero sentía que no tenía nada.

Tan solo tenía el mensaje del profesor y los indicios de que Andrés de Vandelvira y la Orden de Calatrava venían reflejados en ese enigmático mensaje. Sacó de su cajón los libros del profesor. Estaba convencido de que el profesor dejó esos libros para que Gonzalo los encontrase, y ahora que había descubierto que el contenido de su mensaje hacía referencia a temas sobre los que trataban aquellos libros, sus sospechas se cumplieron.

Volvió a abrir el libro de Andrés de Vandelvira y continuó leyendo su biografía. Sacó su libreta y anotó los datos más importantes.

«*Andrés de Vandelvira… Alcaraz 1505-Jaén 1575… arquitecto… trabajos en Úbeda, Baeza, Jaén, Villacarrillo,… fue enterrado en la basílica*

de San Idelfonso en Jaén…».

Gonzalo tomaba nota sin quitar ojo al libro. Empezó a agobiarse pues era prácticamente imposible visitar tantos lugares. El genio Vandelvira había realizado grandes obras arquitectónicas en Jaén, pero también en otros muchos lugares. Quizás sería una buena idea inspeccionar su tumba ya que la basílica estaba en la ciudad. También valoró la posibilidad de visitar Úbeda y Baeza que fueron lugares importantes en la obra del arquitecto y donde realizó otros trabajos importantes:

«*Sin duda es en Úbeda y Baeza donde el maestro Vandelvira realiza gran cantidad de trabajos como la Sacra Capilla del Salvador, de Úbeda que inició de Diego de Siloé, la capilla de los Benavides en el convento de San Francisco de Baeza, que fue perdida en parte tras el terremoto de 1755 y la intervención en la catedral de Baeza».*

Otra de las preguntas que atormentaban a Gonzalo es qué tiene que ver la Orden de Calatrava con Andrés de Vandelvira.

Decidió dar la vuelta al folio. Quizás era más práctico escribir las preguntas a las que tenía que dar respuesta. Eran tantas que resultaba imposible tener todas presentes. Quizás eso hacía que pudiese escaparse algo que no consiguiera ver, algo imperceptible.

Encendió el ordenador y realizó una búsqueda añadiendo en el buscador Orden de Calatrava y Andrés de Vandelvira, pero no encontró nada que los relacionase.

Siguió leyendo hasta que unas voces desde el pasillo de la comisaría lo desconcentraron.

—¡Me estáis haciendo daño! —decía una voz desde el pasillo gritando.

Morillo y Figueroa acompañaban a un joven esposado a los calabozos de la comisaría. Gonzalo miró por encima de la pantalla del ordenador y comprobó que aquel joven era Fabio.

—Aflojadme las esposas que me estáis cortando la circulación en la mano —gritaba.

—Ojalá tengan que cortarte las manos, hijo de puta —dijo Morillo.

—Vamos a aflojárselas, podemos meternos en un lío — sugirió Figueroa.

Los agentes se detuvieron en mitad del pasillo y aflojaron las esposas a Fabio.

—¿Fabio? ¿Qué pasa? —preguntó Gonzalo con absoluto desconocimiento.

—¿Que qué pasa?—dijo Morillo—. El cabrón este le ha pegado una paliza a Marín. La suerte fue que un vecino pudo entrar en su casa y después de perseguirlo por la calle consiguió retenerlo hasta que llegamos.

Díaz se mostró serio. Sus ojos mostraban furia y venganza cuando se imaginaba a ese cabrón dándole golpes a su compañera.

Fabio sonrió mientras contemplaba al inspector.

—Le he dado lo que se merece. Seguro que tú también te la has…

Fabio no pudo acabar la frase cuando el puño de Díaz acabó impactando en su mejilla lo que le hizo caer al suelo sin que los otros dos agentes lo pudieran evitar.

—Hijo de puta —dijo mientras se abalanzaba hacia él.

Morillo abrazó a Gonzalo mientras le sujetaba las manos y le empujaba hacia la pared.

—Tranquilo, Gonzalo —dijo intentando calmar su ira.

Figueroa levantó a Fabio y lo acompañó a los calabozos mientras el comisario salió de su despacho.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

—Nada, comisario, la agente Marín ha sufrido una agresión a manos de su pareja y lo acabamos de detener. Al entrar ha tropezado y se ha caído.

El comisario guardó silencio por un momento. Su experiencia en el cuerpo era notable y sabía cuándo debía callar. A pesar de su apariencia seria y de ser frío, estaba dispuesto a dar la cara por cada uno de sus hombres.

—¿Cómo que la ha agredido? ¿Cómo está y dónde? —preguntó con interés el comisario.

—Está bien, comisario. Lendínez y Ruiz la han llevado al hospital para hacerle una revisión y un parte de lesiones, pero nos acaban de comunicar por radio que ya van de vuelta a casa.

—Está bien. Hablaré con ella.

Gonzalo corrió apresuradamente a su mesa, cogió su cartera, se enfundó su pistola y se marchó a toda prisa. Necesitaba ver a Ana y estar junto a ella.

Capítulo 50

8 de marzo de 1940

Los dos soldados nazis que acompañaban al oficial Martin Bormann acababan de deshacerse del cuerpo de Andrés, mientras los miembros de la Abwehr, los servicios de inteligencia nazi, esperaban órdenes de su superior.

—Id a la casa y colaborad con el registro —ordenó Martin.

Los soldados salieron del domicilio mientras Jean Pierre pensaba en cómo podría salir de allí. Sus vecinos no tendrían ni la menor idea de que en esa casa se encontraba un grupo de nazis liderados, nada más y nada menos, que por la mano derecha de Adolf Hitler. Quizás sus rasgos pudieran hacer sospechar al vecindario, pero aquellos soldados no iban uniformados, ni lucían esvásticas, ni tan siquiera algún tipo de simbología nazi. Además, el frente bélico quedaba aún lejos de París.

Ningún vecino tenía ni la menor idea de que en aquella casa de la Rue de Mermoz, se comenzaba a planear la invasión de París que comenzaría meses después y que se llevaría tantas vidas por delante.

Jean Pierre intentó ver por la ventana que había al lado de la chimenea. Era una ventana grande que daba al patio trasero de la casa y desde donde se veía gran parte del pueblo. Por un momento, dibujó en su mente aquel lugar devastado y asediado por los nazis. Ese pensamiento estaba cada vez más cerca de hacerse realidad y todo por culpa suya. Se imaginó a los habitantes de su barrio, a Françoise el carnicero, a Giselle, a Amélie, a la vieja Audrey, a sus padres y a Margot huyendo de los bombardeos o cayendo sucumbidos ante nubes de metralla.

Maldijo el día que aceptó ocultar en su casa a los espías nazis a cambio de dinero. Siempre había querido lo mejor para Margot y su bebé, que no les faltase nunca de nada, que tuviesen un hogar donde verlo crecer, pero desde que cerraron la fábrica, Jean Pierre tuvo que mendigar e incluso robar comida. Dicen que el nacimiento de un hijo es una bendición y no lo dudaba, pero eran tiempos difíciles en la ciudad y también supuso el motivo de despido de Margot en la panadería y el inicio de una auténtica pesadilla para los dos.

El teléfono sonó y Martin lo descolgó. Se colocó de espaldas a sus prisioneros y actuó con cierto nerviosismo, hablando en voz baja, algo que llamó la atención del francés. ¿Quién estaría al otro lado del teléfono? ¿sería el mismísimo Führer? ¿le estaría ordenando que acabase con la vida de sus prisioneros? Comenzó a ponerse nervioso, pero se mantuvo en silencio, intentando escuchar la conversación que Martin mantenía casi murmurando.

—¿Sí? ¿Estás seguro? Sí, para eso te pago. ¿Qué se lo has escuchado decir al Führer? ¿Y están todos? De acuerdo. ¿Dime la localización? De acuerdo, te haré llegar el dinero mañana mismo.

La llamada fue un tanto misteriosa, pero Jean Pierre dejó de prestarle atención. Su mente estaba demasiado preocupada pensando en Margot y su bebé. Los otros dos prisioneros se encontraban agotados. De hecho, uno de ellos no podía mantener los ojos abiertos.

El oficial colgó, estuvo caminando alrededor de la mesa mientras meditaba. La llamada lo había dejado un tanto nervioso y dubitativo. Salió de la casa sin mediar palabra. Jean Pierre pensó que quizás era la ocasión, la oportunidad de tener un alarde de valentía e intentar escapar. No sabía cuánto tiempo iba a estar Martin fuera. De hecho, ni siquiera sabía si la puerta del domicilio seguía abierta o cerrada. Intentó desplazarse hasta Francisco y colocarse detrás de él.

—¡Eh, tú! Vamos a intentar desatarnos —dijo Jean Pierre susurrando.

Francisco no esgrimió movimiento alguno. Ni una sola palabra. Quizás sabría que intentar escapar sería inútil, quizás sabía que su destino estaba escrito o que quizás el oficial no estaba muy lejos.

—¡Vamos! —volvió a decir.

Francisco movió la cabeza y se incorporó un poco, respiró profundamente para poder hablar:

—Lo que es la vida… Nos has condenado a la muerte y ahora que tú estás al borde de ella, quieres que nos salvemos. Quizás deberías haberlo pensado antes de ir a por nosotros, puto nazi.

—Yo no soy…

El sonido de una pisada en la madera del porche, hizo que Jean Pierre volviese a su sitio. Su corazón latía a mil por hora y dentro de él se libraba una batalla de ira, resignación y miedo.

El oficial entró de nuevo al salón con algo en la mano, al acercarse comprobó que eran dos limones. Sacó de su bolsillo la navaja con la que había acabado con la vida de Andrés y cortó los dos limones por la mitad. Los estrujó con fuerza dejando caer el líquido sobre un viejo cenicero. Sacó del baúl el Santo Rostro y extrajo el pergamino de su marco de piedras preciosas. Sus soportes eran dos sirenas de orfebrería

de oro que le llamaron bastante la atención. Puso la reliquia sobre la mesa y en el anverso comenzó a escribir con un palo mojado en el jugo de limón, un mensaje.

Jean Pierre miraba atento. Se preguntaba qué sentido tendría escribir un mensaje en una reliquia y más con ese misterio. ¿Qué tipos de mensaje se escriben en una reliquia? ¿A quién iría dirigido?

Martin miró a través de la ventana y vio como uno de sus hombres salía de la casa de enfrente. Apresuradamente colocó el Santo Rostro en el marco con cierto nerviosismo y lo guardó en el baúl. Lanzó los restos de limón al fuego y vertió sobre él el jugo de limón. Se giró y volvió a coger el teléfono.

—Mi Führer, buenas tardes. Como ya sabe, nuestros hombres de la Abwehr encontraron en su misión a un grupo de republicanos españoles. Los tenemos apresados y hemos encontrado trece baúles que forman parte de un botín de la Guerra de España y están llenos de collares de perlas, pendientes, dientes de oro…

Martin se mostraba atento a las indicaciones de Hitler mientras el soldado que acababa de entrar por la puerta y aguardaba a que su superior acabase la conversación.

—Entiendo, mi Führer. Sí… De acuerdo… Sí señor, a sus órdenes. Por cierto, me gustaría pedirle un favor. Dentro del botín, hemos encontrado una reliquia. La cara de Jesucristo en un marco de diamantes, y quisiera quedármela. Como usted sabe, mi mujer es muy católica y me gustaría llevársela de regalo a Berlín. Sí, sabía que contaría con su aprobación. De acuerdo, gracias, mi Führer.

El oficial colgó el teléfono con una sonrisa en la boca. La reliquia del Santo Rostro iba a formar parte de su patrimonio. Un patrimonio conseguido a base de saqueos a judíos y a gente contraria al régimen nazi y un patrimonio hecho con sangre de tantas vidas masacradas.

—Oficial. Hemos registrado todo y no hemos encontrado nada más —informó el soldado.

—De acuerdo —dijo Martin mientras se sentaba en la mesa y comenzaba a escribir en un folio—. El Führer me ha comunicado que esta madrugada llegará un camión de reparto de fruta. En él debéis cargar los baúles. Excepto el cuadro con la cara de Cristo. Dile a tu compañero Bruno que venga. Tiene que hacerle llegar a mi hija una carta.

El soldado salió de la casa mientras Martin terminaba de escribir la carta. La introdujo en el sobre, puso algo de saliva en la solapa y escribió: *Para Eva Ute Martin Bormann Buch*.

Capítulo 51

21 de julio de 2006

A veces es necesario estar a punto de perderlo todo para romper con las cadenas, para armarnos de valor, para matar al miedo con la espada de la valentía, para mirar de frente y no mirar atrás, para no pensar en consecuencias y en otra cosa que no sea la libertad de conseguir lo que quieres.

A Gonzalo le había hecho falta estar a punto de perder a Ana, para darse cuenta de que estaba equivocado. Quizás el profesor y la inspectora fuesen un pilar fundamental en su estancia en Jaén y que, sin ellos, no tendría sentido su vida allí, pero su vida tampoco tendría sentido en ningún lugar del mundo sin la compañia de Ana.

Se postró frente a la puerta de Ana y respiró hondo. Estaba muy nervioso. No sabía lo que se iba a encontrar, cómo estaría Ana ni cómo lo iba a recibir. Con los nervios de un joven que queda con su amada la primera vez, llamó a la puerta y esperó.

La puerta se abrió un poco y entre el pequeño resquicio de luz que procedía del interior de la casa de Ana, aparecieron unos ojos.

El inspector observó los ojos de ella y cómo en uno de ellos se dibujaba una mancha morada y un derrame de sangre, mientras la puerta se abrió de par en par y Ana se lanzó a sus brazos.

—Gonzalo —dijo—. ¡Vaya susto!

—Tranquila. Ya ha pasado todo.

El inspector rodeó el cuerpo de Ana con sus brazos. Pasó su mano por cada una de sus heridas, como si con el simple roce de la yema de sus dedos pudiera curarla. Cerró los ojos y suspiró. El abrazo fue interminable. Respiró profundamente y el perfume de su cuerpo penetró en sus pulmones haciéndole sentirse vivo. Sentía que con su abrazo su compañera se sentía protegida.

El silencio se hizo durante unos minutos. Unos minutos en los que, a pesar de estar abrazados frente al sofá y el ruido de la calle entrase a través del balcón, parecía que estaban ellos solos en el mundo. Sin importar nada. Sin importar nadie. Cual si fuese un momento de calma en mitad de una tempestad.

—¿Estás bien?

—Sí —contestó Ana.

—He venido en cuanto me he enterado. He visto a Fabio esposado y

Morillo y Figueroa me han dicho que… bueno… que… ya sabes.

—Sí, me ha golpeado violentamente. Me ha dado una paliza, pero él también se ha llevado lo suyo. ¿No le has visto la cara?

—No me ha dado tiempo a fijarme mucho.

—Joder, después de aguantar golpes, me jode que la gente cuente las cosas como quiera. Ese hijo de puta quería matarme, pero he sabido defenderme y también le he dado lo suyo.

Gonzalo sonrió y volvió a abrazarla.

—Tranquila —dijo mientras empujaba a Ana contra su cuerpo y respiraba profundamente—. Siempre voy a estar cuando me necesites. Has tenido mucho valor, que no te quepa ni la menor duda. Puedes estar tranquila, tienes todo el apoyo de la comisaría pero, sobre todo, tienes el mío.

La inspectora comenzó a derramar lágrimas por sus mejillas e intentó secarlas con un pañuelo de papel arrugado. Se sentía engañada después de haber confiado en Fabio pero quizás, lo que también le dolía, fue haberse equivocado con él y no haber sabido valorar sus pensamientos respecto a Gonzalo. Eso le dolió más que los golpes. Contempló a su compañero. Su cara sonriente solo mostraba ansia de verla bien y en esos ojos Ana, comprendió que debía haber sido duro ver cómo una persona a la que quieres, te deja en la estacada.

—Gonzalo, quiero que sepas que me equivoqué contigo. Sí, quizás ahora pensarás que todo lo que voy a decir lo digo por lo que ha sucedido, pero quizás sea ese hecho el que me haya abierto los ojos, el que me haya hecho ver las cosas de otra manera y el que me haya puesto en mi sitio dándome un golpe de realidad. Quiero que sepas que para mí lo que sucedió entre nosotros no fue simple atracción sexual.

—Ana, déjalo, no sigas —interrumpió.

—Sí. Creo que te debo una explicación. Solo quiero que sepas que, aunque sea difícil de entender, intenté ser honesta contigo. Obviamente había algo entre nosotros, pero con Fabio tenía un vínculo muy grande. Nos conocíamos desde pequeños y hemos estado juntos mucho tiempo. Pero algo me ha quedado claro, es que por mucho tiempo que pases conociendo a una persona, es posible que no la conozcas nunca.

—La amistad y el amor se miden en calidad, no en tiempo — añadió.

—Estoy muy arrepentida, de verdad. A pesar de haberte hecho daño, estás aquí conmigo.

—Sí, y siempre estaré —repitió.

Ana se sentó en el sofá y se secó las lágrimas. Ambos se miraron y sonrieron. Quizás la conversación con Gonzalo le hizo sentirse más animada y aliviada.

—Necesito un vaso de agua —dijo.

—No te preocupes, te lo traigo enseguida.

Gonzalo fue hacia la cocina y abrió el frigorífico. Ana se sentó en el sofá y miró hacia el suelo de madera. Alzó su vista y miró al otro sofá que tenía al lado y se imaginó a Fabio sobre ella, golpeándola sin compasión.

—¿Sabes que Cruz ha llegado a comisaría hoy sin uniforme? — dijo el inspector desde la cocina—. Al parecer, lo sacó ayer de la mochila para lavarlo y no lo recordó. Ha tenido que volver a casa.

Díaz intentaba cambiar de tema, distraer a su compañera y alejar sus pensamientos de lo que había sucedido pero sus palabras apenas llegaban a la mente de ella, que se encontraba con la mirada perdida. Miró hacia la televisión apagada y vio cómo su silueta se proyectaba y cómo aún tenía el pelo agitado por la pelea. Se levantó y fue hacia el baño para peinarse. No estaba dispuesta a dejar ni un rastro de lo sucedido. Se postró frente al espejo y se peinó. Contempló su rostro y deslizó su mano derecha palpando su pómulo morado. En ese mismo momento, sacó del cajón un set de maquillaje con la motivación de dejar todo atrás cuanto antes.

Gonzalo salió de la cocina y se quedó observándola desde el pasillo, sin que prácticamente se diese cuenta. Contempló su figura delgada y sus vaqueros apretados y vio cómo su cara se reflejaba en el espejo y penetraba en él a través de sus ojos. Deseó que aquel momento durase toda la vida. Viendo cómo Ana maquillaba sus heridas de guerra, las heridas de plantar cara al miedo con valentía.

—Gonzalo, quiero salir fuera.

Ya tenía el vaso de agua en la mano, pero mientras la observaba, pudo ver el coraje en sus ojos y comprendió que Ana tenía la necesidad de salir de aquel piso para despejarse.

—¿Dónde quieres ir?

Capítulo 52

Wegeleben, 23 de enero de 1976

Querido Franz:

¡Qué duras han sido estas navidades sin ti! El simple hecho de imaginar a toda la familia frente al árbol de navidad y que, esta vez, no hayas podido estar, me ha resultado imposible de asimilar. Creo que han sido una de las navidades más tristes de mi vida.

Para colmo, lo veo muy decaído y lleva varios días con fiebre. El frío de aquí es muy duro. Creo que ninguno de nosotros estábamos acostumbrados a él. Se me parte el alma verlo en el sofá frente a la chimenea, pasando las horas mirando al fuego.

Hace unas semanas, se entretenía con un pequeño huerto en el que sembré algunas hortalizas en la parte de atrás de la casa. Regaba, recogía los alimentos e incluso le gustaba dar de comer a los animales, pero desde que tiene puesta esa dichosa foto de su familia sobre la televisión, se hunde en ese sofá en un mar de recuerdos.

¡Qué injusta es la vida! Después de todo lo que ha hecho por nuestro país, después de haber vivido escondido la mitad de su vida, después de haber luchado por el imperio, la muerte le va a llegar casi solitario, en esta casa fría alejada de su pueblo. Aun así, mantiene su voluntad de morir aquí y yo tengo la necesidad de cumplirla.

Muchas veces lo observo, veo en sus ojos tristes una vida de desgracia, entregada por una causa. Me gustaría saber qué piensa, qué pasa por su cabeza, por qué en sus actos me demuestra que no tiene sentido la vida, que no quiere seguir viviendo, por qué quería morir aquí.

Tengo que despedirme, el médico lo visitará en breves momentos y tengo que atenderle. Te echamos de menos y espero que estés bien.

Pd: Me alegro de tus logros. Llegarás muy lejos, cariño. Te quiero. Eva

Capítulo 53

24 de julio de 2006

Las portadas de los diversos periódicos que aquel lunes se amontonaban sobre la barra de la cafetería Central, mostraban buenas noticias. «*Las muertes en carretera descienden un 25% desde la implantación del nuevo carnet por puntos*».

Gonzalo esperó a Ana sentado en uno de los sofás de la cafetería mientras leía las últimas noticias. A pesar de que, como cualquier ciudadano, estaba interesado en la actualidad nacional, tenía especial devoción por el Diario Jaén, porque consideraba que era un periódico cercano y que trataba la actualidad de manera objetiva y rigurosa.

Recordó cuando en su tercer día de servicio en la ciudad y en mitad de un registro policial que causó un gran revuelo en la ciudad, el sospechoso saltó por la ventana en un descuido. Tras volver a intentar detenerlo, el compañero Bermúdez forcejeó con él, lo que les supuso varias heridas a ambos, sobre todo al sospechoso que no pudo con la fuerza y corpulencia del agente. Los transeúntes comenzaron a grabar con sus teléfonos y en menos de una hora, las imágenes estaban circulando por todos los informativos nacionales. Los periódicos comenzaron a hablar de brutalidad policial y de acoso, todos excepto el Diario Jaén, que definió la intervención del agente como «magnífica».

Gonzalo sabía que su trabajo siempre iba a ser cuestionable. Para muchos, ser policía era patrullar, carácter chulesco y altivo, tener la adrenalina alta, ir con la pistola en la mano y detener a delincuentes, pero no era así. Ser policía era un honor, una vocación y algo que él llevaba en la sangre. Las largas horas de interrogatorio, tardes sepultadas bajo documentos burocráticos, noches en vela de investigaciones y de seguimientos, no era algo de lo que los policías pudiesen alardear.

El inspector abrió la tercera página del periódico y hubo algo que le llamó la atención: una foto del Santo Rostro.

Quince días después del robo del Santo Rostro, la reliquia sigue sin aparecer.

Sin noticias del Santo Rostro. Dos semanas después de ser robada, la Policía aún no ha conseguido dar con el paradero de la reliquia. Fuentes cercanas a la Policía informan que están haciendo todo lo posible por cerrar el caso cuanto antes y poder encontrar la reliquia. Pero lo cierto es que, días

después del robo, aún no se ha producido ninguna detención. La reliquia, con una gran valía sentimental y religiosa, tiene un valor incalculable y podría ser vendida en el mercado negro donde sería, según dicen los expertos, prácticamente imposible dar con ella. ¿Se unirá el Santo Rostro a obras como Retrato de Francis Bacon, El hombre en el cruce de caminos, El campesino catalán en rebeldía y el Retrato de un joven que fueron perdidas?

Gonzalo leyó la noticia y empezó a ponerse nervioso. Intentaba que su trabajo no influyera en su vida personal, pero era imposible. La investigación le estaba superando. La muerte de un amigo íntimo y el robo de la reliquia más importante de la ciudad, le hacían encontrarse ante el caso más importante de su corta trayectoria policial. Pero por otro lado, una cierta ansiedad se apoderaba de él al ver que la investigación avanzaba muy lentamente y que, ahora mismo, se encontraba perdido.

La puerta se abrió y la sonrisa de Ana iluminó la cafetería Central deslumbrando todo lo que había a su paso.

—Buenos días —dijo la inspectora alegremente.

—Buenos días —contestó el inspector.

La inspectora lo observó. Se mostraba serio y angustiado.

—¿Sucede algo? —preguntó la inspectora.

—Sí. Estoy desesperado. Este caso me está superando. Creo que deberíamos visitar Úbeda y Baeza. Hay muchas obras de Vandelvira allí. La sacra capilla del Salvador o la catedral de Baeza y el hospital de Santiago en Úbeda, además de la basílica de San Ildefonso de Jaén, donde está enterrado. Pero sería buscar una aguja en un pajar.

Ana sonrió mientras permanecía callada.

—Tengo una hipótesis, el mensaje del profesor decía «Los cuatro corazones protegen la Historia del Arte. Ahora lo guardan gemelas peinadas por el viento bajo un corazón latente. Busca a los descendientes de la Elvira». Creemos que los cuatro corazones hacen alusión a la Orden de Calatrava y los descendientes de Elvira se refieren a Andrés de Vandelvira. Si te fijas en los monumentos que realizó, todos tienen el mismo estilo arquitectónico en las ventanas. Tres ventanas de arco de medio punto, la central ligeramente más grande que las demás, por lo que las dos de los extremos son idénticas.

—Gemelas —añadió mientras sonreía.

La inspectora seguía sonriendo mientras escuchaba la hipótesis de Gonzalo. No quería interrumpirlo, porque comenzaba a entusiasmarse.

—Sí, excepto la de la basílica de San Ildefonso que no tiene ese estilo de ventanas, pero las torres son muy parecidas, casi idénticas, pero varían la altura.

Marín se quedó en silencio durante unos segundos mirando a su compañero, pensando que lo que le diría descolocaría al inspector por completo. Sacó de su bolso el libro de Vandelvira que pertenecía al profesor y

se fue a la parte final del libro, mientras el camarero se acercó a la mesa.

—Un zumo de naranja, un café cortado y dos tostadas con jamón —dijo Díaz.

El camarero apuntó sobre la libreta el pedido y se dirigió hacia la barra. El inspector observaba a Ana sin entender por qué no opinaba sobre su hipótesis y se limitaba a buscar en aquel libro.

—Mira, lamento decirte que creo que estás equivocado — dijo Ana mientras señalaba una parte del capítulo «Curiosidades» del libro de Vandelvira—. Lee aquí.

—«*…hay evidencias de que Andrés de Vandelvira tuvo un hijo bastardo que nació en el Reino de Toledo. Su nombre era Sebastián de Solís y fue un arquitecto de retablos, escultor e imaginero».*

Gonzalo no daba credibilidad a lo que estaba leyendo. Su teoría se acababa de desmoronar. Habían tenido ese libro desde hace semanas y no le habían prestado tanta atención por todos los sucesos que habían ocurrido. Quizás ese libro era la llave para encontrar el Santo Rostro, pero hubo un aspecto con el que él supo que estaban en el camino correcto.

—Por eso el gato del profesor se llama Sebastián —añadió Ana. El agente meditó sobre lo que ella acababa de decir.

—Sí, eso es. Ahora lo recuerdo, me dijo que el gato se llamaba Sebastián. Por Sebastián de Solís. Recuerdo que me contó que le puso ese nombre porque estaba estudiando sobre ese escultor. ¡Qué tonto he sido!

Ana sacó de su bolso un portafolios y de él, unos folios.

—Al descubrir que Sebastián de Solís era hijo de Vandelvira, he buscado información y he encontrado esto —dijo mientras se disponía a leer—. *«Sebastián de Solís fue un imaginero y escultor de retablo. Sus obras pueden verse en Jaén, Huelma, Jamilena y Villanueva de la Reina.*

Destacan la arquitectura y el diseño de los retablos de la iglesia de San Bartolomé de Jaén y el de la iglesia de Cambil. En cuanto a la imaginería, destaca Nuestro Padre Jesús de Jaén y el Sagrado Corazón de Jamilena…

Perteneció a la Orden de Calatrava, una orden militar y religiosa».

—Pues no hace falta buscar mucho. ¿Sabes cuál es la mayor obra de Sebastián de Solís en Jaén?

—Sí, la imagen de Jesús Nazareno, pero allí ya estuvimos —dijo Ana.

—Supongo que tendremos que volver.

El camarero puso el desayuno sobre la mesa mientras Gonzalo no dejaba de mirar a los ojos a Ana. Había hecho un trabajo extraordinario.

—Veo que, aparte de estar ocupada en otros menesteres, has tenido tiempo de seguir con la investigación.

Capítulo 54

8 de marzo de 1940

Los agentes nazis brindaban en silencio con vino francés que les habían arrebatado a sus prisioneros de su propia casa. A pesar de estar festejando el descubrimiento del botín, la captura de los republicanos españoles y los avances de la Abwehr en el conocimiento del territorio parisino, no debían hacer mucho ruido.

—Por el Tercer Reich —dijo Martin.

—Por el Führer —añadió Alexander.

—Señores, en pocos meses París pasará a formar parte de nuestro imperio. Conseguiremos entre todos que Alemania sea un gran imperio y, esto es gracias a soldados como vosotros. Soldados a los que no les tiembla la mano, soldados astutos, que saben cubrirse sus espaldas, que sospechan, que investigan, que se sienten orgullosos de ser alemanes de bien. La vida le ha dado muchos privilegios a gente que no se lo merecía. En nuestro país solo tienen cabida los alemanes de corazón, de sangre, de raíz. Ahora, el destino nos ha dado la oportunidad de hacer el bien, de disfrutar de nuestro imperio hecho por y para los alemanes. Un país libre, avanzado, militarizado, un ejemplo en industria, en armamento y en estilo de vida. Me aseguraré personalmente que el Führer tenga constancia de vuestro trabajo, como sé que ya la tiene, y que os conozca personalmente cuando visite París. Vuestro trabajo tiene que ser reconocido. Estamos construyendo un gran imperio, una Alemania que no volverá a ser maltratada por otros países porque esas naciones estarán sometidas a nuestro gran imperio. El Führer nos comunicará en las próximas horas cuál es el siguiente paso. Se va a comunicar también con el general Franco para informarle de la detención de estos miserables y saber qué hacemos con ellos. Aunque me temo que tendremos que enterrarlos pronto y hacer con ellos los que esos ineptos falangistas no pudieron hacer —dijo mientras miraba con desprecio a sus prisioneros y reía a carcajadas.

El pequeño festejo se vio interrumpido con una llamada de teléfono. Martin le hizo un gesto a uno de sus hombres para que atendiera la llamada.

—Soy Joachim von Ribbentrop. Quiero hablar con Martin Bormann —dijo una voz desde el otro lado del teléfono.

—Oficial, es el ministro de Exteriores —informó el soldado.

Martin cogió el teléfono con cierta incertidumbre. No sabía a qué se debía

la llamada del ministro de Exteriores nazi, ni mucho menos que esa llamada se produjese a aquellas horas de la noche.

—Martin, nos hemos puesto en contacto con el general español Francisco Franco para comunicarle la captura de sus enemigos republicanos y nos ha dicho que esos individuos tenían en su poder una reliquia con la cara de Cristo. El Führer ha ordenado que debemos devolvérsela en señal de gratitud aliada. Mañana a primera hora, llegará un coche para recogerlo y llevarlo hasta España. Hemos acordado que como nuestra presencia es secreta, publicarán en los medios que el hallazgo ha sido a manos de españoles. Por cierto, el general Franco no quiere responsabilidades y el Führer ha ordenado que hagas desaparecer a los prisioneros y que te presentes mañana en la Cancillería con la documentación e información para preparar la invasión de París.

El oficial colgó el teléfono lleno de ira. El Santo Rostro volvería a España y con él, el mensaje que ocultó en el reverso de la reliquia. Lo tenía todo perfectamente controlado. Una carta donde explicaba en qué consistía el mensaje inscrito en la reliquia y la reliquia con el mensaje oculto que solo su hija podía encontrar. El general Franco y esa llamada habían estropeado sus planes. Intentó respirar profundamente, pero su ambición y la personalidad de un auténtico psicópata ya estaban apoderándose de su impulso.

Se giró hacia la mesa y sacó una sonrisa forzada y malvada, llena de ira.

—Bien. Nosotros tenemos que salir esta noche hacia Berlín. Vosotros os quedaréis aquí, cargaréis los baúles esta madrugada y mañana llegará un coche con un español al que le debéis entregar la reliquia que será devuelta a España.

—Entendido, oficial pero ¿qué hacemos con los prisioneros?

Martin sonrió. Sus ojos estaban llenos de ira por sus frustrados planes y necesitaba desahogarse. Le pidió a Alexander su pistola con silenciador y la cargó. Apuntó a uno de los españoles. Se sentía como si fuese un Dios por un momento, teniendo el poder de elegir el destino de sus prisioneros y el momento exacto de su muerte. Levantó el arma rápidamente y disparó contra uno de ellos en la frente. La bala impactó en su cabeza tintando de rojo la pared. Repitió el disparo contra el otro español, esta vez en el pecho. Sentía la necesidad de verlo sufrir. Quizás el primero había muerto demasiado rápido. Tenía que ver cómo poco a poco perdía la vida, como se asfixiaba y como su sangre brotaba de su pecho y recorría el cuerpo. A pesar de no ser enemigos del Tercer Reich, debían morir por cumplir las órdenes del Führer, pero también para satisfacer su ansia de muerte y su deseo de superioridad, por eso no dudó en ejecutar él mismo a aquellos prisioneros delante de sus hombres.

Se giró hacia Jean Pierre que se mostraba sudoroso y llorando. Le temblaban las piernas y Martin puso el frío hierro de la pistola sobre su frente. Cerró los ojos con fuerza y pensó en Margot y su bebé asumiendo que su

destino final había llegado.

—No deberías morir, pero no podemos dejar cabos sueltos. Se ve que eres un buen hombre y has colaborado con el Tercer Reich —dijo Martin.

El oficial contemplaba el rostro de pánico del francés durante unos segundos. Se mantuvo en silencio mientras Jean Pierre cerraba los ojos. Cuando los abrió, Martin había bajado su pistola.

—¿Sabes? Creo que te dejaré vivir. De alguna manera alguien debe vivir para contarle al resto de la gente cómo somos los alemanes —dijo riendo mientras guardaba la pistola—. Además, vas a ser padre ¿no? ¿Quién va a cuidar de tu hijo y de la guapa de tu mujer si tú no estás?

Jean Pierre respiró aliviado e intentó limpiarse las lágrimas con sus hombros. El resto de los hombres contemplaba con incredulidad aquel cambio de planes de Martin y esa compasión que mostraba a Jean Pierre que, de alguna manera, lo hizo un poco humano y que no correspondía mucho con su forma de ser.

El oficial rodeó la silla donde estaba sentado, volvió a empuñar la pistola y le descerrajó un tiro en la nuca a Jean Pierre. Los soldados saltaron ante el disparo pues no esperaban la ejecución. Martin empujó la silla hacia adelante hasta que cayó al suelo. La boca de Jean Pierre emanaba un caño de sangre mientras veía cómo el oficial y los soldados reían desmesuradamente.

—Te he hecho un favor, Jean Pierre. No estás preparado para vivir el Tercer Reich. Dentro de unos meses, todo esto pertenecerá a Alemania y no tienes cabida en nuestro país. Tranquilo, seguramente te reencuentres pronto con Margot.

Los soldados reían mientras el francés agonizaba en el suelo. Comenzó a escupir sangre por la boca y sabía que el final había llegado. Su mente estaba al borde del colapso. Sacó fuerzas para dibujar en ella sus últimos momentos con Margot e imaginó cómo sería su bebé cuando naciese. No tenía que haber confiado en esos hijos de puta. Su vida ya no vale nada, pero habían arruinado la de su mujer y su futuro hijo. Todo por unos míseros francos. Su corazón palpitaba cada vez más despacio y en cada pulsación revivía cada uno de los besos que le había dado a Margot, hasta que un suspiro le nubló la vista y su vida terminó.

Capítulo 55

24 de julio de 2006

Los inspectores terminaron de desayunar en la cafetería Central. Lucía un sol espléndido y las temperaturas a esa hora de la mañana no eran tan altas. Ana bebió el último trago de su café y limpió su boca con una servilleta de papel.

—¿Vamos a la catedral a inspeccionar el trono de Nuestro Padre Jesús? —propuso Gonzalo.

—Sí, pero antes tengo que ir a la comisaría. He dejado mi móvil allí cargando antes de venir a desayunar.

Los inspectores se levantaron y se dirigieron hacia la barra. El agente palpó de su bolsillo trasero la cartera y la sacó abriendo ampliamente el billetero. Ella sacó de su bolso el monedero y lo puso sobre la barra mientras miraba a Gonzalo.

—No, pago yo.

—No, tú pagaste la última vez —dijo él.

—No. Te equivocas, la última vez pagaste tú y yo invité a las cervezas.

Los agentes discutían sobre quién debía pagar el desayuno, ante la mirada de Fernando el camarero.

—No os preocupéis, si queréis os cobro a los dos —bromeó. Ana deslizó su brazo hacia la derecha apartando el brazo de Gonzalo y pagó el desayuno. Se giró rápidamente hacia la mesa cuando de pronto, se dio de bruces con una mujer que caminaba hacia la puerta.

—Perdón, no la había visto.

La mujer continuó hacia la puerta sin abrir la boca, ni tan siquiera se giró hacia Ana.

«Cómo se nota que es lunes», pensó. Ana cogió su bolso, introdujo dentro en él el monedero y se lo colgó del hombro. Justo antes de caminar hacia la puerta, echó un vistazo sobre la mesa, no era la primera vez que el despistado de Gonzalo se dejaba el móvil.

Su cara se llenó de asombro cuando se dio cuenta de que, sobre la mesa, había una caja de metal, parecida a un joyero. Estaba desconchada por las esquinas y tenía la madera algo rallada en algunas zonas. Sobre su tapadera, había una nota pegada.

«*Para los agentes Marín y Díaz*».

—Gonzalo, ven aquí mira esto —dijo Ana mostrándole la caja a su compañero mientras su pulso temblaba.

El inspector se aproximó mientras la inspectora abría la caja. Dentro de ella, había unas cartas escritas a pluma. Pegada a ellas y sobre un papel amarillo había escrito el símbolo del arroba y, por el reverso, dos palabras: «flordelis» y «venusdelespejo».

Gonzalo miraba a Ana con incredulidad. Un nudo se le hizo en el estómago al comprobar que alguien había dejado eso allí y que conocía sus nombres.

—Por el estado del papel, deben de ser viejas —dijo Ana.

—Sí, fíjate en la fecha. Son de 1975 y 1976 —añadió Gonzalo—. ¿Wegeleben? ¿Dónde está eso? ¿Y estas palabras?¡Esto está escrito en alemán!

—No tengo ni la menor idea. Pero creo que deberíamos ir a comisaría a echarle un vistazo y después visitamos la catedral para registrar la talla del Nazareno —propuso la inspectora.

—Sí, me parece bien.

Marín miró a ambos lados del local intentando reconocer a alguien.

—¿Quién habrá dejado esto aquí? Y lo peor de todo, ¿cómo saben nuestros nombres? —dijo.

—No tengo ni la menor idea, pero sea quien sea, nos conoce. Esto no me está gustando ni un pelo.

Capítulo 56

Wegeleben, 18 de marzo de 1976

Querido Franz:

Lamento decirte que se ha ido. No ha podido superar la pena y la tristeza. Una vida de luces y sombras pero de la que se puede sentir orgulloso. Tú sabes que siempre he intentado ser prudente, pero esta vez ha sido imposible.

Cuando la muerte le llegó en el sillón, fui en busca del sacerdote de Wegeleben para preparar su entierro, pero cuando vio que se trataba de él, no quiso hacerlo.

¿Así hace su labor un ministro de Dios? Decía que no podía, que parte de su familia murió en la guerra y que había causado mucho dolor a su familia. Maldito cabrón. ¿Sabes lo que le dije? Que me buscaría otro sacerdote y que con orgullo diré donde sea que mi padre era Martin Bormann. Estoy cansada de ocultar quién soy, estoy cansada de haber vivido parte de mi vida huyendo de mi pasado. Esos hijos de puta, esa escoria, acabaron con nuestro sueño. Me hubiese gustado verlos si el Tercer Reich no hubiese sido derrotado.

Hemos vivido tanto junto a él… Siempre ha estado preocupado por nosotros, por nuestra educación y por nuestra Alemania. Le debemos tanto… Quizás cometió errores en su vida, todos cometemos y quizás causó mucho dolor pero... ¿y nosotros? ¿No hemos sufrido? Parte de nuestra vida la hemos pasado huyendo, muchos de nuestros familiares y amigos han sido detenidos o incluso sentenciados a muerte. ¿Eso no es sufrir?

Me invade una tristeza profunda cada vez que pienso en él. No sé si

seré capaz de superarlo, pero ahora más que nunca tenemos que ser fuertes. Él así lo hubiera querido.

Espero que te encuentres bien, cariño. Ahora mismo eres uno de los pocos motivos que me hacen querer de alguna manera a esta miserable vida.

Con amor, Eva.

Capítulo 57

24 de julio de 2006

Las nubes oscuras iban cubriendo poco a poco el sol radiante de aquella mañana, anunciando que una tormenta de verano estaba a punto de llegar. El viento golpeaba con fuerza las ventanas de la comisaría y las ramas de los árboles dobladas se podían ver desde la mesa de Gonzalo.

Ana comenzó a leer las cartas con ansiedad e inquietud, mientras él caminaba hacia ella.

—Acabo de dejarle la caja a los de científica. A ver si con un poco de suerte, podemos tener las huellas de alguien. ¿Tú tienes algo?

—Nada interesante. Según leo aquí mientras traduzco del alemán, estas cartas son de una mujer a su hijo. Pero no le encuentro sentido. He mirado en internet dónde está Wegeleben y está en Alemania. Puede ser que las cartas, según leo, sean de una familia nazi que se ocultó en España. Aquí, en esta, se menciona a un tal Martin Bormann.

—¿Martin Bormann? —repitió Gonzalo con mucho énfasis.

—Sí. ¿Lo conoces?

—¿Que si lo conozco? Era el presidente del Partido Nazi, la mano derecha de Adolf Hitler.

El inspector se dirigió rápidamente hacia su mesa y encendió el ordenador. Movía el ratón hacia un lado y otro con nerviosismo, mientras el aparato arrancaba. Los segundos se le hacían eternos y parecían horas. Escribió en el buscador de internet Martin Bormann y comenzó a leer algunas entradas.

Había mucha información sobre él, artículos, biografías, documentales y un sinfín de imágenes. Pero hubo un artículo que llamó especialmente la atención de Gonzalo.

«¿*Se escondió el nazi Martin Bormann en España*?»

—Ana, mira esto —dijo señalando la pantalla del ordenador justo antes de empezar a leer la noticia—. *Después de años de genocidio, muertes y guerras, la caída del Tercer Reich supuso el desplome de la ideología Nazi. Los juicios de Núremberg sirvieron para demandar justicia pero muchos de aquellos oficiales, soldados y simpatizantes consiguieron eludir la justicia. La búsqueda de culpables de los genocidios fue intensa. En la caza de nazis se implicaron estados, colectivos, personas civiles y también las agencias de*

inteligencia de Occidente, entre ellas, la CIA. En esa persecución para hacer justicia, Martin Bormann era, quizá, la pieza más importante.

Secretario personal de Adolf Hitler, jefe del partido nazi desde 1941 y breve sucesor del Führer tras su suicidio, Bormann fue condenado a muerte por el tribunal aliado en medio de una auténtica confusión y polémica, provocado por quienes declaraban haberle visto muerto y quienes decían que pudo haber huido en la caótica caída de Berlín.

Siguiendo el patrón de huida de la gran mayoría de sus compañeros nazis, los países sudamericanos podrían ser un idílico destino para Bormann, junto con España, gracias al régimen franquista y su apoyo hacia la Alemania nazi. La posibilidad de que estuviera vivo, alimentó las indagaciones y los informes. De este modo, un informe, fechado el 28 de abril de 1951 y desclasificado por la CIA recientemente, ubicaba a Bormann en Sabadell, Barcelona.

Según relató un informante a la CIA, este le habría revelado que Bormann se escondía en Sabadell, en la calle Mayor de Gracia, 16-27, y se dedicaba a la redacción de sus memorias.

—Entonces, es cierto lo que dice el artículo y esto es una prueba de que Martin Bormann vivió en Barcelona cuando huyó de Alemania.

—Sí, pero lo que no entiendo es quién puede dejarnos esto y para qué.

Los agentes meditaban en silencio. Había muchas preguntas sin responder. Quizás esas cartas los dejaban un poco perdidos. No sabía si tenían que ver con la investigación o no, o simplemente era una broma de mal gusto.

Ana observó el papel amarillo que venía junto a las cartas. ¿Qué podría ser «flordelis» y «venusdelespejo»?

—Gonzalo, esto es raro. Pero no podemos distraer nuestra atención. Ni siquiera sabemos si estas cartas tienen que ver con nuestra investigación, con otra, o es una chiquillada de algún loco. Creo que es conveniente que sigamos con la línea de investigación que teníamos marcada, e ir a la catedral y comprobar la capilla donde está el Nazareno.

Capítulo 58

24 de julio de 2006

La catedral estaba prácticamente vacía. Una ciudad del interior de Andalucía solía atraer poco turismo en verano. El calor incesante del sur y la ausencia del mar que suavizara el ambiente, hacía que la temperatura y la humedad en la ciudad fuesen altas y que solo pudiesen soportarlas sus ciudadanos, acostumbrados ya a ella.

A aquellas horas del día, tan solo había unos cuantos feligreses y un grupo de turistas con un guía.

Ana y Gonzalo entraron en el templo y se dirigieron directamente hacia la capilla donde la talla de Jesús Nazareno se encontraba. El inspector andaba un tanto cabizbajo. Era la segunda vez que registraban el paso y tenía la total seguridad de que no encontrarían nada. Si eso sucedía, volverían al punto de inicio, a no saber nada. Para colmo, aquellas cartas misteriosas en principio no aportaban nada a la investigación, todo lo contrario, ahora se encontraba más desconcertado aún.

—Es increíble esta catedral. Suelo venir poco pero cada vez, que entro me encuentro maravillada. Vandelvira hizo una obra de arte—dijo ella.

Gonzalo sonrió con las palabras de su compañera. Sabía que a pesar de no ser muy aficionada a la historia del arte y a la arquitectura en particular, la investigación le estaba despertando cierta curiosidad por ese mundo cultural.

—No es obra de Vandelvira solo. De hecho, está construida sobre los cimientos de una catedral gótica. Vandelvira inició las obras y realizó la sacristía, la sala capitular y el panteón. Ten en cuenta, que tardaron ciento ochenta y cuatro años en terminarla.

—Vaya parece que has estudiado —dijo Ana con un poco de recelo—. Me encanta cuando te pones en plan… culto.

—¿En plan culto?

—Sí, demostrando todo lo que sabes.

Las palabras de ella sonaban a sorna, pero Gonzalo, a pesar de saber que se trataba de una broma, sabía que en el fondo su compañera odiaba que él se jactase de sus conocimientos culturales.

Los agentes pasaron cerca del altar mayor. Sobre él, el sacristán ordenaba los diversos objetos de orfebrería y preparaba la eucaristía de la tarde.

—Buenas tardes, Juan. Necesitamos ver al padre Ángel —dijo Ana.

El sacristán se marchó a avisar al sacerdote mientras los inspectores se

aproximaban a la capilla del Nazareno. Se postraron de frente y observaron la imagen. Junto a la reja de la capilla había un atril que contenía una imagen del Nazareno y su historia.

NUESTRO PADRE JESÚS NAZARENO

La venerada imagen de Jesús Nazareno es obra de talla completa, de 1,45 metros de altura y parece tallada en madera de cedro.

A pesar de que la imagen de Nuestro Padre Jesús es obra de un escultor anónimo de finales del siglo XVI, diversas investigaciones ponen en manifiesto que se hizo en Jaén, y señalan a Sebastián de Solís como su posible autor.

Sebastián de Solís trabajó para la catedral, y las iglesias de San Andrés, San Ildefonso y San Bartolomé entre otras, destacando como imaginero las tallas de la Congregación del Santo Sepulcro.

EL CIRINEO

A partir del siglo XVIII comenzaron a ser frecuentes las procesiones con Nuestro Padre Jesús, por lo que se comenzó a sustituir una horquilla de hierro revestida de plata labrada que iba tras la cruz y a la que, por su función específica, se denominaba «cirineo».

Como tal horquilla resultaba antiestética y desmerecía de la valía de la talla, había una necesidad de la fórmula práctica que armonizase con la estética y diera seguridad en las procesiones.

A partir de la segunda mitad del siglo XIX estuvo latente en la Cofradía el deseo de reemplazarla por una escultura de Simón Cirineo que cumpliera idéntica función.

Después de varias polémicas sobre la adquisición de la talla, fue la Congregación de Soldados Romanos, que recientemente se había creado, la que decidió apadrinar el proyecto ofreciéndose a costear la escultura.

Así en 1892 costeó y donó la imagen del Cirineo.

Es obra del escultor valenciano Luis Montesinos, quien tomó como modelo de la talla del Cirinero, al capitán y fundador de dicha Congregación don Tomás Cobo Renedo (1829-1915). Realizada la talla y concluidas las vestiduras el 27 de marzo de 1892 se bendijo la talla en una solemne fiesta en la iglesia de la Merced.

—¡Qué curioso!, no sabía que la talla del cirineo era posterior a la del Nazareno —dijo Gonzalo.

—Qué extraño que no lo sepas —contestó Ana con sarcasmo. El inspector miró a su compañera. A pesar de no querer entrar en el juego de Ana sentía que, en el tono y en las miradas había un cierto flirteo. Esto le alegraba, pues demostraba que su compañera había pasado página.

—¿Cuándo te vayas a tu destino nuevo vas a ser el «sabelotodo» de tu comisaría?

—Depende —contestó Gonzalo—. Es posible. Pero para ser un sabelotodo tendré que aprender mucho de ti.

El silencio se hizo en ese momento. Un silencio donde la mirada de los dos, mantenía una conversación intensa y donde los labios se devoraban en la distancia.

—Buenos días, inspectores —dijo el padre Ángel—. Me alegra verlos de nuevo por aquí. ¿Hay novedades?

—Buenos días, padre. Estamos en ello. No podemos adelantarle nada pero creemos que estamos cerca. Nos gustaría saber si podemos entrar en la capilla y echar un vistazo.

El padre Ángel hizo un gesto con la cabeza ordenándole al sacristán abrir la capilla de Nuestro Padre Jesús Nazareno.

Los inspectores entraron en ella. Faltaban quince minutos para las dos de la tarde y el templo estaba a punto de cerrar sus puertas. En uno de los últimos bancos que había frente a la capilla, un hombre observaba cómo los agentes hacían su trabajo. Tenía un libro entre sus manos y parecía estar rezando.

Gonzalo atravesó la puerta de hierro y le dio una vuelta a la imagen que se encontraba sobre una peana bañada en oro. Ana cogió una escalera que había apoyada en una pared, la colocó en un lateral y se subió para comprobar la imagen desde arriba.

—¿Puedo ayudarles en algo? —preguntó el padre Ángel.

—No, padre.

—¿Me pueden decir qué es lo que buscan?

Díaz detuvo su vuelta alrededor de la imagen y pensó una respuesta. No sabía con certeza si el Santo Rostro estaba allí. Si le decía al sacerdote que Ana y él buscaban el Santo Rostro, podían provocar unas expectativas en el

padre Ángel que podrían no cumplirse.

—Padre, sabe que no podemos dar información.

El sacerdote se mostraba serio, pero comprendió que lo mejor era dejar trabajar a los agentes.

—Bien, pues si no les importa me marcho a comer. El sacristán estará en la sacristía por si necesitan algo.

El religioso se marchó mientras Gonzalo observaba la peana de orfebrería que sujetaba la imagen. Palpaba cada uno de los relieves de ella con la yema de sus dedos y pudo sentir un aroma a incienso que le recordó a su infancia en Cádiz.

Levantó su mirada y contempló cómo Ana hacía su trabajo sobre la escalera. Podría pasarse la vida entera contemplándola. La inspectora observaba con mucho detalle la figura del Nazareno y el cirineo, pero no encontraba nada.

El agente se giró hacia el retablo donde predominaba una pintura de grandes dimensiones, custodiada por dos ángeles. El retablo no estaba tan sobrecargado como algunas de las diversas capillas que había en la catedral, por lo que fue fácil para Gonzalo comprobar que no había nada.

El inspector se volvió a girar y visualizó cómo Ana, con sumo cuidado, levantaba la túnica de la imagen y miraba sobre su base.

—No creo que a Dios le haga mucha gracia que le levantes la túnica a su hijo —bromeó Gonzalo.

—Tengo que comprobar todos los rincones. Sabes que somos profesionales. Estoy segura de que Dios no se enfadaría conmigo, si es que existe.

—¿No crees en Dios, Ana? —se interesó.

—Creía. Mis padres me llevaron a un colegio de sacerdotes y ellos mismos se encargaron de que dejara de creer.

—Entonces supongo que tampoco te gustará la Semana Santa…

—Me gusta la Semana Santa como expresión artística y cultural. No soy aficionada a ella, no me apasiona ver las imágenes, pero tampoco rehúyo si me cruzo con alguna procesión por la calle.

El teléfono de ella sonó y se apresuró a cogerlo. El sonido rompió el solemne silencio del templo.

—Sí. Dime Figueroa, te escucho —dijo mientras miraba al suelo mostrando mucho interés en la conversación.

Ana colgó el teléfono. La llamada había sido breve y Gonzalo la observaba esperando.

—Era Figueroa. Al parecer, los de científica han encontrado huellas en la caja de metal que nos dejaron en la cafetería. Según me ha dicho, pertenecen a una mujer que estuvo detenida por tráfico de drogas hace ocho años. Van a averiguar donde vive y nos van a enviar la dirección. ¿Vamos a comer algo?

Capítulo 59

24 de julio de 2006

La vivienda de Ana se encontraba en la calle Bernabé Soriano. En pleno centro de la ciudad y en una de las calles más populares. Desde cualquier punto de la calle, se podía contemplar una de las torres centinelas de la catedral.

La inspectora tenía un pequeño estudio de una habitación. La cocina solo se separaba del salón mediante una barra americana. En la entrada tenía una pared pintada a rayas, de color turquesa, y sobre el mueble de recibidor, el típico cartel con una frase bonita.

El salón tenía una pared de azulejos que imitaba a ladrillos de color oscuro y, justo delante, una mesa con cuatro sillas. En la pared opuesta, un pequeño mueble albergaba el televisor y frente a él, un gran sofá de color gris.

El salmorejo frío servía como base a unas berenjenas bañadas en miel de caña. Dos copas de vino blanco afrutado acompañaban aquel almuerzo. El ruido del aire acondicionado ponía la banda sonora a aquel momento y ambos tenían la mejor de las compañías: el uno al otro.

—Antes de que acabe el año me gustaría hacer un viaje al norte de Europa —dijo ella.

—¿Al norte de Europa?, pues quizás sea mejor ir en verano que no hace un frío tan agresivo ¿no?

—Me gustaría navegar sobre los fiordos noruegos y contemplar la aurora boreal y la época es entre agosto y abril.

—Debe de ser fascinante.

—Sí. Si te quieres animar, puedes acompañarme. Aunque cuando el viaje llegue, te encontrarás ya en otra comisaría —dijo Marín esperando algún tipo de respuesta esperanzadora por parte de Gonzalo.

—Quizás no puedas hacer el viaje porque es posible que estemos aún inmersos en la investigación del Santo Rostro cuando acabe el año —bromeó.

Ana sonrió mientras su mirada penetraba en los ojos de él. Mojó sus labios en la copa y desplazó su lengua por su labio superior a la vez que el inspector contemplaba en silencio su belleza.

—Vamos a brindar —dijo Gonzalo alzando su copa—, porque encontremos pronto el Santo Rostro.

—Mejor, prefiero brindar por nosotros —corrigió.

—¿Por nosotros? ¿Por qué?

—Para que seamos felices.

Los inspectores brindaron mientras él pensaba en las palabras de ella. «Qué cosa tan curiosa la felicidad. A veces tan imposible de alcanzar que cuando verdaderamente eres feliz, es difícil saberlo», pensó.

Había transmitido al comisario su deseo de irse a otro lugar porque pensaba que no era feliz en la ciudad, pero comenzaba a pensar que quizás estuviese equivocado.

—¿Y qué es para ti la felicidad? —preguntó el inspector.

—Pues… Un estado de ánimo que surge cuando te sientes afortunado al satisfacer necesidades básicas como tener amigos, familias, un trabajo.

—Entonces, ¿eres feliz?

—Creo que la felicidad es algo que el ser humano se ha empeñado en defender de que es difícil de alcanzar. Muchas veces ansiamos cosas que no son necesarias en nuestro día a día, pero que creemos que nos dará felicidad, por lo que nos convertimos en esclavos de una falsa felicidad. Sin mencionar esa falsa felicidad que la gente muestra por las redes sociales.

—Sí, opino que pasa lo mismo con la libertad.

—¿Con la libertad? —se interesó.

—Sí. Muchas veces creemos que no somos libres, y lo somos.

Simplemente el miedo a tener libertad no nos deja ser libres.

—Exacto. Vaya conversación más profunda. Y tú, Gonzalo. ¿Eres feliz?

El inspector pensó durante unos segundos la respuesta apropiada.

—Pues según tú, la felicidad es tener a gente que te quiere en tu vida, para que esta sea plena. Así que, se puede decir que sí, que soy feliz, sobre todo porque te tengo a ti.

Ana bajó su mirada mostrando una profunda tristeza mientras él le cogía la mano.

—¿Qué te sucede? —preguntó.

—Gonzalo, me siento culpable de haberte hecho tanto daño. Te has portado muy bien conmigo y no quiero volver a hacerte daño.

—Lo imagino, pero soy feliz y también me considero libre. Por eso tengo la libertad de decidir si quiero que me hagas daño o no y, de momento, prefiero correr ese riesgo.

Ana lo miró mientras le acariciaba la mejilla. Se lanzó a sus brazos y los suyos rodearon el cuello de su compañero mientras él podía sentir la respiración profunda de ella, que transmitía paz.

La inspectora retiró sus brazos y su cara poco a poco y se puso a escasos centímetros del rostro de su compañero. Puso sus dos manos en las mejillas de él y paseó sus labios muy cerca de su nariz, de sus ojos y de su boca, donde se mantuvo durante unos segundos hasta que finalmente sus labios se fundieron en un beso y en una explosión de emociones.

Cerraron los ojos. Era como si el ruido del aire acondicionado no

existiese, como si el presentador del informativo se hubiese quedado mudo, como si el aroma que un momento antes era de comida, ahora solo fuese el perfume de Ana.

Tan solo sus labios y miles de sentimientos parecían estar presentes en aquel lugar.

Él sacó su lengua a pasear por la boca de ella, recorriendo cada rincón y cada comisura de sus labios. La inspectora se reclinó sobre el sofá y abrió sus piernas mientras su compañero se posó sobre ella. Continuaron besándose. Gonzalo levantó la camiseta de ella y comenzó a dar pequeños besos alrededor de su ombligo.

—Vamos a la cama —sugirió Marín.

La inspectora se levantó del sofá y se dirigió hacia la habitación mientras él le daba un trago a los últimos restos de vino que quedaba en la copa. Se levantó y justo antes de marcharse a la habitación vio sobre la mesa la copa de vino de su compañera, con el carmín de sus labios sobre el borde. Cogió la copa y se bebió el vino que quedaba de un sorbo.

Caminó decidido mientras el vino le refrescaba por dentro. Empujó la puerta que ella había dejado entornada y se la encontró en el lado opuesto de la cama.

Se detuvieron frente a frente tan solo con la cama de por medio cual si fuera un campo de batalla. Se deshicieron rápidamente de la ropa y pusieron cada uno su rodilla sobre la cama, apunto de entrar en una guerra de pasión con el uniforme de la desnudez.

Las manos de Gonzalo rodearon suavemente el delgado cuello de Ana. La besó apasionadamente mientras ella se dejaba llevar. Sus manos se deslizaron desde su cuello hasta los hombros y después sobre su pecho. La inspectora colocó sus manos sobre la cintura de Gonzalo y las deslizó hacia arriba, haciendo el camino inverso. Él metió sus brazos bajo las axilas de Ana y palpando el cierre del sujetador y con un movimiento de dedos, lo desabrochó y se lo retiró, lanzándolo contra una de las paredes.

La inspectora bajó sus manos y le empujó hacia atrás, tumbándolo con fuerza. Le desprendió de la ropa interior y de lo que quedaba de la suya y se sentó sobre la cintura de Gonzalo. Acercó sus labios a los de él y los besó, los humedeció e incluso los mordió. Comenzó a besar el cuello del inspector, mientras sacaba su lengua y recorría su pecho y ombligo. Poco a poco iba notando entre sus piernas la erección de él. Se echó a un lado y comenzó a lamer suavemente con su lengua las zonas más íntimas.

—Me encanta —dijo Gonzalo mientras gemía de placer.

Realizaba movimientos de arriba hacia abajo y en forma de círculos, despacio, con pasión y delicadeza.

—No puedo más —dijo él mientras se incorporaba, cogía a su compañera por los hombros y la dejaba caer en el otro lado de la cama.

El inspector puso su mano sobre el cuello de ella, mientras su lengua recorría la oreja izquierda de Ana.

—Me encantas —susurró.

—Hazme tuya —dijo.

El agente Díaz comenzó a lamer el cuello de ella y a morderlo suavemente. Ana se encogía de piernas mientras notaba la dureza de él entre ellas. Comenzaba a gemir, a sudar y resoplaba excitada. Gonzalo puso sus dedos sobre la boca de ella, mientras ella sacaba la lengua y los lamía y mordía con ternura y pasión.

El tiempo parecía haberse detenido en aquella habitación. La excitación de los dos era máxima.

El inspector paseó sus dedos húmedos sobre ambas cimas del pecho de Ana, bajó dibujando un pequeño círculo de saliva sobre el ombligo y los introdujo con suavidad dentro de ella.

Ana, abrió la boca y gimió. Agarraba con fuerza y con sus dos manos la almohada, como si se tratase de un resquicio que la mantuviese con cordura en aquella situación. Sujetó la muñeca de Gonzalo y retiró sus dedos.

—Hazme tuya —repitió.

Él, decidido, cogió a Ana de los muslos y de un movimiento y con fuerza, la aproximó hacia él.

Ella cerró los ojos. Tenía la necesidad de sentir la penetración del inspector lo máximo posible. Comenzó a notar cómo la erección de Gonzalo se deslizaba de arriba hacia abajo, rozándose entre su entrepierna húmeda.

Se mordía los labios mientras se retorcía de placer. La penetró mientras ella empujaba el cuerpo de Gonzalo con los talones de sus pies. Quería sentirlo cerca y lo máximo posible. Lo había echado tanto de menos que deseaba que todo el cuerpo de él tocase el suyo.

Abrió los ojos, cogió a Gonzalo por las mejillas y lo aproximó a su cara mientras sentía cómo un calor intenso se apoderaba de su cuerpo. Se besaron mientras ambos gemían de placer.

Ana le empujó y lo tumbó sobre la cama. Las sábanas estaban empapadas de sudor. Se sentó sobre su erección y sintió cómo recorría toda su humedad. Comenzó a moverse, de delante hacia atrás y de arriba a abajo. El inspector puso sus manos sobre las caderas de ella para cogerla con fuerza durante unos segundos y apretarla contra él. Ana cogió las manos de su compañero y las colocó en su pecho mientras lo apretaba con fuerza. La inspectora comenzó a moverse poco a poco más rápido mientras lo escuchaba gemir. Sentía cómo poco a poco su erección era cada vez mayor lo que la excitaba cada vez más. Ambos empezaron a gemir con fuerza. Los gritos retumbaban en las paredes de la habitación y un orgasmo los dejó caer rendidos a los dos sobre la cama, fundidos en un abrazo.

Capítulo 60

24 de julio de 2006

Quizás la ciudad de Jaén compartía rasgos con otras ciudades andaluzas. La influencia musulmana se dejaba ver en muchos de los monumentos y en la forma que estaban trazadas las calles. Los barrios más antiguos y humildes se encontraban en el sur de la ciudad, construidos sobre la ladera que albergaba el castillo de Santa Catalina. Sus calles eran estrechas y pendientes. Sus viviendas, viejas. Los barrios de construcción más reciente se encontraban al norte de la ciudad, donde la pendiente de la montaña no era tan acusada. En esa zona, se encontraban las viviendas más exclusivas.

Ana y Gonzalo condujeron el coche hasta los aparcamientos de la comisaría. Era mejor ir andando al domicilio que Figeroa les había proporcionado debido a su relativa proximidad con la comisaría. Las calles pronunciadas y el calor a aquellas horas de aquel día veraniego hacían que los inspectores jadeasen, faltándole el aire mientras ambos sudaban.

Llegaron a la calle Santo Domingo donde se encontraba una pequeña plaza.

—¿Has pasado alguna vez por aquí? —se interesó Ana.

—No.

—¿Ves esa fuente? —dijo ella señalando un pequeño monumento por el que florecía agua y donde había esculpido un lagarto de piedra—. ¿Ves ese lagarto que hay en su base? Es el «Lagarto de Jaén» una de las leyendas de la ciudad. Según cuentan, hace siglos existía un lagarto de grandes dimensiones que tenía atemorizado a los vecinos de este barrio. Los animales y los habitantes de este lugar desaparecían cuando iban a por agua a la fuente. Un preso condenado a muerte se ofreció a matar el lagarto a cambio de su libertad. Una noche el preso colocó una larga hilera de panes que el lagarto se iba comiendo uno a uno. El prisionero colocó al final de la hilera un saco de pólvora que el lagarto también devoró y explotó.

—Vaya, interesante —dijo Gonzalo—. Ahora entiendo por qué en las pocas veces que el Real Jaén jugaba contra el Cádiz, le decían «lagartos».

—Exacto. Este es el barrio de la Magdalena y esta es la calle donde está el domicilio que buscamos.

Los agentes caminaron por una calle estrecha y se posaron frente al número 4. Se detuvieron durante unos segundos a respirar. La breve pero

intensa caminata los había dejado exhaustos. Ni siquiera se habían percatado de que alguien los observaba detenido desde la esquina de la calle.

Llamaron al timbre. Era una casa amarilla y pequeña. Parte de la pintura de la fachada se había caído. Tenía una puerta azul de hierro sobre unos cristales translúcidos y a ambos lados de la puerta, había unas ventanas con rejas azules. Sobre la puerta había un pequeño balcón. Incluso se podía apreciar cómo pequeñas hierbas habían nacido sobre él, fruto de la dejadez.

La puerta se abrió y tras ella, una cabeza de pelo negro se asomó tímidamente.

—¿Es usted Dolores Ruiz? —preguntó Ana.

La mujer permaneció en silencio. En sus ojos se empezó a dibujar un miedo terrible. Ana no necesitaba la confirmación de aquella mujer, pues aquel pelo negro y aquellos ojos oscuros se habían topado con ella el día que aparecieron las cartas en la cafetería. Aquella mujer maleducada que ni siquiera contestó a Ana cuando chocaron, era Dolores.

—Somos los inspectores Marín y Díaz, de la Policía Judicial — dijo Gonzalo mientras le mostraba su placa.

Aquella mujer se retiró de la puerta y la dejó entreabierta sin decir palabra alguna. Los agentes se miraban sorprendidos al ver la actitud de aquella mujer y empujaron la puerta despacio, con sumo cuidado. No sabían qué se podían encontrar dentro. Ana observó desde la calle a la mujer en el pasillo.

—Sé quiénes son. Pasen rápido —dijo Dolores.

Los inspectores entraron en la vivienda. Gonzalo puso su mano en la espalda, sobre la funda de su pistola y miraba alrededor de la casa. Ana entró más confiada hacia el salón de la vivienda, donde la mujer acababa de sentarse.

—¿Está usted sola? —preguntó el inspector.

—Sí. ¿Cómo me han encontrado?

—¿Ha estado usted alguna vez detenida?

—Sí. Ustedes ya lo saben.

—Pues quizás por eso la hayamos encontrado. ¿Cómo sabe quiénes somos y nuestro nombre?

—La persona que me dio las cartas me dijo que se las entregase a ustedes.

—¿Y quién es esa persona?

Dolores comenzó a ponerse tensa. Tenía sus manos cruzadas entre sus piernas y se balanceaba sobre el sofá con cierto nerviosismo. El teléfono de Gonzalo interrumpió aquella conversación tan misteriosa con una llamada de Ortiz. El inspector colgó la llamada. Estaban a punto de conocer quién hay detrás de esas cartas y si estaba relacionado con su investigación o no.

—Es una larga historia. Hace ocho años me detuvieron. Mi marido había muerto y estábamos pasando una mala racha económica. Un día, justo antes de llegar aquí, un control policial nos detuvo y encontraron cuatro gramos de

cocaína en el coche de mi hijo. Tuve que decir que era mío porque no podía perder a mi hijo. Ya había tenido problemas con la justicia y no quería quedarme sola, pero de nada sirvió. Cinco años más tarde lo detuvieron y ahora está en prisión. Trabajaba como limpiadora y cuando me detuvieron me despidieron. Estuve buscando trabajo durante unos meses y malvivíamos con la pequeña pensión de viudedad. Un día, una antigua compañera de trabajo me llamó por si me interesaba limpiar la casa de un conocido de su marido y acepté.

Los inspectores presenciaban con atención el relato de Dolores, pero de nuevo el teléfono de Gonzalo volvió a sonar.

—Disculpadme un momento —dijo el inspector mientras salía a la calle para atender la llamada.

—Continúe, por favor.

Dolores respiró profundamente. Había algo que la angustiaba. Ana lo percibió e intentó transmitirle confianza.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Marín.

—Sí, solo que tengo miedo.

—¿Miedo por qué?

—Por qué no es la pregunta, sino de qué y es de morir. Les dejé las cartas sobre la mesa de la cafetería porque no quería que me conociesen. Ahora estoy en peligro —dijo Dolores mientras comenzaba a sollozar.

—¿A qué se refiere, señora?

—Este asunto es algo muy grande. No se lo podría ni imaginar. No solo corre peligro mi vida, sino la vuestra y no quiero que me pase nada.

—Tranquila, estamos aquí para ayudarla. Pero si no nos cuenta qué sucede, no podremos hacerlo.

Dolores se secaba las lágrimas. Mientras respiraba profundamente, alzaba la vista al techo y cerraba los ojos.

—Verá, las cartas me las dio Elena Márquez. Yo era la limpiadora de su casa.

El inspector entró apresuradamente a la vivienda.

—¿Ana, puedo hablar contigo en privado? Es importante —dijo Gonzalo.

Ana se levantó del sofá a pesar de que estaba a punto de contarle qué relación había entre Elena y esas cartas. Los inspectores salieron al exterior del domicilio y él le mostró su móvil a su compañera.

—Era Ortiz. Han conseguido recuperar del móvil de Elena alguna información importante. Mira esto —dijo mientras abría un documento—. Es una foto de una carta, parecida a las otras.

Querido Franz:

Me siento realmente indignada. Hoy me encontraba en un comercio

de ultramarinos de Wegeleben y Marc, uno de los clientes, me ha reconocido. El dueño del comercio me ha echado de él como si fuese una perra. Malditos hijos de puta. ¡Qué poca memoria tienen! Tu abuelo siempre ha llevado el nombre de su pueblo por bandera. ¿Sabes quién es Marc? Un antiguo compañero de clase. Un sucio judío con quien deberían haber acabado, como lo hicieron con parte de su familia. Esa gente no tiene derecho a vivir en nuestra querida Alemania.

Cada vez que pienso en tu abuelo siento una profunda tristeza de cómo la vida lo ha tratado y todo lo que ha hecho por nosotros. Aún siento la necesidad de honrar su memoria o cumplir su más profunda voluntad. Es algo que nunca te he contado, pero el abuelo siempre quería que no nos faltase de nada. Años antes de acabar la guerra, recibí una carta de tu abuelo donde me daba una información muy importante. La carta que me envió te la haré llegar en una semana. Cuando leas la carta, entenderás que es muy importante que encuentres el objeto del que habla y que, según dijo tu abuelo en su lecho de muerte, está en Jaén, una ciudad de España. Hazlo por mí, por tu abuelo, para cumplir la voluntad de la familia, para honrar su memoria y la del Tercer Reich.

Posdata: Creo que ha sido acertado cambiarte de nombre y llevar el nombre de tu abuelo en tu nuevo apellido te honra. De hecho, me gusta mucho el nombre de Luis, pero para mí siempre serás Franz.

Te quiere, Eva.

Ana miraba al móvil de manera incrédula.

—Esto quiere decir que el nieto de Martin Bormann es el profesor Luis Villalba Martín, el marido de Elena ¿no?

—Sí, pero mira, lee la siguiente carta —dijo Gonzalo mientras deslizaba su dedo sobre la pantalla del teléfono móvil.

La agente continúo leyendo. El pulso de su mano temblaba cada vez más con cada frase de la carta que estaba leyendo. El corazón se le salía por la boca. No podía creer lo que estaba leyendo.

Francia 1940

Querida Eva:

Me encuentro en una misión en Francia, cerca de París. En esta semana que llevo fuera de casa os he echado mucho de menos, pero pronto volveré a estar en Berlín junto a vosotros.

En los próximos días, llegará una reliquia a nuestra casa. Necesito que la guardes en un lugar seguro y que solo sepas tú dónde se encuentra. Se trata de un cuadro con la cara de Jesús de Nazaret. En el reverso se encuentra la ubicación donde el Führer tiene escondidas las obras de arte como Retrato de un hombre joven de Rafael, Pintor de camino al trabajo de Van Gogh, algunas de Rembrant, Canaletto, Bellini, Schlüter y Gustav Klimt.

Solo necesitarás una luz ultravioleta para leerlo.

Esta ubicación es secreta. Si el Führer cae podremos hacernos con las obras de arte. Si me detienen o muero, tendrás que hacerlo tú.

No olvides que te quiero y que todo lo que estoy haciendo y todo lo que estamos consiguiendo es por tu madre, por ti y por el Tercer Reich.

Te quiere, Martin.

Ana miraba la pantalla de manera atónita. Le costaba asimilar lo que estaba leyendo.

—Gonzalo, esto no puede ser. ¿Quiere decir que en el Santo Rostro se encuentra la ubicación de obras de arte que se dieron por perdidas en la Segunda Guerra Mundial?¡Eso no tiene sentido!¡ Es de locos!

—Sí, parece difícil que sea así.

—Difícil no, imposible. Alguien nos está tomando el pelo. ¿Cómo van a llegar los nazis hasta el Santo Rostro?

—No tengo ni la menor idea.

La inspectora daba vueltas en forma de círculo mientras meditaban. Sacó su móvil bajo la mirada de Gonzalo y tecleó en un mensaje.

«*Mercedes, soy Ana. Tengo una pregunta. ¿Por casualidad el Santo Rostro estuvo en alguna ocasión en Francia?*».

Los agentes se miraron a los ojos. Estaban realmente sorprendidos con el vuelco que había dado la investigación.

—Me pregunto qué tiene que ver tu amigo Valerio con todo esto.

—No lo sé. Quizás descubrió que Luis quería el Santo Rostro.

—¿Y por qué iba a robar el Santo Rostro?

—No lo sé.

El teléfono de Ana volvió a sonar. Abrió un mensaje que contenía una imagen.

«*Hola Ana. El Santo Rostro fue robado en 1936 y encontrado posteriormente en un pueblecito cerca de París. Fue recuperado por Franco y traído de vuelta a Jaén. Te adjunto la noticia. A pesar de que el mérito de encontrarlo fue atribuido a Franco, se dice que pudieron ser unos nazis los que lo hallaron y se lo entregaron al gobierno franquista*».

Ana visualizó la imagen de la noticia y leyó en voz alta:

La reliquia del Santo Rostro llega hoy a Irún y, posiblemente, el domingo a Madrid, donde se depositará en el Ministerio de Asuntos Exteriores hasta que el Caudillo, solemnemente, la remita a Jaén. La reliquia se encontró en un sórdido garaje de Villejuiif Biceetre, un municipio de los alrededores de la capital, dentro de un baúl que, con otros trece, componía lo que se ha llamado el tesoro del Partido Comunista español. Estos baúles han sido fruto espeluznante de los saqueos, muertes y toda la tragedia que vivió nuestro país desde julio del 36 hasta el triunfo redentor de Franco.

—Gonzalo, mira. Es cierto. El Santo Rostro fue robado durante la Guerra Civil y fue llevado a París donde lo recuperaron —contestó al borde de un ataque de nervios.

—Vamos a terminar de hablar con Dolores. Tiene que contarnos todo lo que sabe.

La inspectora entró en el domicilio y Gonzalo tras ella. Justo antes de poner un pie en la puerta de la casa, miró hacia la esquina de la calle donde había un hombre echado en la pared con un cigarrillo en la mano, y que había permanecido allí desde que ellos llegaron. Aquel hombre, al ver que Gonzalo se había detenido, se incorporó, sacó su móvil y comenzó a hacer una llamada mientras se alejaba por la calle.

Capítulo 61

24 de julio de 2006

Los ojos de Dolores eran una especie de pintura de acuarela pintada con tristeza y miedo. Los agentes sabían qué había detrás del robo del Santo Rostro y la muerte del profesor, pero necesitaban saber aún más. Por qué el profesor murió, por qué robó el Santo Rostro y lo más importante: ¿dónde estaba?

—Dolores, cuéntenos. ¿Cómo era su relación con Elena y por qué le dijo que nos entregase esas cartas? —preguntó Ana.

—Elena se portó muy bien conmigo desde que me vio el primer día. Sabía de mis necesidades económicas y alguna vez me daba generosas propinas. Me apoyó mucho cuando metieron a mi hijo Iván en la cárcel y ahora está muerta —dijo mientras el llanto se apoderaba de su rostro—. Nos hicimos muy buenas amigas. Me contó que conoció a su marido en Barcelona, mientras estudiaban en la universidad y se casaron. Siempre habían estado muy enamorados, pero ella notó un cambio en él en los últimos años. Nunca quiso decirme el motivo, pero me dijo que estaba un poco obsesionado por alcanzar una meta que tenía en la vida y que ella lo iba a apoyar. Llevaba casada con él muchos años. Un día la encontré llorando en el sofá y me contó que su marido le había ordenado algo de lo que ella no se sentía muy orgullosa y que estaba enamorada de otro hombre. El día de su muerte llegó de comisaría después de que la interrogasen muy nerviosa y me dijo que si le pasaba algo que le hiciese llegar las cartas a Marín y Díaz. Me contó que mi vida podría correr peligro y me dijo que su marido era una persona capaz de hacer daño a quien sea por conseguir su objetivo.

—¿Cuál era su objetivo? —preguntó Gonzalo.

—No lo sé. Elena me dijo que no abriese la caja. Sé que hay cartas porque la vi meterlas. Justo antes de cerrar la caja, estuvo revisando su ordenador, y después apuntó algo sobre un papel y lo introdujo.

—¿Cómo? —gritó Gonzalo incrédulo—. ¡Claro! ¡Eso es! ¿Cómo no nos hemos dado cuenta antes?

Ana miraba sorprendida a Gonzalo. Había en sus palabras y su expresión una pizca de locura.

—El correo electrónico. ¿Señora, tiene usted ordenador?

—Si, aunque es viejo— dijo mientras se levantaba y traía un pequeño ordenador portátil.

—Ana, «flordelis» y «venusdelespejo» pueden ser el usuario y la

contraseña del correo de Elena.

—¿Estás seguro? —preguntó la inspectora.

—No, pero tengo una corazonada.

Gonzalo encendió el ordenador portátil que había sobre la mesa y se fijó en que tenía conexión wifi. No era una conexión muy buena pues comprobó que la conexión no pertenecía a la casa sino a un colegio cercano y la señal no llegaba de manera intensa. Prefirió no decirle nada a Dolores ya que estaba bastante asustada. Introdujo con nerviosismo aquellas palabras en el correo.

—Usuario o contraseña incorrecta —informó Gonzalo.

—¿Con qué dirección lo estás haciendo? —preguntó la inspectora.

—He probado con Gmail, Yahoo! y Hotmail.

—Intenta hacerlo del revés —sugirió Ana— utiliza como usuario «venusdelespejo» y como contraseña «flordelis».

El inspector presionaba rápidamente las teclas del ordenador, con el ansia de poder ver algo de luz a la investigación. Su vista temblaba de los nervios y el corazón se le iba a salir por la boca.

—Sí, eso era. ¡Estoy dentro! — dijo mientras sus ojos se llenaban de decepción—. Bandeja vacía. No hay nada.

—¿Cómo va a ser posible eso? —contestó Ana—. Déjame ver.

El inspector se levantó del sofá decepcionado.

—Pone bandeja vacía, Ana, o ¿acaso crees que los mensajes van a aparecer por arte de magia?

—¿Has mirado en la carpeta de enviados? —dijo Ana mientras accedía a la carpeta—. Mira hay uno. El 10 de julio. ¿Ese fue el día previo a la muerte del profesor, no?

—Sí, déjame ver —dijo Gonzalo mientras pegaba un salto hacia el sofá de nuevo.

—Era para el profesor —dijo Ana.

Querido Valerio:

He decidido escribirte este correo para poder desahogarme ya que no me coges el teléfono, ni quieres saber nada de mí. Intento que me entiendas. Sé que Luis nos ha utilizado, a ti y a mí. Por amor a él acepté cruzarme en tu camino y creo que es de lo único de lo que no estoy arrepentida. Eras un experto en el Santo Rostro y Luis necesitaba esa información. Te puedo asegurar que a pesar de que lo que parecía que podía sentir los primeros días fue falso, en nada se puede comparar con lo enamorada que estoy de ti en estos momentos, por eso sentía la necesidad de avisarte de que todo esto era una farsa y que no podía vivir más con esta mentira que me enterraba en vida.

Sé que no me querrás hablar después de que mi marido haya fingido mi secuestro para obligarte a robar el Santo Rostro, pero por eso mismo

me arrepentí y te llamé para contártelo con la esperanza de que aún no lo hubieras hecho, con la esperanza de que me entendieses. Entiendo que te enojases y me colgases, entiendo que quieras sacarme de tu vida. Te parecerá hipócrita que te escriba ahora pero como te he dicho, mi amor es mucho más profundo.

Me gustaría escapar de esta cárcel de matrimonio, irme contigo a vivir a Italia como tantas veces hemos hablado. Sé que estás decepcionado. Solo espero que algún día, puedas perdonarme.

Recuerda que «Como hoguera en los bosques el fuego es tu reino...».

Siempre tuya, Elena.

Los inspectores no podían creer lo que estaban leyendo. Los ojos de ambos salían de sus órbitas y leían con incredulidad aquel correo que ponía patas arriba la investigación.

—Gonzalo, ¿puedes creerte lo que acabamos de leer?

—No puedo, ni quiero. Luis obligó a Elena a cruzarse con Valerio para mantener una relación y sacarle información sobre el Santo Rostro. Supongo que Luis tendría constancia de que el profesor era experto en el Santo Rostro y que había escrito un libro sobre la reliquia. Elena se enamoró perdidamente y Luis fingió el secuestro de Elena para obligar a Valerio a robar el Santo Rostro a cambio de su supuesta libertad.

—Sí, luego Elena llamó a Valerio arrepentida para contarle todo.

—Seguramente por ese motivo Valerio escondió el Santo Rostro en otro lugar y me mandó a mí ese mensaje.

—Sí pero, ¿quién lo perseguía en la plaza Santa María? Esa persona no tenía la complexión de Luis.

—No, es cierto. Luis tiene dinero y poder. Quizás contrató a alguien.

—Es posible. ¿Pero crees que la muerte de Elena tiene que ver con el asunto del Santo Rostro? Parece obvio ya que, si le entregó a Dolores las cartas sabiendo que corría riesgo, era porque sabía que podía morir. Pero a esa hora Luis estaba en la tele. Tiene coartada.

—Podría haber sido otra persona. La persona que perseguía al profesor incluso.

Capítulo 62

24 de julio de 2006

Los agentes abandonaron el domicilio de Ana y caminaron hacia la comisaría. Gonzalo se mostraba nervioso pero estaba convencido de que la resolución del caso estaba cerca. Ana sacó de su bolsillo su teléfono móvil y llamó a su jefe.

—Comisario, necesitamos una orden de detención contra Luis Villalba Martín.

Los agentes caminaban apresuradamente cuando, de repente, Gonzalo se detuvo. El corazón le palpitaba enérgicamente y las piernas le temblaban cuando comprobó que, justo en el suelo, bajo una papelera aparecía un periódico con un símbolo bastante familiar: la cruz de Calatrava. Esta vez se encontraba bajo una corona que parecía pertenecer al escudo de un municipio.

—Ana, mira esto —dijo mientras se inclinaba para coger el periódico—. La Cruz de Calatrava.

El inspector abrió el periódico y se fijó en el titular: «*Las fiestas de la Virgen de la Natividad, un atractivo para las personas que tuvieron que dejar Jamilena. Hoy entrevistamos a José Cazalla, alcalde del municipio*».

—Este escudo pertenece a Jamilena —dijo Ana.

—Sí. Puede que el mensaje del profesor hiciese referencia a pueblos que estuvieron bajo el dominio de la Orden de Calatrava.

—Gonzalo —dijo ella mientras le cogía el brazo por la muñeca—. Recuerda, Sebastián de Solís también realizó una escultura en Jamilena. El Sagrado Corazón. ¿Lo recuerdas?

—Un corazón latente… —contestó él recitando parte del mensaje del profesor.

El agente Díaz se sorprendió. Sentía que estaba cerca de dar respuesta a todas sus preguntas y estaba cerca de encontrar el Santo Rostro. Ana continuaba mirando la entrevista.

—Mira aquí —dijo ella.

«José Cazalla: Creemos que los habitantes de Jamilena que se tuvieron que marchar fuera, tienen la oportunidad de visitar el municipio en las fiestas que tendrán lugar en unas semanas y disfrutar con sus conciudadanos de estos días tan especiales cargados de recuerdos.

Jaén Ahora: ¿Desde cuándo se celebran estas fiestas, señor alcalde?

José Cazalla: No tenemos evidencias históricas documentadas sobre la primera fecha de celebración de esta fiesta. Tenga en cuenta que somos un pueblo pequeño, pero con mucha historia. Como mi hijo dice que se me da muy bien promocionar mi pueblo, le diré que en nuestra villa hay restos arqueológicos de la prehistoria pero, los restos más evidentes son de la época romana cuando fue llamada Geminella.

Jaén Ahora: ¿Geminella?

José Cazalla: Sí. Es el nombre del que proviene el actual. Según fuentes históricas se cree que fue llamado así al municipio por las montañas gemelas sobre las que se asienta el pueblo. Geminella viene de gemelas».

El corazón del inspector palpitaba con fuerza. Latía tan rápido y con tanta intensidad que parecía como si una verdadera estampida se apoderase de su corazón en ese momento.

—Gonzalo, ¿sabes lo que significa esto? Acabamos de descifrar el mensaje del profesor. Ya sabemos dónde está el Santo Rostro, sabemos qué son los cuatro corazones, el corazón latente, las gemelas y los descendientes de Elvira.

—Sí. Lo conseguimos —dijo mientras se abrazaban—, creo que lo mejor es que nos separemos. Yo voy a por Luis y tú ve hasta ese pequeño pueblo de Jamilena, ¿te parece bien? —sugirió Gonzalo.

Un cúmulo de nervios estaba presente en ambos inspectores, pero la ilusión de haber resuelto la investigación era mayor. Los inspectores se separaron, no sin antes darse un beso y un abrazo dejados llevar por tanta emoción.

Díaz caminó apresuradamente dejándose llevar por la pendiente de la calle. Contemplaba aquellas calles estrechas llenas de historia. Sin querer reconocerlo, estaba comprendiendo que cada día le parecía más bonita esa ciudad. Una ciudad que aparentemente no tenía nada de atractivo y que era una gran desconocida llena de historia.

Pensó en el profesor Valerio y en lo orgulloso que estaría de él en ese preciso momento. «El cabrón me lo ha puesto difícil», pensó.

Sus pasos apresurados sonaban en aquella calle solitaria de la ciudad a la misma vez que otros pasos sonaban de manera más apresurada aún que los suyos y se acercaban. Gonzalo se dio la vuelta, pero justo cuando estaba a punto de girar la cabeza pudo sentir cómo el cañón de una pistola se hincaba en su espalda.

—Ni te des la vuelta, cabrón —dijo aquella voz—. Dame tu pistola.

Sintió cómo una de las manos de su asaltante tocaba su espalda y

desenfundaba su pistola. Aquel hombre cogió su teléfono mientras presionaba su pistola contra el agente para que caminase. El inspector miró de reojo y pudo verle. Era un hombre alto y rubio, tenía rasgos de un país del este.

—Profesor, el Santo Rostro está en Jamilena. Bajo el Cristo del Sagrado Corazón.

El asaltante colgó el teléfono mientras caminaban por la calle. Gonzalo pensó que, si ese hombre era un sicario pagado por el profesor Luis Villalba, sería muy probable que su vida corriese un grave peligro. Miraba alrededor buscando una forma de escapar. Salir corriendo no sería una opción viable pues una bala lo alcanzaría rápidamente y, a pesar de que las calles a esa hora estaban desiertas, podía poner en peligro a los vecinos de aquel barrio.

La adrenalina se apoderaba de su cuerpo, se le agotaba el tiempo y no tenía ni la menor idea de lo que podría hacer para escapar. Sentía el hierro de la pistola clavado en su espalda y cómo la mano de su asaltante sujetaba su brazo izquierdo.

Unos veinte metros antes de girar la esquina, una voz se escuchó por detrás de ambos.

—¡Quieto, Policía Judicial!

El asaltante se giró y apuntó su arma hacia Ana y sin dudarlo, apretó el gatillo.

Capítulo 63

24 de julio de 2006

La vida y la muerte tienen un punto de unión. Un lugar y un momento donde se encuentran. Podría ser aquel lugar donde ambas se encontraron.

En aquella calle solitaria de Jaén, y en aquel momento, se escucharon dos detonaciones que acabaron con Ana y el asaltante en el suelo. Gonzalo se temía lo peor. Se aproximó a su asaltante y le quitó las dos pistolas. En una de sus muñecas tenía tatuada una esvástica. Una mancha de sangre comenzó a emanar por el costado de aquel hombre, pero verdaderamente le importaba poco su estado. Corrió hacia su compañera desesperadamente, con la esperanza de que su caída hubiese sido fruto de un acto reflejo, pero comprobó que cerca de ella había un pequeño charco de sangre.

—¡Ana! —dijo aterrado. ¿Estás bien?

Los vecinos comenzaron a asomarse a los balcones tras escuchar los disparos. Gonzalo alzó la vista con indignación.

—¿Qué hacen mirando? ¡Llamen a una ambulancia!

Volvió su mirada hacia Ana. Su rostro mostraba dolor y se quejaba. La inspectora abrió los ojos. Se encontraba un poco aturdida por lo sucedido y se tocó el brazo.

—No te preocupes, estoy bien —dijo ella—. Solo me ha dado en el brazo.

Gonzalo no esgrimió palabra alguna. La abrazó con intensidad, como nunca antes lo había hecho. Había temido por su vida, y ella, armada de valentía lo había salvado de una muerte anunciada. Los ojos del inspector comenzaron a llenarse de orgullo.

—Eres una buena tiradora. Yo no le hubiese dado —bromeaba Gonzalo —. Estoy orgulloso de ti.

—Podría ser mejor —dijo Ana con una sonrisa.

—¿Por qué dices eso?— preguntó.

—Porque aún se mueve, y se va a escapar —dijo la inspectora señalando con un gesto hacia el asaltante.

Díaz se giró y comprobó que aquel hombre se acababa de poner de pie y caminaba dando tumbos de lado a lado apresuradamente. El inspector se levantó, corrió hacia él y lo tiró al suelo dándole un suave empujón y colocando su pierna delante de las piernas de su asaltante a modo de zancadilla. Él gritaba de dolor. Gonzalo comprobó que, a pesar de estar sangrando, la herida no parecía muy grave.

—Queda usted detenido por atentado contra la autoridad y homicidio en grado de tentativa —dijo el inspector mientras empleaba su fuerza desmesurada contra el asaltante y le apretaba las esposas en sus muñecas hasta prácticamente cortarle la circulación sanguínea.

El detenido se quedó boca abajo, inmóvil. Gonzalo volvió rápidamente con su compañera para estar a su lado.

Se volvió a agachar y puso su cara a un palmo de distancia de la de ella.

—No me separaré nunca de ti, no quiero perderte nunca —dijo mientras comenzaban a escucharse las sirenas. Necesitaba sentirla cerca. Acarició su pelo, apartándolo de su mejilla para poder ver la belleza, la que había estado a punto de perder. Esa belleza tan característica que lucía siempre.

La inspectora sonrió. La mirada de Gonzalo reflejaba un amor sincero. Aquellas palabras penetraron en ella de un modo tan analgésico que no sentía la herida de la bala en su cuerpo.

—Para no perderme, quizás deberías quedarte aquí, en Jaén, en tu comisaría, con tus compañeros, conmigo.

Gonzalo la miró. La verdad en esas palabras le hizo reflexionar. Siempre se había considerado un ciudadano del mundo, pero comenzó a sentir que su sitio podría estar al lado de ella.

Minutos después, la ambulancia llegó al lugar y tres personas bajaron de ella. Cada sanitario se fue hacia cada uno de ellos. Previamente Gonzalo se identificó como agente de policía.

Una enfermera de mediana edad, con un lunar en el rostro que le daba cierto atractivo se acercó a él.

—¿Está usted bien? —preguntó.

—Sí, estoy perfectamente. Solo ha sido un susto. Mi compañera sí está herida.

La enfermera se acercó al médico que estaba ya atendiendo a Ana, mientras el otro enfermero atendía al detenido. Un coche de la Policía Local y otro de la Policía Nacional llegaron al lugar. Morillo y Figueroa se bajaron del zeta, se colocaron las gorras sobre su cabeza y corrieron apresuradamente hacia Gonzalo.

—¿Díaz, que ha pasado? ¿Estás bien? —preguntó Morillo.

—Sí, tranquilo. Estoy bien. Ha sido solo un susto. Ana ha salido peor parada —dijo mientras señalaba a su compañera.

Los tres agentes se acercaron a la inspectora y ayudaron a los sanitarios a incorporarla en la camilla para introducirla en la ambulancia.

—Pueden estar tranquilos. Es una herida limpia. Se pondrá bien —informó el doctor.

La ambulancia cerró sus puertas, activó la sirena y se marchó al hospital mientras otra ambulancia que acababa de llegar atendía al detenido. Más vehículos policiales hicieron presencia en aquellas calles del casco antiguo de

la ciudad. Numerosos vecinos curiosos se asomaban a las ventanas sin dar crédito a lo que había ocurrido.

—Necesito que me llevéis a Jamilena. Urgentemente. ¿Está muy lejos de aquí? —dijo Gonzalo a Figueroa.

—¿Jamilena? A unos dieciséis kilómetros.

—Bien. Morillo, ¿te importaría quedarte con Ana?

—No, en absoluto, pero, ¿qué coño se te ha perdido allí? —dijo el agente.

—La llave a una historia del arte perdida.

Capítulo 64

24 de julio de 2006

Jamilena era un pequeño pueblo cercano a la capital. Tenía pocos habitantes y se situaba bajo la ladera de una montaña y rodeado de otras dos, de similares rasgos que las hacían parecer gemelas. Una carretera unía el pueblo con la carretera principal y, a su vez, esa carretera se convertía en calle que conducía hasta una iglesia que ocupaba el centro de la localidad. Un torreón presidía no solo dicha iglesia, sino todo el pueblo ya que destacaba en altura sobre las diferentes casas que se construyeron en torno a ella

Un oscuro nubarrón se postró sobre las montañas aledañas al municipio y el viento volvía a soplar con fuerza, como lo había hecho en las primeras horas de la mañana. Gonzalo contempló aquellas montañas a la vez que el vehículo recorría la carretera principal del pueblo. Eran dos montañas de gran altura, situadas una sobre la otra y muy parecidas. Una de ellas, tenía un gran socavón a lo largo de su falda que hacía ver que era una cantera de piedra o cemento.

—Gemelas peinadas al viento —dijo volviendo a recitar el mensaje del profesor.

Recibió un mensaje de Ana mientras Figueroa entraba en aquel pueblo con el vehículo policial de manera apresurada.

«*Gonzalo, el asesino ha confesado. Se llama Christopher Petrenau y mató a Elena por orden de Luis, pues creía que iba a acabar hablando. Qué hijo de puta. También ha confesado que fue él el que perseguía al profesor por la plaza Santa María. Ten cuidado*».

El agente aminoró la velocidad cuando entró en el pueblo al ver que las calles eran estrechas mientras Gonzalo contemplaba a la gente. La mayoría eran personas de avanzada edad, sentadas junto a la puerta de entrada de su vivienda y que hablaban en corrillo con el resto de vecinos. A lo largo de la calle que conducía a la iglesia, el inspector observó cómo los habitantes de aquel pueblo tomaban el fresco en la calle, algo que le llamaba la atención pues llevaba años sin ver aquella estampa típica andaluza.

Figueroa aparcó el coche justo delante de la puerta de la iglesia. Díaz se bajó y comprobó cómo las primeras gotas de agua comenzaban a golpear con fuerza sobre el cristal del coche.

—Bien, atiéndeme. Como ves el templo tiene tres entradas, dos que dan al interior y una a la sacristía. La puerta lateral está abierta y la principal

cerrada —informó el agente—. Encárgate de la sacristía, yo entraré por la puerta lateral. Cúbrela por si decide huir.

Los agentes tomaron posiciones. El corazón le latía con rapidez, pues sabía que en minutos toda esta historia acabaría. Debía mantener la calma y la serenidad ante situaciones como aquella, pero era inevitable que le temblaran las piernas y el pulso.

El inspector atravesó una puerta enorme de color verde bajo un arco de medio punto. En el recibidor de la iglesia había una pequeña mesa de madera con folletos de carácter religioso. Tras la mesa, dos puertas enormes de hierro pintadas de negro y con unos cristales translúcidos. El inspector empujó la puerta con sumo cuidado, sin hacer ruido. Asomó la cabeza y pudo ver que la iglesia estaba vacía. Entró en el templo. El altar mayor se situaba a su izquierda, tras una columna que había en la puerta. Tras cerrar la puerta y caminar hacia el centro de la iglesia pudo visualizar el altar mayor al completo. Era un altar donde predominaba el color dorado y verde. Se situaba bajo una cúpula pintada cuyos frescos hacían referencia al Cielo. Se veían ángeles, santos y nubes bajo un fondo azul celeste.

El retablo estaba compuesto por dos vírgenes que ocupaban las casas centrales del retablo, cada una a una altura. En las casas laterales, había diversas esculturas pero, sin duda alguna, a Gonzalo le llamó la atención la escultura que ocupaba un lugar abajo y la izquierda del retablo. Era un Cristo que vestía una túnica blanca y roja. Su cabeza y su mirada se inclinaban hacia su pecho y con el dedo índice de su mano, se señalaba un corazón ardiendo que salía de su pecho.

«El Sagrado Corazón», pensó.

A los pies de esta escultura, un hombre de pelo canoso observaba el Sagrado Corazón con detenimiento. Era el profesor Villalba.

Caminó lentamente y desenfundó su arma. El ruido de las pisadas era prácticamente imperceptible. Atravesó el pasillo central del templo y estaba a unos quince metros del profesor.

—No me irá usted a disparar aquí, en la casa de Dios —dijo Luis.

—Espero que no me dé a elegir —dijo Gonzalo—. ¡Tírese al suelo!

—Tranquilo, agente, no se ponga nervioso —decía Luis con calma—, hemos esperado más de sesenta años, podemos esperar un poco más.

—Le he dicho que se tire al suelo. Queda detenido por el asesinato de su mujer y por pertenencia a grupo criminal.

—¿Asesinato de mi mujer? ¿Pertenencia a grupo criminal? Yo no he matado a mi mujer, esa zorra se enamoró de su amigo. Era un lastre, pero yo no la maté. ¿Tiene usted pruebas, agente? Y en cuanto a eso del grupo criminal, recuerde que aquí el delincuente era su amigo que robó la reliquia.

—No se lo vuelvo a repetir. Lo sabemos todo. Sabemos que no mató a su mujer pero lo ordenó y que la utilizó para obligar a Valerio a robar el Santo

Rostro.

—Es usted un buen policía. Lástima que su amigo no esté aquí para verlo. Vaya manera más tonta de morir. Cuando Christopher me contó lo que había sucedido no me lo podía creer. ¿Tropieza y muere? Menudo inútil. Sinceramente, creo que murió de miedo.

—¡Tírese al suelo! —repitió gritando.

Aquel grito retumbó en cada uno de los rincones del templo. Unos pasos apresurados comenzaron a escucharse y un hombre vestido de negro y con alzacuellos apareció por el sagrario de la iglesia.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo el sacerdote.

Gonzalo miró al párroco. Estaba en alerta y tenía que controlar la situación. Aquella persona que acababa de aparecer en el sagrario podría ser cualquier persona. Volvió a mirar hacia Luis pero se percató de que empuñaba una pistola y que su dedo índice estaba a punto de presionar el gatillo. No tenía tiempo para reaccionar. Su instinto hizo que se tirara entre los bancos de madera mientras se escuchó un disparo que lo dejó aturdido.

Se mantuvo inmóvil durante unos instantes y empezó a palparse por todo el cuerpo. No estaba herido. Se incorporó y alzó la vista entre los bancos. El profesor había huido. Sintió cómo alguien le tocaba el hombro desde atrás.

—Está escapando, vamos —dijo Figueroa.

Los agentes salieron a la calle, que se mostraba desierta. Miraron hacia ambos lados.

—¡No puede ser! —dijo Gonzalo.

—¡Qué hijo de puta! Se ha escapado —lamentó su compañero.

El inspector estaba lleno de ira, se giró para volver a entrar en el templo. Con la esperanza de que la reliquia siguiese allí y no le hubiese dado tiempo a robarla. Tampoco sabía si verdaderamente se encontraba allí.

Un sonido de ruedas quemándose en la calzada y un motor revolucionado bajo la intensa lluvia interrumpieron la entrada del agente Díaz que se volvió a girar y comprobó cómo un coche a gran velocidad se aproximaba hacia ellos.

Volvió a desenfundar su pistola y descerrajó varios tiros a las ruedas del coche y sobre la luna. El coche giró hacia Figueroa que disparaba sin piedad contra el vehículo. Gonzalo corrió y prácticamente sin pensar saltó sobre Figueroa para apartarlo de la trayectoria del coche. Los agentes cayeron al suelo y un frenazo anunció la posterior colisión del coche contra una pared que había al final de la calle.

—¿Estás bien? —dijo Gonzalo.

Figueroa asintió. Los agentes se incorporaron, cogieron sus armas y se aproximaron al coche de Luis, cada uno por un lado del vehículo. Estaba empotrado en la pared y un humo espeso de color blanco salía del capó. La puerta se abrió y Luis cayó sobre el asfalto mojado. Su pecho emanaba sangre

debido a los agujeros de bala. Se quedó boca arriba mientras las gotas de agua golpeaban con fuerza su rostro y por su boca salía una hilera de sangre. Giró su cabeza, vio a Gonzalo y sonrió. En esa sonrisa se dibujaba maldad. Volvió a mirar hacia arriba viendo cómo la torre centinela de la iglesia iba a ser testigo de su muerte y en un suspiro su vida terminó. La sangre se mezclaba en el asfalto con el agua y pintaba un pequeño río hasta una alcantarilla que se encontraba a escasos metros.

—Figueroa, registra el coche.

El inspector volvió al templo. No había tiempo que perder. Entró apresuradamente en busca del Sagrado Corazón. Se situó a escasos metros de la escultura y respiró profundamente. Cerró los ojos, se imaginaba al profesor, sus días de charlas sobre historia del arte, sus desayunos los sábados en la cafetería Central y todo lo que había sucedido en tan poco tiempo.

Se aproximó a la escultura y palpó con su mano su base, que se encontraba más alta que su propia cabeza. No tocaba nada que no fuese polvo y los pies de la escultura. Se giró desesperado y vio una escalera apoyada en la pared. La abrió y la colocó frente al Sagrado Corazón. Se subió y volvió a introducir la mano en aquel rincón del retablo. Observó cómo una especie de pergamino enrollado se situaba tras la escultura. Lo cogió con rapidez y bajó por la escalera. El sacerdote entró de nuevo en la iglesia y se aproximó a Gonzalo.

—Ese pergamino pertenece a un hombre. Lo trajo hace algunas semanas y me rogó dejarlo durante unas semanas tras el Sagrado Corazón, a modo de bendición —informó el sacerdote.

«Qué inteligente», pensó Gonzalo.

El inspector puso sobre la mesa del altar mayor el pergamino y lo abrió poco a poco. Estaba a punto de poner fin al caso más importante de su carrera y, no solo eso, estaba a punto de contribuir a la Historia del Arte con la localización de las obras de arte que Hitler tenía escondidas en algún lugar y que se dieron por perdidas. Cuántos años de muertes, de guerra, de conflictos, de historia y de arte se encontraban escondidos en el Santo Rostro y tan solo una familia de nazis lo sabía. Había estado durante más de sesenta años en Jaén y nadie podría imaginar lo que se escondía tras la reliquia. Gonzalo abrió poco a poco el pergamino. Sobre la mesa fue apareciendo la Santa Faz de Jesucristo y sobre la cara del inspector, un orgullo inmenso.

—Dios mío, es el Santo Rostro —dijo el sacerdote mientras se santiguaba.

—No solo es el Santo Rostro, es la llave a una historia de arte perdida.

AGRADECIMIENTOS

La página de agradecimientos suele ser la página olvidada, la que tiene poco interés para los lectores. Sin embargo, para mí supone los cimientos de esta novela.

Gracias a Fran Bermúdez, por aguantar mi impaciencia y ayudarme a conseguir este sueño, como muchos otros. Además de ser un referente y un orgullo para mí.

Gracias a Vanessa, mi pareja, mi empujón cuando he estado a punto de desistir, por encender la mecha de la ilusión. Gracias por aguantarme en mis días negros y compartir conmigo la euforia de escribir. Gracias por escucharme cada noche en la cama, y regalarme el brillo de tus ojos cuando te leía un capítulo.

Gracias a mi amigo y hermano, Manuel Jesús Palma. Escritor, pero sobre todo, una persona con un corazón gigante al que le agradezco el haberme guiado y abierto las puertas en esta afición y pasión que es la escritura.

Gracias a mi tío Miguel Ramírez, Lázaro Moral, Francisco Javier Checa, Jesús García, Esther Pérez y Antonio Moreno por haberme guiado en el proceso de escritura de la novela, por poner la pasión y el corazón en su trabajo, y por haberme inspirado en todas y cada una de las decisiones y acciones de Gonzalo y Ana.

Gracias a mi tío Paco, por hacer magia con el objetivo de la cámara y aportar las mejores fotos.

Gracias a María Jesús Beltrán por su dedicación y creatividad a la hora de realizar el booktrailer de este libro.

Gracias a Samuel, por brindarme la opinión más sincera siendo un distinguido lector.

Gracias a mis padres, simplemente por compartir conmigo los mejores momentos de mi vida, por esperarme cada viernes y despedirse cada domingo como si fuese el último. Por ver con ojos de pasión y orgullo cada una de las metas que cumplimos.

Gracias a mis hermanas, por ser un apoyo fundamental en cada etapa de mi vida y por haberme regalado cuatro tesoros: Carlos, Álvaro, Helena e Iván.

Y gracias a ti, querido lector, por hacerme un hueco en tus días de lectura, por darle una oportunidad a un escritor sin nombre pero con ilusión, y por permitir que esta novela ocupe un rincón en la biblioteca de tu corazón.